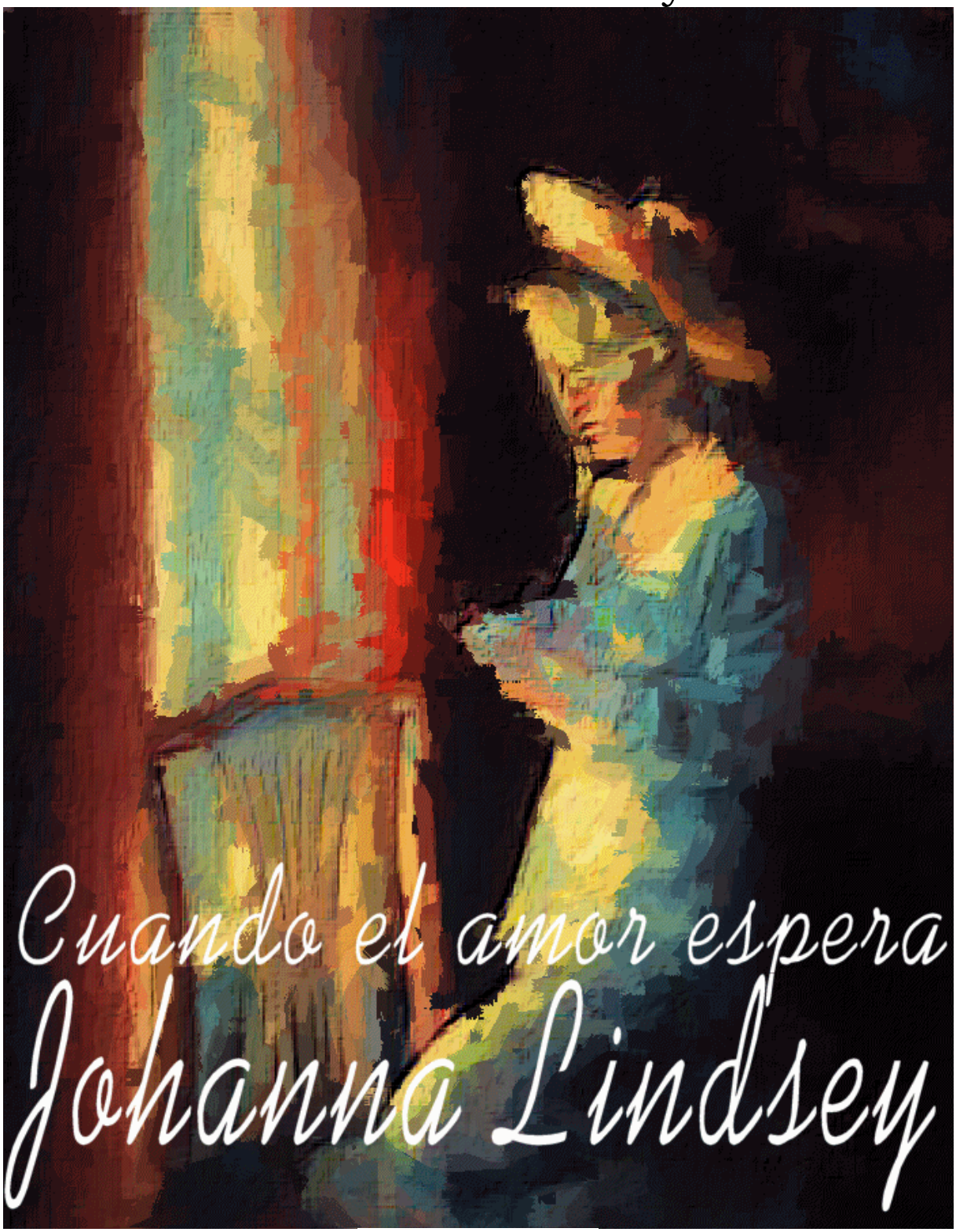
# CUANDO EL AMOR ESPERA

Johanna Lindsey




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO 1

Inglaterra, 1176

Sir Guiber Fitzalan se recostó en el grueso tronco del árbol, y observó a las dos criadas que guardaban los restos del almuerzo campestre. Era un hombre relativamente apuesto, la discreción caracterizaba su actitud general. Las mujeres, incluso las sirvientas, solían incomodarle. Wilda, la más joven de las dos sirvientas, le miró de pronto a los ojos. La mirada audaz de la joven le obligó a desviar rápidamente su encendido y sobresaltado rostro.

La primavera desplegaba todos sus colores y Wilda no era la única mujer que miraba interesada a Guibert. Tampoco era el único hombre que recibía una de esas miradas ardientes. Wilda, era sin duda, atractiva, con su pequeña y fina nariz y sus mejillas sonrosadas. Tenía los cabellos castaños relucientes, y un cuerpo agraciado y gentil.

Sin embargo, Guibert era un solterón empedernido. Además, Wilda era demasiado joven para un hombre de cuarenta y cinco años. Era tan joven como lady Leonie, a quien ambas criadas servían, cuya edad no superaba los diecinueve años.

Sir Guibert pensaba en Leonie de Montwyn como en una hija. En ese momento, mientras la veía alejarse del prado donde había estado cortando las hierbas de primavera, sir Guibert envió a cuatro de sus hombres con orden de seguirla a distancia prudencial. Había llevado consigo diez hombres para protegerla, y los soldados sabían muy bien que más les valía no oponerse a la orden, pero ciertamente esa tarea no les agradaba demasiado. A menudo, Leonie les pedía que recogieran las plantas que ella señalaba. Recoger flores no era una tarea muy masculina.

Antes de que comenzara esa primavera tres guardias habían bastado para acompañar a lady Leonie pero había un nuevo residente en Crewel, en esos bosques donde Leonie se internaba para buscar plantas. El nuevo señor de todas las tierras de Kempston era una persona que preocupaba mucho a sir Guibert, quién nunca había simpatizado con el antiguo señor de Kempston, sir Edmond Montigny, pero al menos el anciano barón nunca había causado dificultades.

El nuevo señor de Kempston se quejaba constantemente de los siervos de Pershwick. Y había tenido esa actitud desde el momento en que tomó posesión de Crewel Keep. De nada servía que las quejas pudieran tener fundamento. Lo peor era que lady Leonie se sentía personalmente responsable de la descortesía de sus siervos.

-sir Guibert, permítame ocuparme de este asunto- le había rogado cuando tuvo la primera noticia de las quejas-. Me temo que los criados creen que me prestan un servicio cuando causan dificultades en Crewel.

Como explicación, la dama confesó: -Yo estaba en la aldea el dia que Alain Montigny vino a decirme cuál era la situación que él y su padre afrontaban. Muchos sirvientes vieron que yo estaba muy conmovida y creo que me oyeron cuando formulé el deseo de que la peste atacase a ese Lobo Negro que ahora gobierna Crewel.

A Guibert le parecía extraño que Leonie maldijese a alguien. Eso era imposible. Era demasiado buena, siempre dispuesta a reparar infortunios, a aliviar las cargas. Sir Guibert la creía incapaz de incurrir en la más mínima falta. La mimaba y la malcriaba. Y por otra parte, si él no lo hacía,la gente se preguntaba quién se ocuparía de la joven. En todo caso, no el padre, que la había alejado de su persona seis años atrás, al morir la madre de Leonie, y la había desterrado a Pershwick Keep en compañía de Beatriz, hermana de su madre, porque no podía soportar cerca de él a nadie que le recordarse a su bienamada esposa.

Guibert no podía entender la actitud de ese hombre, aunque, por otra parte, nunca había conocido muy bien a sir William de Montwyn, pese a que había ido a vivir a su residencia, como parte del séquito de lady Elisabeth, cuando ella se casó con sir William. Lady Elisabeth, quinta e hija menor de un conde, había podido concertar su unión por amor. El hombre de ningún modo era merecedor de la dama, pero sir William la amaba... quizá demasiado. La muerte de lady Elisabeth le destruyó, y al parecer no podía soportar la presencia de la única hija que ambos habían tenido. A semejanza de Elisabeth, Leonie era menuda y delgada, y tenía cabellos de un rubio plateado, extraordinariamente atractivos, y ojos color gris plata. La palabra "bella" resultaba insuficiente para describir a Leonie.

De pronto un grito de guerra, una exclamación de cólera llenó el bosque.

Guibert estuvo paralizado a lo sumo un segundo antes de echarse a correr en dirección al bosque, la espada ya desenvainada. Cuatro hombres de armas que estaban cerca, junto a los caballos, corrieron tras él, todos con la esperanza de que los hombres que acompañaban a Leonie se hubiesen mantenido cerca de la joven.

En lo profundo del bosque, Leonie de Montwyn también se desconcertó por un momento al oír el grito terrible. Como de costumbre, había conseguido distanciarse bastante de sus cuatro protectores. Al oir el grito pensó que una enorme y demoníaca bestia estaría cerca. De todos modos, su innata curiosidad, ciertamente impropia de una dama, la indujo a avanzar en dirección al sonido, en lugar de volver adonde estaban sus hombres.

Olió a quemado y echó a correr, abriéndose paso entre los arbustos y los árboles, hasta descubrir de dónde provenía el olor. Se había incendiado la choza de un leñador. El pobre hombre miraba fijamente los restos humeantes de su hogar. Cinco caballeros montados, y quince hombres de armas, también a caballo, miraban silenciosamente la choza destruida. Un caballero revestido de armadura iba y venía sobre su caballo, yendo y viniendo, entre la choza y los hombres. Lanzó una maldición mientras Leonie observaba, y entonces comprendió de dónde había provenido ese horrible grito inicial. Supo también quién era el caballero. Retrocedió tras los arbustos ocultándose, y se sintió satisfecha por haber elegido ese día una capa verde oscura que le permitió no ser descubierta.

El intento de disimular su presencia estuvo a un paso de fracasar cuando los hombres que la protegían llegaron corriendo. Leonies se volvió hacia ellos,y les ordenó que callasen y retrocedieran. Avanzó en silencio hacia los hombres, y éstos se distribuyeron alrededor, volviendo así a

territorio propio. Sir Guibert y el resto de los hombres estuvieron con ellos un momento despúes.

-No hay peligro –aseguró la joven a sir Guibert-. Pero deberíamos salir de aquí. El señor de Kempston ha encontrado incendiada una choza de leñador, y creo que no está muy complacido.

-¿Tú le has visto?

-Sí. En este momento está furioso.

Sir Guibert sugirió a Leonie que acelerase el paso. No era conveniente que la encontrasen cerca de la choza incendiada, y acompañada de sus guerreros. ¿Cómo podría explicar su presencia allí?

Despúes, cuando no hubiese peligro, algunos criados podrían regresar a los bosques y recuperar las plantas de Leonie. De momento, lady Leonie y los hombres armados debían salir del lugar.

Cuando sir Guibert la depositó sobre la silla del caballo, preguntó: -¿Cómo sabes que ése era el Lobo Negro?

-Tenía la insignia del lobo plateado sobre un campo negro.

Leonie no aclaró que ya había visto a ese hombre otra vez. No podía explicarselo a sir Guibert, pues se había disfrazado y salido a escondidas de la residencia sin que él lo supiera, para asistir al torneo de Crewel. Despúes se arrepintió de haber procedido asi.

-Probablemente era él, aunque sus hombres también usan sus colores –dijo sir Guibert, que recordó el terrible alarido-. ¿Has visto qué aspecto tiene?

-No. – Ella no podía evitar que la decepción se reflejase en su voz.- Llevaba puesto el casco. Pero es un individuo enorme: eso sí lo he podido apreciar.

-Quizá en esta ocasión venga él personalmente para resolver de una vez el asunto, en lugar de enviar a su representante.

-O traiga un ejército…

-Mi señora, no tiene pruebas. Es la palabra de un sirviente contra la de otro. De todos modos, es mejor que ahora vaya a un lugar seguro. Yo seguiré con el resto, y me ocuparé de que vigilen la aldea.

Leonie volvió a la residencia con cuatro soldados y las dos doncellas. Comprendió que no se había mostrado bastante firme cuando advirtió a su gente que debían abstenerse de provocar más conflictos con los criados de Crewel. En realidad, su advertencia no había sido muy sincera, pues le agradaba saber que el nuevo señor Kempston se encargaba de todos los problemas domésticos.

Creyó que podría aliviar la situación de su pueblo ofreciendo entretenimientos en Pershwick con motivo de la próxima festividad. Pero su inquietud en relación con el Lobo Negro y lo que él podía hacer la llevó a rechazar la idea de una reunión en su residencia. No, sería mejor vigilar las actividades del vecino y no ofrecer a su propia gente la oportunidad de reunirse en una ocasión en que probablemente todos beberían. Pensaba que ellos podrían planear algo que en definitiva la perjudicaría. No, si sus aldeanos tramaban algo contra el Lobo Negro, era mejor que lo hicieran mientras ella estaba lejos.

Sabía lo que tenía que hacer. Debía hablar nuevamente con su gente, y esta vez con mucha firmeza pero cuando pensó en el amado Alain,

desterrado de su hogar, y en el pobre sir Edmond, muerto para que el rey Enrique pudiese favorecer a uno de sus mercenarios con una hermosa propiedad, le resultaba difícil aceptar la idea de que el Lobo Negro viviese en paz. Sí, muy difícil.

## CAPITULO 2

Leonie entregó a la doncella la pastilla de jabón, y se inclinó hacia adelante, de manera que Wilda pudiese lavarle la espalda. Rechazó el cubo de agua para enjuagarse y en cambio se acomodó en la ancha tina para aprovechar el agua aromatizado con hierbas calmantes cuando todavía estaba caliente y era agradable.

Un fuego ardía en el hogar, mermando el frío de la habitación. Afuera, caía la benigna tarde primaveral, pero las desnudas paredes de piedra de la torre Pershwick encerraban un aire frío que parecía eternizarse y el techo de su habitación, abierto hacia el gran vestíbulo, permitía el paso de todas las corrientes de aire.

Pershwick era una antigua construcción que no incluía comodidades ni contemplaba la posibilidad de recibir huéspedes. El salón era espacioso, pero no había sido modificado desde la época en que se inició la construcción, un siglo atrás. La habitación de Leonie era una división de tablas de madera, sobre el extremo del salón. La joven compartía el cuarto con su tía Beatriz, y otras tablas dividían el lugar por la mitad, de modo que cada una de las damas tuviese un poco de intimidad. No había dependencias para las mujeres, ni otras habitaciones fuera del salón o sobre éste, como en algunas de las nuevas residencias. Los criados dormían en el salón, y los soldados en la torre, donde también dormía sir Guibert.

A pesar de sus incomodidades, Pershwick era el hogar de Leonie, y lo había sido durante los últimos seis años. Después de instalarse allí no había regresado ni una vez a Montwyn, su cuna. Tampoco había vuelto a ver a su padre. Sin embargo, el castillo de Montwyn estaba a sólo ocho kilómetros de distancia. Allí vivía su padre, sir William, y su nueva esposa, lady Judith, que se había casado con él un año después de la muerte de la madre de Leonie.

Si Leonie ya no podía pensar con afecto en su padre, nadie podía criticarla. Después de vivir una infancia feliz y de tener a sus padres que la amaban, perder de golpe a ambos era un destino cruel, y completamente inmerecido.

Ella había amado otrora a su padre con todo el coraz6n. Pero ya sentía muy poco por él. A veces, lo maldecía. Era su reacción cuando él enviaba a sus criados para saquear los depósitos de provisiones, con el fin de alimentar sus lujosos placeres y se perjudicaba no sólo a Pershwick sino también a la residencia de Rethel y Marhill. También éstas pertenecían a Leonie. Sir William nunca decía una palabra a su hija, y se limitaba a cosechar los beneficios del trabajo esforzado que ella realizaba, y embolsaba las ganancias y las rentas.

Pero había tenido mucho menos éxito durante los últimos años, porque Leonie aprendió a engaitar al representante de Montwyn. Cuando él

aparecía, los depósitos de Leonie estaban casi vacíos, y sus tesoros, ocultos en lugares secretos de la torre. Ella también ocultaba sus especias y lienzos comprados a los comerciantes de Rethel, pues lady judith se presentaba a veces con el mayordomo, y esa mujer creía que podía apoderarse de todo lo que encontraba en Pershwick.

La astucia de Leonie a veces se desbocaba, y entonces no podía recordar todos los escondrijos que habla elegido. Pero en lugar de renunciar al plan o revelar su engaño al sacerdote de Pershwick y pedirle ayuda, convenció al padre Bennet de que le enseñase a leer y escribir. De este modo, podía llevar registro de su laberinto de escondrijos. Así, sus siervos ya no tenían que temer el hambre, y su propia mesa estaba colmada. Y por todo eso nada tenía que agradecer a su padre.

Leonie se puso de pie para recibir el agua del enjuague, y permitir que Wilda la envolviese en una bata cálida, pues no pensaba volver a salir de su habitación esa noche. La tía Beatriz estaba sentada junto al fuego con su bordado, como de costumbre, absorta en sus pensamientos. Beatriz era la mayor de las hermanas de Elisabeth, y había enviudado mucho tiempo antes. Había perdido las tierras de su dote en beneficio de los parientes de su marido cuando él murió, y no se había casado nuevamente. Insistía en que lo prefería así. Había vivido con su hermano, el conde de shefford, hasta la muerte de Elisabeth. Poco después, Leonie fue a reunirse con su vasallo, Guibert Fitzalan, y la tía Beatriz consideró que su obligación era permanecer al lado de su sobrina y cuidarla.

En realidad, era Leonie quien cuidaba de la tía, pues Beatriz era una mujer insegura. Ni siquiera el aislamiento de Pershwick la había inducido a mostrarse más decidida. Como era una de las primeras descendientes del finado conde de Shefford, había conocido a su padre en la flor de su carácter; en cambio Elisabeth, la menor, lo había conocido como un hombre blando y un padre afectuoso.

Leonie no conocía al conde actual, cuya residencia estaba en el norte, lejos de la región intermedia. Después de alcanzar la edad apropiada para casarse, y cuando comenzó a concebir la esperanza de tener marido, quiso relacionarse con su tío. La tía Beatriz había explicado, con palabras bondadosas, que puesto que tenía ocho hermanos y hermanas, y docenas de sobrinas y sobrinos, además de sus propios hijos, que eran seis, y de los hijos de éstos, era poco probable que el conde se interesase en la hija de la hermana que no había hecho un buen matrimonio y que ya había muerto.

Leonie, que entonces tenía quince anos, y que vivía aislada del mundo, comenzó a creer que jamás podría casarse. Pero el orgullo pronto reafirmó sus derechos, un orgullo que no le permitía pedir ayuda a los parientes que no la conocían y que jamás habían preguntado por ella.

Un tiempo después comenzó a creer que quizá estaría más cómoda sin un marido. No se formuló la amenaza usual de enviarla a un monasterio, y ella. era la señora de su propio dominio, una mujer independiente, subordinada sólo a un padre que no la trataba, y que tenía pocas probabilidades de demostrar mayor interés por ella.

Era una posición muy particular y hasta envidiable, se dijo la propia Leonie, cuando sofocó esos anhelos iniciales de contraer matrimonio. La

mayoría de las mujeres ni siquiera conocía a los maridos antes de contraer matrimonio, y era probable que terminasen como propiedad de un anciano, o un hombre cruel o indiferente. Sólo los siervos se casaban por amor.

De manera que Leonie llegó a creer que ella era una persona afortunada. El único aspecto que deseaba modificar era su aislamiento, y precisamente por eso se había aventurado a ir sola a Crewel para ver el torneo.

Nunca había presenciado uno, y sentía vivos deseos de hacerlo. La política del rey Enrique era prohibir todos los torneos, excepto unos pocos celebrados en circunstancias especiales y con su autorización específica. En Francia había torneos a cada momento y en casi todos los lugares, y muchos caballeros se enriquecían yendo de uno a otro. No era así en Inglaterra, quizá porque antaño solían terminar en sangrientas batallas.

El torneo de Crewel al principio fue interesante. El Lobo Negro ingresó al campo revestido con su armadura completa, acompañado por seis caballeros, y todos ostentaban los colores de aquél: negro y plata. Todos eran hombres corpulentos e impresionantes. Los siete antagonistas también revestían armadura. Leonie identificó a unos pocos por sus estandartes: eran vasallos de sir Edmond Montigny. En ese momento, el Lobo Negro era el nuevo señor.

No se había preguntado por qué el actual señor de Kempston había desafiado a sus nuevos vasallos. Había muchas explicaciones posibles, pero ninguna le interesaba. Atrajo su atención el Lobo Negro y la dama que entró corriendo en el campo para ofrecerle una insignia. Vio también la escena del beso, cuando él alzó en sus brazos a la dama. ¿Sería su esposa?

La multitud saludó a gritos el beso, y después, casi inmediatamente, comenzó la lid, un fingido combate en que todos los contrincantes intervinieron con la máxima ferocidad. Había reglas rigurosas que se aplicaban a estos encuentros y que permitían distinguirlos del combate real, pero esa mañana nadie hizo caso a las normas. Inmediatamente se comprobó que los siete caballeros del segundo grupo se proponían desmontar al Lobo Negro. Lo consiguieron muy pronto y sólo la agilidad de los caballeros del Lobo Negro impidió que él fuese derrotado.

Todo terminó muy pronto, y Leonie regresó decepcionada a su casa, y la única satisfacción que experimentó fue saber que algunos de los nuevos vasallos del Lobo Negro aparentemente no lo querían como señor. ¿Por qué? No podía saber qué había hecho ese hombre. Pero le bastaba saber que no le había sido fácil apoderarse de Kempston.

Leonie despidió a Wilda y se reunió con su tia frente al fuego. Miró pensativa las llamas, y recordó el incendio del bosque y se preguntó qué problemas nuevos le esperarían en el futuro.

-¿Estás preocupada por nuestro nuevo vecino?

Sorprendida, Leonie miró de reojo a Beatriz. No deseaba inquietar a su tia con ese asunto.

- ¿Por qué tendría que preocuparme? –preguntó Leonie.

-Bendita seas, niña, no es necesario que me ocultes tus problemas. ¿Crees que no sé lo que sucede a mi alrededor?

Leonie creía precisamente eso.

-Tia Beatriz, no es muy importante.

-En ese caso ¿no se repetirá el episodio de los caballeros jóvenes y groseros que vienen a amenazarnos con palabras coléricas?

Leonie se encogió de hombros.

-No son más que palabras. A los hombres les agrada rezongar y fanfarronear.

-Ah, como si no lo supiera…

Ambas rieron, pues por supuesto Beatriz conocía a los hombres mejor que Leonie, que había vivido confinada desde sus trece años.

Leonie confesó. -Pensé que hoy tendríamos visitantes, pero- nadie ha venido. Quizá no nos culpen por lo sucedido hoy.

Beatriz frunció pensativamente el ceno, y su sobrina preguntó: ¿Crees que el Lobo Negro tenga otros planes esta vez?

-Es posible. Me asombra que aún no haya incendiado nuestra aldea.

-¡No se atrevería -exclamó Leonie-. No tiene pruebas de que mis siervos hayan provocado sus dificultades. Cuenta únicamente con las acusaciones de sus propios siervos.

-Sí, pero eso es suficiente para la mayoría de los hombres. La sospecha les basta -suspiró Beatriz.

El enojo de Leonie se calm6.

-Lo sé. Mañana iré a la aldea y me aseguraré de que nadie salga por ningún motivo de Pershwick. No habrá más dificultades. Debemos ocuparnos de que así sea.

## CAPITULO 3

Apenas entró al salón, Rolfe d,Ambert arrojó con fuerza su yelmo. Su escudero, enviado poco antes por el rey Enrique, se apresuró a recogerlo. El yelmo tendría que hacer una visita al taller del armero antes de que su dueño pudiera usarlo otra vez; pero Rolfe no pensaba en eso. En ese mismo momento su principal necesidad era destrozar cosas.

junto al hogar que estaba sobre un costado del gran sa16n, Thorpe de la Mare disimulaba la diversión que sentía ante la manifestación de malhumor de su joven señor. Se parecía más al niño que había sido que al hombre que ya era. Thorpe había visto muchas de esas manifestaciones durante los años en que había servido al padre de Rolfe. El padre había muerto nueve años antes, y el hermano mayor de Rolfe había heredado el título y la parte principal de sus propiedades en Gascuña. La propiedad legada a Rolfe era pequeña, pero el codicioso hermano había deseado incluso esa porción, y había expulsado a Rolfe de su hogar.

Thorpe partió con Rolfe, renunciando a su posición cómoda para seguir al joven caballero, en lugar de servir al hermano. Los años que siguieron fueron muy buenos, y durante ese período combatieron como mercenarios y se enriquecieron con los rescates obtenidos en los torneos. Rolfe tenía veintinueve años y Thorpe cuarenta y siete; sin embargo, Thorpe nunca había lamentado su decisión de permitir que el hombre más joven lo mandase. Otros hombres pensaban del mismo modo, y Rolfe se había convertido en jefe de nueve caballeros y casi doscientos mercenarios, y todos

habían decidido continuar con él, que ya se había instalado en una propiedad.

Pero, ¿podía afirmarse que Rolfe se había asentado? Thorpe sabía lo que Rolfe pensaba acerca de la generosidad de Enrique. La propiedad le provocaba gran inquietud. Rolfe estaba dispuesto a abandonarlo todo y regresar a Francia. La propiedad era algo que constituía a lo sumo un honor, pues no le aportaba nada concreto y reducía cotidianamente su oro.

- ¿Me has oído, Thorpe?

-Los criados no hablaron de otra cosa desde que el leñador se trasladó a la residencia para pasar la noche -replicó Thorpe, mientras Rolfe se dejaba caer pesadamente en la silla que estaba al lado de su compañero.

- ¡Maldición!

Rolfe descargó el puño sobre la mesa que tenía cerca; en el centro de la madera apareció una grieta. Thorpe mantuvo su expresión cuidadosamente neutra.

- ¡Ya es suficiente! -rugió Rolfe-. El pozo envenenado, los rebaños arrojados al bosque, los pocos animales de los siervos robados, y éste es el tercer incendio. ¿Cuánto tiempo llevará reconstruir esa choza?

-Dos días, si varios hombres trabajan de prisa.

-Y por lo tanto habrá que descuidar los campos. ¿Cómo puedo hacer la guerra si me mordisquean constantemente los flancos? ¿Y cómo puedo salir de Crewel, y regresar y encontrar que no queda nada, que los siervos huyen y los campos no producen?

Thorpe sabía que era mejor no contestar.

-¿Quieres que enviemos nuevamente algunos hombres a Pershwick? -preguntó cautelosamente Thorpe-. ¿Quieres castigar a los siervos?

Rolfe meneó la cabeza.

-Un siervo no actúa por propia cuenta. No, los siervos cumplen órdenes, y quiero atrapar a quien imparte las órdenes.

-En ese caso, tendrás que buscar en otro sitio y no en Pershwick, pues conocí a sir Guibert Fitzalan, y juro que cuando supo la raz6n de mi visita, su sorpresa era demasiado real para creer que fingía. No es un hombre que descienda a este tipo de canallada.

-Sin embargo, alguien está azuzando a los siervos para que cometan fecharías.

-De acuerdo. Pero no puedes tomar esa torre. Pershwick pertenece a Montwyn, y sir William de Montwyn dispone de dominios suficientes, de modo que si lo intentas puede convocar a más hombres de los que puedes enfrentar,

-No perdería esa batalla -dijo sombríamente Rolfe.

-Pero perderías la ventaja que tienes aquí. Mira cuánto te ha llevado conquistar dos de los siete dominios pertenecientes a Kempston.

-Tres.

Thorpe enarcó el ceño.

-¿Tres? ¿C6mo es eso?

-Imagino que puedo agradecer esto a Pershwick, pues cuando hoy llegué al dominio Kenil estaba tan furioso por lo que había sucedido aquí que ordené destruir los muros. Ese sitio ha terminado.

- ¿Y Kenil es inútil hasta que se reconstruyan los muros?

Era la única conclusión posible.

-Yo... bien, sí.

Thorpe no dijo más. Sabía que Rolfe había pensado usar las catapultas s6lo como recurso extremo para tomar las siete torres. Era parte de un plan audaz concebido cuando el torneo no logr6 imponer el sometimiento de los vasallos rebeldes. Se había organizado el torneo para beneficio de esos vasallos, para ofrecerles la oportunidad de conocer a su nuevo señor y apreciar sus cualidades. Pero en lugar de limitarse a comparar su destreza con la que ellos tenían, habían intentado matarlo. Por lo tanto. Rolfe se encontraba en la posición poco envidiable de ser él señor de ocho residencias de las cuales siete rehusaban acatarlo.

Hacer la guerra contra sus propios vasallos nunca era provechoso, y menos todavía era destruir la correspondiente propiedad. De manera que Rolfe reclut6 quinientos soldados de las fuerzas del rey Enrique. Los dominios de Harwick y Axeford negociaron la rendición, sin que se dañasen las Propiedades, tan pronto la parte principal del ejército de Rolfe apareció frente a las puertas. Después, el ejército pasó a Kenil, un mes Y medio más tarde. Kend había caído.

Rolfe cavilaba y Thorpe pensó un momento en que era extraño que lady Amelia no se hubiese presentado. Probablemente había oído la voz colérica de Rolfe, y preferiría esconderse. La amante de Rolfe aún no lo conocía bien, y no sabía que no era hombre de descargar sobre ella su enojo.

Vacilante, Thorpe preguntó: - ¿Comprendes que no es el momento oportuno para lanzar tu ataque hacia el este? Debes limpiar tu propia casa antes de ocuparte de otra cosa.

-Lo comprendo -dijo Rolfe con expresión obstinada-. Pero dime qué debo hacer. Propuse comprar Pershwick, pero sir William escribió que no puede vender esa propiedad porque Pershwick es parte de la dote de su hija; se la dejó la madre. ¡Al demonio con las finezas! La hija está sometida al dominio del padre, ¿no es así? Él podría obligarla a vender, y entregarle otra propiedad.

-Quizá el testamento de la madre dice precisamente que así tienen que ser las cosas, y el padre no puede hacer nada.

Rolfe frunció el ceño.

-Te aseguro, Thorpe, que no soportaré otra ofensa. -Podrías casarte con la hija. En ese caso, tendrías el dominio sin necesidad de pagarlo.

Los ojos de Rolfe, que eran negros al entrar al salón, comenzaron a recuperar su color normal el castaño oscuro. Thorpe casi se sofocó.

- ¡Era sólo una broma!

-Lo sé- murmuró Rolfe con gesto pensativo, demasiado pensativo para el gusto de Thorpe.

-Rolfe, por amor de Dios, no tomes en serio la idea. Nadie se casa sólo para controlar a unos pocos siervos. Ve a ese lugar y aplasta algunas cabezas, si es necesario. Tienes que infundirles temor.

-Ese no es mi estilo. Los inocentes sufrirían al mismo tiempo que los culpables. Si pudiera atrapar a uno de los bandidos. le aplicaría un castigo ejemplar. Pero cuando llego al lugar del hecho han desaparecido hace

mucho tiempo. -Hay muchas razones que justifican el matrimonio, pero imponer disciplina a los siervos de un vecino no es una buena razón.

-No, pero obtener la paz cuando se la necesita es una razón apropiada- replicó Rolfe.

-¡Rolfe!

¿Sabes algo acerca de esta hija de sir William?

Thorpe suspiró exasperado.

- ¿Cómo puedo saber algo? Soy tan nuevo como tú en Inglaterra.

Rolfe se volvió hacia sus hombres, reunidos en el extremo opuesto del salón. Tres de sus caballeros habían regresado con él de Kenil al frente de una reducida tropa de soldados. Dos provenían de Bretaña, pero sir Evarard era originario del sur de Inglaterra.

-Evarard, ¿conoces a mi vecino, sir William de Montwyn?

Evarard se aproximó.

-Sí, mi señor. Hubo un tiempo en que frecuentó la corte, lo mismo que yo, cuando era joven.

-¿Tienen muchos hijos?

-No puedo decir cuántos tiene ahora ' pero entonces tenía una sola, una hija... Fue, la última vez que lo vi en la corte Eso era hace cinco o seis años, antes de la muerte de su esposa. Entiendo que ahora se ha casado con una mujer joven, pero ignoro si ha tenido hijos de esta unión.

- ¿Conoces a esa hija?

-La vi una vez con su madre, lady Elisabeth. Recuerdo que entonces me extrañó que una madre tan bella pudiese tener una niña tan desagradable

- ¡Vaya! -exclamó Thorpe-, Rolfe, ¿ahora dejarás en paz esa absurda idea?

Rolfe no hizo caso de su viejo amigo.

-¿Desagradable, Evarard? ¿Por qué?

-Tenía grandes manchas rojas que le cubrían todas las partes visibles de la piel. Era lamentable, pues la forma de su cara anunciaba quizá una belleza semejante a la de su madre.

- ¿Qué más puedes decirme de ella?

-No he vuelto a verla, y entonces se ocultaba tras las faldas de su madre.

- ¿Su nombre?

Sir Evarard frunció el ceño tratando de recordar. -Lo siento, mi señor. No lo recuerdo.

-Mi señor, es lady Leonie.

Los tres hombres se volvieron hacia la doncella que había hablado. A Rolfe no le agradaba que los criados estuviesen tan atentos a sus conversaciones. Frunció el ceño.

- ¿Y cuál es tu nombre, muchacha?

-Mfldred -replicó ella con una expresión apropiadamente sumisa. Cuando el señor la miró, sintió deseos de arrancarse la lengua por haber hablado. Era terrible verse obligada a soportar el carácter de sir Rolfe.

- ¿Cómo conoces a lady Leonie?

Mildred reunió valor para responder a la pregunta. -Ella... ella venía a menudo aquí, desde Pershwick cuando...

- ¡Pershwick! -rugió Rolfe-. ¿De modo que vive allí? ¿No en Montwyn?

Mildred palideció. Sentía afecto por lady Leonie, y prefería morir antes que perjudicarla. Sabía que su señor achacaba a Pershwick la culpa de los daños soportados por Crewel después que él se había instalado allí.

-Mi señor, por favor -se apresuró a decir Mildred-. Esa dama es muy bondadosa. Cuando el médico de Crewel abandonó a mi madre para que muriese de una enfermedad que él no sabía curar, lady Leonie la salvó. Conoce bien las Partes de la curación. Juro que ella sería incapaz de dañar a nadie.

-¿De modo que vive en Pershwick? -Ante el gesto renuente de asentimiento de Mildred, Rolfe preguntó:- ¿Por qué allí y no con su padre?

Mildred retrocedió un paso, los ojos agrandados por el miedo. No podía hablar mal de otro señor, aunque se tratara de personas con quienes su nuevo amo no simpatizara. Sin duda se la castigaría por criticar a sus superiores.

Rolfe comprendió el temor que la dominaba y suavizó el tono.

-Vamos, Mildred, dime lo que sepas. No tienes porque temerme.

-Sucede... sucede únicamente que mi antiguo amo, sir Edmond, afirmó que a sir William le agradaba demasiado la bebida cuando su primera esposa falleció. Sir Edmond no permitió que su hijo se casara con lady Leonie, porque sir William jura que él no tiene hija. Dijo que una alianza con ella en nada les aprovecharía. La enviaron a Pershwick cuando falleció su madre, y desde entonces ha vivido apartada de su padre, o por lo menos eso he oído decir.

-¿De modo que lady Leonie y el hijo de sir Edmond estaban... en relaciones estrechas?

-Ella y sir Alain sólo se llevaban un año, mi señor. Sí, estaba muy cerca uno del otro.

- ¡Maldición! -rugió Rolfe-. Entonces, ¡en efecto ella induce a sus siervos a molestarme! ¡Lo hace por amor a los Montigny!

-No, mi señor- se arriesgó de nuevo a decir Mddred-. Ella no es capaz de hacer tal cosa.

Rolfe no prestó atención a esa declaración, pues ya había apartado de su mente a la criada.

-No me extraña que no hiciera caso de nuestras quejas si la propia señora del dominio está contra mí. Pero si hago la guerra a Perswick, estaré combatiendo contra una mujer. Thorpe, ¿qué piensas ahora de tu broma?

Thorpe suspiró. -Antes de apresurarte a hacer algo, piensa si quieres por esposa a una criatura deforme.

Rolfe no hizo caso de la observación.

-¿Hay una ley que me obligue a vivir con la dama?

-En ese caso, ¿para qué desposaría? Trata de ser razonable, Rolfe. Todos estos años has evitado el matrimonio, a pesar de que muchas bellezas lo deseaban.

-Entonces no tenía tierras, Thorpe, y no podía casarme si no estaba en condiciones de ofrecer un hogar a mi esposa.

Thorpe comenzó a decir algo, pero Rolfe afirmó: -Lo que ahora más deseo es la paz.

- ¿La paz? ¿O la venganza?

Rolfe se encogió de hombros.

-No ofenderé a la dama, pero lamentará perjudicarme, si eso es lo que se propone. Veremos si le agrada que la encierren en Pershwick el resto de sus días, y que ahorquen a su gente... por el más mínimo delito. Conseguiré acabar con estas dificultades.

¿Y lady Amelia? -murmuró Thorpe.

Rolfe frunció el ceño.

-Vino aquí por propia decisión. Si desea marcharse, que lo haga. Pero si prefiere quedarse, bienvenida. Que yo tome una esposa no modificará mis afectos en otros sentidos. 0 en todo caso, la situación no cambiará si tomo a esta esposa. No estoy obligado a complacerla, especialmente después de todo lo que ha hecho. Lady Leonie no tendrá voz en lo que yo haga.

Thorpe meneó la cabeza y no dijo más. S61o podía alentar la esperanza de que una buena noche de descanso volviese la sensatez a Rolfe.

## CAPITULO 4

Rolfe se paseó en la antecámara del rey. Era bueno que Enrique hubiese consentido en verlo sin mucha demora, pero Rolfe detestaba pedir favores, aunque en este caso, el favor no costaría a Enrique más que algunas palabras escritas en un pergamino. En cambio, a Enrique le encantaba hacer favores La nueva jerarquía de Rolfe, convertido en uno de los barones de Enrique, había sido uno de esos favores, concedido sin aviso previo, durante una charla amistosa la última vez que Rolfe había estado en Londres. Las tierras de Kempston habían surgido imprevistamente en la conversación entre ellos, y Enrique había preguntado a Rolfe si deseaba adueñarse de Kempston

A decir verdad, Enrique había deseado durante mucho tiempo recompensar a Rolfe porque había salvado la vida de su hijo natural, Geoffrey. Hasta ese momento, Rolfe había rechazado todos los ofrecimientos, con la afirmación inconmovible de que la seguridad del hijo del rey no era más que uno de sus deberes. En realidad, no era la primera vez que Rolfe ayudaba a Enrique. Pero el monarca se sintió sorprendido cuando Rolfe aceptó la oferta de Kempston, porque en verdad Kempston no representaba un beneficio, y habría que conquistarlo con un costo considerable. Inmediatamente ofreció algo mejor a Rolfe aprovechando que el vasallo al fin demostraba interés en asentarse.

-¿Algo más cerca de Londres? Puedo arreglar Rolfe levantó una mano para interrumpirlo antes de que el rey pudiese continuar tentándolo.

-Mí señor, lo que me agrada en Kempston es precisamente el reto, y además no deseo tierras que no merezca. Aceptaré a Kempston Y ciertamente agradeceré la oferta.- ¿Agradecerme?, -Enrique pareció desconcertado.- Soy, yo quien debe agradecer, pues en realidad me

resistía a pagar un ejército para conquistar ese lugar. Ahora no me costará nada y tendré a un hombre en quien sé que puedo confiar para reprimir la ilegalidad en esa región. Me prestas un servicio, Rolfe, y éste no es el modo en que pensaba recompensarte por todos los restantes servicios. ¿Qué más puedo ofrecerte? ¿Una esposa que te aporte un amplio dominio?

-No, mi señor -contestó Rolfe riendo-. Prefiero asegurar la posesión de Kempston antes de pensar en una esposa.

Por irónico que pareciera, una esposa era precisamente la razón por la cual Rolfe estaba allí, paseándose en la antecámara. Su propuesta, el pedido de mano a Leonie de Montwyn había sido rechazada sin más trámite

Sabía que había otros modos que no eran el matrimonio para terminar con las dificultades. Siempre podía incorporar más hombres que patrullasen los límites de sus posesiones, e impidiesen el paso de los siervos de Leonie, hasta el momento en que el dominio de Rolfe en Kempston estuviese asegurado. Pero Rolfe se decía que los gastos que tendría que realizar si incorporaba hombres suficientes para patrullar toda la región serían enormes.

- ¡Maldito sea!, no continuará enflaqueciendo mis caudales más de lo que ya ha hecho! -exclamó irritado Rolfe. y entonces advirtió avergonzado que Enrique había entrado a la habitación.

-¿Quién no enflaquecerá tus caudales? -preguntó Enrique, sonriendo mientras se acercaba- ¿Lady Amelia? ¿También ella nos visita?

-No, mi señor. Está en el campo -replicó Rolfe, incómodo ante el tema de la pregunta.

Rolfe nunca se sentía cómodo en presencia del rey.

Rolfe era un hombre mucho más alto y corpulento, pero Enrique era el rey de Inglaterra y no era probable que alentase a nadie a olvidar ese hecho. También era un hombre muy robusto, de hombros anchos, el cuello grueso y los brazos musculosos de un luchador. Enrique tenía los cabellos rojos, y los llevaba cortos, de acuerdo con la moda; y este hecho destacaba su rostro sonrosado. No vestía con lujo, a diferencia de la reina, aunque ya nadie la veía con frecuencia, pues Enrique la había desterrado a Winchester, por instigar las disputas entre él y sus hijos.

Enrique se encontraba en excelente estado físico por tratarse de un hombre de cuarenta años. Podía caminar y cabalgar más tiempo que sus cortesanos y generalmente agotaba a quienes intentaban seguirle el tren. Era un hombre de tanta energía que rara vez se sentaba. Solía ingerir sus comidas de pie, caminando alrededor del salón. La etiqueta de la corte impedía que nadie se sentara, una molestia que provocaba abundantes quejas, aunque nunca cuando el rey podía oírlas.

Después de las cortesías de práctica, y cuando ambos ya estaban sentados, cada uno con un vaso de plata lleno de vino, Enrique pregunt6 con un guiño de sus ojos grises: -No esperaba verte durante un tiempo. ¿Has venido con el propósito de maldecirme por la cesión de Kempston?

-Mi señor, allí todo está bien -se apresuró a decir Rolfe-. Cuatro de los ocho dominios son míos, y los cuatro restantes soportan un estrecho asedio; no tardarán en caer.

- ¡De modo que el Lobo Negro ha estado a la altura de su reputación! -exclamó complacido Enrique.

Rolfe se sonrojó. Detestaba el apodo, y se sentía seguro de que se inspiraba en sus rizos negros más que en sus proezas lobunas. Ese título no lo halagaba.

-Su majestad, mi visita tiene menos que ver con Kempston en general que con Crewel en particular. Alli tengo una vecina que ha levantado su gente contra la mía. Y no soy hombre inclinado a enredarse en problemas domésticos.

- ¿Acaso un luchador tiende a eso? -sonrió Enrique-. Pero, me hablas de una vecina. ¿De modo que es una mujer? No recuerdo que en esa región haya viudas.

-No es viuda ni esposa de un señor ausente. Es la hija de sir William de Montwyn, y reside en su propiedad que se encuentra contigua a Crewel.

-Sir William- repitió Enrique, pensativo-. Ah, ya lo recuerdo. Un barón que desposó a una de las hijas de mi conde, creo que se llamaba lady Elisabeth... sí, hija de Shefford. Pero se encerró en sus propiedades hace unos seis años, cuando falleció Elisabeth. Un asunto trágico. Se casaron por amor, y él sufrió terriblemente a la muerte de su esposa.

-Según me dicen, encerró a su hija en Pershwick, y la olvidó.

-¿Qué quieres decir?

-Parece que el hombre no desea que le recuerden que tiene una hija.

Enrique meneó la cabeza.

-La recuerdo. No era una niña bonita, pero tenía carácter. Creo que su madre afirmaba que padecía un desorden nervioso. La pobre mujer siempre andaba persiguiendo con medicinas a su hija. ¿Dices que sir William la ignora? Esa actitud no tiene disculpa. Vaya, esa joven seguramente tiene alrededor de veinte años. Debería haberse casado hace mucho. Incluso si es difícil encontrarle marido siempre hay un hombre que pueda ser comprado, ¿no es verdad? Si no está destinada a la Iglesia, necesita un esposo.

-Coincido, mi señor. -Rolfe aprovechó la oportunidad que se le ofrecía.- Y yo podría ser ese esposo.

Hubo un silencio desconcertado, y después Enrique se echó a reír.

-Bromeas, Rolfe. Provocas los suspiros de mis damas más hermosas. Y sin embargo, ¿estás dispuesto a aceptar a una muchacha fea?

Rolfe contrajo el ceño. Imaginó que era excesivo optimismo presumir que el patito feo se hubiera convertido en un cisne.

-Pocos matrimonios se conciertan obedeciendo a la preferencia -replicó estoicamente Rolfe.

-Pero... eres dueño de tu persona. Nadie está diciéndote que debes casarte con esta joven. Entonces, ¿por qué deseas hacerlo?

-Además de la paz interna que el hecho promoverá, somos vecinos. Ha vivido allí mucho tiempo, y puede ayudarme a lidiar con los restantes vecinos. Además, también ella tiene vasallos. Cuento con nueve caballeros que me siguen. Pero algunos no tienen capacidad de mando, y yo necesito hombres que controlen los siete dominios restantes.

-Comprendo tu razonamiento, Rolfe, pero puedo encontrarte una esposa que satisfaga por lo menos la mitad de esos objetivos, y que también sea agradable.

Rolfe se encogió de hombros.

-Siempre hay mujeres como Amelia.

Enrique sabía a qué atenerse en ese punto. Estaba viviendo públicamente, como marido y mujer, con la princesa Alice de Francia. Mientras un hombre tuviese amante, ¿qué importaba el aspecto de la esposa? Eso era cierto.

-Muy bien- dijo Enrique-. ¿Só1o se necesita mi permiso?

-Más que eso, Su Majestad. He pedido la mano de la joven, y fui rechazado. Sin explicaciones.

-¿De modo que se le niega marido a una hija única? -rezongó Enrique-. Por Dios, la boda se concretará en el plazo de tres semanas. Haré publicar inmediatamente los bandos, y mi mensajero llegará por la mañana a la residencia de sir William. -Y después, con un tono menos ofendido, preguntó: - Pero, Rolfe, ¿estás seguro de que eso es lo que deseas? ¿Este matrimonio no te inspira cierta vacilación?

En efecto, así era, pero Rolfe no deseaba mencionarlo.

-Estoy seguro -declaró, y Enrique sonrió-. En ese caso, te complacerá saber que la dama es heredera única de sir William, y que Montwyn vale tanto como las retribuciones de cinco caballeros... según lo que yo recuerdo. También fue la única heredera de su madre, y ella le dejó una dote de tres dominios. -Enrique sonrió.- El vasallo de Rethel tiene seis hijos varones, que te serán útiles. Lady Leonie también es sobrina del conde de Shefford, y hay otros tíos y tías, la mayoría bien situados. Los parientes influyentes no perjudican a un hombre, ¿verdad?

Rolfe se sorprendió. De modo que ella era una heredera con una dote mucho más rica que lo qué él había creído posible, y además tenía parientes de elevada cuna... imaginó que todo esto debía complacerlo, pero a decir verdad había creído que se trataba de una mujer solitaria. Comenzó a preguntarse si su propia c6lera lo había inducido a pedir más de lo que en realidad deseaba tener.

## CAPITULO 5

Lady Judith no sabía por qué Rolfe d'Ambert deseaba desposar a Leonie. De haberlo sabido, se habría enfurecido. En las condiciones del caso, Judith se encontraba en un estado casi histérico.

Había retrasado el momento de comunicar a William la orden del rey, con la esperanza de que sucediera algo que frustrase la boda. Pero era la víspera del día señalado, y el pánico la dominaba.

Estaba sentada frente a la mesa, sobre el alto estrado, esperando la llegada de William; había enviado a un servidor con orden de arrancarlo del sueño. Era la mañana, y mucho más temprano que la hora a la que William solía despertarse. Judith formuló el deseo de que la mente confusa de William se aclarase lo suficiente y le permitiera entender lo que ella tenía que decirle; pero sólo en la medida necesaria para obtener buen resultado. Si él llegaba a recuperar la sobriedad durante un lapso prolongado, podía echar a

perder todo lo que ella había logrado en el curso de los años. Si William llegaba a entender lo que ella habla hecho, la mataría.

Judith no se detuvo mucho en esta idea. Sabía que, de habérsele ofrecido la oportunidad de retornar al punto de partida, no habría actuado de distinto modo.

William había destruido todos los sueños de Judith. Había vivido sumido en un estupor alcohólico, provocado por su dolor ante la pérdida de Elisabeth, y al salir de ese estado descubrió que Judith se había aprovechado de su borrachera para llevarlo con engaños al matrimonio. Por eso la había golpeado casi hasta matarla, y el castigo recibido e había quedado esa pequeña cicatriz que mostraba en la mejilla izquierda. Jamás perdonaría a William por lo que le habla hecho.

La vanidad era el pecado principal de Judith, y la causa de sus malandanzas. Ella habla tenido la certeza de que William la aceptaría como esposa y de que una vez casados se sentiría feliz. Después de todo, seis años atrás ella había sido una bella joven, cuyo único defecto era que carecía de dote. Sus pómulos acentuados, los ojos verdes y luminosos, y los espesos cabellos castaños la distinguían de la mayoría de las mujeres. Muchos hombres habrían deseado desposarla sólo por su belleza, pero ninguno tenía propiedades tan extensas como William de Montwyn.

Pero según sabría después, William no era dueño de todas las riquezas que Judith le atribula. Tres de sus dominios pertenecían a su hija. De haberlo sabido, Judith jamás habría inducido a William a concertar el matrimonio.

Y ese matrimonio lo habla enfurecido de tal modo que Judith se habla visto obligada a mentir y a decir que estaba embarazada. O apelaba a ese recurso, o se la expulsaba inmediatamente. Judith no podía tener un hijo. Un aborto practicado un año antes le había arruinado la matriz; pero William no lo sabía.

Ante la perspectiva de que William insistiese en preguntar acerca del presunto embarazo, Judith había alentado la tendencia de su esposo a la embriaguez. Y desde entonces lo había mantenido en un estado de ensoñación alcohólica. No le importaba que con esa actitud hubiese contribuido a arruinar a su propio esposo, pues lo odiaba desde el día en que él la castigó. Todavía lo odiaba. Ahora no era más que un borracho. No podía soportar su proximidad.

Judith se hizo cargo de Montwyn, y satisfizo todos sus caprichos, desde la compra de joyas y vestidos caros al mantenimiento de apuestos amantes. Todo dependía de ella, y se había ocupado inmediatamente después de contraer matrimonio con William, de que su hija no estuviese en Montwyn, y por lo tanto no pudiera interferir.

Al principio, habla sido fácil decir a William que Leonie habla ido a visitar algunos parientes. Más tarde, Judith comprobó que podía inducir a su marido a creer que veía regularmente a Leonie, tan afectado estaba ese hombre por el alcohol y el dolor. Y así, en poco tiempo, cayó en un estado de permanente desorientación. Podía decírsela lo que fuera, podía llevárselo a creer lo que a uno se le antojara.

Los parientes y los vecinos ya no preguntaban más por Leonie, y creían que había ido a Pershwick por propia voluntad, porque no deseaba vivir junto a un padre borracho. Le dijeron a Leonie que su padre no quería saber nada con ella, y se le prohibió visitar Montwyn. De un modo o de otro, Judith se las ingeni6 para evitar que alguien supiese la verdad.

Entretanto, la dote de Leonie continu6 siendo parte de Montwyn, y Judith se encargaba de gastar todos los beneficios. Rechazaba a todos los que pedían la mano de Leonie, en nombre de William, pues no estaba dispuesta a renunciar al uso de las tierras de Leonie. Si la muerte de la joven le hubiese permitido incorporar sus tierras de un modo permanente a Montwyn, incluso hubiera podido llegar a eso; pero el maldito testamento de Elisabeth dejaba la tierra exclusivamente en manos de Leonie. Si ella moría sin descendencia, la propiedad retornaría a poder de Shefford.

Y ahora, por orden del rey, se la obligaba a renunciar a la tierra. ¿Quién era Rolfe d'Ambert, que así gozaba del favor de Su Majestad? Judith habla rechazado las dos ofertas de Rolfe. La primera en relación con Pershwick, y la segunda con la propia joven; por lo tanto, sabia que Pershwick era lo que el pretendiente deseaba realmente. Si tanto deseaba esa propiedad, ¿por qué no habla tomado por la fuerza el lugar? Era irritante, se dijo Judith por décima vez mientras se paseaba de un extremo a otro de su habitación. Todo lo habla planeado con tanta astucia, ¡y ahora sucedía esto!

-Judith.

Se sobresaltó. No había oído a William que se acercaba. Cuando lo mir6, se impresionó. Se lo vela horrible, mucho peor que de costumbre. William se sentía enfermo todas las mañanas hasta que bebía su primera copa; pero ese día apenas era capaz de levantar su copa. Judith tendría que hablar antes de que él concluyese el primer trago.

-William, tal como me pediste hice todos los arreglos -comenzó Judith con voz serena-. Podemos partir para Pershwick apenas esté listo.

- ¿Pershwick?

-William, donde está Leonie. Pasaremos allí la noche y después iremos a Crewel para asistir a la boda.

- ¿Boda? -La -miró en la cara, el blanco de los ojos tan teñido de rojo que formaba una repulsiva máscara rosa.- No recuerdo...

-William, William, no es posible que hayas olvidado la boda de tu propia hija -dijo Judith con fingida exasperación. Por supuesto, no le había dicho una palabra, y él no habla olvidado nada.

-Tonterías, mujer -dijo William-. Leonie es una niña. ¿Qué boda?

-Só1o un padre puede verla todavía como una niña, William. Tiene casi veinte años. No quieres que se case. Rechazaste todas las propuestas que le hicieron. De modo que el rey ha tomado el asunto en sus manos. Leíste su decreto. ¿Te lo traigo, y así podrás leerlo otra vez? El rey Enrique publicó personalmente los bandos. Leonie se casará con sir Rolfe d'Ambert, en Crewel.

William meneó fatigado la cabeza. Todo eso era demasiado, y no lograba entenderlo. ¿De manera que Leonie tenía casi veinte años? ¿Qué ofertas había rechazado él mismo? ¿Enrique decretaba el casamiento de su hija? Por la sagrada sangre de Cristo, no podía imaginar a su hija como una

mujer. Aún la veía como una niña, con esos grandes Ojos grises tan parecidos a los de su madre. ¿Casada?

-Judith, no recuerdo haber firmado un contrato de casamiento. ¿Se han respetado las estipulaciones de Elisabeth?

Judith frunció el ceño.

- ¿Qué estipulaciones?

-La dote de Leonie debe continuar siendo suya, de modo que ella pueda hacer con esas propiedades lo que le plazca. Ha sido deseo de su madre que se la protegiese de ese modo. Elisabeth estaba protegida en nuestro propio matrimonio, y había decidido que Leonie gozara de la misma ventaja.

Judith contuvo una exclamación. A los ojos de d'Ambert, si llegaba -a conocer el tema de las estipulaciones, ¿la situación cambiaría? Probablemente no, pues sabría que una vez que tuviese a Leonie, podía obligarla a hacer lo que se le antojara. Incluso podía forzarla a vender la tierra, si tal fuera su deseo.

-No necesitas preocuparse por las estipulaciones. -Por una vez, Judith dijo la verdad.- Se firmarán los contratos la mañana antes de la formulación de los votos, y entonces podrás hablar del asunto. Incluso puedes ordenar que redacten ahora el contrato, antes de que partamos.

-Sí, eso sería mejor. ¿Quién es Rolfe d'Ambert?

Lo avergonzaba preguntar, porque seguramente debería saberlo.

-El nuevo señor de Kempston.

-Pero, sir Edmond...

-William, murió hace muchos meses; su hijo huy6 antes de que pudiesen desterrarle. Estoy segura de que recuerdas eso. Nunca simpatizaste con él. Sospechaste su maldad mucho antes de que otros se quejaran de ello al rey.

William suspir6. ¿De qué servía repetir una y otra vez que no alcanzaba a recordar? Tenía la sensación de que habla dormido durante años. Apartó la copa de vino, pero su mano comenz6 a temblar inconteniblemente. Un poco de alcohol lo tranquilizarla, y de nuevo alargó la mano hacia el licor. Só1o un poco. Debía ocuparse del contrato matrimonial. Y si era necesario que viese a Leonie, deseaba que ella no lo encontrase en esa condici6n terrible.

## CAPITULO 6

Informaron a Leonie que el nutrido grupo de viajeros que se acercaba a Pershwick venía de Montwyn. Imaginó que lady Judith le hacía otra visita y que esta vez viajaba con más servidores que de costumbre.

Adoptó las precauciones habituales y envió a todos los hombres aptos a distintos puestos en la torre, de modo que fingieran que eran parte de la guarnición. No podía discutir demasiado si llevaban a los criados de Pershwick para que sirvieran en Montwyn, pero protestaba con mucha vehemencia cuando le quitaban a sus soldados.

Envió un criado a la aldea para prevenir a los que considerasen necesario ocultarse en el bosque hasta que pasara el peligro y despachó a Wflda y a otras dos criadas jóvenes a su propio dormitorio, donde estarían

fuera de la visita de los visitantes y pudieran considerarse a salvo. Wilda tuvo el descaro de protestar. No deseaba perderse el interesante espectáculo que ofrecían los visitantes. Leonie la reprendió duramente.

-¿Deseas que te violen en el jardín como hicieron con Ethelinda? ¿Recuerdas qué aspecto tenía cuando Richer terminó con ella?

Wilda se sometió al ver la cólera y el disgusto en el rostro de Leonie. Richer Calveley trataba a lady Judith con sumo cuidado y profunda deferencia cuando la acompañaba a Pershwick, y esa actitud inducía a Leonie a preguntarse cuál era la auténtica relación entre ambos. Pero cuando iba a Pershwitk sin lady Judith. mostraba un carácter diferente, tan perverso como el que más. De acuerdo con la versión de Ethelinda, se había complacido en lastimarla y aunque Leonie se había quejado a Montwyn, de todo eso no había resultado nada.

La tía Beatriz y Leonie se unieron a sir Guibert en el salón para recibir a los visitantes. Leonie se preparó para otro encuentro desagradable con judith, pero no preveía la terrible visión que se le ofreció cuando un anciano se aproxim6 junto a Judith. Apenas lo reconoció. ¿Su padre había ido también? Se sintió aturdida por una súbita oleada de fieros sentimientos.: amargura, odio, dolor ante la condición patética que se expresaba en el rostro demacrado. Su cara decía bien a las claras que se había convertido en un alcohólico. Pero en ese rostro también había amor, amor a Leonie.

- ¿Leonie?

La voz de William expresó sorpresa como si no estuviese seguro de que fuera su hija. Y por eso mismo la amargura se acentuó en Leonie, y anuló todo el resto. En efecto, ¿por qué tenía que reconocerla? Ya era una mujer no una niña. Hacía seis años que él no la veía. ¡Seis años!

-Es un honor, mi señor - dijo fríamente Leonie-. Si se sientan junto al fuego, estarán a gusto.

William se sintió confundido ante la actitud fría de su hija.

-¿Qué sucede querida? ¿Tu marido no te complace?

Las preguntas traspasaron el corazón de Leonie, pero después se sintió profundamente sorprendida.

- ¿Marido?

-Estás jugando, Leonie -intervino Judith-. Sabes que tu padre se refiere al hombre con quien te casarás mañana.

- ¿Qué?

-No finjas inocencia. Leonie -replicó Judith con expresión de fatiga-. Se han publicado los bandos. El matrimonio se celebrará por orden del rey. Bien sabes que tu padre te avisó apenas llegó el mensajero del rey. -Se volvió a su marido.- ¿No es así William? -William le hizo perfectamente el juego, porque se mostró completamente desconcertado.- ¡No me dirás que olvidaste decirle una palabra! ¡La pobre muchacha tiene un solo dia para prepararse! Oh, William, ¿c6mo pudiste olvidar esto?

Sir Guibert se sintió tan sorprendido como Leonie, pero no podia permitir que se le enturbiase la mente, como le sucedía a la joven. La vida de Guibert cambiaría tanto como la de Leonie. El marido de la joven sería su amo y señor. Se pediría a Guibert y a los restantes vasallos que renovasen el juramento prestado a la joven; eso se haría después de la boda, e implicaría que aceptaban al marido. Y era indudable que Guibert renovaría

su juramento a Leonie. Aprobase o no al esposo, no podía abandonarla. Pero los restantes vasallos quizá prefiriesen alejarse.

- ¿Quién es el esposo de mi señora? -preguntó Guibert, y judith sonrió, sintiendo que lo peor había pasado.

-Los complacerá saber que es su vecino, el nuevo señor de Kempston.

En el silencio desconcertado que siguió, Guibert miró a Leonie, y comprobó que la joven habla palidecido intensamente. Ella no dijo una palabra. Guibert sabía por qué. No podía desobedecer la voluntad del rey, al margen de lo que sintiera al respecto. Y, se dijo Guibert, era hora de que se casara. Lo mismo pensaba desde hacía mucho tiempo. Se - acostumbraría a esa unión. No tenía alternativa.

Sin decir palabra, Leonie se volvió y huyó del salón. Se encerró en su habitación, se arrojó sobre la cama y derramó lágrimas de autocompasi6n. Su padre la consideraba tan poco que se atrevía a informarle de la boda la víspera del día señalado. ¿Tal era su indiferencia frente a ella? ¿Donde estaba el hombre afectuoso que antes había sido un verdadero padre?

Finalmente, record6 que no estaba sola, y mir6 alrededor. Las criadas la miraban con los ojos agrandados por el asombro; antes nunca la habían oído llorar. Con movimientos bruscos se enjugó las lágrimas, irritada porque se habla entregado de un modo tan infantil a sus propios sentimientos. La cólera la reanimó, y la indujo a reaccionar.

Envió a las criadas a la cocina, con órdenes de preparar la cena, y después se sentó frente al hogar, contenta porque estaba sola y podía pensar. Sabía por qué el rey interfería en su vida. No le preocupaba el estado de soltería de Leonie. El propio Lobo Negro había solicitado esa decisión. Leonie estaba segura, pero no alcanzaba a adivinar qué deseaba de ella ese hombre.

Había pasado casi un mes desde el incendio de la choza del leñador, y Leonie había ordenado que su gente no se aventurase en las tierras de Crewel. Las dificultades de ese hombre hablan terminado. Si no hubiera sido así, Leonie habría pensado que deseaba casarse con ella para acabar con esos problemas. Pero como habla reinado la paz durante un mes, no podía ser ésa la raz6n. Era cierto que ella tenía una importante dote, pero la mayoría de las alianzas se concertaban por la ayuda que aportaban tanto como por el dinero, y en este caso no era posible contar con la ayuda del padre de Leonie. De modo que ésa no era la raz6n del Lobo Negro. El señor de Kempston nunca la había visto, y por lo tanto no tenía motivos para sentirse especialmente atraído. ¿Por qué la quería por esposa ... ?

Leonie contuvo una exclamación cuando record6 las palabras de Alain Montigny. "Debo marcharme. He oído lo suficiente acerca del Lobo Negro para saber que no puedo oponerme a que se posesione de mis tierras. Me mataría. No le importará que yo sea inocente de los delitos que 61 me atribuye".

-¿Qué delitos?- habla preguntado la abrumada Leonie.

- ¡Qué importan los delitos! -exclamó Alain-. El rey mató a mi padre y me arrebató todo lo que tengo, para entregar Kempston a su mercenario francés, Rolfe d'Ambert, ese lobo negro del infierno. ¡No me extraña que lo llamen así! Es una bestia salvaje. ¡Ni si quiera me concedieron un juicio! - gimió Alain.

La cólera de Alain se contagió a Leonie. Lo conocía desde siempre. Habían jugado juntos cuando eran niños, y ella incluso había pensado en la posibilidad del casamiento. Pero la debilidad de su carácter se reveló cuando el niño se convirtió en hombre. Ella supo que no seria un buen marido. Pero eran amigos, y la injusticia del rey parecía abrumadora... peor todavía porque Alain no tenía el coraje necesario para defenderse, y no había nadie que lo ayudase.

-Alain, si quieres resistir, sabes que convocaré a mis hombres.

-No -la interrumpir con un gesto nervioso-, sé que me ayudarías, Leonie, pero no puedo pedírtelo. El Lobo Negro es demasiado poderoso. Y ya se acerca con su ejército para ocupar Kempston. Si el rey no lo respaldase...

Dejó inconclusa la frase, como si el rey fuese lo único que le impedía combatir.

-Alain, ¿ad6nde irás?

-Tengo un primo en Irlanda.

- ¿Tan lejos?

-Es necesario. Si permanezco en Inglaterra, el Lobo me encontrará y me matará. Es así, Leonie -insistió-. No es suficiente que Enrique haya entregado mi propiedad al Lobo Negro. Ese canalla me quiere muerto, porque de ese modo jamás podré reclamar Kempston. No puedo repetirte todo lo que he escuchado acerca de su persona, porque acabarlas temiendo a tu nuevo vecino. Pero tienes que saber que se asemeja a Enrique, en que nunca olvida un agravio, ni atenúa un odio. Leonie, muéstrate cuidadosa con él. Estás advertida.

Hubiera debido tener en cuenta la advertencia de Alain y comportarse como una vecina pacífica. Ya era demasiado tarde. Nunca olvida un agravio ni atenúa un odio.

Un sentimiento de temor se insinuó en Leonie. Había provocado dificultades a Rolfe d'Ambert, y él tenía motivos para odiarla.

-Leonie, ¿no tienes nada que hacer?

Leonie se volvió bruscamente y vio que Judith habla entrado a la habitación.

-Señora, nada reclama mi atención.

-Me alegro de saberlo. Temí que retrocedieras.

Leonie esbozó una sonrisa tensa.

-Con respecto a eso, señora, s6lo puedo decir que la decisión del rey es inaceptable.

-No te critico, querida. Si supiera que tu futuro marido está interesado únicamente en apoderarse de mi tierra, tampoco me agradaría.

¡De modo que era eso!

¿Tú lo sabías?

-Mira, d'Ambert trat6 de comprar Pershwick. Por supuesto, William tuvo que decirle que no podía venderla, que era parte de tu dote. Después, pidió tu mano, pero tu querido padre no estaba dispuesto a entregarte a un hombre interesado solamente en tu tierra.

- ¿Mi padre rechazó la oferta?

-Por supuesto. Pero ya ves lo que resultó. Ese hombre acudió directamente al rey, y ahora d'Ambert te tendrá, quieras o no.

-No, no me tendrá. No lo aceptaré. Y hablo en serio, no me casaré con Rolfe d'Ambert.

Los ojos de Judith brillaron un momento.

-Lo harás. Sinceramente, desearía que tuvieses alternativa, Leonie, pero ahora que el rey ha intervenido en este asunto, comprenderás que no es el caso. Destrozaría el corazón de tu padre si tuviera que imponerse, pero en todo caso lo hará. No puede ignorar la orden del rey.

-Yo puedo.

- ¡No seas tonta! -dijo ásperamente Judith, que imaginó inmediatamente una escena entre el padre y la hija que podía revelar demasiado y arruinarlo todo-. A Enrique sólo le interesan sus propios deseos, y ahora quiere que te cases con d'Ambert. Tu padre no desafiaría al rey y tampoco tú lo harás.

Leonie se puso bruscamente de pie, y se manifestó su carácter vivo.

-Déjame, Judith. No tenemos nada más que decirnos.

-Sí, tenemos -replicó sobriamente Judith-. Me jurarás por todo lo que es sagrado que te casarás con el actual señor de Kempston.

- ¡Juro que no lo haré!

-¡Estúpida! -explotó Judith-. Tú misma te lo has buscado. ¡Richer! -Gritó Judith, y el hombre a quien Leonie temía entró a la habitación.- Ya sabes lo que tienes que hacer -dijo-. No la dejes hasta que haya jurado.

Dicho esto, Judith salió de la habitación. Fue a asegurarse de que el salón estaba desierto, y de que continuaría así durante un rato. Nadie debía oír.

Leonie trató de serenar los latidos de su corazón, y de prepararse para soportar lo peor de ese bruto corpulento.

Los cabellos largos y desgreñados y la barba espesa se adaptaban a su actitud ruda. Los ojos de un azul sucio se clavaron en ella con una luz extraña y la desconcertaron del todo. Pero la lenta sonrisa de Richer le contrajo el estómago a causa del terror.

## CAPITULO 7

Esa noche, en Crewel, una clase distinta de temor pesaba sobre lady Amelia. No quería que la devolviesen a la corte, donde había sido una más de las damas de compañía de la princesa Alice, una cara más entre tantas. Alli no tenía poder ni control sobre su propia vida. Debía servir constantemente a la princesa, hacer lo que ella mandara, soportar sus humores.

Una viuda sin propiedades ni parientes tenía escasas posibilidades. Lo que era más importante, Amelia habla comprobado que el casamiento no era, ni mucho menos, tan deseable como la condición de amante. Había

sido la amante de su marido antes de contraer matrimonio, y su situaci6n cambi6 tan drásticamente después del casamiento que no se sintió en absoluto desagradada cuando 61 falleció. Un hombre no se esforzaba por complacer a su esposa tanto como a su amante, pues una esposa no puede abandonarlo, y en cambio una amante si.

Sabia también que la forma de hacer el amor del marido no puede compararse con la de un amante. Quizá la Iglesia tenía mucho que ver con eso, pues predicaba que se hacía el amor únicamente para permitir la procreación, y no para el placer' El marido de Amelia había sido un amante atento hasta el momento del matrimonio, y después consider6 que la relación intima con su esposa era un deber; y como tantos otros deberes, más valla hacerlo de prisa.

No, Amelia no era tan tonta que deseara otro matrimonio, y ni siquiera una uni6n con su amante actua que era e más apuesto de todos los hombres que ella había llevado a su lecho. Pero tampoco deseaba perderlo. A veces era brusco, e incluso se mostraba propenso a los accesos de cólera, pero la posición que ella ocupaba como amante de Rolfe d'Ambert, en definitiva era mucho mejor que lo que hubiera podido esperar. Se la trataba con respeto, casi como si hubiera sido la señora Crewel. Aquí ejercía poder, tanto como el que podía tener una esposa, y eso le encantaba. En la residencia no había otras mujeres que tuviesen jerarquia; solamente criadas. No estaba subordinada tampoco a otra mujer. Allí estaba solamente Rolfe, y él no le pedía nada que Amelia no estuviese dispuesta a dar.

Pero Amelia no se engañaba respecto de la situación. Allí tenía todo lo que deseaba, pero lo tenla por la voluntad de Rolfe. Cuando se cansara de ella y la devolviese a la corte, nada podría hacer al respecto. A lo sumo, estaba a su alcance retrasar ese momento, y obtener de Rolfe el mayor número posible de alhajas y regalos, de modo que cuando llegase el momento de separarse ella estuviera en condiciones de comprar una casa en Londres, donde podría vender sus favores.

Si Rolfe la abandonara antes de acumular suficiente, tendría que retornar a la princesa, o buscar un nuevo amante. Sabía que nunca encontraría uno como Rolfe, es decir, había conseguido llegar a eso s6lo porque él era soltero.

Era tarde cuando Rolfe entr6 al dormitorio y encontró a Amelia acostada en el amplio lecho. Amelia no dormía. Lo mir6 mientras él se acercaba al fuego, reducido a brasas. El no la había mirado, y la arruga que se dibujaba en su ceño evit6 que ella hablase. ¿Estaría pensando en el modo de decirle que era necesario que se marchara?

-Amelia, ayúdame a quitar esa armadura. Ya he despedido a ese incompetente escudero.

De modo que él sabía que Amelia estaba allí, y despierta. El sencillo pedido le dijo tantas cosas que sinti6 deseos de reír. ¡No la había olvidado! Tenía la intención de reunirse con ella en el lecho. Que se propusiera proceder así la víspera del dia en que debía casarse le revel6 lo que él sentia acerca de su futura esposa.

Amelia, era una mujer alta y muy bien formada. Tenía veintitrés años, y un cuerpo esbelto que la enorgullecía. No necesitaba apelar a tretas especiales para suscitar un efecto notable, incluso con las frondosas ropas

de la época. Desnuda, caminaba con una postura orgullosa, y los cabellos castaños le caían sobre la espalda; sus ojos verdes tenían una suerte de lánguida seducción.

Rolfe la miró mientras ella se acercaba con paso lento. Amelia percibió el efecto inmediato que provocaba en él.

-Siéntate, mi señor -ronrone6 Amelia-. No soy tan alta que pueda levantar esa pesada cota de mallas.

Divertido, Rolfe se acercó a un taburete que estaba junto al hogar. Amelia aferró el borde de la cota de mallas y la levantó, y después la pasó sobre la cabeza de Rolfe, que se había ' sentado. Algunos hombres conservaban la armadura días enteros cuando entraban en batalla, y olían peor que un establo descuidado; pero ella nunca habla visto que Rolfe procediera asi. Olía a transpiración, pero era un olor limpio, su propio olor. A Amelia le agradaba.

-Rolfe, te ausentaste varios dias -dijo ella, con un leve mohín mientras se inclinaba para desatar los cordeles de las perneras-. Comenzaba a preguntarme si te verla de nuevo antes de tu boda.

Rolfe emiti6 un gruñido y Amelia sonri6 para sí misma. ¿Hasta dónde podía ella arriesgarse a hablar de la boda?

-Sir Evarard ha estado muy atareado cazando para el festín -continu6 Amelia-. Yo misma me ocupé de la limpieza del sal6n, pues tu mayordomo tenía demasiado trabajo.

Era mentira. Amelia nunca se molestaba supervisando a los criados, pero Rolfe no lo sabia. Ella deseaba que Rolfe creyera que no la preocupaba en absoluto el matrimonio, y que estaba dispuesta a ayudar.

Después, Amelia retiró la túnica y la camisola de Rolfe, pero lo hizo con movimientos tan lentos que Rolfe la sentó sobre sus rodillas antes de que ella hubiese dejado a un lado las prendas. Amelia fmgi6 un chillido de protesta, y él uni6 sus labios a los de Amelia en un beso encendido.

Ella percibió el ansia de Rolfe, pero eso no la impresion6, salvo que sintió satisfacción al saber que él la deseaba con tal intensidad. Apart6 un poco su cuerpo, apoyando las manos sobre el pecho de Rolfe, de modo que él no pudiera besarla otra vez.

-Entonces, ¿aún me deseas? -le preguntó.

- ¿Qué pregunta absurda es ésa? -Rolfe frunció el ceño.- ¿Parece que no es así?

-Mi señor, no me sentí segura de que fuera así cuando supe de tu matrimonio.

Habló en voz muy baja, como si se sintiera herida.

-No necesitas preocuparse por eso -replicó hoscamente Rolfe.

-Pero mi señor, debo hacerlo. Temí tanto que me despidieses...

Se le llenaron los ojos de lágrimas, tal como ella había previsto que sucedería.

- ¿Por qué debía hacer tal cosa?

Amelia casi perdió la batalla mostrando sorpresa, pero reaccionó de prisa.

-Rolfe, deseo permanecer aquí, pero... quizá tu esposa opine de distinto modo.

-No será así.

-Si dices tal cosa, no estás acostumbrado a los celos de la mujeres. Si sabe que me favoreces, exigirá que me marche.

-Aqui no exigirá nada -dijo secamente Rolfe-. Mi voluntad será su voluntad.

-Pero Rolfe, no siempre estás aquí -se quejó Amelia-. ¿Y si se muestra cruel? ¿Y si me castiga?

Rolfe frunció el ceño.

-En ese caso, se la castigará. No deseo que mi gente viva temerosa de su ama.

Esa no era la respuesta que ella estaba buscando.

-Pero, ¿cómo podré defenderme de su cólera cuando no estés aquí? -insistió Amelia.

-Amelia, te preocupas sin motivo. No residirá aquí. Me caso con ella por su tierra, y no por otra razón.

- ¿Realmente? -No pudo ocultar su sorpresa, y él se - Querida, si la deseara no te necesitaría. –Amelia sonrió, y el alivio casi la aturdió.

-Mañana vendrán muchos invitados a la boda. ¿Qué les dirás?

-Que estás a mi cargo.

Ella le rode6 el cuello con los brazos, y frotó sus senos firmes contra el pecho del hombre.

-Entonces, Rolfe, ¿mi posición aquí no cambiará? ¿Los criados continuarán obedeciéndome y...?

-Mujer, hablas demasiado.

Rolfe la besó. Sabía cuál era el juego de Amelia , y eso no lo divertía. Pero si no hubiese necesitado esa distraccion se hubiese divertido, pues no era un hombre que aceptara que lo manipulasen. Si no hubiese estado dispuesto a conceder lo que Amelia pedía, el momento en que ella había formulado el pedido no habría modificado la situaci6n. Rolfe no aceptaba ser esclavo de su propio deseo.

Por lo que se refería a Rolfe, las damas eran criaturas tontas, buenas sólo para coser y chismorrear... y provocar dificultades. Su madre y las damas de ésta se lo habían ense~ fiado. Todas las mujeres usaban el sexo para conseguir lo que querían. Había visto cómo su madre empleaba diferentes tretas con su padre, y eso durante años. Había observado lo mismo en todas las cortes a las que había concurrido. Rolfe tenía por costumbre no conceder nada a una mujer si ella lo pedía en el dormitorio.

Cuando Rolfe terminó con Amelia, olvidó a la mujer. Sin la distracción de Amelia, su mente retornó al tema que lo inquietaba. Impulsado por la cólera, había llegado ala conclusi6n de que necesitaba a Leonie de Montwyn. Otro impulso lo había inducido a visitar al rey para conseguira esa mujer. Pero, la cólera ya disipada, lo invadía un sentimiento de temor.

No deseaba una esposa que no lo enorgullecería y a la cual nunca amaría. Se proponía confinarla en Pershwick, y se dijo que procedería así a causa de las dificultades que ella le había acarreado; pero lo que en realidad lo inquietaba era la fealdad que se le atribuía. Ya se sentía culpable a causa de eso. La joven no tenía la culpa de ser fea. Quizá su apariencia era lo que la llevaba a mostrarse tan rencorosa.

Rolfe se sentía sumamente contrariado por la situación a la cual lo había llevado su mal carácter. Su honor no le permitía tratar de esquivar la situación, y su sentimiento de culpa se acentuaba a medida que pasaban los días, cuando pensaba en la joven y sus expectativas. Más que probablemente la pobre criatura se sentiría muy satisfecha porque al fin tenía un pretendiente, aunque fuese un hombre con quien había disputado antes. ¿Por qué no era posible complacerla? ¿Qué perspectivas se le habían ofrecido anteriormente?

El sentimiento de culpa sofocaba a Rolfe. Quizá no la alejaría de su presencia. En Crewel había una antigua torre. Podía reservarla para esa mujer. No necesitaría verla, y ella no soportaría la vergüenza de que se la alejase del hogar de su marido. De todos modos, verla frustradas sus expectativas de tener hijos, de llevar una vida conyugal más o menos normal. De nuevo se preguntó si podría compartir el lecho con ella, si nada más que verla no lo enfriaría. Todos los hombres querían tener heredero, y en eso él no era distinto. Pero si al verla llegaba a la conclusión de que era imposible...

Para un hombre cuyos nervios generalmente eran como el acero, se trataba de sentimientos muy incómodos. Al día siguiente tendría que poseerla, por lo menos una vez, pues los padres y otros invitados inspeccionarían las sábanas de la cama la mañana siguiente; ésa era la costumbre. Rolfe podía negarse a seguir algunas de las costumbres, por ejemplo la ceremonia en que los cónyuges llegaban al lecho, pero no había modo de evitar la inspección de las sábanas que confirmaba la virginidad de la muchacha. No era posible esquivar eso. Tendría que poseerla o soportar más bromas que las que su carácter estaba dispuesto a afrontar.

## CAPITULO 8

Leonie volvió en sí al oír la expresión sobresaltada de Wilda. Sintió deseos de maldecir a la muchacha porque la obligaba a cobrar conciencia del dolor.

- ¿Qué ha pasado, mi señora? -gimió Wilda al ver las mejillas ennegrecidas e hinchadas de su ama-. ¡Que ardan en los fuegos del infierno! ¡Que la mano que provocó esto se pudra y caiga! ¡Que...

- ¡Cállate, Wilda! -exclamó Leonie, tratando de mover lo menos posible el mentón-. Sabes que me lastimo fácilmente. Seguramente mi aspecto es peor de lo que me siento.

- ¿De veras, mi señora?

-Tráeme el espejo.

Leonie trató de sonreír para calmar la ansiedad de la muchacha, pero el ment6n y los labios agrietados y ensangrentados le dolían mucho, y apenas consiguió insinuar una mueca. El espejo de acero pulido le confirmó que se parecía a una persona que ha sido pisoteada por 1os cascos de un gran caballo de guerra.

Tenía un ojo hinchado y casi del todo cerrado, y el otro apenas entreabierto. Se le habla secado la sangre en los labios sobre el ment6n y bajo la nariz, pero eso era apenas visible comparado con los cardenales azules y negros que le enmarcaban toda la cara. Detestaba imaginar el aspecto del pecho y los brazos, pues Richer no había limitado los golpes a la cabeza de la joven.

Estaba vestida como se encontraba cuando Richer la dejó. Y alguien habla impedido que Wdda se acercara a la habitación la víspera por la noche, de modo que Leonie no se había desvestido. Supuso que se había desmayado poco después de la partida de Richer. Y después no había despertado.

-Creo que he visto tiempos mejores -dijo Leonie y depositó el espejo sobre la mesa-. Temí que ese hombre me hubiese roto la nariz, pero creo que eso se curará... lo mismo que el resto de mi persona.

-Señora, ¿c6mo puedes bromear?

-Porque es mejor que llorar, y eso es lo que haré si recuerdo lo que estos golpes consiguieron.

-Entonces, ¿te casarás con él? - ¿Estás enterada?

-Mi señora, los caballos están ensillados y esperan. Todo está preparado... excepto la contrayente.

Leonie lo hubiera hecho todo para impedir esa situaci6n, pero habla prometido, habla jurado por todo lo que era sagrado, así como por la tumba de su madre, y por lo tanto tendría que casarse con Rolfe d'Ambert. No importaba que le hubiesen arrancado a golpes el juramento... ella había pronunciado las palabras, y tendría que atenerse a ellas.

Su deseo de llorar era muy profundo. Había tenido la certeza de que podría soportar el castigo infligido por Richer, pero se había equivocado. El la abofeteó muchas veces, y cuando con las mejillas escarlata ella no se intimidó ni rog6, comenzó a usar los puños. Leonie había soportado todo lo posible, convencida de que esos golpes no podían ser peores que lo que el Lobo Negro planeaba para ella. Pero cuando comprendió que Richer la mataría si no cesaba en sus golpes, y que no había nadie que lo detuviese, renunció al esfuerzo. Si su padre permitía que sucediera eso, significaba que no estaba dispuesto a salvarla.

Nadie interfirió. Nadie vino, ni siquiera cuando ella gritó. Leonie comprendió entonces que no recibiría ayuda, y entonces hizo lo que tenía que hacer.

Sir Guibert podía matar a Richer para vengarla, pero,

¿de qué servirla? Ese canalla se limitaba a cumplir las órdenes del padre de Leonie. Y aunque ella estaba sofocada por el dolor y el odio que su progenitor le inspiraba, no deseaba más violencia. Por lo tanto, tenla que disimular lo que le habían hecho.

-Wilda, tráeme mis medicinas, y después búscame un vestido conveniente para casarme. No me importa que mi marido sepa que me han obligado a desposarlo, pero nadie más ha de saberlo. ¿Me comprendes? Búscame un velo, un velo oscuro, y también guantes. Reapareci6 mi sarpullido de la infancia, y no hay tiempo de preparar el ungüento que lo aliviará. ¿Entiendes? Eso es lo que dirás a mi tía y sir Guibert.

-Pero ese sarpullido nunca volvió.

-Lo sé, pero no es imposible que me sienta tan nerviosa ante la idea de conocer a mi futuro marido que reaparezca el sarpullido. Y también es comprensible que desee ocultarlo. Ocúpate de que sir Guibert crea esto. Hazlo ahora, y después vuelve y ayúdame a vestirme. Y lleva a Crewel mis medicinas. Pronto volveré a necesitarías.

Cuando estuvo sola, Leonie se sostuvo la cabeza con las manos y sollozó. Ese dia traía la perspectiva de un horror tras otro.

En los lugares inflamados y lastimados aplicó una mezcla de raiz de malvavisco y aceite de rosas. Para calmar los nervios y el dolor general bebió un jarabe sedante preparado con flores de manzanilla. Habría bebido un brebaje de amapola blanca, pero no deseaba dormirse durante la ceremonia de la boda.

Cuando Wilda regresó, Leonie ya estaba sintiendo los efectos del sedante.

- ¿Dijiste a sir Guibert lo que te ordené?

-Sí. Manifestó mucha simpatía, y dijo que explicaría a tu marido la raz6n por la cual aparecerás cubierta con un velo. Y tu tia comenz6 a llorar. Deseaba venir a verte, pero lady Judith la mantuvo ocupada durante la noche y la mañana. En realidad, no creo que haya dormido.

-Es mejor asi. No quiero que me vea como estoy ahora. -Miró a los ojos de su joven doncella y dijo:- Dime una cosa, Wilda. ¿Has estado con un hombre?

- ¡Mi señora! Yo...

-No te reprenderé , Wilda -se apresuró a tranquilizarla Leonie-. Mi madre falleció sin prepararme, pues crey6 que tendría tiempo más tarde para eso. Y no puedo preguntar estas cosas a la tía Beatriz. Deseo saber lo que hoy afrontaré. Dimelo.

Wilda entornó los párpados y habló en voz baja.

-Mi señora, la primera vez será doloroso. El dolor proviene del desgarramiento de la doncellez, y por eso se manchan de sangre las sábanas que serán mostradas a la mañana siguiente. Pero no es un dolor muy intenso y pasa muy pronto. Después... es muy agradable.

- ¿De veras? Las j6venes a quienes conocía en la corte me dijeron que era horrible.

-Mintieron. 0 repitieron lo que sus madres les dijeron, -Se encogió de hombros.- En el caso de algunas mujeres siempre es doloroso, porque creen que es pecado gozar así. Pero si la mujer siente algo por el esposo... - Wilda contuvo una exclamación, al comprender su error.- Oh, mi señora, discúlpame. Sé que ese hombre no te agrada.

-Entonces, ¿siempre me veré condenada a sufrir? Pero yo tampoco le agrado, y quizá no me moleste demasiado. Wilda, te agradezco la explicación.

Leonie se dijo que debía conservar la calma. No podía ir a Crewel temblando de miedo. Si él abrigaba la esperanza de 'intimidarla, aún tenía mucho que aprender acerca de Leonie de Montwyn.

## CAPITULO 9

Leonie reconoció instantáneamente a la mujer que esperaba en el gran salón de Crewel para saludar a los visitantes que acudían a la boda. Se presentó con el nombre de lady Amelia, a cargo de Rolfe d'Ambert; pero Leonie sabía que era la mujer que habla otorgado su favor al Lobo Negro durante el torneo y aceptado su apasionado beso. ¿A cargo? No cabía duda de que era la amante. Pero Leonie no lamentaba el hecho. Si el Lobo Negro la dejaba en paz, podía tener cien amantes.

-Sir William, lady judith, acomódense, mi señor Rolfe los saludará en instantes -dijo Amelia con su voz más cordial. Se volvió hacia Leonie-. Mi señora, si vienes conmigo, te mostraré una habitación donde puedes esperar hasta que comience la ceremonia.

Leonie no dijo una palabra. Siguió a la mujer, satisfecha ante la perspectiva de evitar la compañía de su padre y judith. No había hablado una palabra con ninguno de ellos durante el trayecto hasta Crewel. Su padre habla intentado hablarle, pero ella lo había evitado.

Leonie conocía bien a Crewel. Sabía que Amelia estaba llevándola a la pequeña habitación que se encontraba junto a la capilla. Crewel no se parecía en absoluto a Pershwick. Sir Edmond habla intentado aumentar todo lo posible la comodidad del lugar, y Leonie recordaba que una de las razones por las cuales. le agradaba ir a Crewel cuando era niña tenía que ver con la fascinación de comprobar siempre que algo había cambiado. Un día se trataba de una nueva ,habitación construida a cierta altura sobre el estrado, al fondo del sal6n. Después, cerraron este espacio y lo convirtieron en la cámara del señor. Más tarde, se agregó un cuarto en el extremo opuesto del sal6n, sobre el pequeño hogar de los criados: eso fue cuando ordenaron caballero a Alain. Poco mas tarde, ocuparon el espacio entre las dos grandes habitaciones, y ahora habla una planta alta completa, con muchas escaleras que llegaban desde la. planta baja. El techo original era tan alto que, incluso con la planta superior, todos los ambientes contaban con techos altos.

Era un lugar cómodo, y ofrecía intimidad, que no era el caso de Pershwick, pero el nerviosismo de Leonie se acentuaba. De pronto, recordó que la amante del Lobo Negro los había recibido casi en la puerta. Qué conducta peculiar. El señor de la residencia estaba tratándola despectivamente incluso antes de la boda.

La habitación adonde Amelia la llev6 tenía dos taburetes y una mesa con una botella de vino y varias copas.

-Lady Leonie, quizá pase un rato antes de que todo esté preparado. En primer lugar, hay que acordar los términos del contrato matrimonial.

-No tengo prisa -replic6 Leonie con voz neutra y Amelia la miró con expresi6n dubitativo. Amelia estaba preparada para odiar a su rival, y ansiaba expresarle su desprecio de todos los modos posibles. Pero la joven que estaba allí no parecía mayor que un niño. incluso hablaba como un niño. Con su capa que la envolvía de la cabeza a los pies y el largo velo que le cubría el rostro, era imposible formarse opinión acerca de su aspecto. Y eso ciertamente modificaba la actitud de Amelia, pues mal podía ver rival en una niña.

- ¿Puedo hacer algo por ti? -preguntó Amelia-. ¿Desearías quitarte el velo o ... ?

Leonie meneó la cabeza.

-Si me envías a mi criada Wilda, te lo agradeceré.

Como quieras -replicó Amelia con un hondo suspiro. En ese instante decidió que pronto regresaría para sorprender desprevenida a Leonie. Sin duda, la joven se quitarla el velo después de permanecer un rato en ese cuartito.

Allí hacia mucho calor.

Encontró a la criada y la envió a lady Leonie, y después, al oír la voz irritada de Rolfe en el salón, caminó de prisa en dirección contraria, hacia la cocina, para comprobar que los preparativos se desarrollasen sin tropiezos.

No era ése un asunto que de costumbre preocupase a Amelia, pues solía dejar en manos del mayodormo de Crewel la administración de la residencia de Rolfe; pero sobre todo no deseaba regresar a la habitación adonde había Hevado sus pertenencias esa misma mañana. Ese cuarto constituía un recordatorio de que, al menos por el momento, ella no era la primera dama de la residencia Crewel.

En su refugio contiguo a la capilla, Leonie oyó una voz que se elevaba, colérica. La identificó porque ya la había oído aquel día en el bosque. El Lobo Negro. Pero era la primera vez que Wilda lo oía, y aunque ninguna de las dos pudo entender las palabras, los ojos de la pobre muchacha se agrandaron de miedo. Leonie no podía tranquilizarla sin apelar a la mentira, de modo que guardó silencio, y agregó un poco más de sedante a su propio vino.

No podía adivinar la razón de la cólera del Lobo Negro. El había insistido en ese matrimonio. Leonie no creía .que esa reacción tuviese que ver con el contrato matrimonial. Suponía que ella misma podía administrar sus tierras ,como lo deseara. Ese había sido el deseo de su madre. Pero no imaginaba que su padre, que demostraba tan escasa preocupación por . ella, insistiría en incluir esa cláusula en el contrato matrimonial. Incluso si mencionaba el tema, ¿qué importancia tenía el contrato para el Lobo Negro? Ya había demostrado claramente que era un hombre dispuesto a despojar a otro de su propiedad siempre que lo deseara.

Este pensamiento le provocó un escalofrío, incluso en esa habitación tan caldeada. El matrimonio la convertiría el] propiedad de su esposo. Podría hacer lo que quisiera con ella. Podía encerrarla por el resto de su vida, e incluso matarla.

Obedeciendo un impulso, Leonie tomó un cuchillito que usaba para cortar vendas y guardaba en su canasto de medicinas, y lo deslizó bajo su cinturón de cuero, disimulado a su vez por el velo. No aceptaría verse de nuevo a merced de un hombre, como le había sucedido con Richer.

-Lady Leonie, te he traído esto de la cocina.

Leonie se sobresaltó y se volvió sin levantarse del taburete. Amelia había entrado a la habitación sin llamar, y traía una bandeja de pequeños bollos. La visitante se detuvo. los ojos verdes agrandados por la impresión, al ver la cara sin velo de Leonie.

- ¿Siempre entras a un cuarto sin llamar?- preguntó Leonie, sorprendida al comprobar que ella misma aún tenía ánimo para irritarse.

-Yo... lo siento, mi señora. Me pareci6 que quizá... -Sorprendida por el estado de su rival, de pronto tuvo audacia suficiente para preguntar:- Tú... ¿no quieres casarte con Rolfe?

Leonie advirtió la desenvoltura con que Amelia utilizaba el nombre de pila.

-No lo quiero por marido, no, pero como ves, no me permiten elegir.

¿Por qué no decirle la verdad?

-En ese caso, mi señora, quizá pueda decirte lo que pienso -propuso Amelia-. Si me concedes unos minutos a solas.

Leonie hizo un gesto a Wilda, y la muchacha salió de la habitación y cerró la puerta. Amelia depositó la bandeja sobre la mesa, pero no se sentó.

-No conoces a Rolfe d'Ambert, ¿verdad? -comenzó.

-No,

-Habrás oído decir que es muy apuesto.

Leonie casi se echó a reír.

-Un hombre puede ser un Adonis, y tener el alma de un demonio.

- ¿No lo quieres? -insistió Amelia.

-He dicho que no -replicó impaciente Leonie.

-En ese caso, te tranquilizará saber que no te molestará. El... te desposa sólo por tus tierras. Mira, yo me ocupo de sus... restantes necesidades.

- ¿Sí?

Amelia frunció el ceño ante el tono sarcástico.

-No es necesario que tú y yo seamos enemigas. Si no lo quieres, no puedes oponerte a que yo lo tenga.

-No me opongo. Quédate con él. Pero tus palabras no me tranquilizara. ¿Por qué desea casarse conmigo si hay muchas mujeres que tienen más tierras que yo?

-Ansia apoderarse de Pershwick a causa de las dificultades que su gente le provoca, un asunto del cual seguramente tú sabes más que yo. Solamente puedo decirte lo que su amigo Thorpe me explicó esta mañana. Rolfe es un hombre temperamental, que obedece a impulsos momentáneos. Si deseara propiedades más extensas, habría salido a buscarlas. Si en el futuro las quiere, tratará de conseguirlas. Siempre obtiene lo que desea, y ansiaba terminar las dificultades con Pershwick. Por eso ha solicitado tu mano. Cuando se la negaron, fue a ver al rey. Ahora tiene lo que desea.

-En efecto. -Leonie habló en voz baja, pues todos sus temores se habían visto confirmados.- Quiero saber una sola cosa -se apresuró a agregar-. ¿Sabes qué planes tiene respecto de mi persona?

-Dijo que te enviaría fuera de aquí después de la boda.

-¿Fuera de aquí? ¿Adónde?

-No lo sé, pero...

Las interrumpió un llamado a la puerta, y entró judith. incluso ella se sintió impresionada cuando vio lo que Richer había hecho. Se estremeció, al recordar el castigo recibido a manos de William.

La sorprendente belleza de la joven había desaparecido a causa de los golpes y los cardenales. Los cabellos rubios plateados formaban una cascada sobre los hombros. La figura pequeña y redondeada estaba cubierta por una camisa gris oscura de mangas largas y muy ceñida, y encima tenla una túnica gris claro bordada con hilos de plata. La túnica tenla grandes mangas hasta el codo, y estaba cortada a los costados para revelar un poco más de la camisa. Un cintur6n de plata destacaba la minúscula cintura. Pero el hermoso cuerpo no distraía la atención del horror de la cara.

-Judith, ¿tienes un motivo para venir aquí? –preguntó fríamente Leonie al advertir que judith continuaba mirándola.

-No puedes presentarte así -afirmó judith.

-¿Por qué? ¿No estoy adecuadamente vestida para la boda?

-Ha llegado el momento -se limitó a decir judith. Al oír estas palabras, Amelia salió de la habitación. judith observo con exprésión de desagrado-: Leonie, me sorprende que hables con esa mujer. Sabes que es la amante de Rolfe.

-Si no lo supiera, tendría que agradecerte la información.

judith prefirió no responder al sarcasmo.

-Ven, tu padre espera para acompañarte. Y tu marido ya está junto al altar. Sabe que ha sido necesario obligarte, de modo que si deseas aparecer así, la vergüenza recaerá sobre ti. Me pareci6 que esa historia acerca del sarpullido fue bastante buena para tu tía.

-Estaba destinada a sir Guibert, y quise evitar que matase al hombre enviado por mi padre. Pero no temas, no me presentaré así.

Con movimientos lentos, Leonie volvió a ajustar el velo y alisó los pliegues. A través de la espesa tela veía bastante mal, pero de todos modos Leonie podía usar un solo ojo. Tenía que echar la cabeza hacia atrás para ver algo, y eso originaba la errónea impresión de que contemplaba con altivez a la gente. En esas circunstancias, el equívoco la beneficiaba.

-Estoy pronta -dijo valerosamente, y judith se sintió un tanto conmovida por su coraje.

A la entrada de la pequeña capilla, sir Wdliam tomó la mano de su hija y la apoyó en su propio brazo, aunque ella se negó a mirarlo. Los bancos estaba ocupados por los invitados, y junto al altar vio la forma corpulenta y confusa de un hombre. Su terror se reavivó cuando el padre comenzó a avanzar con ella por el corredor.

-Leonie, si jamás me necesitas...

-Padre, ya has demostrado cuánto puedo confiar en ti -murmuró ella-. Me entregas a este rufián negro. Te ruego que no continúes demostrándome tu amor y tu consideración.

-¡Leonie!

Había un terrible sentimiento de dolor en la exclamaci6n, y Leonie se sintió abrumada al advertirlo. Pero, ¿cómo se atrevía él, en ese momento, a demostrar su amor? ¿Cómo osaba inducirla a recordar al padre que él había sido otrora? Había bebido para olvidar ese pasado feliz. Pero, ¿qué tenía ella? No, Leonie jamás podría olvidar.

Hubiera dicho eso y muchas cosas más, pero las palabras no podían brotar de sus labios a causa del nudo que sentía en la garganta. Un momento después ya fue demasiado tarde, y ella se encontró al lado del Lobo Negro. Más tarde ella se preguntarla cómo habla conseguido decir las palabras que la unían a ese hombre. ¿Quizá la había llevado a eso sólo el miedo que sintió apenas oyó esa voz profunda, allí mismo, a su lado?

Tampoco Rolfe prestaba mucha atención a las palabras del sacerdote. Trataba de rechazar la amargura que sintió desde el momento en que vio a su futura esposa. No tenía más estatura que un niño, y le llegaba, a lo sumo, al pecho. ¿Y esa niñita le había provocado tantas dificultades? Lo irritaba todavía más el hecho de que ella estuviese cubierta de la cabeza a los pies, como si hubiese sido una leprosa. El vasallo de la joven afirmaba que ella estaba disimulando un sarpullido. ¿Lo creía? ¿Se atrevía a abrigar la esperanza de que desaparecería, como lo sugería sir Guibert?

Para terminar de agravar la situación, la madrastra de la joven lo había llevado aparte, y había confesado que había sido necesario obligar a la joven a acatar la orden del rey. ¿Qué le habían hecho? Probablemente la hablan privado de unas pocas comidas. Eso no interesaba a Rolfe. Lo que le importaba era la resistencia que ella mostraba. Rolfe se había sentido agobiado por el sentimiento de culpa en relación con las expectativas de su prometida; ¡y ahora vela que ella no lo deseaba! ¡Y pensar que él, Rolfe, hubiera podido elegir una esposa entre todas las bellezas de la corte, y ahora tenía que cargar con una prometida renuente!

Sintió deseos de echar de allí a todo el mundo. Tenía una excusa perfecta, pues la lectura del contrato matrimonial lo había ofendido profundamente. ¿Quién había oído hablar de que la dote de una mujer quedase en sus manos, bajo su exclusivo control, después del matrimonio? Pero sir Wflliam se había mostrado inflexible. Todo debía hacerse de acuerdo con los deseos de su finada esposa, y ella había dejado las tierras a la joven. Rolfe firm6 ese absurdo contrato. que lo obligaba tanto como el matrimonio mismo; y eso era lo que en definitiva conseguía: ¡una joven con cuerpo de niña a quien había sido necesario forzar al matrimonio! ¡Por la sagrada sangre de Cristo! comenzaba a preguntarse si no había recaído una maldición sobre su persona. deslizado sin Leonie sintió el movimiento del anillo, mucha delicadeza sobre el dedo cubierto por el guante blanco. Después, el sacerdote invitó al esposo a ofrecer el beso de paz que cerraba la ceremonia. Rolfe no trató de levantar el velo, y apoyó los labios sobre la región general de la frente. Siguió una breve misa. y después el marido retiró de la capilla a Leonie.

El único deseo de Leonie era alejarse de la presencia de Rolfe, pero el festín de la boda comenzó inmediatamente y ella se vio obligada a sentarse al lado de su marido a la cabecera de la mesa. Allí estaba su padre bebiendo en silencio una copa tras otra. Rolfe comenzó a hacer lo mismo, y ella sintió el deseo de seguir su ejemplo. La atmósfera de la reunión era sombría, y al parecer judith era la única que se sentía complacida ante el desarrollo de los acontecimientos. Era también la única que evitaba que en la mesa del señor reinase un silencio total, y charlaba y coqueteaba sutilmente con dos de los caballeros del Lobo Negro.

El marido de Leonie no dijo una sola palabra a su esposa. A las preguntas de sus hombres contestaba con gruñidos. Frente a los recién casados se había depositado una fuente con comida, pero ninguno de los dos tocó el alimento, Leonie porque no estaba dispuesta a levantar el velo en público, y Rolfe porque prefería beber.

En el salón había otros caballeros, unos pocos con sus damas, y también algunos niños. Pero nadie se comportaba corno suele hacerse en tales ocasiones. Leonie comprendió que su presencia era lo que ensombrecía el ánimo de todos; y en realidad, mal podía criticar a la gente si se sentía inc6moda con ella. Seguramente se hacían preguntas acerca de su lamentable estado, y su silencio total. Su rostro permanecía cubierto por un grueso velo.

Trató de retirarse, pero la pesada mano del marido sobre su brazo se lo impidió. No volvió a intentarlo. Se bail6, pero ella apenas prestó atención a la danza. No se atrevía a mirar directamente a Rolfe, y se limitaba a observar sus manos grandes cerradas sobre la copa de vino.

En el curso de su vida, Leonie nunca había creído que no podría pasarla bien en su propia fiesta de bodas; pero ése era el caso, y se veía allí, rígida en su asiento, tratando de evitar las lágrimas, y abrigando la esperanza de que nadie le hablase.

No prestó atención a ninguno de los detalles del festín que los criados de Rolfe y los de Pershwick habían conseguido preparar. Se sirvieron sopas con tocino, y dos cerdos asados con trufas, tres cisnes con sus plumas, un gran jamón con miel, capones y patos, y tantas variedades de salsas de mostaza y entremeses como ella jamás había visto reunidas en una mesa. Las carnes asadas habían estado a cargo del personal de cocina de Rolfe, que no tenla mucha sutileza en la preparación de la comida. Pero como la gente de Pershwick había tratado de superar a los servidores de Crewel, había gran variedad de ensaladas de nabos, habas y judías servidas de diferentes modos.

Habían cocido cerezas y manzanas, para preparar pasteles, y también las sirvieron frescas, adornadas con flores del jardin de Pershwick al que su ama prodigaba tantos cuidados. Los invitados pudieron saborear una docena de quesos y vinos, y un enorme pastel de bodas con almendras y figuras de azúcar que adornaban la torta arriba y a los costados.

Leonie no probó nada de todo eso.

Era tarde cuando, al fin, judith se puso de pie para cumplir con su deber y escoltar a Leonie hasta el dormitorio. A esa altura de la noche, Rolfe estaba tan ebrio que no vio que su esposa se retiraba. Leonie elevó en silencio una plegaria para que él no estuviese en condiciones de visitarla. Era usual que los invitados a la boda ayudasen a desvestir a los cónyuges al momento de acostarse, y varias mujeres a quienes Leonie no conocía entraron al dormitorio con judith y Amelia. Pero Leonie consideró que ya era suficiente y despidió a todas.

cuando estuvo sola, Leonie se apresuró a ocultar el cuchillito bajo su almohada, con la esperanza de no necesitarlo. Pero sabía que, si bien Rolfe quizá no iba por propia voluntad, los invitados se ocuparían de que llegase al dormitorio. Eso podía suceder de un momento a otro, de modo que se

desvistió rápidamente y se meti6 en el amplio lecho. Tenía que despojarse del veló, pero si cerraba las cortinas del lecho podría evitarlas miradas de los invitados que entrarían a la habitación con Rolfe. Y una vez sueltos sus largos cabellos, incluso podría evitar, en parte, que él la viese.

Esperó, temblando a causa de la tensi6n, hasta que al fin la puerta se abrió bruscamente y un grupo de hombres entró a la habitación, llevando a Rolfe d'Ambert a su lecho matrimonial. Todos estaban ebrios, y hubo muchas bromas procaces hasta que el rugido profundo y colérico de Rolfe ordenó que todos se marcharan. Leonie se hundió bajo las mantas, atenta al más leve ruido, preparándose para el momento en que oyese el sonido de las cortinas de la cama que se abrían. Después de varios instantes de dolorosa espera, oyó el movimiento de la cortina y emitió un ahogado grito de temor cuando el cuerpo pesado cayó sobre la cama.

Leonie contuvo la respiración, hasta que le doli6 el pecho. Encogió su cuerpo, imaginando todos los horrores posibles. y de pronto oy6 la voz ronca, muy cerca.

-Duérmete. No acostumbro violar niñas.

Leonie trat6 de comprender lo que él había querido decirle. Algo había contribuido a salvarla. Se sintió tan a¡¡viada que se durmi6 unos instantes después de iniciarse los ronquidos de su marido.

## CAPITULO 10

A pesar de la espesa bruma que envolvía su mente, Rolfe sintió una forma suave que presionaba sobre su pecho y sus muslos. Amelia no solía acurrucarse contra el cuerpo de su hombre en la cama, ni siquiera para buscar calor; él la conocía bastante y sabía bien a qué atenerse en ese sentido.

Pero alli había una forma suave que le entibiaba el cuerpo mientras dormía, y Rolfe la rode6 con un brazo, y dejó descansar una mano entre los pechos de la mujer. Ella gimió, como protestando, y el sonido llegó a la mente de Rolfe. Con un suspiro, retir6 el brazo y comenzó a volverse. Pero ese cuerpo tibio se acercó todavía más. El se pregunt6 fugazmente cuál habla sido la causa del cambio, y de nuevo la rode6 con el brazo. Como ella no protest6, Rolfe comenzó a acariciarla, suavemente, de modo que no se despertara. No tenía prisa, y aún estaba medio dormido.

Su mano estaba descubriendo cosas que lo confundían. La piel de Amelia parecia más suave, como fino raso, y él no percibía salientes huesudas. Las curvas eran firmes pero carnosas, y los pechos grandes, más de lo que abarcaba su mano. No recordaba haber advertido todos esos cambios...

Rolfe despertó instantáneamente. Estaba acariciando a su esposa. A la esposa que había conseguido excitarle. Había creído que era una niña, pero esas curvas no correspondían a una niña.

La muchacha se movi6, apoyando la espalda contra él, provocativamente. casi como si buscará. . ¿qué? ¿Aún estaba dormida, o . él la había despertado y ello lo incitaba a continuar? Lo sorprendía que una

virgen pudiese ser tan osada pero el cuerpo de Rolfe estaba reaccionando mucho más positivamente, y la sangre afluía a su virilidad y provocaba su deseo a pesar del desconcierto y la vacilación.

Ella lo había conseguido. Había logrado que él la deseara si bien Rolfe no sabia qué aspecto tenía la joven, pero sospechaba lo peor. Era la oportunidad que él habla buscado. Mientras la habitación estuviese sumida en la oscuridad y él no necesitara mirarla' podría cumplir con su deber.

Al lado de Rolfe, Leonie estaba teniendo un sueño erótico extraordinario. No sabía que tales sentimientos fuesen posibles. Se aferró al sueño, deseando que nunca acabase, pero en realidad estaba despertando lentamente. Sabía, sin mucha claridad, que estaba acostada contra un hombre, y que la mano de ese hombre la tocaba como nadie la habla tocado jamás. No podía relacionar al hombre que era su marido con el que estaba al lado, a causa del placer que él le deparaba. Estaba dispuesta a esperar que su marido le provocase sufrimiento, no esas sensaciones placenteras.

Cuando comenzó a dolerle la cara, y entró en escena el sufrimiento, despertó instantáneamente. Asustada, deslizó la mano bajo la almohada, en busca del cuchillo.

Rolfe no advirtió que había lastimado a su esposa cuando sus propios nudillos rozaron la mejilla amoratada. Solamente habla deseado apartar de la cara de Leonie la gran masa de cabellos, antes de volverla de espaldas, pues estaba preparado para poseerla y por los sonidos que venían de ella sabia que la joven también estaba preparada. Un dolor irritante lo molestó al costado, y lo desconcertó. Pasaron varios instantes antes de que reaccionase ante el dolor, y se tocara el costado; apartó los dedos húmedos y pegajosos. Lanzó una exclamación colérica.

Leonie, al principio paralizada de miedo a causa de lo que había hecho, saltó de la cama al oír el rugido de Rolfe.

. Rolfe no advirtió que ella había abandonado el lecho, pues él salió por su propio lado en el mismo instante, y avanzó hacia la puerta de la antecámara, donde dormía su joven escudero. Abrió bruscamente la puerta y gritó:

-Damian trae luz. Después, despierta a un criado. Necesito cambiar la ropa de la cama, y hay que avivar el fuego.

Leonie corrió hacia el rincón donde estaban sus baúles. Una rápida búsqueda le permitió hallar la bata. Cuando apareci6 una luz que se acercaba a la puerta, se volvió de prisa para terminar de sujetar la bata.

Eso fue lo que Rolfe vio cuando Damián entró a la cámara con una vela. La escena le cort6 la respiración, pues era la primera vez que veía a su esposa. No medía más de un metro sesenta, pero su cuerpo estaba perfectamente formado. Las curvas eran muy armoniosas, y la espalda esbelta se angostaba hasta formar una minúscula cintura. , y después la

línea del cuerpo se ensanchaba para formar una cadera de redondez perfecta. Leonie retiró los cabellos sujetos por la bata y los desplegó como una nube plateada. ¡Dios mío! ahora veía que ella era exquisita.

Se acercó a la cama, y se inclinó para recoger el cuchillo que había dejado caer, pero 61 dio dos pasos. vio lo que ella se proponía hacer y grit6: -¡Deje eso, señora!

Leonie saltó hacia atrás, asustada, y casi voló hasta el sector de la habitación que estaba en sombras. Era estúpido, muy estúpido haberlo lastimado, pues entonces, ella sufriría doblemente. Sólo habla conseguido empeorar su propia situación.

Rolfe miró curioso la forma acurrucada, y se preguntó qué habla pretendido hacer ella con el cuchillito. La hoja no era tan grande como para lastimarlo mucho. El corte en su costado era a lo sumo un pellizco comparado con las heridas que había sufrido en distintos combates. Quizá la intención de su esposa no había sido herirlo; tal vez se habla tratado de un accidente. Sin embargo, había ido a acostarse con el arma. ¿Por qué?

Rolfe sintió profundo desagrado ante la idea. ¿La intenci6n había sido lastimarse ella misma con la hoja y manchar de sangre las sábanas porque no podía mostrar otra sangre? ¡Qué absurdo ensayar esa vieja treta! A Rolfe poco le importaba que ella no fuese virgen; pero no le agradaba en absoluto que intentaran engañarlo.

Dos criadas entraron para cambiar la ropa de cama, y miraron primero a Rolfe y después a su esposa con expresi6n de sorpresa en el rostro. El gesto de las dos mujeres le dijo que habían llegado a las mismas conclusiones que él.

Y no cabía duda de que la anécdota pasaría de boca en boca a lo largo del día siguiente.

-Damián- dijo Rolfe mientras las dos criadas se ocupaban del fuego-, tráeme la venda más gruesa que encuentres. atiende esta herida. No quiero que en las sábanas haya más sangre que la de mi esposa.

Oyó la exclamación ahogada que provino de las sombras, pero no miró a Leonie. Que comenzara a sentir a vergüenza que merecía sentir. Si por la mañana las sábanas no mostraban la sangre que era la prueba de su pureza, Leonie tendría que soportar eternamente el oprobio.

Leonie sintió que se le paralizaba el cuerpo cuando oyó hablar a Rolfe, y pensó en lo que ese hombre se proponía hacerle La sorprendía que admitiese frente a otros que su intención era dañarla. De pronto sintió deseos de echar una buena ojeada a ese hombre tan absolutamente despreciado. Levantó la cabeza de manera que el único ojo sano lo mirase. Rolfe tenía la cabeza vuelta hacia ella pero estaba iluminado por la luz del fuego, y. así ella pudo verlo bien; era la primera vez que lo hacía.

Se había sentado en un taburete, frente al hogar, con una sábana que lo cubría -desde la cintura hasta los pies, El fuego vivo producía suficiente luz, de modo que ella lo vio claramente. ¿Su marido? ¡Nada de eso! Era demasiado cruel saber que estaba casada con ese apuesto joven que solo podía inspirarle odio.

Sabía por qué lo llamaban el Lobo Negro, cuando en realidad su insignia era un lobo de plata sobre campo negro.

El nombre correspondía al cutis oscuro, a los cabellos Y los ojos negros. El vello que cubría el resto de su cuerpo era igualmente oscuro, sobre todo en la regi6n del pecho. Esos tonos oscuros no parecían desagradables a Leonie. Lejos de eso... a decir verdad, demasiado lejos. Tenía un cuerpo abrumadoramente masculino, duro y musculoso, grande y temible. Pero lo que la inquietó especialmente fue el rostro áspero, enmarcado por los cabellos negros en desorden, unos cabellos negros que formaban rizos sobre el cuello, las sienes y la frente. En ese momento los labios formaban una linea apretada, pero eso no le impidi6 ver que normalmente exhibía una plenitud sensual; tenía la frente ancha, la nariz recta y atrevida, el mentón cuadrado, liso y claramente definido y agresivo.

Era un rostro realmente bello. Qué terrible que el hombre que existía detrás de ese rostro fuese un monstruo, frío, cruel y vengativo. Uno bien podía condolerse de un hombre que tenía la cara de un ángel y el corazón de un demonio. Mientras Dámián vendaba la herida, Rolfe supo que la joven lo miraba. Cuando volvió los ojos hacia ella, solamente pudo ver una forma pequeña y encogida, protegida por una masa de cabellos plateados. Recordó la reacción que ella había tenido en la cama, evocó sus blandos sonidos de placer. La habla deseado, y el hecho mismo de saberlo lo había excitado. Y cuando advirtió que ella lo miraba, sintió el mismo efecto. El deseo de poseerla era casi doloroso.

Rolfe ordenó ásperamente a Damián que se diese prisa y se marchase, y el temblor de Leonie se acentuó cuando se cerró la puerta, y de nuevo estuvieron solos.

-Lady Leonie, regresa al lecho.

Tal vez el silencio absoluto de la habitación, suscitó en ella la impresión de que él le había gritado. En realidad, le habla hablado con voz ronca.

Rolfe sonrió , cuando ella se acercó de prisa a la cama, de espaldas a él.

-Mi señora, desnúdate.

Leonie se sintió como paralizada, el cuerpo rígido a causa de la mortificación.

-Mi señor, yo...

-Detrás de las cortinas, si lo deseas, -dijo Rolfe con voz impaciente-. No dije que deseara observarte.

Leonie se metió entre las sábanas, y corrió las cortinas de la cama. Un momento después Rolfe volvió a sonreír, pues la bata de Leonie cayó al suelo. No perdió tiempo en apagar las velas y unos instantes más tarde se había reunido con ella en el lecho.

Tenla que extender la mano para tocarla, pues ella se había acostado en el extremo más alejado de la cama, de espaldas a Rolfe. La atrajo hacia el centro del lecho, y sintió que temblaba.

- ¿Tienes frío?

Ella prefería morir antes que reconocer su miedo.

-Sí, mi señor.

Los dedos de Rolfe acariciaron suavemente los pechos, descendieron hasta el vientre de Leonie y se deslizaron entre los muslos.

-No tendrás frío por mucho tiempo -murmur6. Leonie no podía contener el temblor. Tampoco entendía por qué é1 se mostraba gentil. ¿Cuándo comenzaría castigarla? Rolfe continuaba jugando con ella, trataba de a c

tentarla, pero en los sentimientos de Leonie había espacio únicamente para el miedo. Estaba segura de que el intento de apuñalarlo acarrearía un terrible castigo. Pero, ¿qué se proponía hacer ese hombre?

De modo que se sorprendió totalmente cuando sintió que él la cubría y penetraba antes de que ella comprendiese lo que estaba sucediendo. Leonie lanzó una exclamación cuando él la penetró, pero el dolor fue breve y pronto se convirtió en una sensación apagada. Permaneció así, aturdida, desconcertada porque se la poseía en lugar de castigarla.

Rolfe también estaba sorprendido. Después de todo, ella era virgen. Significaba que las conclusiones que él había extraído eran completamente falsas. Ella lo había apuñalado con la intención de herirlo. Cuando llegó a entender esto, sintió deseos de terminar de una vez, y después casi inmediatamente se durmió.

Esta vez no roncó, pero Leonie sabia que su marido estaba durmiendo. Bien, ella ya no era doncella. Como no deseaba a ese hombre, la posesión había sido dolorosa. Pero era un dolor que ella podría soportar si tal cosa le parecía necesaria, aunque no habría que llegar a eso si se la alejaba de la casa. Alentando firmemente esa esperanza, deseando que ése fuera el desenlace, finalmente se durmió.

## CAPITULO 11

Leonie despertó bruscamente cuando un grupo de mujeres entró a la habitación por la mañana temprano. Apenas había conseguido despertar antes de que abriesen las cortinas y la sacaran de la cama. De acuerdo con la costumbre, se retiraron las sábanas y fueron a desplegarlas fuera del dormitorio. Pero todos olvidaron el rito cuando una de las damas vio la cara de Leonie y emitió una exclamación de sorpresa.

Leonie volvió la espalda y escondió su rostro entre las manos, y por desgracia pareci6 que lloraba. Hubo muchas preguntas en voz alta, las mujeres deseaban saber qué le ocurría, pero Leonie no estaba dispuesta a hablar ni a 'mirarlas.

Amelia se hizo cargo de la situación y obligó a salir a las mujeres. Alguien puso la bata sobre los hombros de Leonie, y por primera vez ella advirtió que habla estado de pie completamente desnuda, protegida s6lo por los largos cabellos. Se puso la bata, y después le entregaron el velo.

Leonie hizo un breve gesto con la cabeza a judith antes de ponerse el velo. En la habitación quedaron acompañándola sólo su madrastra y lady Amelia. Aún no habla indicios del esposo.

- ¿Quiénes eran esas mujeres? -preguntó Leonie. -Fue culpa de tu esposo que no las conocieras durante el festín -contestó judith-, pero no dudo de que muy pronto llegarás a conocerlas. Son las esposas y las hijas de los caballeros que sirven a tu marido. Entiendo que incluso se les permitió seguir al ejército cuando sir Rolfe no era más que un mercenario. Una situación muy peculiar. Seguramente no habrá sido fácil encontrarles alojamiento en cada ciudad. ¿No es así, lady Arnelia?

-No sé nada de eso.

-No, por supuesto, no puedes saberlo -ronrone6 judith-. Olvido que no hace mucho que estás con sir Rolfe.

Esa manifestación de hostilidad no fue lo único que desagradó a Amelia. La había deprimido mucho ver la sangre virginal en las sábanas, pues estaba segura de que Rolfe no tocaría a su esposa.

-Leonie, faltaste a la misa -observó judith con gesto de desaprobación-. Pero no fuiste la única. Tu padre aún duerme profundamente. y como tu marido está atendiendo sus asuntos y no dice una palabra a los invitados, debo suponer que la celebración de la boda ha concluido. Por lo tanto, no tiene sentido que permanezcamos aquí.

-Señora. estoy segura de que puedes marcharte, si te parece que es necesario -replicó altivamente Leonie.

-¿No nos necesitan? -preguntó judith. aunque lo hizo sólo por respeto a la cortesía.

Leonie meneó la cabeza.

-En ese caso, si puedo despertar a tu padre, nos marcharemos. ¿Deseas despedirte? No puedo garantizar que él recordará pero...

-También en eso mi respuesta es negativa.

-Bien, querida, te deseamos muchas felicidades. -Por supuesto, no dudo de qué es lo que ustedes desean -replicó Leonie con voz neutra, antes de volver la espalda. Despedida de ese modo, judith se alejó.

-No te critico por la antipatía que demuestras a tu madrastra -comentó Amelia-. No es una mujer agradable.

Leonie no estaba de humor tampoco para conversar con Amelia.

-Si tienes la amabilidad de enviar aquí a mi criada no será necesario que continúe molestándose. Tomaré un baño y ordenaré que me traigan una bandeja con alimentos pues hoy permaneceré en este cuarto.

Amelia apretó los labios.

-Como quieras -dijo secamente, y pensó que quizás muy pronto se vería libre de esa joven arrogante.

Leonie acababa de terminar su baño cuando lady Amelia regresó para informarle que la escolta ya estaba preparada para acompañarla a Pershwick. Era una situación tan imprevista que Leonie se sintió obligada a dudar.

- ¿Estás segura de que debo regresar a Pershwick? ¿Ahora mismo?

-Es el lugar mencionado por mi señor. que lo eligió porque tú lo conoces. No dudo de que él te suministrará el dinero que necesitas, y quizá

designará a su propio mayordomo, pero no debes preocuparte de su conducta por lo menos mientras no atraigas demasiado su atención. Supongo que eso es precisamente lo que deseas.

- ¡En efecto! Es precisamente eso.

Leonie se sintió desconcertada ante este golpe de suerte, y apresuró todo lo posible los preparativos.

Sir Guibert y los hombres de armas de Leonie serían la escolta. Guibert se alarm6 cuando le informaron cuál era su primera obligación con la recién casada. Pero cuando vio que ella. ansiaba salir de Crewel, se guardó las dudas. Además, había oído decir que Rolfe rara vez residía en Crewel, y por lo tanto supuso que el hombre no quería que su esposa permaneciera sola. En Pershwick podría residir con las personas a quienes conocía.

Guibert también se enter6 de los planes de Rolfe: una hazaña monumental, la captura de siete torres hostiles con un pequeño ejército. Le dese6 suerte, pero sabía que no terminaría en poco tiempo la tarea. Dudaba de que su señora viera mucho al marido durante el resto del año.

Rolfe se sentía irritado consigo mismo cuando descubri6 que al atardecer entraba en Crewel acicateado por la absurda ansiedad de ver nuevamente a Leonie.

No tenía muy claro lo que había sucedido la noche anterior. Su herida no era grave, pero no era muy halagador haberla recibido. En todo caso, sabía que hacía mucho tiempo que no se sentía tan intrigado por una mujer. Sin duda, la tensi6n había tenido mucho que ver con ese asunto, pero era mejor comprobarlo.

El disgusto. ante su propia ansiedad infantil tuvo mucho que ver con su reacci6n cuando descubri6 que Leonie no estaba allí para esperarlo. Sencillamente, se volvió y regres6 al sitio de Wrote. Procedió así en parte movido por el sentimiento de alivio. No castig6 a Amelia por haberse excedido en sus atribuciones. Rolfe le había dicho únicamente que se proponía alejar a su esposa; no le habla dicho que ella misma adoptase esa medida. Pero la ausencia de Leonie era conveniente, pues más tarde o más temprano él se habría disgustado consigo mismo a causa de su absurdo deseo de verla. En todo caso, no deseaba que la mujer supiese que la deseaba. Rolfe no olvidaba que era una joven sumamente rencorosa.

A varios kilómetros de distancia, en Axeford, donde sir Warren representaba provisionalmente a Rolfe, su esposa, lady Roese, le explicaba que esa mañana se había sentido muy impresionada al ver la cara de Leonie d'Ambert. Warren, que conocía las dificultades de su señor en Pershwick, supuso acertadamente que la dama se había opuesto al matrimonio. Era natural extraer la conclusión de que si la joven había sido golpeada, el autor del castigo sería el padre.

Pero la esposa de Warren, que habla estado de visita su familia, nada sabía de las dificultades en Pershwick.

Tampoco sabía gran cosa de Rolfe d'Ambert. Que su marido lo apreciara no significaba más que sir Rolfe era un buen señor feudal, Nada decía acerca de su carácter. Ella sabía únicamente que sir Rolfe tenía un

temperamento vivo, y Regó a la conclusión de que había golpeado a su nueva esposa. A su juicio, lady Leonie se había casado con un hombre cruel.

Por desgracia, sir Warren no aclar6 el malentendido. Se limit6 a emitir un gruñido cuando le hablaron del estado de lady Leonie. Al día siguiente su esposa contó la historia a lady Bertha, que se encontraba en Axeford, y después la versión se difundió prontamente.

Los siervos, a quienes agradaba la murmuración, se limitaron a una sencilla división. Los hombres por el hombre y las Mujeres por la mujer. Y sin que nadie lo advirtiese, esta discusión contribuyó mucho a conquistar la fidelidad de los habitantes de Kempston a su nuevo señor y a su esposa.

Lady Amelia se en recio cuando supo cuál era el tema de la murmuración general, no porque se calumniase a su amante, sino porque la mujer a quien se compadecía era lady Leonie, y eso no ayudaría a Rolfe a olvidarla. incluso podía inducirlo a retornar a Crewel, aunque s6lo fuera para obligar a callar a los chismosos.

De hecho, Rolfe nada sabía acerca de lo que se decía de él durante las semanas que siguieron a la boda. Las versiones que corrían no eran algo que sus hombres desearan incluir entre los temas que solían informarle. Incluso Thorpe se esforzó por evitar la menci6n del asunto, pues conocía muy bien su carácter.

En-resumen, Rolfe se preguntó por qué sus hombres actuaban de un modo extraño y callaban cuando él se acercaba, e insultaban a sus respectivas mujeres. Y maldito sea, nunca habla visto a tantas mujeres antipáticas. Todas las mujeres con quienes se cruzaba parecían irritadas.

Pero Rolfe estaba preocupado por otras cosas, y no tenía tiempo para detenerse en las peculiaridades de sus hombres.

Sí, su mente estaba absorta en muchas cosas. Pero con alarmante frecuencia se insinuaba en sus pensamientos la imagen de una forma menuda, de curvas suaves y suspiros murmurantes. Lady Leonie, con quien se había casado recientemente, persistía en su recuerdo, al margen de que ella lo deseara o no.

## CAPITULO 12

Todas las plegarias de Leonie habían sido escuchadas. Había olvidado a su esposo. De nuevo era dueña de su propio destino. No había llegado a Pershwick un mayordomo para informarla que ahora un hombre gobernaba su vida. Se había preparado cuidadosamente para la llegada de un representante de Rolfe, y habla abandonado todos sus escondrijos, no fuera que ese hombre pudiera acusarla de ocultar cosas a su señor. Todo estaba en orden. Pero no llegó nadie, y ella cesó de esperar.

Ya que tampoco tenla que esperar que se repitiesen las incursiones del mayordomo de judith, gozaba de libertad, de independencia y de paz.

Pero las cosas buenas no duran mucho. Una tarde, mientras trabajaba en su jardín, oy6 la voz de alto lanzada desde el portal de acceso, pero le prest6 escasa atención. Sir Guibert se habia ausentado, y había dejado a su maestro de armas a cargo de la defensa de la posici6n. Este hombre tomaba muy en serio su responsabilidad, y habla ordenado al centinela que

guardaba la entrada que diese la voz de alto a todo el que se presentara, sin que importase si era conocido o no.

Leonie continu6 llenando su canasto con diferentes hierbas. Prepararía tinturas para la sala de helado.

Otra canasta que ya estaba llena, contenta flores para preparar medicinas y cocinar: achicoria y endibia, mejorana, menta verde y nébeda, amapola blanca, romero y los pétalos de caléndulas y violetas. Leonie no confiaba a nadie esa tarea de recolección, pues era muy fácil que un servidor confundiese una hierba con otra y preparase una ensalada con una planta venenosa.

El ruido de los cascos de los caballos que ingresaban al patio la indujo a preguntarse quién habría llegado de visita, pues no se esperaba a sir Guibert hasta el final de la tarde. Los caballos anunciaban la presencia de invitados o de mercaderes, y pocos individuos de ambas categorías llegaban a un lugar de tan escasa importancia como Pershwick.

Se acerc6 al muro bajo que rodeaba el jardín para investigar, y vio a un hombre que exhibía sobre la armadura los colores del Lobo Negro. Estaba desmontando de un enorme corcel negro. Dos hombres de armas lo acompañaban.

Leonie se retiró bruscamente del muro, antes de que el visitante pudiera verla. Dominada por el pánico, se preguntó por qué su esposo estaría allí. Se encontraba atrapada en el jardín, pues si salía de ese lugar él la vería inmediatamente.

En definitiva, decidió permanecer en el jardín hasta

que él se alejara... todo el día si era necesario. Caminó hacia el fondo del jardín y se ocult6 tras varios arbustos de laurel, y rogó al Cielo que Rolfe se marchase y ella pudiese evitar el encuentro con su marido. Pero al parecer, ninguna potencia superior estaba dispuesta a conceder esa petición, por .cierto modesta, pues apenas unos instantes después oyó los pasos de un hombre que se acercaba al jardín. Antes que afrontar la vergüenza de que la sorprendieran ocultándose, trat6 de reunir valor y se incorporó.

Tuvo suerte. Lo vio antes que él. La gastada túnica verde que ella llevaba puesta combinaba con el ambiente, y de todos modos él miraba en otra dirección, hacia un rincón del jardín. Ella tuvo un momento para alisarse la túnica antes de que él se volviese y la descubriera.

Leonie sintió que se le encogía el corazón. Además de sentir miedo sabía que ofrecía un aspecto terrible. Vestía ropas de trabajo, y sus largas trenzas estaban recogidas y sujetas por una red de cabello para evitar que rozaran el suelo cuando se inclinaba. incluso el delgado anillo que sujetaba la red a la frente era apenas una delgada tira de cuero viejo.

Tenía el peor aspecto posible, y estaba frente a un hombre que la intimidaba.

Cuando en la primera ojeada Rolfe no vio a su esposa se dijo que era mejor volver y salir de allí Su entrada en Pershwick no había obedecido a ninguna razón valedera. Habla ido allí obedeciendo a un impulso, y la única explicación posible de ese acto irreflexivo habla sido la fatiga mental y física. Había dormido mal durante la última semana. Pero, ¿acaso podía explicar a su esposa que ansiaba gozar de la compañía que ella podía ofrecerle? ¿Que

la echaba de menos? ¿Que deseaba saber c6mo estaba? Era mejor que ella creyese en la indiferencia de su esposo. Y sin embargo, allí estaba, ignorando todo eso y buscándola.

En realidad, a ambos les convenía que ella se despojase de sus atavíos y se revelase a él. No era irrazonable esperar que eso sucediese. Estaba entre su propia gente. y probablemente no se ocultaría. De ese modo terminaría el misterio, y también acabaría el anhelo que sentía por ella.

Con esa esperanza se volvió, en un último esfuerzo para encontrar a su esposa donde la criada le había dicho que la hallarla. Vio a una muchacha que antes le había pasado inadvertida, quizás porque el color de su ropa se asemejaba tanto al del follaje. Esa mujer no era su esposa. - ¡Dios santo, ojalá lo fuera! Cuando se acercó un poco para verla mejor, lo asombr6 la notable belleza de la joven.

Rolfe nunca había visto una piel tan clara esos labios delicadamente. rosados, la pequeña nariz y el mentón dulcemente curvado. No tenía las mejillas sonrosadas de las doncellas inglesas o la belleza morena de las francesas; poseía una piel marfil, perlada sin una imperfección que mancillase la lisa superficie. Las largas pestañas plateadas protegían los ojos bajos; él ansiaba ver el color de esos ojos.

No pudo hablar, y quiso decir algo que la obligase a levantar los ojos. Lo único que podía hacer era permanecer Allí, de pie, mirándola como un tonto.

¿Quién era esa joven exquisita? No se comportaba cono una criada. Seguramente tenía edad suficiente para haberse casado. ¿Quizá una acompañante de su esposa? ¡Qué terrible que su esposa tan fea tuviese que vivir cerca de una belleza tan deslumbrante!

La joven comenzó a mover nerviosamente los dedos, y Rolfe comprendió que su presencia la inquietaba ¿Sabía quién era él? En tal caso, debía saber que estaba sometida a la voluntad de Rolfe, puesto que la esposa del señor era el ama de la propia joven. Todo lo que sentía por esa joven se acentu6 como resultado de este pensamiento, y entonces cobr6 conciencia de lo mucho que la deseaba. ¡Dios! esa muchacha lo inducía a olvidar todos los escrúpulos.

-Cálmate, florcita -dijo amablemente Rolfe-, No quiero hacerte daño.

- ¿Me dices la verdad?

Le agradó el sonido de su voz, suave y murmurada - ¿Te he dado motivo para que me temas?

Finalmente lo mir6, pero casi de inmediato volvi6 a bajar los ojos. Leonie había olvidado qué apuesto era este hombre. Con el yelmo en la mano, los desordenados rizos alrededor de la frente, le conferían una apariencia aniñada que contrastaba con el resto de su poderoso cuerpo. Su silencio la había inquietado, pero esa voz gentil era, quién sabe por qué, igualmente temible.

-Ese silencio tan prolongado me pareci6 desconcertante -Perdóname. He estado pensando, y tratando de decidir cómo te llamaría.

-Tengo nombre, pero si prefieres otro, estás en tu derecho.

-Me interpretas mal, mi señora. Quiero llamarte por tu nombre... si me dices cuál es.

Leonie lo mir6 con los ojos muy grandes a causa de la sorpresa.

- ¿Quieres que te diga mi nombre?

El insistió pacientemente.

-Sí. eso sería muy conveniente.

Leonie frunció el ceño. ¿Se trataba de un juego que Rolfe juzgaba divertido? Ella no creía que ese hombre se divirtiese así. Pero eso dejaba en pie una sola posibilidad. ¡Le parecía tan insignificante que incluso había olvidado su nombre!

Se irguió cuan alta era.

-En realidad, ¿qué importa un nombre?

Rolfe se sorprendió al comprobar c6mo esos bellos ojos gris plateados podían adquirir una expresión tormentosa. No sabía por qué, pero -la había irritado. Bien, si ella quería mantener en secreto su identidad. a él no le importaba.

-En efecto, importaría poco -dijo con expresión cordial, y avanzó un paso.

-Deseo hablar contigo de cierto asunto, en un lugar más íntimo- dijo Rolfe con voz acariciadora.

-¿Intimo?

Leonie retrocedió un paso y mir6 alrededor, al mismo tiempo que se preguntaba hasta d6nde Rolfe- deseaba llevar la intimidad.

- ¿Adonde... desearia?

-Adonde tú duermes, pequeña.

No era necesario ser más explícito. Leonie se sintió mortificada por el llamativo rubor que le cubri6 el rostro. No habla previsto que él pudiera regresar a Pershwick por esa razón. Amelia había dicho que él no la molestaría en ese sentido, y Leonie le había creído. Pero lo terrible de la situaci6n era que ella no podía negarse a su marido.

-Si.. quieres seguirme, mi señor.

Tuvo dificultad para pronunciar las palabras, y más dificultad todavía para caminar. Sentía sus piernas de plomo, y las lágrimas amenazaban brotar de sus ojos. A pesar de la gentileza de los modales de Rolfe hasta ese momento, ella sospechaba algo ominoso en ese deseo de llevarla al lecho. La noche de bodas él había estado ebrio, quizás demasiado para recordar la venganza que había deseado cobrarse en ella., ¿Había ido hasta allí para castigarla? Ella no estaba dispuesta a pedir compasión. No, no lo haría.

Rolfe se sorprendió tanto que casi no atinó a seguirla. ¿Esa actitud significaba que ella hacía lo mismo con frecuencia? ¿Quién era el marido que a ella le importaba tan poco? ¿Un hombre de cierta edad, o un hombre a quien la joven despreciaba? De todos modos. Rolfe la deseaba, de manera que la siguió.

Mientras atravesaban la muralla. antes de entrar al gran salón, de pronto Rolfe recordó dónde estaba. Su esposa seguramente andaba cerca. ¿Sabía que él había llegado? Y aunque lo supiera, ¿él podía desaprovechar esta oportunidad? La muchacha que lo llevaba a su dormitorio era exquisita.

Apenas prestó atención a la habitación adonde ella lo llevó. Concentraba la atención en la joven, mientras ella cerraba la puerta y se volvía lentamente para mirarlo.

-No creo que en realidad haya sido tu intención discutir un asunto -le dijo.

Rolfe interpretó mal el acento esperanzado que percibía en la voz de Leonie y sonrió, meneando la cabeza. -Ven aquí, pequeña.

Leonie detestaba el sentimiento de temor que él le inspiraba.

Se acercó, deprimida, los ojos bajos, y esperó frente a él. No sabía muy bien qué podía esperar -una bofetada, un anuncio de los infortunios que padecería el resto de su vida, quizás una lluvia de golpes.

Lo que no esperaba era que él la atrajese tiernamente y la abrazara. Así permanecieron un momento, y después él la alzó en sus brazos y la trasladó a la cama. La depositó allí con movimientos cuidadosos, y después se sentó a su lado y pas6 un dedo sobre la mejilla.

Los ojos de Rolfe, como terciopelo pardo oscuro, la recorrieron y la inquietaron. En esos ojos había una expresión que provocaban la rigidez del cuerpo de Leonie, y cuando Rolfe reclinó la cabeza hacia ella, Leonie ahogó una exclamación. Los labios de Rolfe se posaron sobre los de Leonie, y ella imaginó mil estremecimientos que le recorrían el vientre, porque esa región comenzó a percibir de pronto las sensaciones más extrañas.

La presión de los labios de Rolfe se acentuó cada vez más, y entonces ella sintió que le abrían la boca y que las lenguas de ambos se unían. Leonie se sintió aturdida al comprender que le hablan dado el primer beso.

Rolfe hubiera podido adivinar la inexperiencia de Leonie si ella no le hubiera obedecido tan fielmente en todo lo que él hacía, pero en lo profundo de Leonie estaba la idea de que no podía oponerse a ese hombre, y acompañaba todos sus movimientos. Y de ese modo él creyó que Leonie lo deseaba tanto como él a ella.

Se sentó a en la cama, la respiración agitada, y desprendió el cinturón de cuerdas de Leonie. Los cordeles que sujetaban los costados de la túnica no podían desatarse tan fácilmente, y con un gesto impaciente Rolfe extrajo la daga que llevaba al cinto y cortó los costados de la prenda.

El grito sofocado de Leonie lo indujo a mirarla otra vez a los ojos.

-Hermosa mía, que ni¡ impaciencia no te enoje, pues tú. la has provocado. Te prometo que reemplazaré la prenda.

Leonie se mordió el labio. Ella se oponía a los métodos de Rolfe, no a la túnica arruinada. Recordó la violación de Ethelinda, pues también a ella le habían cortado las ropas. Y lo que su marido 'le ofrecía no era más que una violación; en efecto, él acercó la daga a los cordones de la camisa de Leonie.

-Pequeña, ¿estas ropas eran tan importantes para ti? -murmuró Rolfe, en el rostro una expresión de profundo arrepentimiento. El creía realmente que Leonie se condolía por las prendas destruidas, y lamentaba haberla afligido. ¿Qué podía decir ella frente a eso?

-Mi señor, tengo muchas camisas como éstas; pero nunca me desnudaron cortándome la ropa.

-En eso realmente soy culpable. ¿Te contentaría hacerme lo mismo?

Leonie miró asombrada el cuchillo de ancha hoja que él le entregó..

-Bromeas, mi señor. No podría cortar la cota de mallas

-Puedes ayudarme a retirar la cota, pero puedes cortar el resto con el cuchillo, si lo deseas y eso seca tus lágrimas.

La idea de aplicar el cuchillo a las ropas de Rolfe era tan ridícula que una levísima sonrisa se dibujó en los labios de Leonie.

-Si pudiera encontrar prendas que reemplacen a las tuyas, lo haría, pero aquí no hay nadie que tenga el cuerpo tan grande, y no desearía enviarte fuera de la casa cubierto sólo con la cota. Aunque me agradaría ver cómo lo explicas a tus hombres -dijo ella riendo.

Rolfe rió con Leonie. No estaba acostumbrado al llanto en la cama, pero tampoco al humor; y la situación le parecía deliciosa, sobre todo con esa joven tímida.

-Con respecto a eso -dijo Rolfe, sonriendo-, diría la verdad: que una osada mujer sentía tanta pasión por mí que...

-- ¡Mentiras! -exclamó Leonie, y casi al mismo tiempo se le escapó una risita-. ¿Realmente te atreverías a decir una cosa tan terrible?

-Mis hombres me creerían después de ver mis rodillas huesudas asomando bajo esta pesada armadura -dijo Rolfe.

Entonces, más vale que decline el uso de tu daga. -Muy bien. Y ahora, ¿me ayudarás a retirar todos estos cordeles?

Leonie asintió, agradecida ante la oportunidad de quedar detrás de él, donde Rolfe no podía verla. El casi había conseguido que la joven olvidase que estaba desnuda; pero su estado, que la hacía tan vulnerable, la avergonzaba aún más cuando comprendió que muy pronto él también estaría desnudo.

Lo que había confundido a Leonie era un extraño sentimiento de aceptación. El miedo que Rolfe le inspiraba antes había desaparecido, disipado por las palabras amables y las bromas juguetonas. Leonie rogó un instante a Dios que todo eso no fuera una treta cruel.

-Querida, ¿no sería más fácil para ti estar frente a mí? -preguntó Rolfe mientras se desprendía el cinturón y la espada y los depositaba en el suelo. Levantó la pesada cota de mallas hasta la cintura.

-No, mi señor. -Leonie aferró la armadura.- No soy tan alta que pueda mover esto, ni siquiera cuando estás sentado.

Era cierto, pues ella había ayudado a sir Guibert con bastante frecuencia, y siempre él tenía que arrodillarse mientras Leonie se encaramaba en un taburete para pasar la armadura sobre la cabeza del caballero. Pero incluso en la posición que en ese momento ocupaba, Leonie estaba en dificultades, y tuvo que subir a la cama para terminarla tarea.

Finalmente él estuvo desnudo y Leonie se movió lentamene para situarse frente a Rolfe. Leonie se preguntó si podía destrenzarse los cabellos porque de ese modo se cubriría un poco el cuerpo desnudo, pero dudaba de que él tuviese paciencia para esperar que terminase. Rolfe estaba gozando plenamente de la pudorosa desnudez de Leonie; extendió la manos hacia ella, y las cerró sobre la angosta cintura, y después las elevó y las bajó por los costados, las deslizó sobre las suaves curvas de las caderas, y sobre la redonda plenitud de los pechos.

Ella se mordía el labio inferior en un gesto que la hacía más atractiva, y fruncía levemente el ceño. Trataba de mantener inclinada la cabeza, demasiado mortificada para afrontar la mirada de Rolfe. Con la cabeza

inclinada y los labios pegados a la perfilada perfección de un pezón, la lengua deslizándose- sobre la piel como seda, él oyó la exclaniación ahogada de la joven. Y de pronto llamaron a la puerta.

Se abrió la puerta y entró Beatriz.

-Leonie, yo... ¡ oh! ¡ Oh, mi señor, perdóname! -Beatriz se puso escarlata.- Leonie, yo... yo no... ¡ oh! Esto puede esperar... -Beatriz salió de la habitación con la mayor rapidez posible.

El primer impulso de Leonie fue reír, y lo hubiese hecho de no haber visto la expresión en el rostro de su marido. Tenía el ceño fruncido, y una expresión de intensa perplejidad.

-No debes preocuparse por mi tía -dijo Leonie-. Comparte conmigo esta habitación y...

El no apartó los ojos de la cara de Leonie. Tampoco cambió su expresión.

¿Lady Leonie?

Era una pregunta.

Con un gesto brusco ella se apartó de Rolfe.

-De modo que ahora recuerdas mi nombre -dijo amargamente-. No me consuela que fuera necesario recordártelo antes de que...

La cara de Rolfe mostró cierta tensión, pero ella no pudo adivinar si era cólera u otra cosa.

-Tú eres mi esposa?

También esto era una pregunta.

-Por supuesto, lo soy. Quién si no...

El Lobo Negro cayó sobre la cama, riendo, riendo tan estrepitosamente que se le contorsionaba el cuerpo. Leonie lo miró incrédula, hasta que todo ocupó el debido lugar en su mente. ¿Quién había creido que era ella? En el fondo, no le importaba.

Leonie se apartó de la cama y abrió un cajón de su cómoda, y retiró la primera prenda que encontró, una túnica corta de hilo. Se la puso, y retornó a la cama, donde su marido continuaba riendo estrepitosamente. Con movimientos serenos, tomó una almohada y comenzó a golpearlo hasta que finalmente atrajo su atención.

-Basta, mi señora. Ya he comprendido -dijo Rolfe sonriendo.

-En ese caso, ¿puedes tener la bondad de llevar tu diversión a otro lugar? De prisa, antes de que pierda la escasa paciencia que aún me resta.

Rolfe se sentó en la cama, extendió la mano hacia ella, y adoptó una expresión seria cuando Leonie se apartó.

-Vamos, Leonie, no puedes criticarme si me complace descubrir que tengo una hermosa mujer.

-Santa María, ayúdame- dijo para sí misma Leonie.

Con ojos helados miró al hombre-. Mi señor, creo que no he sido bastante clara. Deseo que te marches... ¡ Ahora!

Rolfe no se movió.

-Estás enojada.

-Sí.

-No puedo criticarte.

- ¡Qué amable de tu parte!

El le dirigió una sonrisa.

-Querida, no malgastes así tu enojo. Nadie sufrió. Gracias a tu tía, se evitó un malentendido.

-Sir Rolfe, veamos si te comprendo bien -dijo furiosa Leonie-. ¿Estás diciendo que si me hubieses hecho el amor creyendo que era una desconocida, habría sido simplemente

un malentendido?

-Pero eres mi esposa, no una desconocida. ¿Comprende s mi razonamiento?

- ¡Lo que comprendo, mi señor, es que eres un disipado de la peor especie? - Rolfe entrecerró los ojos, pero Leonie estaba tan furiosa que no pudo detenerse.- Me informan de todo lo que sucede aquí. Me habría enterado de tu transgresi6n antes de que te apartaras de la joven, No me confundas. No me importa cuántas mujeres tienes, pero si tomas una de Pershwick, yo y todos los que vivimos aquí lo sabremos. Y no toleraré que mi propia gente me compadezca a causa del terrible marido que me cayó en suerte.

-¿Has terminado?

Leonie tragó saliva, consciente de que había ido demasiado lejos.

-Sí- murmuró ella, los ojos clavados en el suelo. -Lo único que importa aquí es que eres mi esposa. Eso significa que me perteneces, y que harás lo que yo mande. ¿Niegas que así son las cosas?

-No- dijo ella con expresión deprimida.

-Entonces, no vuelvas a olvidar que respondes ante mí, no yo ante ti.

Recogió sus cosas y salió. Cuando se cerró la puerta, ella dejó escapar el aire que había estado conteniendo. No la había castigado por su audacia, sólo la había advertido. Pero una advertencia despreciable... de un hombre despreciable.

## CAPITULO 13

Los hombres de armas a caballo esperaban junto a la muralla, y los cuatro caballeros que iban con ellos hablan sido llevados al sal6n. Wilda fue enviada a despertar a su dama. Sir Guibert frunci6 el ceño cuando la vio vacilar ante la puerta; de todos modos, la criada no deseaba ser la persona que comunicase la noticia.

- ¡Wflda!

La joven dirigió a Guibert una mirada dolorida antes de abrir la puerta y entrar a la habitación a oscuras. Encendió una vela, tratando de ganar tiempo.

-Wilda, no deseo levantarme todavía- murmuró somnolienta Leonie cuando la luz la ilumin6.

-Mi señora, sir Guibert me envía para avisarte que han llegado hombres de tu marido, y están esperando. Dicen... que debes acompañarlos a Crewel.

Silencio en el lecho. Después, un leve murmullo.

- ¿Por qué?

-No lo han dicho -reconoció Wilda. -Dame mi bata. De prisa.

wilda obedeció, sin advertir que Leonie se proponía salir de la habitación cubierta únicamente con la bata.

- ¡Mi señora!

Leonie no se detuvo hasta que vio a los cuatro caballeros reunidos junto al hogar, con sir Guibert, y después quiso retroceder de prisa antes de que la vieran. Había previsto Só1o soldados, servidores a quienes podía exigir pero los caballeros del Lobo Negro no se dejarían intimidar. ¿Por qué habrían ido cuatro? ¿Anticipaban dificultades... originadas por ella?

No fue fácil avanzar hacia el interior del salón, pero se lo impuso.

- ¿Están aquí por orden de Rolfe d' Ambert?

Su pregunta fue recibida en silencio, más aún, tres de los caballeros le volvieron la espalda. El cuarto, el hombre que según sabía ella era sir Thorpe, la miró con el ceño fruncido. Leonie volvió los ojos asustados hacia sir Guibert, que perdió los estribos.

- ¡Contestarán a mi señora o ella no saldrá de Pershwick!.

- ¿Tu señora:? -repitió sir Thorpe, y los cuatro caballeros lo miraron con una mezcla de sorpresa y embarazo. Pero Leonie estaba aún más avergonzada, pues comprendió que no habían adivinado quién era ella. La culpa era de la misma Leonie, que aparecía cubierta apenas con una bata, los cabellos sueltos.

-Perdón, lady Leonie -comenzó a decir uno de los hombres más jóvenes-. Pero no sabíamos...

Ella desechó la disculpa con un gesto de su mano. -Lo sé. Yo soy quien debe pedir disculpas porque no estoy vestida como corresponde. Tú eres...

-Richard Amyas.

El joven se apresuró a presentar a los otros. Amyas era un joven apuesto de cabellos castaños oscuros y ojos verdes que la admiraron francamente. Sir Reinald era incluso más joven, y tenía una sonrisa seductora, los cabellos dorados y los ojos castaños. Tenía la piel oliva, y era tan apuesto que casi tenía un aire angélico.

Sir Piers era todo lo contrario. La cara ostentaba tantas que provocaba compasión, pero tenía unos hermosos ojos violeta. La miró fríamente, y Leonie se presentía la causa de su actitud.

De de la Mare era el mayor de los cuatro, y tenía mente la misma edad de Guibert. Poseía el mismo cutis oscuro de Rolfe, y parecía que en todo el asunto algo lo divertía. Sus ojos castaños bailoteaban de risa, y a Leonie le costó trabajo abstenerse de preguntarle qué lo divertía tanto.

Sir Richard le informó que Rolfe les había encargado que la protegiesen durante el trayecto hasta Crewel. Leonie esperó sin aliento que él dijese más, pero no había otra cosa.

-¿No ha dicho nada más? -preguntó Leonie, perpleja y temerosa.

-S61o que será necesario llevar todas tus pertenencias: ropas y demás efectos personales... de modo que cabe suponer que se trata de iniciar una residencia en Crewel.

Leonie casi se desmayó. Antes se había resignado a vivir en Crewel, resignado a sufrir allí, pero la habían enviado a Pershwick, y todo pareci6 normalizarse nuevamente. Le pareci6 que otra vez estaba en una situación difícil.

-Llevará tiempo empacarlo todo- Leonie oyó su propia voz mortecina.

-Precisamente por eso hemos venido tan temprano -dijo animosamente sir Thorpe-. Pero mi señora, date toda la prisa posible.

¿Darse prisa para afrontar antes lo que la esperaba? No te demores o te echarás a llorar.

Dijo a Guibert: -Atiende a estos caballeros, y después envíame todos los criados disponibles.

Después de saludar con un gesto a los cuatro caballeros, Leonie regresó a su habitación.

Durante el resto de la mañana, si evitaba pensar, podía impartió órdenes enérgicas acerca de la preparación del equipaje. Si pensaba, se convertía en una masa de nervios temblorosos, y la agobiaban las lágrimas que no alcanzaba a contener.

Estaba profundamente confundida. A pesar de si misma, había comenzado a tranquilizarse frente a Rolfe, e incluso a sentir cierto placer en su presencia. Por eso se sintió tan abrumada cuando reapareció su crueldad. El no necesitaba mostrarse encantador, y lo sabía; no necesitaba conquistar a su esposa para obligarla a compartir su lecho. Era suficiente que le ordenase acudir. Leonie habla pensado que podría soportar todo eso si era necesario. Pero, ¿realmente podría, si detestaba al hombre? Y despreciaba sobre todo su apostura, que era como una luz demoníaca que la atraía a pesar de si misma.

¿Podía concebir la esperanza de que no se vería desgarrada por los sentimientos contradictorios que él originaba en su ser?

## CAPITULO 14

Esa noche, tarde, Rolfe regres6 a Crewel desde el sitio de Wroth. Habla estado en Crewel brevemente la víspera, después de salir de Pershwick,. pero se había detenido allí sólo el tiempo necesario para hablar con lady Amelia.

Rolfe ni siquiera deseaba pensar en ese encuentro, que habla ido de mal en peor. Había dicho a Amelia que debía regresar a la corte, y la raz6n. que justificaba ese paso; pero ella se había echado a llorar y le había rogado que no la despidiese.

Las lágrimas de Amelia lo habían irritado. Después de todo, entre ellos nunca se habla hablado de amor, pero comprendió bastante bien su estado emocional cuando ella le confesó que estaba embarazada. No era una noticia agradable, pero Rolfe no podía hacer menos que permitirle la permanencia en la casa hasta que naciera el niño. Ella había prometido dejarle el hijo y seguir su propio camino; y en realidad, había aceptado complacida esa solución. Y también habla prometido evitar cualquier tipo de interferencia, y abstenerse de provocarle dificultades o entrometerse con Leonie.

Rolfe habría deseado que ella viviese en otro lugar durante el embarazo.

-Sería mejor que vivieses en uno de mis dormitorios -le dijo-, Axeford ya está bastante bien organizado. -Pero, ¿por qué, mi señor? Tu esposa nada sabe de nuestra relaci6n. Cree que esto a tu cargo.

-Aun así...

-Por favor, no. -Amelia comenzó a llorar otra vez-. Ahora no soportaría quedar en manos de extraños. Y tu esposa se alegrará de tenerme. Sir Evarard no tiene esposa. Aquí no hay damas que acompañen a lady Leonie. Por favor, mi señor.

Debería haber rehusado, pero no lo hizo. Consideró que atender la comodidad de la mujer durante el embarazo era una deuda de honor; y como no anticipaba inconveníentes reales, en definitiva aceptó.

Al entrar a la casa, un indefinido sentimiento de inquietud comenzó a mortificarlo; pero no podía explicar de qué se trataba. De todos modos, olvidó el asunto cuando vio a Thorpe sentado y solo frente al gran hogar, hacia el fondo del salón. Sabía que Thorpe lo esperaría.

No había muchos que todavía estuviesen despiertos. Los servidores varones habían extendido sus jergones junto a las paredes, y la mayoría estaba durmiendo. Unos pocos hombres de armas estaban reunidos frente al hogar más pequeño, y reían por lo bajo. Los únicos candelabros aún encendidos eran los que estaban a lo largo de la escalera que conducía a la planta superior. y el salón era tan espacioso que aquéllos suministraban escasa luz. Tampoco el fuego iluminaba mucho. No se lo alimentaba con frecuencia cuando la noche era tibia.

Thorpe no saludó a Rolfe antes de que éste se acomodara en la silla de respaldo alto. Los ojos del hombre mayor Clios en Rolfe debían estar mirando una mota de polvo, a juzgar por el interés que revelaban. De modo que así eran las cosas, ¿eh? Thorpe nunca se mostraba tan irritante como cuando saboreaba un triunfo. No fanfarroneaba ni se enorgullecía, pero con su silencio obligaba a formular comentarios.

--Deduzco de tu silencio que no tuviste dificultades para cumplir mis órdenes. ¿Ella está aquí?

-En efecto. -Hasta ahora, Rolfe no había advertido cuán tenso se sentía.

- ¿No hubo tropiezos?

-Hubo un momento en que el vasallo de la dama se mostró dispuesto a desenvainar su espada para enfrentarnos,

pero...

Thorpe sonrió al ver la impresión de Rolfe.

- ¿Y ella ... ?

-Nada en absoluto -se apresuró a decir Thorpe-. El hombre se irritó ante la falta de respeto que mostramos hacia la dama. Fue un error natural. No sabíamos quién era cuando se acercó a nuestro grupo... una persona que sin duda eres muy capaz de apreciar.

Era una burla no muy sutil en vista del hecho de que Rolfe no les había advertido lo que hallarían. Imaginó la sorpresa de Thorpe cuando vio por primera vez a lady Leonie. Sin duda, había sido tan intensa como la del propio Rolfe.

- ¿Cuál fue la reacción de la dama?

-No sonrió ni pareci6 complacida de vernos, si a eso te refieres. Sólo quiso confirmar que debía venir aquí respondiendo a tu orden. Después, no perdió tiempo en prepararse. - ¿Y aquí?

-Trata de ser más concreto -replicó Thorpe con aire de inocencia.

- ¿Por qué? Conoces todos mis pensamientos, incluso antes de que los conciba -replicó Rolfe-. No me obligues a preguntar lo que quiero saber.

Thorpe volvió a sonreír.

-Hay muy poco que decir. Creo que esperaba verte aquí al Regar. Cuando comprendió que no estabas, se retiró a su habitación y después no la hemos visto más. -Las dos criadas que trajo consigo también están allí.

Después de bromear un rato, Rolfe comenzó a subir la estrecha escalera curva que llevaba a su dormitorio de planta alta. En efecto, encontró a las dos criadas durmiendo en la antecámara. Más aún, una de ellas había puesto su jergón directamente frente a la puerta, y cuando él abrió, la mujer despertó con un grito. Eso despertó también a la otra criada y un momento después la puerta exterior del dormitorio fue abierta bruscamente por Leonie, que estaba allí de pie, sosteniendo con una mano una bata puesta de prisa.

La luz mortecina de una sola vela provocaba agradables imágenes en los planos de la cara de Leonie. Rolfe la mir6 desconcertado unos instantes, hasta que al fin reaccionó y ordenó a las dos criadas que salieran.

-Cuando no estoy en la casa pueden dormir aquí, si tal es el deseo de mi señora; pero no cuando resido en el lugar. Deben volver por la mañana para atenderla. Pero no entrarán a menos que se las autorice. No necesito que nadie me despierte. Si no me he levantado todavía, no importa cuál sea la hora, que nadie me moleste. ¿Entendido?

Wilda y Mary miraron primero a Leonie. Cuando ella aprobó, ambas mujeres asintieron a lo que decía Rolfe. Su malhumor podría haber explotado al ver eso, pero en realidad la escena lo divirtió, aunque mantuvo en el rostro una expresión cuidadosamente neutra.

-Bajen al salón. Sir Thorpe les indicará las habitaciones de las mujeres.

Cuando entró al dormitorio, Rolfe dijo: -Me alegro de que hayas regresado tan prontamente a Crewel.

-Mi señor, -tenía altenativa?

-No, pero podrías haber pensado en mil pretextos para demorar tu llegada. Me alegro de que no hayas procedido así. -Ella no se había apartado de la puerta.- Leonie, cierra esa puerta y entra.

A ella no le agradó que Rolfe utilizara tan desenvueltamente su nombre, y tampoco confiaba en su serenidad. Cerr6 lentamente la puerta y con movimientos cautelosos atraves6 la habitación, yendo directamente a un armario que estaba junto a la cama, para retirar un cinturón destinado a sujetar la bata.

Rolfe suspiró cuando ella terminó de ajustar el cintur6n, y no hizo ningún movimiento para acercarse.

¿Asi tendrá que ser siempre? -dijo mientras desprendía la espada y la dejaba a un lado-. ¿Siempre tendré que pedirte ayuda?

Leonie se ruborizó. Por supuesto, no debía ser necesario que le pidiese nada. El deber de una esposa era anticiparse a todos los deseos del marido.

Pero de todos modos Leonie se acercó, pues la situaci6n le recordó que ella no era una esposa común. ¿Por qué s6lo. valían algunos aspectos de su condición de esposa, cuando no existían las formas más importantes?

-No soy un escudero, mi señor.

El endureció su cuerpo y la miró atentamente.

- ¿Te niegas a ayudarme?

Leonie se estremeció. No se atrevía a adoptar una actitud formal de desafío, pero...

-Aquí hay criados.

- ¿Y tú prefieres perder tu tiempo despertando a uno de ellos, en lugar de acercarte a mí? Mujer, es tarde. Excepto tú y yo, todos duermen.

-Yo... como quieras, mi señor.

Se impuso mover los pies, y se dijo que por lo menos le habla manifestado su renuencia, y que poco le importaba que él se enfadase o no.

Rolfe iba a sentarse en un taburete, pero ella dijo:

-Necesito eso para alcanzar la altura adecuada.

El taburete tenía, a lo sumo, una altura de algo más que medio metro. Rolfe lo miró escéptico.

-No fue hecho para ponerse de pie sobre él.

-Ya he hecho esto para sir Guibert- insistió Leonie, y subió al taburete.

-Te caerás -le advirtió él, y ella rechazó la idea:

- No me caeré.

-A menudo olvido que en realidad eres muy pequeña -dijo Rolfe mientras se arrodillaba.

Su voz era muy ronca, casi una caricia. El la miraba, y Leonie se negaba a volver los ojos hacia su esposo. Se inclin6 rápidamente para aferrar e¡ ruedo de la cota de mallas.

Cuanto antes lo hiciera...

Habla retirado el último tramo de la cota, pero había olvidado que ésta era mucho más pesada que la de sir Guibert. El último tir6n la lanzó despedida hacia atrás, la cota todavía en sus manos, y el peso de la armadura la desequilibró completamente.

-Suéltala.

Leonie soltó la cota de mallas, y é1 recibió en sus brazos a la joven.

-Creo que no eres muy eficaz en esta tarea –dijo Rolfe.

-Suéltame.

El rechazo que sintió al verse apresada por los brazos de Rolfe confirió a su voz un tono excesivamente duro. El apoyó los pies de Leoníe en el suelo, y apartó los brazos, ella corrió hacia la cama y cerró la! cortinas.

Rolfé recogió el taburete y después lo ocupó para contemplar el 'lecho con expresión reflexiva. Su pequeña espósa no era una persona muy dócil. El había creídó que la advertencia de la víspera la obligaría a rectuficar su actitud, pero al parecer sólo había conseguido empeorar las cosas. Se pas6 las manos por los cabellos espesos, exasperado. La víspera no había sabido qué hacer, i salvo ofrecerle una muestra de su mal carácter; pero con eso no había arreglado nada. La cóléra no la impresionaba. El problema consistia en que él no estaba seguro de que pudiese controlár su propio temperamento.

Lo había herido más de lo que deseaba reconocer cuando ella afirmó que no le importaba cuántas mujeres tuviese Rolfe, mientras no las erigiese en Pershwick. El podia cómprender los celos, pero, ¿la indiferencia total?

¿Cómo podia alcanzar el corazón de esa hermosa joven, y demostrarle que deseaba empezar de nuevo? ¿Ella no había adivinado la intención que lo movía a trasladarla a Crewel?

Rolfe se despojó rápidamente del resto de sus prendas. No apagó la vela, ni cerró la gruesa cortina que correspondía a su lado -de la cama, porque si lo hacía el lecho quedaría sumido en penumbras.

Leonie le daba la espalda. Aún con la bata puesta, se había arrebujado todo lo posible bajo las mantas. Rolfe las apartó y alzó en brazos a Leonie para acomodarla sobre sus propias piernas,. Ella no emitió el más mínimo sonido. La sostuvo así, acunándola como a una niña, el cuerpo rígido e inflexible.

Así permaneció largo rato, pensando.. Finalmente pregunt6: -Leonie, ¿qué edad tienes?

La voz era tenue, pero tuvo una sorprendente sonoridad en la habitación silenciosa. En realidad, Leonie tuvo que pensar antes de responder.

-Tengo diecinueve años.

-Y yo diez más. ¿Crees que soy demasiado viejo para ti?

-Yo... creo que no.

Rolfe casi se echó a te r ante la respuesta renuente.

-Entonces, ¿detestas mi piel morena?

- ¿Morena? Tampoco eres tan velludo que tu piel dorada no...

Leonie cerr6 la boca, abrumada. ¡Poco faltaba para que explicase a, ese hombre cuán apuesto era!

-Entonces, ¿me dirás lo que te desagrada tanto en mi aspecto?

Ahí estaba. Eso era lo que deseaba oír. Y Leonie prefería cortarse la lengua antes que halagar su vanidad. Si Rolfe quería escuchar elogios, que los buscase en otros lugares...

como sin duda hacía con frecuencia.

-Mi señor, te aburrirías de escucharme, tan larga es la lista.

Leonie se sintió complacida cuando oyó la risa con que Rolfe festejó la salida.

-Querida, en ti no hay nada que me desagrade. Eres un tanto menuda, pero creo que incluso eso me complace.

-Tú no querías una esposa.

- ¿Por qué lo dices?

- ¿Es un signo que revela al casado feliz emborracharse para olvidar?

-A decir verdad- respondió incómodo Rolfe-, no deseaba imponerme a ti después que me, explicaron por qué te ocultabas tras ese velo.

Leonie se sorprendió, no porque él supiera que. la hablan golpeado, pues su padre sin duda se había visto obligado a reconocerlo, sino de saber que él había procedido así por consideración a ella. Pero Rolfe destruy6 en un instante esa ilusión.

-Y lo poco que supe de ti antes de la boda no me pareci6 lisonjero.

-Comprendo- dijo fríamente Leonie-. En tal caso, supongo que no era mi persona lo que te interesaba.

-Pocos matrimonios empiezan de distinto modo.

-Es cierto. Pero pocos se desarrollan como el nuestro. Tú no querías una esposa.

-Leonie, me desagradaban -dijo Rolfe en un acceso de sinceridad- las razones que me movieron a desposarte.

La cólera me llevó a pedir tu mano, y pronto ya no hubo de resolver el problema. Aun asi, era hora de que me casara.

Ella no contestó, y Rolfe se sintió desconcertado. Le ía dicho toda la verdad. ¿Acaso quedaba algo que revelar?

El le levantó suavemente el mentón, obligándola a mirarlo.

-¿Y no te parece suficiente que, al margen de la raz6n la cual nos casamos, ahora me siento muy complacido?

-Me enviaste lejos -dijo Leonie con voz muy tenue, tanto sorprendida de si misma.

-Fue un error -acept6 él con voz ronca, y comenzó su cabeza a la de Leonie.

-Pero... -se sentia muy confundida-. ¿Quieres decir..., eso ordenaste mi regreso? ¿Para comenzar de nuevo?

El dijo estas palabras casi sobre la boca de Leonie, y después la beso. Nunca se había sentido tan atraído por una mujer, ni experimentado tanto alivio cuando ella cedía. que Leonie aflojaba el cuerpo, comenzó su o olvid6 la inexperiencia de la joven, y comebía proceder lentamente

Los largos minutos que siguieron Leonie fue besada de muchos modos distintos, desde los suaves mordisraci6n profunda que conmovía sus entrañas, y enloquecia. En un segundo se sentía mareada, y experimentaba s6lo una suave lasitud, y después a a sentirse arrastrada por un torbellino.

Leonie no supo cuándo ni c6mo desapareció su bata, tuvo aguda conciencia del primer contacto de la mano Rolfe sobre sus pechos desnudos. Le pareció natural que viese alli, descansando sobre ella, y ejerciendo presi6n. Cuando la mano comenzó a moverse obre el cuerpo femenino, le pareci6 que esos dedos irradiaban calor. Los pezones de Leonie se endurecieron de las gentiles caricias.

Leonie se volvió y una mano se desliz6 tras la espalda otra le aferró el hombro. Ella abrió los dedos, deseosa de tocar, conmovida por el movimiento, de los músculos bajo la piel, y la dureza del cuerpo. Devolvió los besos que él le prodigaba y comenzó a presionar por su cuenta, como desafiándolo.

El la depositó suavemente en el lecho al lado de su propio cuerpo, Y antes incluso de que la cabeza de Leonie hubiese tocado la almohada, la boca de Rolfe se apretaba sobre uno de los pechos de rosado pezón, y su lengua repetía las caricias ofrendadas antes por los dedos.

Rolfe inici6 una exploración minuciosa de la suave superficie del vientre y los muslos de Leonie. acercándose cada vez más al centro de la femineidád, hasta que ella sinti6 un ansia tan terrible que arqueó el cuerpo para salir al encuentro de la mano que la exploraba. Cuando él deslizó los dedos largos en la calidez femenina, Leonie gimió. la cabeza echada hacia atrás. Sus dedos estrecharon la cabeza de Rolfe, y lo acercaron todavía más a ella.

Pocos hombres habían tratado jamás a una mujer con tanta reverencia. Las manos que la acariciaban tras untabail veneración, dulzura y excitación, todo al mismo tiempo.

La lengua.,de Rolfe se deslizó por el valle entre los pechos de Leonie, y sobre el vientre. para llegar al montículo pubiano y rendir un homenaje semejante Las manos separaron suavemente los muslos de Leonie , y después él desliz6 los brazos bajo la cintura de la joven para elevarla.

Leonie dejó caer hacia atrás la cabeza y una exclamaci6n ahogada, brot6 de su garganta cuando los labios de Rolfe se apretaron contra el vientre femenino. Después, él apoyó la mejilla sobre los muslos de la joven durante varios momentos desgarradores. Ella ya no podía pensar, y estaba a un paso de rogarle que la poseyera.

Rolfe, plenamente consciente del deseo cada vez mas intenso de Leonie, comenzó un lento movimiento de ascenso. y su cuerpo se deslizó sobre el que ella le ofrecía. y el vello de su pecho cosquilleo er6ticamente sobre los senos sensibles. provocándole temblores. Su lengua se introdujo nuevamente en la boca de Leonie, y en el mis¡-no instante, con una lentitud sobrecogedora, su aterciopelado masculinidad entró en la calidez de Leonie, hasta el final, hasta que él se sinti6 completamente aprisionado.

Durante una eternidad s6lo se movi6 la boca de Rolfe, que saboreaba despaciosamente la dulzura de Leonie. Pero nada podía distraería de la otra calidez que la colmaba, y cuando él comenz6 a retirarse, Leonie no pudo evitar el gemido que escap6 de sus labios. Pero ese gemido se troc6 en un

jadeo de placer cuando la calidez regres6. Era el don que él le hacía, la transformación de cada movimiento intencional de avance en una dulzura exquisitamente prolongada.

Cuando el éxtasis de Leonie hubo alcanzado un limite febril, Rolfe se retir6 hasta que ella retuvo s6lo el extremo palpitante de la masculinidad. Grit6, suspendida al borde de un precipicio, y entonces él se zambull6 profundamente y por última vez, y Leonie explotó en un éxtasis tembloroso que le recorri6 el cuerpo, y cada oleada era más extraordinaria que la precedente, hasta que se desmayó. Apenas sintió, el último beso suave depositado en sus labios.

## CAPITULO 15

-¿Mi señora?

Leonie abrió los ojos y se encontró tendida boca abajo, abrazada a la almohada, una posición desusada para ella, pues nunca dormía así. De pronto, recordó lo sucedido durante la noche, y una oleada de calor le recorrió el cuerpo.

-¿Mi señora?

Wilda estaba de pie al costado de la cama, y le ofrecía la bata, Leonie suspiró. Habría preferido permanecer acostada, saboreando los recuerdos, o descubrir allí a su marido y no a Wilda. Pero una rápida ojeada alrededor la convenció de que él se había marchado.

-¿Dormí demasiado? –preguntó Leonie.

-No. Ahora que él está abajo, me pareció más seguro venir y despertarte para la misa –dijo bruscamente la joven.

Leonie sonrió. -¿Has dormido bien?

-De ningún modo. ¡Las pulgas! –Wilda elevó la voz. -¡Casi me comen viva!

Leonie coincidió con la joven, pues también ella había sufrido un poco.

-Este lugar está... –Recordó la impresión que había sufrido la víspera, cuando pudo examinar el salón.

-Es terrible –dijo Wilda-. Las cocinas y las habitaciones de los criados son todavía peores que el salón, y temo acercarme al guardarropas. Sólo este cuarto está más o menos limpio.

Leonie frunció el ceño mientras Wilda comenzaba a peinarla.

-¿Por qué crees que las cosas están así? Es cierto que en Crewel no hubo una dama que supervisara todo después de la muerte de la madre de Alain; pero de todos modos, el mayordomo de los Montigny estaba a cargo de eso. Y ahora aquí vive lady Amelia.

Se estremeció al recordar las alimañas que había visto en las alfombrillas del salón.

-Es evidente que ésa no se molesta mucho –dijo Wilda y por lo que ya he visto, los criados hacen únicamente lo que se les ordena. No tienen voluntad ni siquiera para mejorar sus propias habitaciones.

-¿Cómo es posible que mi esposo...? Nunca creí que fuera un hombre que pudiera soportar esta situación.

-Pero mi señora, él rara vez está aquí.

-¿Cómo?

-Es lo que me ha dicho Mildred –reveló Wilda-. Es un guerrero, y vive en campamentos militares, y cosas por el estilo... las condiciones aquí no pueden ser muy distintas.

-Pero, Wilda, ¿por qué dices que rara vez está aquí?

-Mildred afirma que después de apoderarse de Crewel, siempre ha estado fuera de la casa mucho tiempo.

-¿Qué otras cosas te ha dicho Mildred? –preguntó Leonie, pues sabía que Wilda no se caracterizaba por ser discreta.

-Mi señora, parece –comenzó a decir Wilda- que si bien el rey le cedió todo el territorio de Kempston, solamente las puertas de Crewel se le abrieron sin combate, y eso únicamente porque lord Alain había huido y aquí reinaba la confusión. ¿Recuerdas el torneo del cual oímos hablar?

-Más o menos –replicó Leonie con cierta incomodidad.

-Bien, eso fue un pretexto para reunir en un lugar a los vasallos y los castellanos de Kempston, de manera que pudieran jurar fidelidad a su nuevo señor.

-Comprendo –murmuró en voz alta Leonie-. En lugar de convocarlos uno por uno. Cada hombre por su cuenta podía negarse y encerrarse en su morada.

-Precisamente, eso es lo que dijo Mildred –afirmó Wilda, orgullosa de la inteligencia de su señora-. Y en efecto, todos fueron ¡pero no para jurar! Los siete atacaron a sir Rolfe y huyeron.

Leonie comprendió lo que había presenciado aquel día. Le desagradaba que los vasallos de sir Edmond se comportasen de modo tan despreciable aunque los motivase el miedo. Ni siquiera habían ofrecido a Rolfe la oportunidad de demostrar su propio carácter.

-¿Qué hizo mi marido después del ataque?

-Sitió los siete dominios.

-¿Los siete? ¿Dispone de hombres suficientes para esa empresa?

Wilda se encogió de hombros.

-¿Cuántos hombres se necesitan para asediar una residencia? Pershwick nunca.

-Lo sé, lo sé –la interrumpió impaciente Leonie que pensaba en otra cosa. Estaba sorprendida. Era una tarea imposible, pues requería aislar simultáneamente los siete lugares para impedir que unos ayudasen a otros. Esa empresa sin duda requería millares de hombres. Pero la presencia de una fuerza tan numerosa cerca de Pershwick seguramente le habría sido informada. Sin embargo, ella no había oído hablar de nada parecido.

-Wilda, ¿estás segura de que has oído bien? ¿No puede ser que sencillamente mi marido está haciendo la guerra a uno de los dominios de Kempston?

-No, mi señora. Cuatro dominios ya han sido conquistados. Ahora está sitiando a Wroth.

Leonie comenzaba a comprender lo que esa lucha podía significar.

-En ese caso, no veré mucho a mi marido durante meses y meses, ¿verdad?

-Creó que eso te tranquilizará.

Leonie sonrió para sus adentros mientras Wilda se alejaba en busca de una túnica. La criada pensaba que su ama aún detestaba su matrimonio.

-Wilda –dijo- hoy quiero vestir mis mejores prendas... esa seda azul que compramos al mercader francés.

-Pero las usas únicamente en ocasiones especiales. Incluso te negaste a …

-Lo sé. No me pareció que la boda fuese una ocasión especial; pero ahora deseo lucirla.

Wilda no discutió, y Leonie estuvo extrañamente silenciosa mientras la criada le ayudaba a ponerse la camisa azul oscura de mangas largas. Sobre esta prenda revistió la túnica color vino de lana española. Estaba abierta a los costados para revelar la camisa azul oscura que se encontraba abajo, y las mangas acampanadas exhibían complejos bordados. La túnica era hermosa y se ajustaba al cuerpo de acuerdo con la moda del momento; tenía también bordados de plata alrededor del alto cuello. El cinturón estaba confeccionado con vivos de plata.

Leonie se dejó sueltos los cabellos y algunos mechones espesos le caían sobre el busto, como solía suceder con las trenzas, cuando las usaba. Un cordón de plata le rodeaba la cabeza, y sostenía un cuadradito de lienzo blanco. Completó el atuendo con zapatos de cuero blanco.

-¿Ahora parezco una dama digna de la posición de mi señor? –se aventuró a decir Leonie con una sonrisita.

-Así es.

Wilda sonrió a su vez, complacida, porque había intervenido en el embellecimiento de su señora.

-En ese caso, abandonemos este refugio. Durante las próximas semanas habrá mucho que hacer, y por lo tanto más vale que comencemos ya mismo.

Los ojos de Wilda se iluminaron al comprender.

-Señora, autorízame, y yo conseguiré que estos haraganes...

-Todo a su tiempo –la interrumpió Leonie-. Necesito tener la autorización de mi señor.

Eso no agrado en absoluto a Wilda. Su señora ya no tenía la palabra definitiva, y la criada no intentó siquiera disimular su desagrado cuando ambas salieron de la habitación.

## CAPITULO 16

Pero una sorpresa esperaba a Leonie. Cuando abandonó la pequeña capilla, donde el sacerdote de Crewei celebraba varias misas todas las mañanas, Amélia la enfrentó directa mente. Leonie se apresuró a disimular el asombro, pero Amelia no pudo ocultar el suyo. Ella suponía que Leonie poseería cierto atractivo, con sus heridas ya curadas. Si Rolfe habla ordenado su regreso, sin duda procedía así porque la joven le agradaba. Pero esa muchacha radiante de rasgos aristocráticos finamente dibujados y piel opalina era demasiado bella ¿Dónde estaba el hombre que podía desear una amante cuando tenía a esa muchacha por esposa?

El pánico dominó a Amelia. Su mentira acerca del hijo había convencido a Rolfe, y ella había planeado' que, al cabo de un mes o dos. cuando Leonie se hubiese marchado nuevamente, podría aducir la pérdida'del hijo. Y todo volvería a los carriles anteriores.

Pero esa muchacha tan bella no desaparecería en tan poco tiempo. Quizá jamás lograra alejar a esa mujer. Amelia pensó que su única posibilidad era embarazarse, y de prisa. Pero, ¿y si no era posible tentar a Rolfe? Y bien, otro hombre cualquiera, que fuera moreno como Rolfe, serviría para el caso; Sir Evarard, o incluso ese apuesto y juvenil caballero... ¿cómo se llamaba? Poco importaba quién fuese el padre del niño. Una vez embarazada, Amelia tenla que ganar tiempo, e incluso convencer a'Rolfe de que los mantuviese indefinidamente a ella y a "su" hijo.

--Lady Leonie, debo confesar que no te habia reconocido. -Ultimamente me ha ocurrido varias veces -dijo serenamente Leonie.

Amelia se sintió muy complacida. Excelente A la esposa no le agradaba que la amante continuara residiendo en la casa. Si se la ayudaba un poco, la situación le agradaría aún menos.

-Debo disculparme porque no te saludé ayer cuando llegaste. -Amelia estaba improvisando de prisa.- Pero tenía mucho que hacer, pues estaba ordenando mi equipaje. Rolfe me concedió muy poco tiempo, y debí trasladar todo de un momento al siguiente. Pero estoy segura de que tú afrontaste los mismos inconvenientes.

Leonie se sinti6 asombrada ante la actitud de la mujer. ¡estaba diciéndole descaradamente que acababa de retirarse de la habitación de Rolfe, que había continuado compartiéndola después de la boda de Rolfe! Por supuesto todos 195 criados sabían a qué atenerse. Como si eso no hubiera sido suficiente, la mujer estaba insinuando que no saldría de Crewel, pese a que Leonie vivía allí. La joven adoptó una actitud todavía más fría.

- ¿Continuarás viviendo aquí? -pregunt6 Leonie. -Pero., mi señora ¿acaso podria hacerlo en otro sitio? -pregunt6 Amelia con expresión inocente-. Rolfe está a cargo de mi persona...

-Sé cual es la relación entre ustedes.

Ameha se encogió de hombros. --intenté explicar a Rolfe que podrías oponerte, pero él insisti6 en que no habría inconveniente. Quizá sea mejor que tú... no le menciones que conoces nuestra. . en fin, ya me entiendes. A Rolfe no le agradan los celos.

- ¡Celos! -exclam6 Leonie casi sofocada

- ¡Conoces el carácter de Rolfe! Es terrible verse obligado a soportarlo. -El estremecimiento de Amelia era bastante auténtico.- Evito cruzarme en su camino cuando está enfadado. Tú harás lo mismo. Pero esto no nos conduce a ninguna parte. Sé que no te sentirás celosa. ¿No me dijiste antes que no querías a Rolfe?

-¿Y tú no me dijiste que él no me molestaría? -replic6 Leonie.

Amelia suspiró.

-'Ya ves que es un hombre muy voluble. Pero no te desanitnes, estoy segura de que muy pronto volverá a cambiar de idea.

Leonie no mordió el anzuelo.

-Dime, ¿quién se ocupa de la casa?

-Rolfe me responsabíliz6 de eso, pero es una tarea a la cual de buena gana renunciaría.

- ¿Sí?

Amelia baj6 los ojos.

-Dije a Rolfe que me alegraría recibir tu ayuda, pero él me contestó que no me molestase por 1 eso, que no lle agradaba que esto se pareciera a Pershwick. No lo complace el modo en qué actúas en Pershwick. Seguramrnte todavía está irritado por...

-¿Sabes dónde está mi marido? interrumpió Leonie. -Por supuesto. Siempre' me dice adónde va. Lo llamaron al establo. Un tonto puso su caballo de guerra cerca de tu palafrén y....

Leonie volvió la espalda a Arnelia antes de que ella concluyese y se march6. Allí permaneció de pie un movimiento, iluminada por la luz del sol. Trat6 de actuar 'corno si esa conversación no hubiera existido. Tanto le habría valido fingir que ella misma no estaba en Crewel.

## CAPITULO 17

Era un día que invitaba al ocio. El sol acariciaba las flores aterciopeladas, y un coro de aves entonaba sus cantos. Un glorioso día estival con fragantes brisas.

Amelia ya se había retirado. Leonie esperó cerca de la muralla hasta que vio que su marido regresaba al salón. Apenas él desapareció, Leonie pasó por el establo y comprobó personalmente que su yegua mansa no había sido; lastimada por el caballo de Rolfe. Aliviada, avanzó por el sendero hasta que llegó al bosque. Se detuvo allí, con la esperanza de encontrar soledad en la fronda.

Halló soledad, pero no le agradó. Lloró, y por ese motivo se sintió disgustada consigo misma. Decidió continuar caminando hasta la aldea. Necesitaba esa distracción, pero el paseo también la deprimía, pues aunque ella había olvidado las tropelías de su propia gente en el lugar, los siervos de Crewel tenían buena memoria. Las mujeres le dirigieron apenas unas palabras, y los hombres la evitaron. Leonie decidió retirarse inmediatamente.

A media tarde estaba de regreso en Crewel, pero aún no deseaba ver a su marido. Trató de entretenerse en el huerto cercano a la cocina. Se sorprendió del mal estado de todo lo que había allí: las verduras tan mezcladas con malezas que era difícil verlas.

Por una parte, Crewel era un lugar muy sucio; pero al parecer nadie comprendía que un huerto era una fuente de alimentos. En el huerto podían obtenerse especias que mejoraban el sabor de los manjares poco apetitosos de fines de invierno. También podían cultivarse hierbas curativas y reconfortantes. Era intolerable comprobar que el huerto se encontraba en esas condiciones.

-Mi señora, te buscan.

Leonie se volvió bruscamente al oír la voz tímida. Una niña de siete u ocho años estaba arrodillada en el suelo, y arrancaba malezas. Por lo menos alguien se esforzaba.

- Niña, ¿cómo te llamas?

- Idelle.

Leonie trató de arrancar una sonrisa a la niña, pues era evidente que la pequeña estaba muy nerviosa.

- Deberían ayudarte a quitar esas malezas.

- No, mi señora. El cocinero desea que me ocupe yo sola de esta tarea. Pero ahora he venido únicamente para conseguir algunas plantas para la ensalada.

- ¿Plantas? ¿Y el cocinero te dijo cuáles son esas plantas?

El rostro de la niña mostró preocupación.

- Le pregunté, pero... dijo que yo las eligiese. ¿Lo he hecho mal? Mi señora, mi intención no ha sido hacerlo mal.

Leonie observó amablemente: - No, has hecho lo que te dijeron. Idelle, ¿cuánto tiempo hace que ayudas en la cocina?

- No mucho. Estaba aprendiendo a tejer, pero a lady Amelia no le agradan los niños en la casa, y entonces mi hermana me envió a las cocinas.

- En ese caso, alguien debería haberte enseñado qué tienes que elegir y qué es lo que no sirve en medio de estas malezas. Lo que has separado en realidad no sirve para nada.

- ¿De veras?

- De veras. – Leonie sonrió. – Déjame ver. - Se inclinó y apartó algunas plantas. - ¡Ah! Aquí tienes algo comestible. Servirá para hacer una ensalada. -Y comenzó a llenar el canasto de la niña con todas las hojas de diente de león que pudo hallar.

-De nuevo te encuentro en un huerto.

Leonle sintió que se le paralizaban las manos. Incluso dejó de respirar.

-Ya le he dicho que estaban buscándola -murmuró Idelle.

Leonie trató de sonreír pero no pudo.

-Así es. Idelle regresa a la cocina. El cocinero tendrá que arreglarse con lo que le llevas.

Ambas se incorporaron al mismo tiempo, Idelle para alejarse deprisa del temible señor de Kempston, y Leonie para atenderle.

De nuevo le impresionó la postura del hombre, y durante un momento fugaz olvidó el resto, mientras le examinaba detenidamente. Desde las musculosas piernas a la túnica color castaño, rematada con hilos de oro: todo lo que él exhibía resaltaba la fuerza de su cuerpo.

Cuando vio esos ojos castaños aterciopelados recordó las palabras de Amelia. Leonie decidió que no se rebajaría formulándole preguntas acerca de Amelia, o a propósito de la permanencia de la dama. Era evidente que su anhelo de empezar de nuevo era falso. Y si escuchaba más mentiras en definitiva ella se confundiría más. Por otra parte, no deseaba suscitar en él la impresión de que Amelia era una preocupación para ella.

-Mi señor, ¿llamas huerto a esto?

El tema no ofrecía muchos riesgos.

Rolfe echó una brevísima ojeada a su alrededor, antes de que su mirada regresara a la hermosa imagen que tenía ante sí.

-¿Qué puedo saber yo lo que es un huerto?

-Has visto el mío en Pershwick.

-¿Lo vi?

Se acercó más, sonriendo. -No, pequeña sólo te vi a ti.

Leonie sintió cierta agitación en sus entrañas, y la cara se le encendió. Era difícil dominar la complejidad de los sentimientos que él podía provocar. Leonie tenía que poner freno a ese tipo de influencia.

-¿Me llamas -pequeña» para recordarme cómo estuviste a un paso de avergonzarme frente a mi gente?

Rolfe la miró, desanimado. Ella estaba enojada. Los ojos le brillaban como plata pulida, las cejas oscuras formaban una línea continua, y tenía los labios apretados. Su cólera provocó la de Rolfe.

-Maldición, ¡pensé que eso estaba solucionado!

Leonie se estremeció, pero no retrocedió un paso. De ese cuerpo vigoroso tan próximo a ella se desprendía una aureola de fuerza viril; pero la joven mantuvo su posición.

-Me he limitado a dudar del motivo que te lleva a recordarme el incidente.

Rolfe frunció el ceño. Ella se las ingeniaba con mucha astucia para conseguir que él se sintiera un bruto si la atacaba, No era fácil tratar con esta mujer.

Acarició con los dedos la línea tensa de los labios de Leonie.

-Querida, ¿adviertes el efecto que tienes sobre mí? -preguntó con voz suave-. Te veo y me pongo nervioso. Si te recordé algo desagradable, no lo he hecho intencionadamente, y me disculpo.

Leonie le miró asombrada. ¿Podría creerle? Quizá estaba jugando con ella, y sólo intentaba apaciguarla. Si se trataba de eso estaba consiguiéndolo; la irritación de la joven estaba siendo reemplazada rápidamente por el nerviosismo.

Bajó los ojos, completamente confundida, impotente.

-Tú... me has llamado, mi señor. ¿Deseabas algo de mí?

Él sonrió con una expresión perversa en el rostro,

y Leonie retrocedió.

-Mi señor...

-Rolfe.

-Yo...

-Rolfe -Insistió él-. Eres mi esposa, y no necesitamos mostrarnos tan formales cuando estamos solos.

¡Que él refrescara su memoria era inaudito ¡Como si ella pudiese olvidar que era su esposa!

-¿Leonie? -Rolfe habló con voz ronca.- ¿Aún eres tan vergonzosa?

Ella podía utilizar esa excusa... pero decidió que no ocultaría sus sentimientos sólo para mantener de buen humor a ese hombre.

-Mi señor, es más que vergüenza -dijo francamente-. Quizá con el tiempo...

Rolfe suspiró y Leonie sintió que habla obtenido cierto triunfo gracias a su firmeza.

-Tiempo es lo que no tengo -observó Rolfe-. Saldré por la mañana. Ignoro cuándo regresaré, pero espero que entonces te sientas más cómoda conmigo. Llevamos casados más de un mes.

-Pero no hemos convivido durante ese tiempo -le recordó fríamente Leonie.

-Incluso así, has tenido tiempo para adaptarte -declaró Rolfe.

-Es mejor explicar eso- dijo secamente Leonie-. Me enviaste fuera de aquí y pensé que no volvería a verte. A eso me adapté, mi señor.

-¡Bien!- dijo Rolfe, como si se hubiese enterado de algo importante. Leonie se sintió incómoda al observar su silencio posterior.

-Mi señor, todavía no me has dicho por qué querías verme.

-Concebí la ridícula idea de que pasar el día contigo sería agradable. Mi señora, ¿dónde estabas?

Leonie comenzó a desesperarse. Todo empeoraba. Esa cólera contenida era peor que los gritos.

-Yo... paseé hasta la aldea.

-¿Quién te acompañó?

¡Santo Dios, él estaba dispuesto a convertir incluso eso en un tema de discusión!

-Seguramente sabes que he ido sola.

-Señora, si lo supiera no lo preguntaría. ¡Sola! Esto no es Pershwick, donde puedes hacer lo que te plazca.

-Mi señor, lo sé perfectamente – observó Leonie con amargura.

Él entrecerró los ojos.

-Quizá no te importa tu propia seguridad, pero ahora es mía, y yo protejo lo que es mío. ¿Es necesario que ordene una guardia permanente sobre tu persona?

-¡No! – exclamó Leonie -. Yo... sé que estuvo mal abandonar la residencia sin escolta, pero no lo pensé. Necesitaba... cierto tiempo. No volverá a suceder, mi señor – se apresuró a terminar, avergonzada de su propio balbuceo.

Desvió la mirada para evitar esos ojos penetrantes, y él le sostuvo el mentón.

-Leonie, no estoy pidiendo más de lo que corresponde. No te irrites ante mi preocupación.

Ella se odiaba por sentirse tan nerviosa ante su presencia. Odiaba ese tono razonable. Pero sobre todo odiaba lo que él estaba haciéndole, esa oleada de intensos sentimientos. Se sentía irritada en cierto momento, e intimidada al siguiente, y era peor aún esa extraña sensación que se manifestaba en ella cuando Rolfe la tocaba.

Los dedos de Rolfe pasaron del mentón a la mejilla. Leonie contuvo la respiración, y esperó que él la besara; pero Rolfe se limitó a mirarla a los ojos. Los ojos de Rolfe eran oscuros e insondables.

-A veces la cólera es útil -dijo Rolfe-. Limpia la atmósfera, y estimula la sangre. Leonie, no disimules tu cólera frente a mí. Tal vez no me guste, pero me agrada todavía menos que disimules tu enojo. Esposa, no te muestres hosca conmigo, y jamás, jamás vengas a mi lecho dominada por la irritación.

Los labios de Rolfe rozaron los de Leonie, y después él se apartó y comenzó a alejarse.

Leonie le miró, desconcertada, las yemas de los dedos apoyadas en la cara, en el lugar que él la habla tocado. Su corazón latía aceleradamente.

## CAPITULO 18

El salón se habla llenado de gente rápidamente y los criados portaban grandes fuentes de comida. Una criada perdió el equilibrio y la enorme sopera que llevaba se inclinó un poco, derramando su contenido sobre las alfombras. Cinco perros acudieron instantáneamente al lugar, pero el líquido

caliente no era muy tentador. Después de olfatear un momento, regresaron a lo que hacían antes, que era seguir las fuentes de carne, con la esperanza de que hubiese otro accidente.

Erneis, el mayordomo de Crewel, habla presenciado el accidente, pero continuó llenando su plato, y no prestó atención al asunto. Tampoco la criada parecía recordar el episodio. No volvió después para limpiar lo que había ensuciado, porque nadie le habla dicho que lo hiciese.

Eran situaciones habituales en Crewel. Los soldados quizá lamentaban la suciedad, pero no les correspondía impartir órdenes a los criados. Sir Evarard había vivido en condiciones peores, y no prestaba mucha atención al tema. Los criados nunca hacían nada por propia iniciativa, y en realidad se habían convertido en seres muy haraganes.

Hacía mucho que sir Thorpe habla renunciado a corregir la situación. De todos modos, nunca permanecía en Crewel el tiempo necesario para supervisar una limpieza exhaustiva. Y Rolfe tenía muchas otras cosas en qué pensar. Al parecer, Amelia no tenía capacidad para dirigir a los criados. Ya había hecho bastante con mantener razonablemente limpia la habitación de Rolfe.

Rolfe había formulado algunos comentarios acerca de la posibilidad de tener una esposa residiendo en la casa, con la esperanza de que el problema se resolviera. Pero no parecía que la solución estuviese cerca. Amelia le informó que habla tenido un intercambio de palabras con Leonie y que ésta le habla dicho que no podía molestarse ocupándose de Crewel. Rolfe se enfureció, sobre todo después de la escena en el jardín. ¿Ella podía ocuparse de Pershwick, que le pertenecía, pero no quería hacer lo mismo en Crewel?

Por otra parte, Amelia resaltó que las damas de la jerarquía de Leonie estaban acostumbradas a dedicar su tiempo a la costura y la murmuración. Rolfe sabía que eso era cierto, pues su propia madre jamás había movido un dedo para administrar su hogar. Sin duda, Leonie tenía un eficiente mayordomo en Pershwick. Y bien, pensó Rolfe, que las cosas continuasen como estaban.

Por desgracia, su irritación ante esta dificultad no tuvo oportunidad de calmarse antes de que Leonie regresara. Ella mostraba en su cara la misma expresión de disgusto que había mostrado en el huerto, y él sintió la tentación de ordenarle que se retirase; pero muchos ojos estaban mirándolos en ese momento.

Ninguno de ellos habló, y la cólera de Rolfe comenzó a acentuarse. Al parecer, Leonie se proponía insistir en su actitud, y eso enfurecía a Rolfe. Deseaba que ella fuese la misma mujer que él había conocido la noche anterior cuando le había hablado y le había aceptado.

Damián había regresado a Crewel durante la tarde, con la armadura de Rolfe recién lustrada. La limpieza de la armadura era lo único que el muchacho hacia bien. Rolfe no estaba acostumbrado a tener un escudero tan joven, y tampoco disponía de tiempo suficiente para entrenarse. Damián debía cumplir diferentes funciones: atender a Rolfe, elegir las prendas que él usaría, ayudarle a vestirse y servirle cuando se sentaba a comer. La actividad de un escudero se sujetaba a reglas rigurosas, y eso valía incluso para el trinchado de la carne y la presentación de la copa de vino de su

señor. Damián sabía todo lo.que se exigía de él, pero jamás hacía nada sin que hubiese tropiezos.

Después de utilizar toda su paciencia con Leonie, Rolfe ya no conservaba nada para el muchacho. Cuando derramó por segunda vez el vino, le despidió con duras palabras que se elevaron en el salón pese al estrépito que allí reinaba. Se hizo el silencio, y después todos continuaron comiendo. Que Rolie perdiese los estribos era un episodio bastante usual.

Leonie ya estaba sobre ascuas, pues había visto cómo lady Amelia dirigía la distribución de la carne, con la aparente aprobación de Rolfe.

-¿Siempre te muestras tan duro con el muchacho? Los ojos de Rolfe se clavaron en ella.

-Bien. De modo que, después de todo, tienes lengua.

Leonie miró fijamente la mesa.

-No sabía que estaba obligada a hablar. No tengo nada que decir.

-¿La cortesía más elemental es un libro cerrado para ti?

-No, mi señor - replicó Leonie con voz tenue - La retribuyo cuando me la ofrecen.

Él emitió un gruñido, y no hizo caso del hecho de que tampoco había dirigido la palabra a su esposa.

-Y ahora encuentras algo que deseas decir... y es una crítica. Hubiera sido mejor que guardases silencio.

-Mi señor, sé que mi opinión no significa nada para ti, pero tu escudero te serviría mejor si le demostrases paciencia. Sucede, sencillamente, que el muchacho está nervioso.

-Has entrenado a muchos escuderos, ¿verdad?

-No.

-Por lo menos uno. ¿Cómo puedes saber de qué modo debo tratar al mío?

Leonie mantuvo firmemente su posición frente al ataque.

-Sentido común, mi señor.

-¿La paciencia corrige la torpeza?

-No se mostraría tan torpe si no le mostrases una expresión tan hosca - replicó Leonie.

-Comprendo. Entonces, cuando Damián se enfrente a su enemigo en el campo, luchará bien si el enemigo le sonríe. Pero, si ese enemigo le mira ceñu- do una vez, ¿cuál será el resultado? Una espada que se desprende de la mano porque la sujetan unos dedos nerviosos... en lugar del vino derramado. Tu sentido común causaría la muerte de Damián.

Leonie se sonrojó intensamente. Todo lo que él decía era cierto. Si Damián no aprendía a controlar su nerviosismo, no viviría para llegar a la condición de caballero. Los siervos y las mujeres podían ser torpes, los guerreros no gozaban de ese privilegio.

-Lo admito -contestó-. De todos modos, insisto en que te mostraste excesivamente duro con el muchacho. Una pequeña dosis de paciencia, de cuando en cuando, beneficiaría a ambos.

-Me recomiendas tener paciencia con el muchacho... ¿Qué recomiendas para ti misma?

Leonie miró detenidamente a Rolfe, y preguntó con voz que era dulzura e inocencia concentradas.

-Mi señor, ¿he provocado tu disgusto?

A Rolfe no le divirtió mucho la pregunta. Más aún, el intento de Leonie de tomar a la ligera la cólera que él sentía le enfureció.

-¿Qué me recomiendas? -repitió sombríamente.

-La retirada.

-Inaceptable.

-Entonces, mi señor, otra dosis de paciencia.

-La paciencia sin la recompensa no vale la pena -replicó Rolfe.

Una advertencia. Él esperaba demasiado. Si no estaba dispuesto a ceder, tampoco ella lo haría.

-La recompensa es sólo para quienes la merecen. -¿Quieres decir que no la merezco?

-Mi señor, ése es un asunto que tu conciencia debe resolver.

-Maldita sea, ¿qué tiene que ver la conciencia con esto? -preguntó Rolfe-. ¡Mi conciencia está limpia!

-Sin duda -replicó Leonie.

Era peligroso decir más. Rolfe bebió el resto de vino de su copa y gritando pidió más.

Leonle suspiró. En realidad, habría sido mejor abstenerse de hablar. Era imposible razonar con un hombre así.

La mayoría de los hombres tenían una doble conducta. Y su marido no era distinto. No podía decirle que procedía mal, y tampoco cabía cuestionar su integridad, según él la veía. Y según él veía las cosas, no tenía nada de malo que una amante viviese en la misma casa que su esposa. O que la amante dirigiese los asuntos domésticos. Siempre se perdonaba con un guiño el adulterio de un hombre, pero ¡pobre de la esposa que se descarriaba! ¡Todos eran hipócritas! Leonie habría soportado ese estado de cosas, pues muy poco podía hacer para remediarlo; pero no aceptaba la falsedad.

La comida era un desastre, pero de todos modos ella no tenía apetito. Ya era bastante desagradable verse obligada a comer con el estómago estrujado por la tensión; además, la comida carecía de gusto, y no la hablan mejorado con especias. Incluso el pastel de carne picada preparado con leche y cortezas de pan sobre la carne no incluía una sola verdura.

Había queso de leche de oveja, pero la mantequilla que hubiera debido realzar el sabor de las verduras estaba rancia. Su olor rivalizaba con el que se des- prendía de las alfombras.

-Mi señor, ¿das tu venia para que me retire de la mesa?

Rolfe la miró largamente antes de asentir con un gesto breve. Pero la detuvo cuando ella ya se marchaba.

-Leonle, domina tu enojo. Pronto me reuniré contigo.

Todavía era temprano, y el último lugar en que Leonie deseaba esperar a su marido era el lecho. Los recuerdos que ella evocaba disputaban el lugar a su amargura, y provocaban una frustración que la llevaban a pasearse de un extremo al otro de la habitación. No era justo que la dejasen en ese limbo. Rolfe d'Ambert no era un auténtico marido, y por otra parte no quería dejarla en paz. En definitiva, quedaba una desesperación que Leonie tendría

que tolerar hasta el momento en que él ya no considerase que su nueva posesión le divertía.

Un rato después, como Rolfe aún no llegaba, Leonie buscó en sus baúles de la antecámara hasta que encontró las cuentas de Pershwick. Fue con ellas hasta una de las sillas, frente al frío hogar, y se instaló allí. Había llevado consigo las cuentas para ordenarlas antes de entregárselas a sir Guibert

¡Cuántas horas había pasado aprendiendo a leer y escribir para llevar sus propios registros Y en Crewel todo su saber se desperdiciaría. Por lo menos, durante cierto tiempo. ¿Hasta cuándo él la retendría allí? ¡Ojalá pudiera saberlo!

Varias horas después, Rolfe encontró a Leonie acurrucada en la silla con los pergaminos distribuidos sobre su regazo y un tintero sobre la mesa baja. No había esperado hallar eso. La Iglesia, que era la depositaria de todo el saber, miraba con malos ojos que se instruyese a las mujeres. Fuera de la Iglesia, muy pocos hombres sabían leer y escribir. Rolfe sabía escribir, pero se trataba de un conocimiento que él no solía usar, pues dejaba esas cosas a cargo de los empleados.

Rolfe tomó uno de los pergaminos y lo examinó. Ella abrió los ojos, sorprendida y Rolfe devolvió el pergamino al regazo de Leonie.

-Mi señora, ¿entiendes esos garabatos?

Leonie irguió el cuerpo, sobresaltada.

-Por supuesto, son mis anotaciones.

-¿Quién te enseñó a escribir?

-Un joven sacerdote de Pershwick.

-¿Por qué lo hizo?

Leonie adoptó una actitud cautelosa, pero el tono de Rolfe era amable. Al parecer, solamente sentía curiosidad.

-Le amenacé con despedirle si no me enseñaba.

Rolfe contuvo la risa con esfuerzo.

-¿De veras? Por lo que veo, cedió a tus amenazas, pero, ¿por qué deseabas aprender? ¿Ese hombre no llevaba bien los registros?

-Sí los llevaba bien, pero se negaba a realizar ciertos cambios que yo propuse. Mi señor, es una historia muy larga. En lugar de comprometer al sacerdote en lo que yo deseaba hacer, decidí hacerlo por mi cuenta, y por eso insistí en que me enseñara.

-Tu actitud me complace, y aquí tenemos algo que puedes hacer, y que seguramente no objetarás -dijo Rolfe-. Serás mi amanuense.

-¿Yo? -exclamó Leonie-. ¿Quieres decir que no sabes escribir?

-Pasé mi juventud en el campo de entrenamiento, no encerrado con un tutor.

La media mentira no preocupó a Rolfe. Era cierto que no había sacrificado, en favor del estudio, ni un minuto de su tiempo de entrenamiento, y que jamás se habla encerrado con un tutor. El tutor tenía que seguirle al campo de entrenamiento, una incomodidad no muy apreciada por el viejo sacerdote.

-Pero, seguramente tienes un empleado.

-No te pido que te ocupes de las cuentas de Crewel -dijo-. Pero podrías redactar la correspondencia sencilla.

Ella se erizó.

-Imagino que sí, si no crees que eso puede sobrecargar mi inteligencia.

El sarcasmo le divirtió.

-No, no lo creo.

Leonie se puso de pie con gesto altivo.

-Muy bien, mi señor.

Leonie apartó las cuentas, y cuando regresó a la habitación vio a Rolfe sentado en la silla que ella había desocupado. Fijó en Leonie los ojos, los párpados entornados, la mirada inescrutable. Ella cerró mejor la bata de hilo, pues sabía muy bien que la tela de color crema era muy fina.

-Ven aquí, Leonle.

Fue una orden pronunciada en voz baja, pero de todos modos era una orden. Ella miró nerviosamente la ancha cama. Aunque le parecía un lugar aborrecible, en todo caso era una excusa.

-Es tarde, mi señor, y…

-Has dormido la siesta, de modo que no puedes decir que estás demasiado cansada.

Ella encontró la mirada fija de Rolfe, pero pasó un momento antes de que lograra que sus propios pies se moviesen. Finalmente, se detuvo cerca de él.

-Más cerca.

Ella avanzó otro paso, y entonces Rolfe extendió la mano y la sentó sobre sus rodillas. La sujetó, descansando las manos en la cadera de Leonie. Vacilante, ella le miró.

-Querida, me alegro de que hayas tomado en serio mi advertencia, pues yo no advierto más que una

Leonie cerró los ojos. Rolfe supuso que ella se mostraba aquiescente porque él se lo habla ordenado. Pero Rolfe tendría que descubrir que Leonie no era una criada.

No puedo.

-Quieres decir que no quieres.

-Muy bien. No quiero.

-¿Qué sucede, mi señor, cuando no se tienen en cuenta tus advertencias? -preguntó.

Los labios de Rolfe rozaron el cuello de la joven.

-Es mejor que no lo sepas.

-Pero deseo saberlo, mi señor.

-Rolfe -la corrigió, y sus labios se acercaron al centro del cuello de Leonie.

Leonie gimió.

-Lo siento, mi señor, pero no puedo.

-¿No puedes qué?

-Llamarte por tu nombre.

Él se irguió. Sus manos se levantaron para sujetar la cara de Leonie.

-Dilo. Es un nombre corto, y es fácil pronunciar. Dilo.

Él sonreía y su tono era fuerte, persuasivo. Pero cuando le miró a los ojos, vio la imagen de lady Amelia. Esa dama se interponía entre ellos.

Rolfe se puso de pie repentinamente, siempre sujetando con fuerza a Leonie. La llevó a la cama y allí la dejó, mirándola con hostilidad.

-Mujer, si no creyera que tienes más sensatez, juraría que lo haces a propósito para molestarme. Si quieres entregarte al malhumor, hazlo, pero hazlo sola. Si eres sensata, habrás dominado tu malhumor cuando vuelva aquí.

Salió irritado de la habitación, y cerró la puerta con un fuerte golpe.

Leonie apoyó la cabeza en la almohada, y relajó lentamente su cuerpo. Suspiró. Supuso que no volvería a verle antes de que él se marchase por la mañana. Mejor así. Pero después comprendió adónde iría Rolfe a pasar la noche, y entonces se renovó la tensión de su cuerpo.

Sin duda, alguien le vería acercarse a la habitación de su amante, y todos lo sabrían al día siguiente, pues sólo la esposa ignoraba lo que estaba sucediendo. Pero esta esposa ya lo sabía, y al marido no le importaba que ella lo supiese o no. Que él no mostrase un poco de consideración hacia los sentimientos de su esposa era el más bajo de los insultos.

## CAPÍTULO 19

A la mañana siguiente, cuando Leonie bajó a la sala, Rolfe ya había salido de Crewel. Thorpe de la Mare le había acompañado, y sir Evarard había quedado a cargo de Crewel.

Leonie estaba de muy malhumor después de pasar largo rato insomne, tratando de convencerse de que lo que su marido hacía no le importaba personalmente, y de que sólo le molestaba la vergüenza que eso podía acarrearle. Su humor no mejoró cuando encontró a lady Amelia desayunando frente a la mesa, con sir Evarard. Ambos reían alegremente.

Formaban un cuadro que ilustraba el hecho de que allí se aceptaba a la amante, pero no a la esposa. También estaba muy claro que Amelia estaba de excelente humor.

Los dos callaron cuando vieron a Leonie quien no les saludó y ni siquiera se volvió a mirarlos; en cambio, continuó caminando hacia la capilla, como si ése hubiese sido su destino original. Sabía que era demasiado tarde para asistir a misa, y ni siquiera echó una ojeada al interior de la capilla, sino que salió al aire libre y a la intensa luz de la mañana.

Tenía que adoptar una decisión, la que podía provocarle problemas aún más graves con su marido, pero que merecía ser considerada.

No era propio de su carácter vivir ociosa. La inactividad, a lo sumo, agravaría el estado de ánimo en que se encontraba. Necesitaba sentirse ocupada.

Por supuesto, Amelia sin duda veía con buenos ojos que se le asignara en la casa un lugar superior al de la esposa de Rolfe. Pero si Amelia conocía el arte de llevar una casa, no cabía duda de que mantenía cuidadosamente el secreto de su saber.

El problema era que en Crewel a nadie parecía preocuparle las condiciones en que vivían. Que Rolfe sacrificase su propia comodidad con el propósito de honrar a su amante revelaba algo muy intenso. Leonie nada podía hacer para modificar los sentimientos de Rolfe, pero no estaba dispuesta a vivir en un basurero.

Si ella ordenaba que se ejecutasen ciertas tareas, ¿quién podía oponerse? El propio Rolfe, cuando regresara, pero en ese momento ella ya habría logrado gran parte de lo que perseguía, y era posible que la mejora

general de la situación calmase su cólera. ¿Lady Amelia se atrevería a presentar quejas? Leonie estaba dispuesta a correr el riesgo de una discusión con esa dama.

Una vez adoptada la decisión, fue a buscar a Wilda y Mary. Encontró la escalera que conducía a los cuartos de los criados, en la planta alta. Al final de esa escalera, descubrió, no una habitación grande, sino un corredor estrecho. Los cuartos de los criados estaban a la izquierda, y había muchas habitaciones pequeñas sobre la derecha.

Wilda apareció apenas Leonie pronunció su nombre.

-Mi señora.

Se despertó la curiosidad de Leonie.

-¿Aquí guardan provisiones? -preguntó, mirando la hilera de habitaciones.

Wilda entendió la pregunta y movió la cabeza.

-Mi señora, nunca he visto nada semejante. Sir Edmond concibió la idea de ofrecer cierta intimidad a sus invitados, de manera que ordenó que se construyesen esos cuartitos, cada uno con una cama y otras comodidades.

-¿Cada uno es un pequeño dormitorio?

Wilda asintió.

-Mildred dijo que en Crewel nunca faltaron los invitados. A sir Edmond le agradaba impresionar a sus huéspedes.

A Leonie no la sorprendió que la criada supiese tanto. Los servidores murmuraban entre ellos.

-¿Habitaciones privadas en lugar de un jergón en el salón? En efecto es un detalle impresionante. No sabía que los Montigny fueran tan adinerados.

Wilda frunció el ceño.

-Hay rumores...

-¡Qué vergüenza, Wilda! Sabes que no presto oídos a los rumores -dijo automáticamente Leonie, y como Wilda sabía que a su señora le desagradaban los chismes, guardó silencio. Fue mejor así, pues Wilda no deseaba ser la persona que informase a su ama de los rumores relacionados con ella y su marido.

Wilda prefería que los criados de Crewel pensaran que Rolfe d'Ambert había castigado a su esposa la noche de bodas. No miraba con simpatía a Rolfe a causa del insulto que él infligía a Leonie al mantener a su amante en el hogar. Wilda no deseaba modificar las opiniones de las criadas, o discutir con los hombres que tomaban partido por su señor. Su propósito era mantenerse al margen de la disputa, y había advertido a Mary que hiciera lo mismo. Rolfe d'Ambert no era un hombre que se mostrase paciente con los criados.

Se limitó a decir: -Bien, en efecto sir Edmond servía los mejores platos.

-Sin duda, tenla una cocinera distinta -dijo secamente Leonie, y Wilda se echó a reír.

-Así es. Entiendo que la cocinera huyó cuando llegó el nuevo amo. La persona que ahora gobierna en la cocina fue retirada del establo.

Leonie la miró desconcertada.

-Pero, ¿algunos ayudantes de la antigua cocinera aun están aquí?

-Sí. Podrían mejorar la comida, pero no quieren hacerlo. -Wilda habló en voz más baja.- Aquí había mucho resentimiento contra tu marido, y eso aún persiste.

-¿Sentían afecto por sir Edmond?

-No. Tenía la mano pesada. Pero con él no había sorpresas, y los criados siempre aprovechaban la abundancia de alimentos que sobraban después de los festines. Pero sir Rolfe permanece ausente tanto tiempo, que nadie ha tenido oportunidad de conocerle, y por lo tanto no confían en él. Su carácter asusta a todos. Nadie está dispuesto a atraer sobre su persona la atención del amo.

Leonie asintió. Había imaginado que ésa era la situación. Miró de nuevo la hilera de puertas cerradas.

-¿Todos esos cuartos están vacíos?

Wilda conocía bien a su ama.

-Ella duerme en la habitación grande que perteneció a sir Alain -murmuró.

-Pero, ¿cuál ocupa sir Evarard...?

-Ese hombre es un soldado de la cabeza a los pies. Duerme con los soldados. Mildred dice que se siente más feliz envuelto en una manta, bajo las estrellas.

-¿Y cómo sabe eso Mildred?

Wilda sonrió.

-Una cosa que no desagrada a sir Evarard cuando compara los campamentos durante una campaña, con la residencia aquí, es la presencia de mujeres. Mi señora, es un joven apuesto.

Leonle trató de contener una sonrisa.

-¿Y tú estás tratando de conocerle mejor?

Antes del matrimonio de Leonie, Wilda jamás habría reconocido nada por el estilo, pero contestó altivamente: -Lo he pensado.

Leonie movió la cabeza. ¿Podría reprender a Wilda por buscar su propio placer? Nunca servía de nada señalar lo pecaminoso de una unión sin matrimonio.

-Durante los próximos días- dijo Leonie, cambiando de tema-, dispondrás de poco tiempo para pensar en esas cosas. Deseabas la oportunidad de dar trabajo a los criados de Crewel, y ahora la tendrás.

Wilda se mostró muy satisfecha.

-Entonces, ¿tienes el permiso necesario? Podemos comenzar...

-No tengo su permiso, pero de todos modos comenzaremos.

-Pero...

Leonie la interrumpió.

-No puedo vivir así. Y como él no está aquí no podrá impedirlo.

-Mi señora, ¿estás segura?

-Segurísima.

Amelia se sintió sorprendida cuando todas las criadas de la casa bajaron al salón, armadas de escobas, jabón y agua. Levó aparte a Leonie.

-A Rolfe no le gustará.

Leonie sonrió secamente.

-En ese caso, échame la culpa, pues este lugar me repugna, y no permaneceré aquí un día más en tales condiciones. Por supuesto, si mi

marido se muestra complacido, puedes atribuirte el mérito. Estoy segura de que habrás tenido la intención de limpiar la casa, pero te ha faltado tiempo.

El sarcasmo era muy evidente, pero Amelia ni siquiera lo percibió.

-Para hacer algo aquí, es necesario vigilar constantemente. Los siervos son gente demasiado tonta para cumplir una tarea por sí mismos. ¿Crees que no lo he intentado?

Leonie calló sus dudas. Hablar con esa mujer ya le costaba esfuerzo.

-Tengo mis propios métodos para hacer las cosas.

-Si Rolfe se siente satisfecho... -rezongó Amelia.

-Pero yo no estoy satisfecha, lady Amelia. De todos modos, no estoy pidiéndote ayuda.

Tampoco estaba dispuesta a pedirle autorización. Vería si la mujer se atrevía a desautorizar lo que Leonie había comenzado.

Amelia tuvo la sensatez de dejar hacer. Había conquistado mucho terreno como para arriesgarse a un enfrentamiento con la esposa de Rolfe en un asunto tan secundario como éste.

-Como quieras, mi señora -dijo Amelia antes de alejarse.

Leonie hizo un gesto de asentimiento a Wilda, cuyos ojos chispeaban cuando comenzó a impartir órdenes a las mujeres allí reunidas. Y así empezó todo. Hubo algunas protestas cuando se explicó la tarea, pero la lengua afilada de Wilda desechó rápidamente las quejas.

Leonie habría ayudado, como hacía siempre en Pershwick, pero si procedía aquí del mismo modo su rango sufriría las consecuencias. Incluso así, muchos de los criados miraban primero a lady Amelia, buscando su aprobación.

Una vez que Wilda controló firmemente el salón Leonie reunió a varios criados y les ordenó que la siguiesen fuera de la casa. Ordenó a cuatro hombres que fueran por alfombras nuevas, y a otro que llamase a sir Evarard. Después, fue con tres hombres a la cocina.

El personal de la cocina se mostró inmediatamente hostil ante su presencia, pues durante mucho tiempo no había sufrido ninguna interferencia. Además del cocinero, un hombre delgado de mediana edad, había cinco ayudantes varones y tres niños a quienes se les asignaba las tareas más sencillas. La pequeña Idelle era una, y Leonie se esforzó para contener una sonrisa dirigida a la pequeña; hablaría con ella después de tratar con el resto del personal.

El estado del largo cobertizo utilizado como cocina era tremendo. El humo y la grasa eran tan espesos en todos los rincones de la cocina que parecía extraño que el edificio no se hubiese incendiado. La despensa y el cuarto destinado a la fabricación de mantequilla y queso no estaban en mejores condiciones.

No compadecía al cocinero, porque él era el único responsable de la situación.

-Puedes regresar al establo, donde tus cualidades serán mejor aprovechadas- le dijo, desafiándole a oponerse con la severidad de su expresión.

El hombre pareció aliviado. Cuando se marchó, Leonie ordenó a los tres hombres que había llevado consigo que comenzaran a retirar todo lo que había en la cocina. Se ordenó a los cinco ayudantes y a Idelle que fuesen con

Leonie al jardín. Allí, miró sucesivamente a los hombres, tratando de juzgar sus actitudes, y sabiendo que si su plan no funcionaba, ella acabaría desempeñando la función de cocinera.

Dirigió su atención a la niñita y suavizó un momento su actitud severa.

-Idelle, ¿recuerdas las malezas que estabas recogiendo en el huerto?

A Idelle se le agrandaron los ojos.

-Mi señora, juro que no he vuelto a arrancarlas.

Lo sé, pero ahora deseo que de nuevo las arranques, que las quites todas.

-¡Pero hay tantas!

-Precisamente. Y como no sirven para nada, no tienen que estar en el huerto. ¿Comprendes?

Idelle comprendió únicamente que le llevaría una eternidad hacer lo que la dama pedía, y sin embargo, ansiaba desesperadamente complacer a Leonie.

-Lo haré.

Leonie sonrió al rostro afligido.

-No he querido decir que tú sola recogerás esas plantas. No, estos hombres se ocuparán de arrancarlas, con raíces y todo... especialmente las raíces. Tú vigilarás, para comprobar que no dejen ninguna, y que no descansen hasta terminar la tarea.

-¿Quiere decir que lo deben hacer como yo diga? -preguntó Idelle.

-En efecto.

-Mi señora, ¡protesto! -Dijo uno de los hombres-. No es...

-¿Desafías mi voluntad?

-No, mi señora, pero...

-¿Te opones a la tarea? ¿O a que debes cumplir las órdenes de una niña? Pero yo he visto con mis propios ojos que vosotros nada sabéis de lo que significa mantener limpia una cocina y he saboreado la comida que sale de allí, por lo tanto supongo que tampoco sabéis nada de la preparación de los alimentos. ¿Para qué sirven, como no sea para arrancar malezas?

Otro de los hombres se adelantó.

-Mi señora, puedo preparar platos que tentarán a todos los paladares.

Leonie enarcó el ceño.

¿De veras? Bien, no te preguntaré por qué hasta ahora has reservado para ti ese saber, pero te concedo el día para demostrar tus palabras. Si no mientes, en adelante serás el cocinero y gobernarás la cocina. Pero si no dices la verdad...

Dejó suspendida en el aire la amenaza. Era mejor que adivinaran hasta dónde podía llegar la dureza con la cual los amenazaba. Si les sugería el castigo físico, podían creer que eran capaces de soportarlo, o que ella no se atrevería a impartir la orden correspondiente. Lo mismo sucedía con la expulsión delos presuntos culpables. Pero si no tenían idea de lo haría, no era probable que se arriesgaran a provocar su cólera.

-Yo... necesitaré ayuda, mi señora.

El nuevo cocinero señaló a sus compañeros.

-¿Cómo te llamas?

-John.

Leonie sonrió al hombre, y eso lo sorprendió y sedujo.

-John, tendrás todo lo que necesites, es decir ayudantes y provisiones. Solamente te pido que no solicites más de lo que necesitas y tampoco menos. Informa diariamente de tus compras a Master Erneis, que se ocupa de las cuentas. ¿Adivinas qué más deseo que hagas?

Él no pudo soportar la mirada de Leonie, pero contestó: -Una limpieza general, del suelo al techo.

-Sí. Todos los utensilios, las ollas... todo. La acumulación de suciedad en la cocina no tiene disculpa, y no volveré a tolerarla. Ocúpate de que terminen la limpieza antes de comenzar la siguiente comida. Puedes utilizar a los tres hombres que ya comenzaron el trabajo, los que traje conmigo. Ocho hombres son suficientes.

-Gracias, mi señora.

Idelle pareció de nuevo deprimida cuando los cinco hombres siguieron a su nuevo jefe que caminó hacia las cocinas.

-Señora, ¿esto significa que tendré que ocuparme sola de las malezas?

-Es claro que no – sonrió Leonie -. Pero ésta es una tarea importante para mí. ¿Sabes de otros que podrían ayudarte?

-Mis amigos de la cocina – propuso Idelle.

-¿Los otros dos niños?

-Sí.

-Entonces, diles que serán tus ayudantes. Y no hay prisa, Idelle. Se trata de hacer un buen trabajo la primera vez. Cuando termines, podremos plantar muchas cosas en ese huerto y tú me ayudarás.

-Mi señora, eso sería agradable.

-Bien. Ahora, ve a buscar a tus amigos. Sir Evarard viene a hablar conmigo.

Leonie fue al encuentro del hombre. Sir Evarard no tenía una expresión amable.

-Sir Evarard...

Él la interrumpió bruscamente.

-Mi señora, no creas que esto le gustará a sir Rolfe. Esperas a que se marche, y después te dedicas a cambiarlo todo. Él comprenderá que estás dispuesta a provocar dificultades.

-¿Te atreves a usar conmigo ese tono? -dijo Leonie con voz helada. Miró hostil al hombre-. Si no me dispensas el respeto que me debes como esposa de tu señor, no permaneceré en la misma casa contigo. ¡Le puedes decir eso a mi esposo cuando vayas a contarle lo que crees que he hecho!

-Mi señora, crees que me impresionaré con tus amenazas, pero nadie puede entrar siquiera al salón por el embrollo que has provocado. ¿Qué excusa tienes para lo que has hecho, que es desorganizarlo todo?

-¡Idiota! ¿No sabes lo que es una limpieza general, aunque la veas? Pero, ¿cómo podrías saberlo, si desde que viniste nadie ha limpiado esta casa? El salón estará ordenado hacia el fin del día. Y el alimento que comas esta noche será saludable. Lo que hice, sir Evarard, es ahorrarme la necesidad de curarles a ustedes a causa de un envenenamiento con alimentos, algo que los habría afectado muy pronto, si se permitía que la cocina continuase en el mismo estado. Ahora dime... ¿a quién molesta lo que hago, excepto a los criados que ahora están pagando su culpa, que fue haber descuidado la casa desde el primer momento?

Sir Evarard ya no se mostraba tan belicoso.

-Quizá no lo había comprendido.

-¿Eso es todo?- preguntó ella con voz agria, y el hombre se ruborizó.

-Perdóname, señora. Vi sólo el trastorno. Pensé que deseabas provocar dificultades a mi señor. Es... he sabido que te obligaron a desposarte con él, y una mujer forzada es presa del descontento, y por eso creí...

Leonie se tranquilizó del todo, y se disipó su cólera.

-Eres muy fiel a mi marido.

-No estaría dispuesto a servir a otro señor –declaró firmemente sir Evarard.

-Entonces, sir Evarard, te tranquilizaré. Te diré algo, si juras que no lo repetirás. -Esperó que él asintiera y después le dijo:- Te pido que no lo repitas, porque no se lo he dicho ni siquiera a sir Rolfe. Deseo que él crea que acepto la cula culpa por las dificultades que mi gente le provocó. Sí, acepto la culpa. Pero la verdad es ésta: Mi gente no procedió respondiendo a mis órdenes. No hubo tales órdenes. Pero mi gente me profesa lealtad, quizá con exceso. Actuaron por propia cuenta, después de haberme oído maldecir a sir Rolfe.

-¿Fue sólo una maldición?

A ella le tocó sonrojarse.

-Fue una... maldición bastante fuerte. Pero si hubiese sabido lo que saldría de eso, aquel día no habría perdido los estribos.

Los ojos de sir Evarard chispearon con una imprevista expresión de humor.

-Es mejor que tus soldados no sean tan fieles como los demás.

-Lo son -dijo Leonie con una sonrisa-. Sucedió únicamente que ese día no me oyeron maldecir al Lobo Negro.

-A él no le gusta ese nombre -se apresuró a decir sir Evarard.

-¿Qué?

-A mi señor no le gusta que le llamen Lobo Negro- repitió Evarard.

-Gracias por la advertencia.

Él sonrió a Leonie.

-Y yo te agradezco, mi señora, tu secreto.

-No te equivoques, sir Evarard. Acertaste al pensar que aquí no estoy contenta. Pero eso es un asunto entre mi marido y yo. Sólo he querido explicarte que no tiene que temer que yo estropee todo lo que le pertenece. A mi señor le corresponde saber lo que siento, y no descargaré mi enojo sobre sus posesiones o su gente.

Adivinó por la expresión en los ojos de su interlocutor que la tregua había concluido. Y parecía una tregua bastante conveniente.

Leonie suspiró.

-Lo siento, sir Evarard, pero discrepamos en nuestras opiniones acerca de Rolfe d'Ambert. Él me ofendió muy gravemente, de modo que no estoy dispuesta a modificar mi opinión, pero no te diré más contra él.

Sir Evarard calló. Estaba extrayendo sus propias conclusiones, y éstas no eran acertadas. Supuso que la dama se sentía ofendida porque la habían enviado fuera de Crewel inmediatamente después de la boda. Pero había regresado, y debería perdonar la ofensa. Sir Evarard no adivinó que ella se refería a la presencia de lady Amelia en Crewel. Por lo que sabía, le habían

dicho que Amelia estaba a cargo de Rolfe; y no veía razón por la cual Leonie tenía que sospechar la verdad.

Asimismo, si alguien sabía que la relación de Rolfe con Amelia había terminado por completo, era precisamente Evarard, ya que ella compartía el lecho con Evarard. Más exactamente, él compartía el de Amelia. El caballero jamás se habría atrevido a jugar con la ex amante de su señor; pero ella lo había convencido de que Rolfe ni siquiera se preocupaba por la permanencia de Amelia en Crewel; a tal extremo la había apartado de su pensamiento.

Sir Evarard retornó su atención al momento.

-Mi señora, ¿has ordenado llamarme?

Leonie volvió a su papel de ama de Crewel, por vacía que esa función pareciese a menudo. Y para demostrar su autoridad, debía impartir órdenes, no formular peticiones.

-Quiero que uno de tus hombres vaya a Pershwick; hablará con sir Guibert, o si él no está, con mi tía Beatriz. Le dirá que va de mi parte, y que necesito ajenjo y manzanilla, que sacará de mi almacén. Allí sabrán por qué necesito esas hierbas.

-Mi señora, aquí también tenemos un almacén. No creo que a sir Rolfe le guste que pidas esas cosas a Pershwick.

-Mi marido nada tiene que ver con lo que tomo de Pershwick, pues Pershwick me pertenece- dijo con firmeza Leonie -. Y como esas hierbas no han sido utilizadas aquí, dudo que las tengas en el almacén. Las quiero hoy mismo aquí. El ajenjo ayudará a combatir las pulgas. Es necesario usarlo antes de llevar al salón las nuevas alfombras, y también después. La manzanilla atenuará los olores del resto de la casa hasta que sea posible cambiar todas las alfombras. No toleraré la falta de higiene, sir Evarard, y te ruego que no discutas mis motivos cuando imparto órdenes.

-Como quieras, mi señora -replicó bruscamente sir Evarard y se volvió.

-No he terminado -dijo bruscamente Leonie.

Él se volvió de mala gana.

-¿Mi señora?

-Sir Evarard, ¿con qué frecuencia sales a cazar? -Todos los días. Por deporte y para abastecer la mesa.

-¿Usas perros o tienes halcones?

-El transporte de los halcones es difícil, y antes de instalarnos aquí nos trasladábamos de un lugar a otro. Mi amo aún no ha comprado buenos halcones. Los pocos que tenemos aquí abaten de tanto en tanto un ave. No los uso. Prefiero los perros.

-Entonces, puedo suponer que los perros cazadores se ejercitan bastante, y si no es el caso, puede llevárselos fuera de la muralla de la casa. Dentro, en adelante no se los dejará sueltos. Y no me refiero sólo al salón. Tienen costumbres muy sucias.

-Pero se los alimenta en el salón.

-En adelante no será así -replicó Leonie, moviendo la cabeza con desagrado-. ¿No hay un responsable de los sabuesos?

-Sí.

-Entonces, dile que encierre a los animales cuando no se los utiliza. Si Crewel no tiene una perrera, habrá que construirla... y bien construida, de modo que sea fácil limpiarla diariamente.

-Mi señora, el hombre protestará -advirtió sir Evarard.

-En ese caso, lo sustituyes -replicó ella sin vacilar-. Y si no hay otra persona que sepa hacer ese trabajo, trátalo duramente hasta que cesen sus pro- testas. De lo contrario, tendré que traer de Pershwick a mi propio encargado.

-Mi señora, me ocuparé de ese asunto

Lo dijo con tanta prisa que casi fue cómico. Ella imagino que podría usar nuevamente esa amenaza si tropezaba con otras dificultades. Evarard no sería el único habitante de Crewel que miraría con malos ojos la llegada de ayuda externa. Leonie se dijo que le convenía conservar en su arsenal esa amenaza.

## CAPITULO 20

Rolfe se dijo que no había conseguido permanecer alejado ni siquiera una semana. Se acercaba a la muralla de Crewel a tiempo para la cena, cinco días más tarde. Se sintió tan disgustado consigo como cuando deseó ver nuevamente a Leonie, al día siguiente de la boda; y esa vez ni siquiera sabía qué aspecto tenía la joven. De todos modos, había otras razones, además de su esposa, que explicaban ese pronto retorno.

La campaña en Wroth se había paralizado. Por quinta vez, el túnel que estaban excavando para pasar bajo las murallas se había derrumbado. Rolfe no podía soportar el nuevo retraso. El tiempo parecía trabajar contra él. Los recintos amurallados que él aún no había conquistado estaban sitiados desde hacía siete meses. Sin duda sus moradores habían llegado al límite de la desesperación, y por lo tanto era probable que se viesen obligados a abrir las puertas y luchar. Y si Rolfe no estaba allí con el grueso de sus hombres, cuando uno de ellos adoptase esa decisión...

Tenía que hacer algo respecto a Wroth, pero podía llegar a una conclusión en su residencia tan fácilmente como en el campamento levantado frente a sus murallas. Incluso sería más conveniente, pues una vez que se acostase con su esposa, por lo menos lograría apartarla de su mente el tiempo suficiente para pensar un poco en los problemas suscitados por la campaña de Wroth.

Rolfe no había pensado comer en Crewel, y había cenado al detenerse en Kenil para inspeccionar las reparaciones que allí se realizaban. La comida de Kenil era buena, tanto que Rolfe contemplaba la posibilidad de trasladar a Crewel al cocinero de Kenil. Pero cuando entró al salón de Crewel con Damián y dos soldados, percibió un aroma muy agradable.

Dispuso sólo de un momento para pensar en el asunto antes de que sus ojos se posaran en Leonie, y su sentido del olfato cediese el sitio a otros sentidos. Leonie estaba sentada frente a la alta mesa; era una visión etérea con su túnica azul, los cabellos plateados divididos en dos gruesas trenzas que descansaban una sobre cada pecho. Un breve cuadrado azul de encaje era su único tocado. Evarard y Amelia estaban comiendo con ella, pero, al parecer, se hallaban enfrascados en su propia conversación.

El salón, atestado, era un lugar ruidoso, y sin embargo Rolfe tuvo la impresión de que allí estaban sólo él y Leonie. La miró detenidamente y deseó que ella le mirase. Al fin, seguramente respondiendo a su llamada,

ella volvió la cabeza. Las miradas de ambos se encontraron, y el deseo de Rolfe se acentuó, aturdiéndolo con su impulso arrollador.

Cuando vio a Rolfe, Leonie sintió que el corazón le subía a la garganta. Respiró hondo para calmarse mientras él, con una expresión intensa en el rostro, se acercaba a la mesa. En el vientre de Leonie se formó una brasa.

Ella ya podría averiguar qué pensaba Rolfe acerca de los cambios efectuados en la casa, y Leonie advirtió que en ese momento no se sentía muy valerosa. El rumor de su propia sangre resonaba en sus oídos.

Pero Rolfe, cuyos ojos no se apartaron de Leonie ni durante un segundo, no prestaba atención al ambiente, y de pronto ella se ruborizó, pues comprendió qué le inducía a mirarla tan atentamente. Inclinó deprisa la cabeza y se volvió apartándose un poco de él, cuando Rolfe se acercó a la mesa. No deseaba saludarle... no podía recobrar la voz.

Muchos ojos vieron cómo Rolfe cruzaba el salón con paso firme, pero él veía únicamente a Leonie. Wilda y Mary contuvieron la respiración, temiendo que le sucediese algo a su ama, y sin embargo los hombres de Rolfe se miraron sonrientes. Amelia consiguió evitar que el resentimiento se manifestase en su mirada, aunque nadie lo advirtió, porque el encuentro del amo y su esposa concentraba la atención general.

Leonie ahogó una exclamación cuando su silla fue apartada de la mesa, y gritó cuando Rolfe la alzó en brazos y sin decir palabra se encaminó hacia las escaleras. Hubo un coro general de risas y vivas, mientras todos los que estaban reunidos allí los veían desaparecer escaleras arriba.

Leonie se sintió tan mortificada, que escondió el rostro en el pecho de Rolfe. La vergüenza la paralizó, y sólo cuando se cerró la puerta y se amortiguó el ruido que procedía de la planta baja, recuperó la voz.

-¿Cómo te atreves?- exclamó, debatiéndose contra él.

Sosteniéndola con firmeza, él contestó con expresión inocente: -¿Qué he hecho sino traerte donde deseo que estés?

-¡Todos saben muy bien lo que te propones! – protestó Leonie, preocupada únicamente por su propia vergüenza.

Rolfe sonrió, y sus ojos castaños y aterciopelados la miraron con ternura.

-Querida, te preocupas demasiado. Es posible que crean que te he traído para castigarte. ¿Te sentirías mejor si pudieras volver al salón con un ojo amoratado?

-Te burlas- dijo ella, furiosa-, pero incluso los animales muestran cierto respeto por su pareja. Me tranquilizaré únicamente si vuelvo ahora mismo al comedor.

Él la besó con tal energía que los pensamientos de Leonie se dispersaron como hilos de seda al viento. Cuando él dejó de prodigarle besos encendidos de pasión, Leonie estaba tan aturdida, que apenas advirtió que apoyaba los pies en el suelo.

-Bien – dijo Rolfe-. Con los labios hinchados, todos creerán que solamente quise robarte un beso. De modo que ahora puedes bajar y calmarte.

-¿Hablas en serio?- preguntó ella con voz ahogada.

-Te deseo, pero si retenerte aquí te incomoda... vete deprisa, antes de que cambie de idea.

Leonie bajó los ojos, y habló en voz baja.

-Gracias, mi señor.

-Mi señor- repitió él, disgustado, y suspirando-. Concluye tu cena. Y por favor, ordena que me preparen el baño y envíame al escudero. Además, Leonie, ordena que vengan tus criadas y retiren sus cosas ahora, si las trajeron mientras yo estuve ausente. Pero regresarás aquí dentro de una hora, porque, de lo contrario, tendrás motivo para afirmar que soy un animal.

Leonie salió rápidamente del cuarto. Las tareas que Rolfe le había encomendado la llevaban a sentirse casi una auténtica esposa, y Leonie consideraba su situación con cierto orgullo. Eso era suficiente para calmar su ánimo; se tranquilizó tanto, que pudo concluir su cena.

Pero cuando se acercaba el momento de regresar junto a Rolfe, la calma desapareció. En lugar de retrasarse y permitir que los nervios la dominaran, subió deprisa la escalera, antes de que pudiera sucumbir al deseo de encontrar un escondite.

Rolfe había terminado su baño y estaba sentado en una silla, frente al hogar. Había dispuesto la silla de modo que al sentarse él pudiera ver la puerta, y cuando ella entró Rolfe estaba mirándola. Vestía una bata de fina seda amarilla. Con ella, sus ojos cobraban un tono castaño más luminoso. No la llevaba muy ceñida al cuerpo, y al entreabrirse, la bata revelaba el espeso vello negro del pecho. Los ojos de Leonie casi irresistiblemente se volvían a cada momento hacia ese vello. La joven se sonrojó cuando él la sorprendió mirando.

Sobre la mesa, al lado de Rolfe, estaba la pastilla de jabón y una gruesa toalla de lana que, obedeciendo la orden de Leonie, Wilda había entregado a Damián para que se la diera a Rolfe. El jabón había retornado a la cajita de madera, para secarse, y la toalla húmeda estaba plegada.

Los ojos de Rolfe siguieron la dirección de la mirada de Leonie.

-¿Tu ofrecimiento de este jabón de suave olor sugiere algo?- preguntó Rolfe.

-No, mi señor. Pues desde que te conozco, tu olor nunca me ha parecido desagradable-. Él sonrió ante el cumplido involuntario.- El jabón ha sido fabricado con aceite de romero. Me pareció que era mejor que los jabones duros que encontré aquí.

-¿Es caro?

-Caro sólo en tiempo, mi señor. Yo misma lo fabrico.

-En tal caso, me agrada que lo hayas puesto ahí.- Su voz tuvo un tono más ronco cuando agregó: -Pero me habría complacido más que regresaras antes.

-No es tarde.

-¿Juegas conmigo sabiendo lo que me cuesta estar separado de ti?

-Yo... no entiendo.

-Quizá – replicó él en voz baja -. Pero creo que entiendes perfectamente.

Leonie no tenía nada que responder a eso. Él la miraba de un modo que acentuaba su nerviosismo, tanto, que se apresuró a caminar hacia la cama, formulando íntimamente el deseo de que los preparativos para la noche los distrajeses a ambos. Pero la cama ya estaba abierta, y ella no tenía nada que hacer.

Se sentó en el borde de la cama, lejos de él y evitó mirarle de nuevo. La imagen que él ofrecía era demasiado varonil, con los músculos tensos, esa apremiante apostura y todo lleno de seguridad en sí mismo. Ella estaba dispuesta a apostar que Rolfe nunca temía nada, y en cambio la propia Leonie estaba sentada allí, y sentía el vientre atravesado por el miedo.

Leonie cerró los ojos, pero eso no impidió que él se acercara y se detuviera delante de ella.

-Te ayudaré… permíteme que te desnude.

-Puedo arreglarme sola- murmuró Leonie, y el cuerpo de Rolfe se puso tenso.

-Leonie, ¿todavía estás enfurruñada?

-No estoy enfurruñada. Jamás lo estoy. ¡Los niños se enfurruñan! No soy una niña.

Leonie subrayó cada palabra, mientras sus manos se debatían con los cordeles de los lados de la túnica. Él permaneció de pie, paciente, mirando cómo ella se quitaba la túnica y después atacaba irritada los cordones de la camisola. Finalmente también se la quitó, y quedó solamente la camisa sin mangas, color crema, que le llegaba hasta las rodillas. La prenda era tan delgada que se le transparentaban los pezones. Rolfe contuvo la respiración.

Esa esposa que le había tocado en suerte era increíblemente bella, incluso cuando ardía de cólera. Rolfe había pensado mucho en ella mientras habían estado separados, y su imagen había sido como un sueño colmado de vida, la de sus ojos centelleantes como reflejo de un fuego interior, o suaves a causa de la inocente confusión. Él imaginaba sus propias manos acariciando la plateada suavidad de su cabeza. El cuerpo, con sus delicadas curvas, se presentaba ahora ante él con toda su belleza, ya que no era un sueño. Esa joven exquisita había cedido ante él una vez. ¿Volvería a hacerlo?

Leonie se inclinó y comenzó a quitarse el calzado. Después, consciente de que no podía desnudarse completamente si él estaba allí, mirándola, cruzó las manos y permaneció inmóvil, la cabeza inclinada, evitando la mirada de su esposo.

Rolfe retiró suavemente el pequeño tocado que le cubría la cabeza, y levantó las trenzas. Luego comenzó a deshacerlas. Con movimientos rápidos le quitó la camisa y la arrojó a un lado. Antes de que ella pudiese protestar, le tomó el rostro entre las manos grandes y la obligó a mirarle.

-Leonie, no te he pedido perdón por lo que sucedió en Pershwick. Lo pido ahora. No continúes enojada conmigo por eso.

Ella se sorprendió tanto, que no pudo hablar. Pero Rolfe no quería una respuesta, deseaba que la cólera de Leonie se disipara. Y ansiaba desesperadamente que ella le amara.

Se inclinó y la besó, al principio suavemente y después, cuando ella comenzó a reaccionar, sus besos fueron más apasionados. Finalmente, ella gimió y Rolfe la acercó al centro de la cama y se acostó a su lado, estrechándola fuertemente contra su cuerpo. Leonie olvidó el resto del mundo y se fundió con el cuerpo de su esposo, absorta, gloriosamente feliz en su amor.

## CAPITULO 21

Una luna plateada asomó de pronto entre las nubes, y el viento azotó los parapetos, anunciando una tormenta estival. Los perros aullaron en su encierro, y los caballos se movieron inquietos en el establo.

Rolfe se paseaba frente al hogar, y la única vela que ardía sobre la mesa, a pocos pasos, proyectaba su sombra sobre las paredes. Aún faltaban tres horas para el alba, y durante esas horas debía adoptar una decisión.

-¿Mi señor?

Rolfe se volvió hacia la cama. Leonie no había corrido las cortinas, y él la vio acurrucada en el lecho, los ojos agrandados por el miedo.

-Leonie, no quería molestarte. Duérmete.

El sonido de los pasos de Rolfe la había despertado. Un hombre corpulento no podía guardar silencio al moverse.

-Tengo muchas cosas en qué pensar – dijo Rolfe con un suspiro de fatiga-. Esto no te concierne.

Leonie permaneció acostada, observándole en silencio, y después dijo: -Mi señor, si me explicas tus problemas, quizá no parezcan tan terribles.

Los ojos de Rolfe se clavaron en Leonie, y él movió la cabeza con impaciencia. ¡Qué propio de una mujer creer que había una solución fácil para todo!

Leonie se mostraba pesarosa. Un marido debía confiar en su esposa.

-No hay nada que un hombre no pueda decir a su mujer, a menos que él no confíe…

-Muy bien – la interrumpió Rolfe, a quien irritaba la insistencia de Leonie-. Si deseas oír hablar de la guerra y la muerte, te lo explicaré. Mañana muchos de mis hombres pueden morir, pues ya no encuentro un modo que me permita ocupar Wroth sin atacar. Las conversaciones sobre la paz se rompieron hace mucho.- Se sentó y comenzó a explicar los detalles. – Las murallas son gruesas, y el túnel cuya construcción nos llevó tanto tiempo ha vuelto a derrumbarse. Según parece, están bien abastecidos, juran que pueden resistir todo lo que deseen. Mis hombres están desanimados y sienten impaciencia por entrar en combate; y a decir verdad, no veo otro modo de resolver el problema.

-¿Has lanzado las máquinas de guerra contra las murallas? –preguntó Leonie.

-Me apoderé así de Kenil, y ahora las reparaciones están costándome más que mi ejército. Leonie, no estoy haciendo la guerra a un enemigo. Sólo trato de recuperar lo que es mío. No deseo tomar ese dominio destruyéndolo.

-¿No es posible escalar los muros?- preguntó Leonie, sintiéndose tonta porque formulaba preguntas demasiado ingenuas. Pero parecía que no se había equivocado demasiado.

-No me queda otra alternativa. Aún debo conquistar otras tres fortificaciones, y sus ocupantes están desesperándose porque se encuentran sitiados desde hace mucho tiempo. Uno de estos días quizás comprobarán que fueron engañados, porque frente a ellos no hay más que un puñado de hombres, no un ejército entero, que es lo que parece cuando se mira desde lo alto de la muralla.

¿Eso es lo que has hecho?- exclamó Leonie.

Rolfe frunció el ceño.

-Vine con sólo doscientos hombres. Incorporé algunos soldados del ejército real, pero eso no alcanza si tengo que repartirlos entre siete lugares. Cada uno de los fuertes creyó que era el primero al que atacaba. Y en cada uno, los defensores pensaron que era suficiente que resistiesen y esperase, y que les llegaría ayuda de sus aliados. Me las ingenié de modo que en cada caso viesen a todo mi ejército, y así pensaran que les convenía evitar el combate abierto hasta que les llegase ayuda. Después, continué moviendo a mis hombres alrededor de las murallas, para reforzar esa impresión. Pero si uno de los fuertes todavía no ocupados descubriese la treta, sus defensores se irritarían tanto que todos mis hombres acampados allí serían masacrados.

Leonie se impresionó. - ¿Tú mismo tendrás que combatir en el ataque a Wroth?

Rolfe la miró hostil.

-No envío a mis hombres donde yo no intervengo. Encabezo todos los ataques, siempre lo he hecho.

-¿Has escalado las murallas de muchos fuertes?

La cara de Rolfe mostró una expresión distante.

-He luchado contra muchos hombres... incluso contra tu rey, que ahora también es mi rey. Combatí donde tuve que hacerlo, y como fue necesario. Pero sólo en los últimos tiempos, y en este esfuerzo para recuperar lo que es mío, he demostrado tanta moderación. Mi método es terminar cuanto antes una operación, pero ahora he intentado destruir lo menos posible ese fuerte.

-Pero dices que tienes que atacar Wroth.

-Debo afrontar el riesgo, y es posible que pierda algunos hombres, pero no puedo dedicar más tiempo al sitio de Wroth.

-Entonces, déjalo- sugirió Leonie con absoluta seriedad-. Dedícate al fuerte siguiente, y regresa después a Wroth.

-¿Y que mis hombres crean que me retiro? Ya te he dicho que están encolerizados a causa de las burlas con que les ofenden desde la muralla. Me piden que inicie el ataque.

-¿Cuántos de esos mismos hombres morirán antes de que llegues a romper las defensas y comience el combate? ¿Cuántos se partirán el cuello porque desde los muros arrojan al suelo las escalas? ¿Y cuántos perecerán a causa del aceite hirviendo y la arena?

Rolfe elevó los ojos al cielo.

-¿Por qué hablo de la guerra con una mujer?- preguntó exasperado.

-Mi señor, ¿no puedes darme una respuesta?

-Todos conocemos los riegos- replicó Rolfe con voz dura-. La guerra no es un juego.

-Ah- se burló ella-. Tengo mis dudas acerca de eso, mi señor, ¡pues tantos hombres seguramente aman la guerra tanto como los niños sus juegos infantiles!

Él la miró con el ceño fruncido.

-Esposa mía, la guerra no te concierne, a menos que se acerque a tus propias puertas. Duérmete de una vez. No estás ayudándome.

Ella lo dejó en paz unos instantes, y después continuó: -¿El riesgo sería menor si fuese más reducido el número de hombres que defienden las murallas de Wroth?- preguntó.

Temió que él no condescendiera a ofrecerle una respuesta, pues le había vuelto la espalda. Leonie pensó: Es un hombre obstinado. Pero él dijo al fin: -Wroth siempre está preparada. No han debilitado la vigilancia, y el vigilante que ocupa ese lugar no es tonto. Lástima que no pueda ganarlo para mi bando.

La voz de Rolfe expresaba auténtico pesar.

-Pero, ¿qué sucedería si hubiese pocos hombres en condiciones de arrojar las escalas?

-Señora, ésa es una pregunta tonta- replicó secamente Rolfe-. Por supuesto, el riesgo sería menor.

-¿Es posible que un hombre entre a Wroth sin que le descubran?

-Hemos completado esa posibilidad pero se necesitaría más de un hombre para abrir las puertas, y sería probable que…

-Mi señor, no para abrir las puertas, sino para llegar al depósito de agua.

Rolfe se volvió bruscamente, la cara deformada por el asombro.

-¿Estás dispuesta a envenenarlos a todos? ¡Incluso a los criados! ¡Maldición, no creí que fueras tan cruel!

-¡No pienso envenenarlos! – replicó ella con indignación-. ¡Estás dispuesto a condenarme! Sugiero que agregues al agua zumo de avellanos. Es un purgante. No matará a nadie.

Rolfe comenzó a reír, y la suya se convirtió en una sonora carcajada.

-Comenzarán a pelearse para llegar primero a los retretes.

-Y los que no puedan aliviarse quedarán paralizados por los calambres y los vómitos, y vigilarán con mucho menos celo las murallas- replicó Leonie.

-¡Maldición! Jamás habría imaginado una treta tan perversa- dijo asombrado Rolfe.

-Mi señor, no es perversa, si de ese modo se salvan vidas- observó ella con aspereza.

-De acuerdo. ¿Dónde puedo conseguir ese brebaje?

-Yo… tengo un poco en mi canasta de medicinas, pero no es bastante.

-¿Tienes un canasto de medicinas? – Él pareció realmente asombrado-. ¿De veras has aprendido las artes de la curación.

Su tono sugería que había oído hablar del asunto, pero sin creerlo demasiado.

-Mi señor, en mí hay muchas cosas que tú no conoces – contestó Leonie con expresión sincera.

Rolfe asintió, pero no se apartó del tema.

-¿Cómo podemos preparar eso?

-Es necesario usar el jugo de cinco a siete hojas en una bebida, pero el resultado no es un purgante suave, de modo que podremos arreglarnos con menos. De todos modos, necesitarás muchas plantas; estoy segura de que podemos hallarlas en el bosque. Yo misma lo he hecho a menudo. Otro modo consiste en sumergir las hojas y las raíces en vino. Será igualmente eficaz, pues si un hombre puede llegar al depósito de agua, probablemente

también pueda llegar a los cántaros de vino para contaminarlos. Sería más seguro verter el zumo de avellano tanto en el vino como en el agua.

-¿Cuánto tiempo llevarán los preparativos?

-No es un proceso fácil.

-Dispones de todo el día de mañana, y puedes utilizar a la totalidad de los criados de la casa, si es necesario. ¿Te alcanzará?

El estilo autoritario de Rolfe irritaba a Leonie, y la joven se limitó a asentir sin hablar.

Rolfe se aproximó a la cama y tomó la mano de Leonie.

-Leonie, si esto da resultado, quedaré en deuda contigo. – Sonrió - Después de todos los problemas que me acarreaste antes, me alegra que estés de mi lado. No eres un enemigo fácil.

En el instante mismo en que ella había comenzado a mirarle con cierto afecto, él evocaba el pasado. De todos modos, ésta era la oportunidad que se ofrecía a Leonie de explicarle todo, y sabía que era necesario aprovecharla. Pero su actitud de superioridad la indujo a retraerse nuevamente, y decidió que era mejor abandonar el tema. Ya habría tiempo más tarde para explicar la situación.

## CAPITULO 22

Rolfe despertó a Leonie con un largo beso, pero después, sin quererlo, echó a perder el momento al recordarle que debía comenzar a recoger hojas de avellano. No prestó atención a los rasgos tensos de Leonie cuando salió de la habitación.

Después de pasar una noche tan agradable, se sentía de excelente humor. Dudaba que algo pudiera parecerle mal ese día, de tan feliz que se sentía. Leonie ya no estaba enfurruñada, y había aceptado sus disculpas; la prueba de que ella le había perdonado era el ofrecimiento de ayuda, y Rolfe estaba encantado con la idea de su esposa.

No había esperado ayuda, ni cosa parecida de Leonie. Quizá el matrimonio había modificado completamente la actitud de la joven. Rolfe lamentaba haberse casado con ella por las razones que al principio lo habían impulsado, porque la verdad era que si la hubiese conocido antes de la boda, la habría deseado por razones muy poderosas.

Suspiró. Quizás Leonie sentía la misma felicidad que a él lo embargaba.

En camino hacia la capilla, Rolfe se detuvo y examinó detenidamente el salón. El aspecto general del lugar lo sorprendió, pero había aún más.

-Este lugar realmente huele... muy bien- murmuró.

-Las flores del verano, mi señor. – Se volvió bruscamente.- Si florecieran en invierno, podríamos gozar de su fragancia el año entero.

¡Amelia había estado esperándolo! Así era, y la dama habló sin saber a ciencia cierta cuál era la sustancia que Leonie había ordenado se vertiese sobre las nuevas alfombras. Pero deseaba que Rolfe creyese que los cambios tenían algo que ver con las estaciones, pues en ese caso él no podría culpar a Amelia por haber hecho lo que Leonie estaba haciendo ahora.

Rolfe sonrió.

-Amelia, habrás estado muy atareada durante mi ausencia. Lo apruebo sinceramente.

Amelia bajó los ojos para disimular el asombro. ¿Leonie no habría reclamado el mérito que le correspondía? ¿Había hablado en serio cuando le había dicho que le cedería el mérito de la iniciativa?

-Yo he hecho muy poco, mi señor- dijo amablemente Amelia.

-Eres demasiado modesta – replicó Rolfe -. Si mi esposa tuviese tanta ambición como tú... ¿Qué hizo mientras yo estuve ausente?

-Pasó mucho tiempo en el huerto- dijo evasivamente Amelia, pero ya no con la misma voz dulce de antes.

Rolfe emitió un gruñido.

-Me parece que los huertos le gustan demasiado. – Miró alrededor -. ¿Dónde están los perros?

-Están... encerrados.

Rolfe reflexionó un momento.

-Una idea original; me paree meritoria.

Amelia estaba envalentonándose con los constantes elogios de Rolfe. Mientras él creyese que todas las mejoras eran obra de Amelia, ella no se molestaría en negarlo.

-Mi señor, creo que también te gustarán más las comidas – dijo -. El cocinero ha sido despedido, y el nuevo conoce mucho mejor su oficio.

Rolfe y Amelia continuaron caminando y se cruzaron con Wilda, que había empalidecido. Había oído lo suficiente. Se alejó con la mayor rapidez posible, y encontró a Leonie en una habitación contigua a la cocina, examinando una colección de canastos y jarros.

-¡Es increíble! – dijo Wilda a su ama -. Esa terrible mujer está atribuyéndose el mérito de todo lo que has hecho. ¡Vaya descaro! Mi señor sólo necesita preguntar a uno cualquiera de la casa si desea conocer la verdad.

Leonie escuchó un momento, en silencio, el cuerpo rígido, y se encogió de hombros cuando comprendió la situación.

-Mi señora, ¡seguramente le dirás la verdad! – la apremió Wilda.

-¿Para que crea que busco su elogio? No. Y él no desea que yo introduzca cambios en la casa. Tal vez no le agrade lo que he hecho, pero si comprende que me he opuesto a sus deseos, es posible que no se sienta tan satisfecho.

-Yo no puedo...

-No discutamos acerca de esto – la interrumpió Leonie con firmeza-. Tienes que ayudarme Wilda, porque él me pidió que realizara una tarea, y eso exigirá mucho trabajo.

Durante el día Leonie pensó bastante en Amelia y Rolfe. Después de la noche de amor, ella había comenzado a mirar con distintos ojos a su marido, y estaba a un paso de perdonarle el terrible comienzo.

Pero ciertas verdades continuaban preocupándola; eran cosas que sobrepasaban el hecho de que él tuviese en la misma casa a su amante. El juicio de Alain Montigny respecto de Rolfe le parecía exagerado. ¿Acaso Rolfe no le había demostrado consideración la noche anterior? ¿No estaba intentando ganar una batalla con el mínimo derramamiento de sangre? Rolfe no parecía un hombre que pudiera perseguir al pobre Alain y matarlo,

como el joven afirmaba. Pero a pesar de las cualidades que ella sabía que existían en Rolfe, no era justo que Alain hubiese perdido Kempston, cuando era inocente de todos los delitos que se le atribuían.

Todo parecía absurdo, y el rey había intervenido para empeorar las cosas. Leonie sentía deseos de escribirle para que supiera lo que ella pensaba de esa interferencia. Pero nadie discutía la voluntad del rey, y menos todavía una mujer.

Leonie se entretuvo recolectando hierbas el día entero, y cuando Rolfe regresó por la noche, le agradó saber que todo estaba dispuesto. Le dijo a su esposa que se habían completado los preparativos en Wroth, y que un voluntario se preparaba para entrar a la posición amurallada esa misma noche, con el brebaje elaborado por Leonie.

Lo que Rolfe no le explicó a Leonie fue la reacción inicial de sus hombres ante la idea. Ninguno confiaba en ella, y Torpe se mostró particularmente enérgico en su rechazo; estaba seguro de que el plan les acarrearía el desastre, en lugar de suponer el éxito. Incluso así, Rolfe se mantuvo firme, y de pronto, uno de los soldados habló, y dijo al resto que sabía por experiencia que el zumo de avellano producía precisamente el efecto indicado por Leonie. Después que lo contó, Rolfe tuvo dificultades para explicar a sus hombres los detalles del plan, a causa de la risa general.

Pero no relató todo esto a Leonie, y ella vio únicamente la sonrisa de su marido. El buen humor que él demostraba empeoró el de la joven. ¿Por qué todas las cosas eran mucho más fáciles para él?

-Mi señora, ¿no te sientes feliz?

Leonie se volvió hacia Mildred, que trabajaba a su lado extrayendo el zumo de la planta. Habían armado cuatro mesas y sobre ellas se habían distribuido las hojas; por su parte, el personal de la cocina trabajaba en la preparación del vino.

Leonie no había hablado con Mildred durante la semana que había pasado en Crewel, aunque sabía que Wilda era amiga de la mujer. Leonie recordaba a Mildred, de sus visitas a Crewel, cuando los Montigny eran los señores del lugar. Cierta vez, incluso había atendido a la madre de Mildred. Se trataba de una afección poco importante, y el estúpido médico de Sir Edmond no encontraba el modo de curarla. Pero la relación previa de las dos mujeres no otorgaba a Mildred el derecho de entrometerse. ¿Cómo era posible que esa mujer formulase una pregunta tan personal?

-¿Mildred, tienes tan poco que hacer que...?

-Por favor, mi señora, no quise ser irrespetuosa – se apresuró a decir Mildred -. Mi deseo más profundo es que seas feliz en Crewel... pues me temo que por mi culpa ahora estás casada.

La afirmación era tan ridícula que la cólera de Leonie se disipó.

-¿Tu culpa? Mildred, ¿cómo es posible tal cosa?

La mujer desvió la mirada y murmuró: -Yo... yo fui quien le dijo a mi señor que tú vivías en Pershwick. – Un momento después confesó: -Entonces decidió casarse contigo, porque de ese modo podría adueñarse de Pershwick. Lo siento mucho, mi señora. Jamás te habría provocado intencionadamente ese pesar.

La pobre mujer parecía muy deprimida.

-Mildred, te culpas sin motivos. Si no se lo hubieras dicho, mi marido habría sabido por otra persona lo que necesitaba saber. Yo atraje su atención sobre Pershwick poco después de que él llegó aquí.

-Pero él no sabía que tú vivías allí hasta que yo lo mencioné. Le irritó terriblemente saber que una mujer era la responsable de sus problemas.

-Sin duda – dijo secamente Leonie-, yo soy la responsable de lo que sucedió, de modo que la culpa de que esté aquí es exclusivamente mía. Mildred, no pienses más en esto; no tienes la culpa de nada.

-Como desees, mi señora- replicó Mildred de mala gana-. Pero rezaré por ti y pediré que la cólera de mi señor Rolfe no se avive nuevamente, como sucedió el día de la boda.

Leonie se sonrojó y supuso que Mildred se refería a la herida recibida por Rolfe.

-Confío en que no habrás dicho a nadie lo que viste aquella noche.

-Mi señora, no me dedico a llevar y traer historias, y tampoco lo hace Edlyn. Pero todos saben lo que él hizo. No creía que mi señor fuese un hombre cruel, de mal carácter sí, pero no cruel. Vaya, el hombre que golpea a su esposa pocas horas después de la boda...

-¿Qué?

Mildred miró alrededor rápidamente, con la esperanza de que nadie escuchase; pero los demás se limitaron a volver los ojos momentáneamente.

-Mi señora, por favor, no quise molestarte- murmuró Mildred.

-¿Quién te dijo que mi marido me castigó? – dijo Leonie.

-Lady Roese te vio la mañana siguiente, y habló con lady Berta y...

-¡Suficiente! Santa María, ¿él sabe lo que se dice de su persona?

-Mi señora, no lo creo. Mira, sólo las mujeres insisten en lo que hizo mi señor Rolfe, aunque ninguna tiene valor para hablarle del asunto. Los hombres juran que pegar a una mujer no es propio del carácter de lord Rolfe, y la discrepancia ha originado muchas discusiones. John golpeó en el ojo a su esposa. Y Jugge arrojó un caldero de sopa a su marido. Lady Berta no se trata con su esposo después que él la criticara duramente, y así ahora él le lleva regalos, con el propósito de suavizarla.

Aturdida, Leonie dijo: - Mildred, sir Rolfe no me pegó. Como recordarás, cuando llegué a esta casa tenía puesto un grueso velo. ¿Sabes por qué?

-Un sarpullido.

-Mildred, no hubo sarpullido. Eso fue una mentira, inventada... no importa la causa. Mi padre ordenó que me pegasen porque yo no quería casarme.

-Entonces...

-Culpan a mi esposo de algo que él no ha hecho. Y no lo toleraré. Escúchame bien, Mildred: deseo que te ocupes de difundir la verdad. ¿Puedes hacerlo?

-Sí, mi señora – aseguró Mildred, bastante sorprendida por la revelación.

Leonie se apartó de la mujer, pues se sentía tan mortificada que no toleraba la compañía de Mildred. Necesitaba pasar un rato a solas.

Se preguntó qué diría Rolfe si se enteraba de las murmuraciones. ¿Encontraría el modo de culpar a su esposa por los comentarios injustos de la gente?

## CAPITULO 23

Al alba, el campamento levantado frente a las murallas de Wroth estaba tranquilo. Los sueños de gloria habían acompañado a los hombres durante el descanso. El centinela informaba hora tras hora a Thorpe de la Mare, pero la noticia que él estaba esperando aún no había llegado. El campamento comenzó a cobrar vida poco después del alba, pero no había mucho que hacer. La mayoría de los preparativos habían sido terminados la víspera; los hombres esperaban la orden, y hablaban entre ellos o caminaban nerviosos.

A media mañana, Thorpe entró a la espaciosa tienda de Rolfe.

-Parece que el plan ha sido eficaz. Hay tan escasa actividad en los muros que se diría que el lugar está desierto.

Thorpe habló de un modo tan renuente que Rolfe se echó a reír.

-¿Esperabas que me llegasen noticias diferentes?

-Aún no creo que tu esposa deseara ayudarnos.

-Ya te dije que le agrada salvar vidas. Tanto nuestras, como de los habitantes de Wroth.

-Muy probablemente sólo le interesan las de Wroth- gruñó Thorpe.

-Amigo mío, esta mañana no provocarás mi cólera. Estoy de buen humor. ¡El brebaje preparado por Leonie ha sido eficaz! ¡Ahora, a ocupar Wroth!

-¿Tendrás cuidado?

Rolfe sonrió al advertir la preocupación de su amigo.

-Thorpe, no te comportas como un guerrero. No he venido aquí para beber una taza de té. Mi propósito es ocupar la plaza fuerte. Pero prometo no desenvainar la espada antes de que me digas que puedo hacerlo con un grado razonable de seguridad. ¿Eso te satisface?

La ocupación de Wroth fue ridículamente fácil. Cuando los hombres treparon por las escalas oyeron gemidos. Apenas llegaron al extremo superior de las murallas, percibieron un olor hediondo. Por doquier los hombres se retorcían a causa de los calambres, o vomitaban de continuo. Algunos intentaron luchar contra la tropa de Rolfe, pero no tenían fuerza, y la resistencia terminó rápidamente.

En poco tiempo se desalojó el recinto, y los prisioneros fueron llevados a un sector que Rolfe había delimitado en su campamento principal. El señor del dominio, llamado John Fitzurse, sería secuestrado para pedir rescate por él. Los vencedores tenían derecho de matar un vasallo rebelde, pero Rolfe se sentía un tanto culpable a causa de la facilidad del triunfo, y por eso mismo tendía a mostrarse benigno.

Aún era temprano, cuando Rolfe entró a su tienda y arrojó el yelmo a Damián. Después, se sentó frente a su improvisado escritorio. Su intención era enviar un mensaje a Leonie, pero quizás ella sabía que no había escribientes en el campamento, y Rolfe no deseaba escribir personalmente la nota. No deseaba que ella se enterase de que él sabía leer y escribir con

soltura. En efecto, si estaba al tanto del asunto tendría una excusa para negarse a ser la amanuense de Rolfe. Cuanto antes ella comenzara a desempeñar las funciones propias de una esposa, más rápidamente aceptaría a su marido.

Cuando Thorpe entró en la tienda, Rolfe preguntó: -¿Todo está tranquilo?

Thorpe asintió.

-¿Ofrecerás a estos soldados lo que ofreciste a los que guarnecían la fortaleza anterior?

-¿La mayoría está formada por siervos reclutados, o por individuos contratados?

-Creo que los siervos forman el grueso de la fuerza enemiga, pues la mayoría habla únicamente inglés- replicó Thorpe.

-En ese caso les ofreceré lo mismo que propuse a los soldados de Axeford y Harwick. Pueden permanecer aquí y combatir para mí, o marcharse. Lo mismo digo de los mercenarios, pues cuanto menos sea el número de hombres de nuestra fuerza que dejemos aquí, tanto mejor. ¿Quién crees que podría desempeñar el cargo?

-Walter Wyclif. Ha pedido que lo dejen en Wroth, y como Richard Piers y Reinald desean permanecer en el ejército…

-Pero yo habría otorgado una propiedad más extensa a sir Walter… quizá una de las que aún no hemos conquistado.

-Desea asentarse. Está cansado de cabalgar entre este lugar y Axelford, donde reside su esposa. Quiere que lady Berta le acompañe porque ella le provoca muchas dificultades cuando la deja sola.

Rolfe sonrió, pero Thorpe frunció el ceño.

-Amigo mío, yo no me reiría. Tú mismo tienes una esposa que tiende a causar problemas.

-No me ha traído problemas desde que nos casamos – dijo Rolfe en actitud defensiva.

-Todavía no – murmuró su amigo.

Rolfe se disponía a defender a su esposa cuando oyeron los cascos de los caballos entrando en el campamento. Cuando Rolfe y Thorpe salieron de la tienda, un jinete desmontó, y se acercó a comunicar las novedades.

-¡Mi señor, Nant se ha rendido!

-¿En qué condiciones? – preguntó Rolfe.

-Incondicionalmente. Se les agotaron los alimentos, y parece que los racionaron tanto, que estaban demasiado débiles para luchar. El vasallo se limitó a pedir cuartel.

-Thorpe, creo que mi suerte está mejorando – dijo Rolfe sonriendo.

Pero apenas dijo estas palabras, llegó otro jinete que, después de detenerse, gritó: -Mi señor, el molino de Crewel está incendiándose.

Rolfe miró irritado a Thorpe:

-Prepara inmediatamente cinco hombres, pero tú quédate para dirigir el ejército que irá a Warling.

-Sir Piers puede hacerlo…

-¡No quiero encomendar a otro la tarea de investigar el incendio! Yo me ocuparé personalmente. ¡Thorpe, haz lo que te digo!

Menos de diez minutos después, Rolfe cabalgaba hacia Crewel, seguido por cinco soldados. Las dos propiedades estaban separadas por unos veinticinco kilómetros, y el grupo avanzó al galope por el antiguo camino que atravesaba los bosques y los sembrados.

Al detenerse junto al arroyo que atravesaba el bosque al norte de la aldea, Rolfe vio a docenas de aldeanos y a varios de sus soldados. Se movían tranquilamente, y por lo tanto podía suponerse que ya habían apagado el fuego.

Rolfe espoleó a su caballo, aunque ya no era necesaria la velocidad del viento. Estaba a unos doscientos metros del molino, cuando la flecha le alcanzó. Atravesó varios eslabones de la cota de mallas y se le clavó en la cadera. Rolfe alcanzó a ver varias formas que se internaban en el bosque antes de que el dolor se abatiese sobre él con toda su fuerza.

## CAPITULO 24

Leonie estaba acostumbrada a ver sangre y había curado muchas heridas, pero se sentía la borde de la histeria ante las perspectivas de curar a Rolfe.

Las miradas de ambos se encontraron mientras le trasladaban, ya consciente, hasta el salón. La expresión que vio en los ojos de Rolfe la dejó helada. Había furia en esa mirada, una acusación colérica. ¿Por qué?

-¿Mi señora?

Wilda y Mildred la miraban ansiosas.

-¿Sí?

-Sir Thorpe desea trasladar a mi señor a su... al dormitorio. ¿Quién se ocupará de él?

-¿Ha ordenado llamarme?

Esta respuesta le dolió más que la acusación que había leído en los ojos de Rolfe.

-En tal caso, que así se haga.

-Pero, mi señora – murmuró Mildred -. Odo no es más que un barbero. Sé que muchos barberos conocen en alguna medida el arte de curar y sanar a los enfermos, pero Odo es un estúpido. Prefiere que un hombre muera, antes que confesar que no sabe curarlo. Mi señora, tú sabes quien es Odo. Es el hombre al que castigaste cuando casi dejó morir a mi madre.

Leonie miró fijamente a Mildred, y se apartó. ¿Había interpretado mal la mirada de Rolfe, o él creía que Leonie había organizado el ataque sobre su persona?

Arriba vio a un soldado apostado a la puerta de su antecámara, cerrando el paso. Trató de entrar, pero el hombre se lo impidió.

-Lo siento, mi señora – fue todo lo que dijo.

-¿Mi esposo le ha ordenado que me prohibiese la entrada? – preguntó Leonie.

El hombre miró el suelo, sin hablar. Era suficiente respuesta.

-¿El médico está ahora con él? – preguntó Leonie.

-Yo...

Le interrumpió un rugido que era una maldición y un estruendoso golpe detrás de la puerta. Leonie palideció intensamente, pero cuando perdió los estribos, sus mejillas recuperaron el color.

-¡Yo podría haber evitado que sufriera ese dolor tan terrible! – Sus ojos se clavaron enfurecidos en el guardia. –Déjame entrar ahora, antes de que él sufra más.

-Lo siento, mi señora, pero no es posible que…

-No tienes más inteligencia que ese estúpido que está ahí dentro y que se hace llamar médico. ¿Me oyes, Odo? – gritó a través de la puerta-. Si le haces daño o le perjudicas con tu ignorancia, haré que te cuelguen de los pulgares hasta que se te desprendan. ¡Y si muere, desearás mil veces haber muerto en su lugar! – Después se volvió bruscamente hacia el guardia, que la miraba con los ojos muy abiertos - ¡Y lo mismo vale para ti!

En el interior de la habitación, Odo la había escuchado claramente. Vaciló mientras vendaba la herida abierta, de la cual había retirado la flecha. Reinaba el silencio frente a la puerta, y mientras el herido estuviese sumido en la inconsciencia, podía vendarlo fácilmente.

Los que estaban en la planta baja habían oído las palabras de Leonie, y muchos la miraron desconcertados cuando volvió al salón. Se paseó, frustrada y colérica. Nadie se atrevía a hablarle.

Sir Evarard rehusó contrariar las órdenes de Rolfe y permitirle la entrada a la habitación, aunque él podía estar allí. Finalmente, Leonie envió un mensajero a Thorpe de la Mare, con la esperanza de que el amigo de Rolfe, un hombre de más edad y más discreción, pusiera fin a ese absurdo.

Pero sir Thorpe llegó temprano esa tarde y se encerró en la habitación con Rolfe, y no apareció hasta bien entrada la noche. Leonie le esperaba en el salón, y le abordó apenas él bajó la escalera.

-¿Cómo está? – preguntó.

Thorpe la miró fríamente.

-Durmiendo – contestó.

-¿Y la herida?

-Curará. No gracias a ti.

-¿Tú también? – exclamó Leonie. Consciente de que estaba tan encolerizada que no podría concentrarse, se desplazó hacia un lado y elevó los ojos al techo, tratando de calmarse. Después se volvió hacia él.

-Sir Thorpe, no me importa lo que pienses, no me importa lo que él piense, no soy responsable de lo que ha sucedido. Y tampoco mi gente sería capaz de atacarle ahora. Es mi esposo. ¿Por qué cree que he podido haber urdido esto? – preguntó.

Thorpe se acomodó en una silla y ordenó a un criado que le sirviese la comida. Solamente cuando tuvo la comida y la bebida sobre la mesa atravesó a Leonie con sus ojos oscuros… tan parecidos a los de Rolfe.

-Rolfe vio que el individuo que había disparado la flecha huía a través del bosque en dirección a Pershwick. Evarard dice que tú has vuelto a Pershwick después de trasladarte aquí…

-Es cierto. Mi tía Beatriz continúa viviendo allí. Tengo derecho a visitarla. ¿Por qué eso me condena?

-Tuviste tiempo de planear la muerte de tu esposo mientras estabas allí. Todos saben que no querías casarte con él y que aún no aceptas con

agrado el matrimonio. También es sabido que antes del matrimonio le acarreaste muchos problemas. La conclusión es evidente. Deseas librarte de su presencia.

-Si es así, ¿por qué le ayudé a invadir Wroth? También pude envenenarle cuando me hubiera parecido oportuno, y haber atribuido la culpa a la suciedad de la cocina. En cambio, ordené que la limpiasen.

-¿Tú hiciste eso?

-¡Vaya! ¡Aquí tenemos a otro que cree que los cambios se deben a la iniciativa de lady Amelia! Después de vivir aquí tanto tiempo soportando la suciedad, de pronto decidió hacerse cargo de la casa. ¿Es así? Oh, cree lo que te plazca. Cree también que decidí dejar al azar de una flecha lo que habría podido hacer fácilmente en esta casa. Sir Thorpe, yo no hago las cosas a medias. Si yo hubiera querido matar a mi esposo, ahora estaría muerto.

-Lady Leonie, siempre has estado en contra de él. ¿Puedes negarlo?

-No negaré afirmaciones ni ofreceré excusas por lo que antes sentía. Me habían dicho que el Lobo Negro era un monstruo. Alain Montigny era mi amigo y tu señor quería matarle. Sí, lo despreciaba porque se había apoderado de este dominio. Alain, a quien le arrebataron su hogar, tuvo que huir para salvar su vida. Yo, incluso, había reunido a mi gente para ayudar a Alain, pero él no quería luchar.

-Pero tú, lady Leonie, decidiste hacerlo.

-En eso te equivocas – dijo Leonie con voz helada -. Me limité a maldecir al Lobo Negro porque era un usurpador. Mi gente hizo el resto, pues asumió mi enojo. Pero el único daño que le infligí fue esa herida la noche de la boda. – Se apresuró a agregar -: Aunque eso fue un accidente... un episodio que él ni siquiera recuerda.

Thorpe frunció el ceño.

-Entonces, es conveniente que Rolfe no desee tenerte cerca.

Leonie ahogó una exclamación.

-¡no has escuchado una sola palabra de todo lo que he dicho! Deseo ayudarte. Puedo aliviar su sufrimiento. Puedo...

-Puedes mantenerte lejos de él. Aunque él cediera y permitiera que lo atendieses, no confío en ti, lady Leonie. Estás casada a causa de unas irreflexivas palabras mías. Cuando te conocí, de nuevo cometí una tontería, pues creí que era bueno que ambos estuvieran casados. Pero me equivoqué. Y ahora él ha recuperado la sensatez, y no confía en ti.

-Thorpe de la Mare, eres un hombre obstinado, y, por el bien de mi esposo, rogaré que en el futuro tu actitud cambie. Odo le hará más mal que bien.

-¿El médico? Ya ha terminado su trabajo, y Rolfe curará muy pronto, como le ha sucedido siempre. ¿Acaso crees que ésta es su primera herida?

Torpe movió la cabeza.

-¡Ojalá estés en lo cierto!

Con los ojos entrecerrados, Thorpe la miró alejarse. Mildred, que había estado esperando en las sombras, vio la expresión en el rostro de Thorpe, y adoptó una decisión. Se adelantó unos pasos y habló con voz áspera.

-Te equivocas al juzgarla. – Esos ojos oscuros se clavaron en ella con toda su fuerza, pero la mujer no se intimidó y continuó: - Sabe todo lo que

hay que saber acerca de la curación y el restablecimiento de los heridos. Y no hará daño a mi señor Rolfe. Incluso ha amenazado a Odo, porque está al tanto de sus torpes métodos. Si no me crees, pregúntaselo a sir Evarard.

-Las mujeres se defienden unas a otras, y poco les importa si tienen o no razón – declaró Thorpe con expresión de desprecio.

-Como hacen los hombres.

-¡Rolfe no necesita que ella lo ayude! – protestó Thorpe. Se preguntó cómo era posible que esa mujer tuviese la temeridad de desafiarle. Quizás los siervos de Pershwick eran todavía peores.

-¡Ella es incapaz de perjudicarle! – insistió Mildred -. Se enfureció cuando supo que le acusan falsamente de haberla golpeado. Ordenó que se difundiese la verdad, para hacerle justicia. ¿Esa es la actitud de una mujer que odia?

Mildred se retiró, asombrada de su propio estallido. Y como antes lady Leonie, Mildred fue observada por los ojos entreabiertos de Thorpe hasta que salió del salón.

## CAPITULO 25

Cuatro días después, Rolfe había empeorado. Thorpe ya no sabía qué hacer. La herida parecía sencilla. Rolfe había pasado por cosas peores y se había recuperado rápidamente. Parecía que esta herida minaba lentamente sus fuerzas. Al segundo día comenzó la fiebre, y se agravó hasta culminar en el delirio. A veces llamaba a su esposa, y otras la maldecía. Ni siquiera reconocía a Thorpe.

Esa víbora de Odo había huido de la residencia. Ansiaba desaparecer, antes de que le culparan por el empeoramiento del estado de Rolfe.

Thorpe no sabía qué hacer. No, eso no era cierto. Podía hacer una cosa, y finalmente la hizo: ordenó a un criado que llamase a la esposa de Rolfe. Cuando ella entró al dormitorio, acompañada por su criada Wilda, Thorpe tuvo la elegancia de parecer avergonzado. Se le encogió el cuerpo cuando Leonie dejó escapar un torrente de maldiciones.

-¿Por qué no me has llamado antes? – preguntó a Thorpe -. La suciedad de la herida está matándole.

-No le he cambiado las vendas – replicó Thorpe, en una actitud defensiva -. Y no le he visto la herida.

-¡Has debido cambiarlas! Te advertí que Odo haría más mal que bien.

-¿Puedes ayudarle? – preguntó Thorpe con expresión humilde.

Leonie miró la herida colmada de pus y dijo: -No lo sé. ¿Cuándo ha comenzado la fiebre alta?

-Hace tres días.

-¡Dios mío!

Thorpe palideció. La desesperanza que percibió en la actitud de Leonie le reveló todo lo que necesitaba saber. Rezando en silencio, se acercó a la cama y observó los movimientos de Leonie. Primero, ella obligó a beber a Rolfe, y consiguió que tragase algo. Thorpe sintió que comenzaba a respetar a la joven. Después, Leonie comenzó a aplastar hojas, que luego aplicó a la herida, junto con una sustancia maloliente. Pusieron a hervir agua, y Leonie mezcló el contenido de varios frascos.

Cuando ella sacó un cuchillo de su canasto, Thorpe le aferró la muñeca.

Ella miró al hombre corpulento.

-Hay que abrir la herida para buscar lo que está provocando la fiebre. ¿Deseas hacerlo tú mismo? – preguntó con acento intencionado. Thorpe movió la cabeza y liberó la muñeca de Leonie.

La mujer limpió el cuchillito, y después, con mucho cuidado, retiró las hojas que había aplicado sobre la herida. Con el cuchillo comenzó a explorar la herida, al mismo tiempo que la limpiaba. Durante un rato reinó un silencio absoluto, y de pronto, ella dejó escapar un grito de horror.

-La muerte es demasiado benigna para ese médico. – Leonie miró a Thorpe como si éste hubiera sido el verdadero culpable del estado en que se hallaba Rolfe. -Retiró la flecha, pero dejó un resto de la cota de mallas de Rolfe, introducida por la flecha.

Extrajo el fragmento con movimientos lentos y cuidadosos, y después continuó limpiando la herida. Cuando al fin comenzó a manar sangre limpia, suspiró agradecida. La herida ya estaba limpia; volvió a cubrirla con las hojas maceradas.

Finalmente se recostó en el respaldo de la silla; su expresión no sugería ansiedad.

-Es necesario que la herida sangre hasta que se calme la fiebre; así sabremos si la enfermedad ha cedido. Por ahora no coseré la herida. Así se debilitará más, pero no me atrevo a coser la herida hasta tener la seguridad de que esté limpia. Tengo tónicos que le ayudarán a combatir la fiebre y a recuperar las fuerzas. – Thorpe asintió, y ella continuó diciendo: -También le daré algo para calmar el dolor. – Como Thorpe se mantenía en silencio, ella preguntó: -¿Me permitirás estar aquí para vigilar sus progresos y hacer lo que sea necesario?

-¿Está fuera de peligro? – preguntó Thorpe en voz baja.

-Creo que sí.

-En tal caso, puedes permanecer aquí, mi señora.

-Si despierta lo suficiente para comprender que estoy con él, quizás no le guste mi presencia.

-Pues que no le guste – dijo obstinadamente el caballero, demasiado agradecido para preocuparse por lo que Rolfe pudiera pensar.

-Muy bien – suspiró Leonie -. Pero te pediré que no le digas lo que he hecho.

-¿Por qué no?

-No deseo que se inquiete mientras se recupera. Dejémosle creer que el médico le curó, como debería haber hecho.

-No mentiré a Rolfe.

-No tienes que mentirle. Limítate a callar. Yo intentaré salir antes de que despierte.

Ya tarde, al día siguiente, Leonie estaba vendando la herida después de haber unido los bordes; Rolfe abrió los ojos y la miró. La fiebre le había debilitado terriblemente, y una espesa barba le cubría la cara. Tenía un aspecto espantoso, y los ojos se le ensombrecieron de cólera cuando vio a Leonie.

Leonie no dijo palabra; terminó lo que estaba haciendo y salió de la habitación. Thorpe, que dormía en una silla frente al hogar, despertó cuando oyó el golpe de la puerta al cerrarse. Se aproximó al lecho.

-¿De modo que has regresado a nosotros?

-¿Dónde estuve? – La voz sonaba muy débil.

Thorpe sonrió a su viejo amigo.

-Al borde de la muerte.

Rolfe le miró escéptico.

-¿A causa del pequeño orificio provocado por una flecha?

-Ese pequeño orificio estaba infectado. Padeciste una fiebre muy grave.

-Bien, no importa. ¿Qué hacía ella aquí? Así proteges mi espalda, permitiendo que la misma responsable...

-Cálmate, Rolfe – interrumpió Thorpe -. No creo que sea culpable de esto. Estoy seguro de que no lo es.

-Te dije lo que vi.

-Sí, y eso permite acusar... pero no es concluyente – observó obstinadamente Thorpe.

-¿Ahora la defiendes? Antes de esto no confiabas en ella. Yo no quiero creer que ella sea capaz de esto, Thorpe. Creía que estaba progresando con ella, y ahora este incidente.

Thorpe movió la cabeza.

-No tuviste tiempo de considerar lo que sucedió a causa del dolor de la herida, que enturbiaba tus pensamientos. Piensa bien antes de culparla, porque otro cualquiera pudo haber disparado la flecha. Pudo haber sido un hombre que escapó de los lugares que conquistamos, o quizá un habitante de este lugar. ¿Acaso Pershwick te atacó con armas? ¿Y lo harían ahora, cuando te has adueñado firmemente de su dama? – Se apartó y examinó atentamente a Rolfe -. Sabes por qué estaba antes contra ti? ¿Se lo has preguntado?

-¿Y eso qué importa?

-Rolfe, ¿se lo preguntaste?

-No – replicó secamente el herido-, pero imaginemos que tú lo sabes. Si no fuera así, ¿te pavonearías tanto?

Thorpe sonrió.

-Veo que tu humor está mejorando.

-¿Tienes o no algo que decirme?

Thorpe movió la cabeza.

-Mira, nos equivocamos con ella. Y ella también se equivocó contigo. Rolfe, a ambos os toca aclarar las cosas.

-Adivinanzas, cuando estoy aquí y sufro – suspiró Rolfe -. ¿Y dónde está ese condenado médico? Siento la cadera como si bajo ella hubiesen encendido un fuego.

-Sin duda, has estado muy mal. Con respecto a Odo, huyó hace dos noches, temeroso de perder los pulgares.

-¿Más adivinanzas? – preguntó Rolfe, exasperado.

-Tu esposa dijo muy claramente lo que le harían a Odo si te perjudicaba, y como casi pierdes la vida a causa de la incompetencia de Odo...

-Insistes en que he estado a las puertas de la muerte. Puesto que el médico huyó, ¿debo agradecerte mi salvación? – Thorpe negó enfáticamente con la cabeza. Rolfe le miró, y de pronto comprendió. - ¿Ella usó su saber para curarme? ¿Para ayudarme otra vez? ¿Por qué no me lo dijiste antes? Vaya, Thorpe, creo que esa dama comienza a interesarse en mi persona.

-Yo no atribuiría mucha importancia a eso – se apresuró a decir Thorpe -. Es posible que haya salvado tu miserable vida, pero creo que es sencillamente su modo de ayudar a otros, si puede hacerlo. No asignes a eso más valor del que tiene. Pues quizás sólo consigas complicar tu situación.

Pero Rolfe no le escuchaba. Se sentía complacido. Puede decirse que estaba feliz. Ella se había acercado para cuidarle. ¿Eso significaba que él pronto lograría que la dama le amase?

Este interrogante ocupó por completo la mente de Rolfe, hasta que se hundió en el sueño del agotamiento.

## CAPITULO 26

Leonie vio que Erneis se deslizaba fuera del salón precisamente cuando ella entraba. Hacía bastante tiempo que intentaba arrinconar al mayordomo de Crewel para hablarle de las cuentas, pero él siempre tenía mucha prisa y trataba de alejarse, o bien no era posible hallarlo. Leonie se preguntaba por qué la evitaría.

Salió del salón en pos del hombrecito, y lo detuvo un instante antes de que él desapareciese en el interior del establo.

-Un momento de su tiempo, Master Erneis. – El hombre se detuvo, se volvió con la mayor lentitud posible, sin tratar de ocultar su resistencia a hablar con ella.

-Master Erneis, fuiste el mayordomo de sir Edmond, ¿no es así?

-Durante varios años, mi señora – contestó Erneis, un tanto sorprendido por la pregunta.

-Comparado con el anterior, ¿te parece que el nuevo señor de Crewel es un amo riguroso? – preguntó amablemente Leonie.

-No, mi señora. Por supuesto, sir Edmond permanecía mucho más tiempo en la casa... mi señor Rolfe rara vez está aquí...

Comenzaba a desconcertarse, y Leonie aprovechó rápidamente su confusión.

-Master Erneis, deseo que me presentes las cuentas de Crewel.

-¿Las cuentas? – Entrecerró los ojos -. ¿Para qué?

-Mi esposo desea verlas.

La mentira brotó de sus labios con absoluta naturalidad.

-Pero él tampoco sabe leer.

Ahora el hombre ya no estaba sólo desconcertado; a decir verdad, se mostraba alarmado.

Leonie le sonrió, alentadora.

-Tiene poco que hacer mientras se recupera. Imagino que querrá saber qué clase de ganancias puede obtener de Crewel. – Se encogió de hombros, y agregó con acento intencionado. – Pero como es un soldado que hace muy

poco tiempo ha recibido una propiedad, probablemente no entenderá las cuentas. Supongo que pedirá a otro servidor que se las lea.

-Yo puedo hacerlo – insistió el mayordomo.

-Pero siempre te encuentras muy atareado.

-Hallaré tiempo.

-No es necesario disponer de mucho tiempo.

-Pero…

Leonie perdió la paciencia.

-¿Te atreves a discutir las órdenes de mi señor? – preguntó.

-No, mi señora – se apresuró a decir -. Las traeré ahora mismo.

Cuando el hombre le entregó la pila lamentablemente reducida de pergaminos, Leonie ocultó su sorpresa. Las cuentas de una casa se ajustaban a un período anual, generalmente de día de San Miguel al siguiente, y faltaban pocos meses para esa fecha. Los registros debían contener las erogaciones y las ganancias de casi un año, pero, al parecer, las anotaciones representaban, a lo sumo, los datos de un mes.

Leonie llevó las cuentas al cuartito donde había dormido los últimos días, y las examinó con cuidado.

Era peor de lo que ella había imaginado. El mayordomo debía hablar con el personal de la cocina y del establo al fin de cada día, y registrar todas las provisiones compradas y las sumas exactas pagadas. También debía anotar los suministros retirados de las existencias, y todos los artículos entregados por los aldeanos como pago de la renta. También se registraban los excedentes vendidos, que pasaban a la categoría de ganancias. Además, las sumas pagadas por servicios, por ejemplo el transporte de mercancías para la venta, o los trabajos realizados por el herrero u otro artesano. Debían anotarse todas las transacciones.

La contabilidad diaria de Pershwick incluía las cantidades de pan, granos, vino y cerveza que ya habían sido anotadas en otras secciones de las cuentas. Se asentaban las cifras exactas, y se las restaba de las existencias. Se indicaban escrupulosamente los artículos comprados a los mercaderes de Rethel (calderos, lienzos y especias, así como todos los servicios prestados). Para la cocina se compraban quesos especiales, ciertos tipos de pescados, en general, pocos artículos, pues Pershwick tenía existencias adecuadas, y casi toda la carne vacuna y de ave provenía del dominio. En la sección correspondiente al establo se anotaban el heno, la avena, el pasto, casi todo lo procedente de las existencias; un gasto importante era la compra de un caballo o dos para reemplazar a los que eran demasiado viejos y ya no podían continuar en servicio. Se regalaba a los pobres esos caballos viejos.

Master Erneis tenía listas para la cocina y el establo, pero sólo por semana. Lo que era peor, no se indicaban los rubros, sólo aparecían las sumas pagadas semanalmente. Anotaba el pago de suministros por los aldeanos, pero sólo en forma de cifras globales. Las ventas de los excedentes no aparecían. Leonie había visto que se retiraban granos, ovejas y bueyes y se los transportaba a Axeford para venderlos. ¿Por qué esos datos no estaban registrados?

Eso ya era bastante grave. Pero la situación se veía peor cuando se examinaba los totales de gastos de cada semana; eran sumas absurdas, el triple de lo que ella podía gastar en un mes. Esos totales no incluían los

suministros destinados al ejército de Rolfe, de eso Leonie estaba segura. Sir Evarard le había dicho que Rolfe pagaba de modo que el ejército fuese abastecido directamente desde los pueblos más cercanos.

Leonie había inspeccionado los depósitos. Sabía que, si bien no había abundancia de elementos, muchas cosas serían repuestas cuando comenzara la cosecha, pocas semanas más tarde; y, en todo caso, la escasez no era tan acentuada que explicase las erogaciones anotadas en esas hojas.

Master Erneis no estaba cumpliendo con su deber. Eso era evidente.

El enojo la impulsó a bajar en busca del culpable. Ordenó a dos soldados de la guarnición que la acompañasen, por si los necesitaba; pero no les explicó la razón. Buscó al mayordomo, y lo encontró en la cocina. Antes de entrar ordenó a los guardias que permaneciesen afuera.

Master Erneis pareció sorprendido cuando Leonie entró en el cobertizo largo y angosto, con los pergaminos en la mano.

-Mi señora, ¿me devuelves tan pronto las cuentas?

Extendió la mano hacia los pergaminos, pero ella no los entregó.

-Master Erneis – preguntó con voz pausada -. ¿En qué sección de estas cuentas están incluidos los caballos que has comprado?

-¿Caballos? – El hombre frunció el ceño -. ¿Qué caballos?

-Los caballos. – Leonie alzó la voz – Sin duda, has comprado docenas de caballos.

-Mi señora, no he ordenado la compra de un solo caballo. ¿Por qué piensas que...

-¿No has comprado caballos? Entonces, estoy equivocada. ¿Has comprado joyas que mi señor necesitaba para regalar a lady Amelia?

-Mi señora, por favor. – Erneis se irguió indignado -. Jamás compré dijes para las damas, y sir Rolfe nunca me pidió que lo hiciera. ¿Qué dijo él de estas cuentas y a qué vienen estas preguntas...?

-¿Qué ha podido decir? – le interrumpió Leonie.

-¿Señora?

-Master Erneis, ¿dónde está el dinero que reservas para la casa?

Master Erneis frunció el ceño.

-Hay un cofre cerrado en uno de los depósitos.

-¿Y mi marido repone la existencia de monedas cuando es necesario?

-Hasta ahora eso no ha sido necesario. Él ha dejado lo suficiente...

-¿Cuánto?

-¿Mi señora?

-¿Cuánto dinero te entregó para administrar esta casa? – preguntó ella bruscamente.

-Varios... centenares de marcos – replicó incómodo el mayordomo.

-¿Cuántos centenares? – insistió Leonie con voz suave.

-Yo no...

-¿Cuántos?

El hombre movió las manos nervioso, y miró por encima del hombro al cocinero y sus ayudantes, que observaban con curiosidad la escena; las preguntas se parecían cada vez más a un interrogatorio.

-Mil cien o mil doscientos – dijo Erneis en un tono un tanto esquivo -. No lo recuerdo exactamente. Pero, mi señora, no veo por qué esto te

preocupa... a menos que quieras comprar algo; si es el caso, de buena gana yo...

-No lo dudo – dijo secamente Leonie -. ¿De modo que puedo suponer que lo que no has gastado de los fondos que mi marido te entregó, todavía está dentro del cofre cerrado?

-Por supuesto, mi señora.

-¿Y el resto se justifica con estas anotaciones?

Levantó lentamente los pergaminos y los sostuvo frente a la cara del mayordomo.

-En efecto.

-En tal caso, no te opondrás a que revisemos tus habitaciones antes de que salgas de Crewel, ¿verdad?

Erneis palideció.

-¡Mi señora! Creo que no entiendo bien lo que queréis decirme.

-Creo que me comprendes perfectamente – replicó Leonie con voz seca -. Has podido mentir a mi marido acerca de las cuentas porque él es un guerrero y no está acostumbrado a administrar una propiedad, y por lo tanto no sabe cuáles son los gastos habituales. Pero fuiste tonto al pensar que podías engañarme. No soy una mujer ociosa. He sido mi propio mayordomo durante años. Sé exactamente casi hasta la última moneda, lo que cuesta administrar una residencia de esta clase. – Miró al hombre con una sonrisa -. Master Erneis, creo que comienzas a entender.

El hombre apretó los labios.

-Mi señora, no tienes pruebas de que yo haya procedido mal. Crewel no es Pershwick. Cuando sir Rolfe llegó, esto era el caos. Había escasos suministros, y hubo que pagar muchas cosas.

-Si mi marido no estuviese herido, le diría que se ocupara de esto, pues tú acabas con mi paciencia – dijo irritada Leonie -. ¿Dices que no tengo pruebas? – Se volvió hacia el cocinero y le preguntó: -Master John, en estas cuentas se afirma que la última semana necesitaste provisiones por valor de treinta y cinco marcos. ¿Es así?

-¡No, mi señora! – exclamó el hombre -. No se gastaron ni siquiera diez marcos.

Los ojos de Leonie retornaron al mayordomo, cuyo rostro pálido comenzaba a mostrar manchas de cólera.

-¿Bien, Master Erneis?

-Lady d'Ambert, no tienes derecho a interrogarme acerca de las cuentas. Hablaré con su esposo...

-¡No, no lo harás! – exclamó ella, y retrocedió hacia la entrada. Llamó a los guardias, que escuchaban sorprendidos -. Lleven a Master Erneis a sus habitaciones y revisen sus pertenencias. Si pueden hallar el dinero que él ha robado, saldrá de Crewel con lo puesto... nada más. Si no encuentran el dinero – miró nuevamente al pequeño mayordomo – satisfacerás tu deseo de hablar con mi marido. Y dudo que se muestre benigno contigo.

Leonie fue a esperar al salón hirviendo de cólera, y preguntándose si no hubiera sido mejor realizar personalmente la inspección. O tal vez debía informar a sir Evarard, o a Thorpe de la Mare.

Poco después supo que, para bien o para mal, el episodio había terminado. Los guardias se aproximaron avergonzados para informar que el

mayordomo había huido mientras ellos inspeccionaban sus pertenencias. Sólo habían encontrado cincuenta marcos. ¿Sólo cincuenta de varios centenares? ¿Cómo se lo diría Rolfe?

## CAPÍTULO 27

Rolfe gimió cuando se inclinó para abrir el cofre. SabÍa que no le estaba permitido abandonar el lecho, y Thorpe le habÍa formulado varias advertencias en ese sentido. Se sentía débil, le habÍan cosido la herida apenas la víspera.

Pero Rolfe estaba impaciente. Desde el momento en que supo que Leonie lo habla ayudado, y de ningún modo había sido la promotora del ataque, deseaba hacer algo que compensara su conducta brutal. ¿Qué pensaba Leonie de esa desconfianza, sobre todo unas horas después que ella le habla ayudado a conquistar la plaza fuerte de Wroth?

Había pasado la mayor parte del día preguntándose qué regalo especial podía hacerle a Leonie. No deseaba que ella pensara que se proponía comprar su perdón, pero al mismo tiempo ansiaba ofrecerle algo que fuese hermoso, algo que ella apreciara. Advirtió que desconocía lo que le gustaba y lo que desagradaba a su esposa y que no tenía la más mínima idea de lo que ella ya poseía. Se imponía una visita a los arcones que Leonie había depositado en la antecámara. Así esperó ansioso a que Thorpe saliera de la habitación para abandonar el lecho.

Los dos primeros cofres contenían solamente ropas. En el tercero, más pequeño, estaban los tesoros de Leonie. Sintió una punzada de culpabilidad cuando vio lo poco que había allí. Encontró un juego de ajedrez tallado en marfil, y una cajita de madera forrada de terciopelo, que contenía doce cucharas de plata. Había saquitos con especias importadas. En el fondo del arcón, envuelto en suave lana, halló un cinturón de cuero enjoyado, y otro de hilos de oro. En una cajita descubrió tres botones de oro. Uno tenía granates y el otro estaba esmaltado. Además, había dos alfileres de plata, una hebilla de oro, un hermoso anillo, y un collar de oro con seis grandes granates distribuidos entre los eslabones de la cadena, de cuyo centro pendía una cruz de oro.

¡Muy pocas joyas para una mujer tan hermosa! Pero Rolfe sabía que en la infancia había sido rechazada por su padre. ¿Acaso alguien se había preocupado de ofrecerle hermosas piedras, de contemplar sus ojos resplandecientes a causa de la sorpresa y el placer? Un relámpago de odio recorrió el cuerpo de Rolfe al pensar en el hombre que habla ofendido tan gravemente a Leonie.

La puerta se abrió silenciosa y Leonie apareció en el marco. Allí estaba Rolfe: el arcón abierto, y la sangre manchando la sábana con la cual se había envuelto. Le habían sorprendido con las manos en la masa; no tenía disculpas.

Ella se limitó a mirarle, su cara parecía una máscara inescrutable, no dijo nada. Rolfe se sonrojó y se volvió, para regresar lentamente a la cama. Leonie le siguió hasta el dormitorio. Reinó el silencio en la habitación, hasta que al final ella habló.

-Mi señor, si estabas buscando mis medicinas, de la Mare debió decirte que el canasto está allí, junto al hogar.

Rolfe suspiró. -Sí, debía habérmelo dicho.

-Pero de nuevo te advierto que no debes intentar curarte tú mismo. Puedes hacer más daño que bien si no estás familiarizado con los remedios. Yo estoy dispuesta a ayudarte.

-¿De veras?

Leonie se volvió, desconcertada ante el tono súbitamente tierno.

-Tenías que haber esperado hasta que yo viniera.

-Pero no estaba seguro de que volvieras.

Ella le miró a los ojos. Era evidente que él aún no sabía nada acerca del mayordomo. Pero algo le preocupaba.

-Mi señor, ¿por qué creíste que no vendría? -preguntó Leonie-. Me has explicado claramente que debo obedecerte siempre.

-Pero de todos modos, haces lo que te place.

De pronto estaban hablando de lo que molestaba a ambos, y ninguno de los dos había tenido la intención de abordar el tema.

-Mi señor, no permito que nadie mande en mis pensamientos y mis sentimientos. Por lo demás, puesto que soy tu esposa, debo obedecerte.

-Rolfe casi se echó a reír. Por supuesto, ella estaba en lo cierto, Rolfe no podía controlar sus pensamientos ni sus sentimientos, y sería absurdo que lo hubiese intentado. Lo que él necesitaba hacer era tratar de modificar los sentimientos de Leonie, o por lo menos algunos de ellos.

-Leonie, si prefieres negarme tus atenciones, yo lo entenderé.

A Leonie le pareció que la humildad que se manifestaba en la voz de Rolfe no era muy convincente.

-A mí me toca decidir si comparto el don que recibí de mi madre, y que me permite curar y confortar. Si no puedo usarlo, carece de valor. Y ahora, ¿me permitirás que detenga el flujo de tu sangre?

Él asintió. Leonie retiró las sábanas y comenzó a quitarle el vendaje manchado. Mientras trabajaba, la joven se sentía complacida, orgullosa y satisfecha porque estaba aplicando sus conocimientos.

-¿Te complace ayudar a otros? -preguntó de pronto Rolfe.

-Sí.

Él suspiró. Se había equivocado; como decía Thorpe, era sencillamente la inclinación de Leonie a ayudar a la gente. El propio Rolfe no era nada especial para ella.

-Mi señor, ¿algo te inquieta?

-No -mintió Rolfe-. Sólo había pensado que quizá te ofendiste cuando llamé al médico en lugar de contar con tu ayuda.

-No me ofendí - se apresuró a asegurar Leonie-. Me irritó lo absurdo del asunto, porque sabía que Odo era incompetente. Pero tu orden, evitando que entrase al dormitorio, era comprensible. Estabas debilitado y dolorido. No pensabas con claridad.

-¿Por qué disculpas mi conducta? Leonie movió la cabeza.

-Mi señor, si hubieses estado en tus cabales, seguramente habrías ordenado que me cargasen de hierros, en lugar de limitarte a prohibirme la entrada.

-¡Cargarte de hierros! -Rolfe frunció el ceño-. Yo jamás... Eres mi esposa.

-Esa no es la cuestión -dijo irritada Leonie-. Alguien intentó matarte. Es necesario descubrir y castigar al culpable... no importa quién sea. Yo no esperaría otra cosa si hubiesen intentado matarme.

Rolfe rió de mala gana.

-Reconozco que pensé ante todo en ti cuando me hirió la flecha y vi que el bandido se alejaba en dirección a Pershwick. No quería creer que eras capaz de tramar mi muerte, pero me asaltó el pensamiento, y no era del todo absurdo, teniendo en cuenta tu pasado. Leonie, siento sinceramente haber dudado de ti esta vez.

¿Por qué Leonie no le miraba? Había terminado de cambiar el vendaje, y buscaba algo en su canasto. Sostuvo en alto una botellita azul.

-Mi señor, ¿me permitirás que te dé esto para aliviar el dolor?

Rolfe frunció el ceño al advertir que ella cambiaba de tema. No estaba dispuesta a mirarle a los ojos, y de pronto le pareció que su esposa se sentía sumamente incómoda.

-¡No! -respondió, e inmediatamente lamentó su reacción.

-Entonces, ¿todavía dudas de mí? -preguntó ella en voz baja.

-No he dicho eso.

-Sin embargo, rechazas esta bebida, y sé que estás dolorido. Temes que quiera envenenarte, ¿verdad?

-¡Maldita sea! ¡Dame eso! -Le arrebató el frasco y bebió un trago.- ¡Ya está! Ahora, dime por qué no puedes perdonarme.

-Yo te perdono -dijo Leonie serenamente, mirándole-. Solamente abrigo la esperanza de que tú seas capaz de perdonar cuando te diga...

-Nada más. -Rolfe la interrumpió bruscamente.- No quiero escuchar tus confesiones.

-Pero necesito hablarte de...

-¡No!

Ella se irguió y le miró hostil; su actitud no era sumisa.

-¿Deseas que espere y tema tu cólera cuando otros te lo digan? Bien, no voy a consentir eso. Mi señor, he despedido a tu mayordomo, y no lo lamento.

Esperó la explosión, pero Rolfe se limitó a mirarla con asombro.

-¿Eso es todo?

-Si -replicó Leonie, su cara convertida en una mascara inexpresivo.

-Leonie, ¿qué... qué esperabas que yo hiciera? -Tienes derecho a enojarte, y tu herida no se

agravará si me gritas.

-Quizás -dijo Rolfe con voz serena, tratando de contener una sonrisa- sería conveniente que me explicases por qué lo has despedido.

-Descubrí que Master Erneis te robaba, y no pequeñas sumas. Centenares de marcos.

-¿Cómo sabes que robaba? -preguntó secamente Rolfe.

Ella se apresuró a explicar la situación.

-Sólo lamento haber encarado mal el asunto, pues se ha fugado, y con él tu dinero.

-Todavía no me has dicho por qué estás segura de que robaba.

-En primer lugar no sé cuál es la suma que entregaste al mayordomo, pero él dijo que le habías dado mil cien o mil doscientos marcos. En un período de siete meses él ha anotado un gasto de novecientos marcos. Es una suma elevada, muy elevada.

-Leonie, ¿cómo lo sabes? -preguntó exasperado Rolfe.

Ella se sonrojó e inclinó la cabeza.

-Yo... fui mi propio mayordomo, aunque nunca te lo haya dicho. Sé que una propiedad de esta magnitud debería bastarse a sí misma, a menos que lleguen invitados con mucha frecuencia; y sé lo que cuesta mantener una residencia de esta importancia.

Rolfe movió la cabeza. Ella había sido su propio mayordomo, sin embargo rehusaba ejercer el control de Crewel.

-Sin duda, ya sabes que la administración de una propiedad no es mi fuerte. De modo que tendré que aceptar tu palabra de que mi mayordomo me robaba.

-Juro que interpreté bien las cuentas, y que...

-No dudo de tus palabras. Pero ahora no tengo mayordomo. Evarard no puede ocuparse de esto, pues sabe menos todavía que yo.

-En efecto.

-Entonces, ¿qué sugieres? Has despedido a mi mayordomo. ¿Has pensado en la persona que pueda reemplazarlo?

-No veo a nadie que reúna las condiciones necesarias.

-Bien, yo sí. Tendrás que ocupar tú misma el cargo.

-¿Yo?

-¿No te parece justo? Eres la responsable de este asunto, ¿no es así?

-Sí, por supuesto.

Leonie se volvió y llevó la canasta a la repisa del hogar, porque no deseaba que él viese cuánto la complacía esa decisión. Rolfe creía que estaba castigándola, cuando en realidad le había ordenado que hiciera lo que más le complacía. Ella habría formulado la misma sugerencia, pero temía el rechazo de Rolfe. Después de todo, él se había negado a asignarle responsabilidades en Crewel hasta ese momento.

Leonie consiguió dominar sus sentimientos, y se volvió para mirar a Rolfe.

-Mi señor, si no deseas hablar de otra cosa, ordenaré que te envíen la cena.

-¿La compartirás conmigo? – preguntó Rolfe con expresión somnolienta. La morfina que había bebido del frasco azul comenzaba a afectarle.

-Si así lo deseas...

-Bien. Y otra cosa, Leonie. ¿Dónde has estado durmiendo?

-Yo... trasladé unas pocas cosas a un cuarto que está frente a las habitaciones de los criados.

-Tráelas de nuevo aquí. – Estaba muy somnoliento, pero su tono no admitía discusión. – En adelante dormirás aquí.

-Como quieras, mi señor – murmuró ella, sonrojándose.

Salió de la habitación, sintiéndose al mismo tiempo feliz y temerosa.

## CAPITULO 28

Un fuego chisporroteaba en el ancho hogar, mientras los criados se movían de un extremo a otro del salón, preparando las mesas para la cena, bajo la mirada atenta de Wilda. Amelia cosía junto al fuego, e intencionadamente se desentendía de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sentado junto a ella, sir Evarard saboreaba un jarro de cerveza, después de haber terminado las tareas de la jornada.

Cuando Leonie bajó desde la habitación del señor, Amelia la observó atentamente. Vio que Leonie decía unas pocas palabras a su criada, y después salía del salón.

En los labios de Amelia se dibujó una sonrisa satisfecha. Había esperado el momento en que Rolfe echara en cara a su esposa las faltas que ella había cometido. Evarard le había explicado las sospechas de Rolfe, y que las mismas fuesen ciertas o no, el resultado sería sin duda el retorno de Leonie a Pershwick.

Amelia se había mantenido al margen, mientras Rolfe yacía gravemente herido, pues si moría nadie podía demostrar la culpa de la esposa, la primera consecuencia sería que ella tendría que abandonar la residencia. No podía darse el lujo de ser enemiga de Leonie.

Pero Rolfe se había recuperado, y creía que su esposa había tramado el ataque.

-¿Crees que le habrá ordenado que comience a empaquetar?- preguntó Amelia a Evarard, que también había observado el paso de Leonie a través del salón, en dirección a la escalera que conducía a los cuartos de los criados.

-¿Empaquetar? ¿Por qué?

-Pues… para enviarla de regreso a Pershwick.

-¿Y por qué haría tal cosa?

Amelia miró irritada a su amante. A cada momento se veía obligada a explicarle aún las cosas más menudas, porque cada uno tenía su propio modo de abordarlas. Amelia nunca podía confiar del todo en sir Evarard, pues se trataba de un hombre a quien preocupaba demasiado el honor.

-¿No me dijiste que la cree responsable del incendio del molino y del ataque que sufrió? – murmuró Amelia, exasperada.

-Fue un error- dijo Evarard como de pasada.

-¿Un error? ¿Error de quién?

Evarard se encogió de hombros.

-Sir Rolfe sabe ahora que se había equivocado.

-¿Y tú cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él mismo?

-Sir Thorpe lo dijo antes de partir. Se ha marchado para iniciar el sitio de Warling.

-Pero estaba cuidando a Rolfe.

-Lady Leonie se ocupará de eso, de modo que nada justifica que sir Thorpe continúe aquí.

Amelia rechinó los dientes.

-¿Crees que ella continuará cuidándolo cuando Rolfe se entere de lo que le ha sucedido al pobre Erneis?

-Sir Rolfe resolverá esa cuestión a su modo, pero dudo que expulse de la casa a su esposa sólo porque ella se ha excedido en autoridad. En

muchos otros aspectos ella le complace. Vaya, mira todo lo que ha hecho desde que llegó a la casa.

Amelia contuvo una exclamación de furia, y en cambio clavó la aguja en el bordado. Evarard parecía no advertir el nerviosismo que la dominaba.

¡No era justo! Precisamente cuando Amelia había comenzado a concebir la esperanza de poder prescindir de la ficción del embarazo con la excusa de que había abortado... Tendría que continuar su relación con sir Evarard, por lo menos hasta que él la dejara embarazada. Y eso tenía que suceder rápidamente. Si ella volvía a tener su período, más valía que renunciara al intento, pues Rolfe no era estúpido. Y aun si todo se resolvía favorablemente, si concebía un hijo, tendría que fingir que el parto se había retrasado.

Trató de ordenar sus pensamientos. Sí, era necesario quedarse embarazada. Incluso podía verse obligada a permitir que el embarazo siguiera su curso, a menos que...

Era imprescindible que Leonie se enterara de la existencia de aquel hijo. Amelia podía sugerirlo como casualidad, y después, observar qué efecto producía la noticia en la relación entre el señor y su esposa. Quizá el orgullo había impedido que Leonie interpelase a Rolfe sobre por qué él permitía que una amante viviese en la casa; pero era un asunto completamente distinto que la amante le diese un hijo, y sobre todo un hijo concebido después del matrimonio.

Poco importaba que Leonie se enfrentase a Rolfe, pues él no podría negar la paternidad del hijo. Pero quizá Leonie ni siquiera le hablase del tema, y se limitase a abandonar a su esposo. Una vez que ella se marchara, Amelia tal vez dispusiera de tiempo para desembarazarse del niño, utilizando los recursos de cuya existencia se había enterado en la corte años atrás.

Mientras Amelia cavilaba, la sonrisa satisfecha volvió a dibujarse en sus labios.

## CAPITULO 29

Se dirigían a la corte. Leonie se sintió desanimada cuando se lo dijeron. Con gran pesar por su parte se había visto obligada a escribir la carta en la cual aceptaban la invitación del rey.

Rolfe no quiso escuchar las excusas de Leonie, e insistió en que ella le acompañase a la corte.

-Enrique quiere conocerte- fue todo lo que acertó a decir. Y ella pensó con amargura que nadie se negaba a acatar los deseos del rey.

Rolfe no estaba bastante repuesto como para viajar, y por lo tanto el día de la partida se retrasó una semana.

Esa semana pasó veloz. Leonie rogaba que su nerviosismo no le provocase la reaparición del antiguo sarpullido; y también rogaba que su propio comportamiento fuese el adecuado. Habían pasado tantos años desde la última vez que había estado en la corte... ¿Recordaría cómo debía comportarse?

Rolfe comprendía su angustia, e hizo todo lo posible para aliviarla. Le relató historias divertidas acerca del rey y sus barones, y destacó que

incluso era posible que ella encontrase allí a algunos parientes. Leonie no sabía muy bien si eso mejoraba o gravaba la situación.

Compartían la misma cama, pero él no estaba tan recuperado como para hacer el amor. Leonie dedicaba casi todo su tiempo a leer a Rolfe, comía con él, y se mantenía cerca por si Rolfe deseaba dictarle una carta. Hablaban mucho, y Rolfe le explicaba cosas de sí mismo, y a su vez la obligaba a hablar.

Hacía todo lo posible para complacerla, excepto en lo que más importaba y lo que siempre había sido el obstáculo que se alzaba entre ellos: Amelia. Cuando Leonie intentaba hablarle de su amante, el orgullo le paralizaba la lengua. Si al menos él hubiese ordenado a Amelia que saliese de la casa... aunque fuera sólo eso. Pero ella no se atrevía a pedirlo. Temía el rechazo de Rolfe, porque esa actitud indicaría muy claramente lo que ella no deseaba saber. ¿Rolfe amaba a Amelia? Ese interrogante la torturaba constantemente.

Trató de dominar sus sentimientos, de mantener la distancia que era indispensable para defenderse. No podía darse el lujo de adoptar frente a él una actitud franca, de reír con desenvoltura y bromear, como hubiera sido propio de su carácter, porque después descubriría que estaba desesperadamente enamorada de ese hombre, y eso tenía que evitarlo apelando a toda la fiereza de su naturaleza.

La mañana de la partida hacia Londres era la primera vez que Rolfe salía de la habitación. Dejó a cargo de Leonie todos los preparativos del viaje, e incluso la tarea de embalar las pertenencias de ambos. A ella le agradaba asumir esas obligaciones conyugales.

Pero la preparación del equipaje de la propia Leonie representó un problema, pues tenía solamente dos vestidos buenos, de modo que Wilda trabajó mucho para confeccionar el tercero con un corte de lana española que Leonie guardaba desde hacía tiempo.

Leonie era buena costurera, y había bordado muchos manteles para los altares, así como prendas utilizadas en los bautizos. Sin embargo, dedicaba poco tiempo a su propia ropa, pues había comprobado que el estilo de época podía adaptarse fácilmente a todas las necesidades. El vestido largo de mangas anchas podía usarse para el trabajo en el huerto, y para protegerlo bastaba aplicarle un par de mangas de sarga y una blusa. Ese estilo también se adaptaba fácilmente a las ocasiones formales. En realidad, no tenía muchas prendas porque no las necesitaba.

La nota llegó precisamente en el momento en que salían para Londres, y le fue entregada por un siervo a quien ella no conocía. No tuvo tiempo para leerla, y la olvidó, después de guardarla bajo la manga ceñida de su camisa, para leerla más tarde. Vio a Rolfe que hablaba a solas con Amelia, y la escena la distrajo todavía más... y le provocó un malhumor que se prolongó la mayor parte del día.

Se detuvieron en una pequeña posada, y Leonie se retiró temprano, con la esperanza de dormirse antes de que llegase Rolfe. Cuando Wilda estaba desvistiéndola, la nota cayó al suelo. Al leerla, Leonie frunció el ceño.

-La envió Alain Montigny.

-¿Sir Alain? Pero mi señora, me habías dicho que estaba en Irlanda.

-Ya no está allí. Me pide que le vea en el pastizal que divide las propiedades. – La inquietud de Leonie se acentuó todavía más. - ¿Qué está haciendo aquí?

-¿Irás a verlo?

-Tendría que hacerlo, pero desea verme hoy mismo.

-Pensé que temía a tu marido.

-Sí, es así.

-Entonces, ¿por qué regresa a la cueva del Lobo Negro?

-No lo llames así – la reprendió Leonie.

-Discúlpame, mi señora.

Leonie se sorprendió de su propia actitud. Dios mío, ¿qué le ocurría?

Cuando Wilda salió de la habitación, Leonie arrojó la nota al fuego, y después se deslizó entre las sábanas que su criada le había llevado. Pero no pudo dormir. El pensamiento de Alain no se apartaba de su mente. ¿En qué pensaba el joven, por qué regresaba a su hogar cuando le había asegurado que eso podía costarle la vida? Comenzó a preguntarse si Alain habría mentido. Todo lo que Alain le había dicho aquel día acerca del marido de Leonie, en definitiva era mentira o un engaño originado en el miedo. Si juzgaba sobre la base de todo lo que había llegado a saber, Rolfe d'Ambert no era el hombre a quien ella había injuriado aquel fatídico día. Tenía defectos, pero la cruel venganza no formaba parte de su carácter. Ella misma podía asegurarlo.

-Leonie, ¿duermes?

Había entrado muy silenciosamente en la habitación.

-No, mi señor.

-Entonces, ¿me puedes ayudar? He ordenado a Damián que se acostara.

Leonie sonrió. Últimamente él le pedía ayuda con mucha precaución, una actitud muy distinta a sus anteriores exigencias, tan arrogantes. Se preguntó si su estilo anterior le pesaría.

-Siéntate aquí, mi señor.

Bajó de la estrecha cama, que era mucho más pequeña que la que tenían en su propio hogar, y comenzó a desatar las calzas. La pesada armadura había sido retirada por Damián.

-Desearía inspeccionar tu herida- dijo Leonie -. Para comprobar si la cabalgata que hicimos hoy la abrió.

-Eso no es necesario.

Lo veía muy fatigado.

-Compláceme, mi señor.

-Compláceme, mi señor – repitió Rolfe con expresión fatigada -. Pides demasiad, pero das poco. Compláceme, mi señora. Dime por qué no concedes ni siquiera una oportunidad.

Ella endureció su cuerpo, y después desvió la mirada.

-Sabes por qué.

-Por supuesto. – Rolfe suspiró. – Pero creí que podías modificar tus sentimientos.

Leonie se asombró sinceramente. ¿Por qué le pediría eso, cuando él mismo no le ofrecía una oportunidad? La asaltó entonces la idea inverosímil de que quizás él mantenía cerca de su amante porque Leonie se mostraba

tan fría. La idea la aturdió de tal modo, que se le paralizaron las manos, y permaneció así, inmóvil. Quizá Rolfe esperaba que ella se mostrase más cálida antes de renunciar a otras mujeres.

Se sentía terriblemente confundida. ¿Era mejor abandonar el tema, o preguntar lo que deseaba preguntar?

-Permíteme... quitarte la túnica se apresuró a decir, inclinándose hacia él. Entonces la bata de hilo se abrió, y los ojos de Rolfe se clavaron en el hermoso busto de la joven. Él respiró hondo, y su mirada buscó la de Leonie. Ella percibió un intenso anhelo, y comprendió que él había guardado abstinencia después de recibir la herida. Estaba fatigado a causa del viaje, pero al parecer eso no importaba.

El rubor le tiñó las mejillas, y atinó a cerrarse la bata. Ese no era el momento oportuno para aceptar las atenciones amorosas de Rolfe. ¿Cómo podía formularle esa inquietante pregunta, si él continuaba mirándola así?

Desconcertada, Leonie agarró el ruedo de la túnica de Rolfe y comenzó a pasarla cuidadosamente sobre la cabeza de su esposo, evitando tocar la herida. Hizo lo mismo con la camisa, y después se apartó un poco, de modo que él pudiese ponerse de pie y quitarse el resto de las prendas.

La expectativa era insoportable, y finalmente ella dijo: -Mi señor, si... si yo cambiase... ¿ordenarías a lady Amelia que se retirase?

-No.

Rolfe habló con voz seca y sin vacilación, y una sensación de náusea se instaló en el vientre de Leonie; cerró los ojos, profundamente deprimida. ¡Qué estúpida! Había formulado la pregunta menos apropiada, y recibido la respuesta que ella misma temía.

-¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? – preguntó ásperamente Rolfe.

-Nada, mi señor. – murmuró Leonie.

-Entonces, explícate.

El pánico dominaba a Leonie. ¿Qué podía decirle? Recordó la observación de Amelia de que a Rolfe no le agradaban los celos. ¿De ese modo interpretaba él su pregunta y en efecto creía que estaba celosa? Por supuesto, no era el caso. ¿Cómo podía sentir celos si no amaba a Rolfe? ¡Dios mío, cuánto deseaba llorar!

Dijo con voz neutra: - He tenido a esa mujer en mi mente desde que la vi esta mañana, porque me pregunté por qué no la incluías en este viaje. Pensé que quizá estabas enfadado con ella.

Rolfe se acercó y se detuvo frente a Leonie, el cuerpo tenso.

-No estoy enojado con ella. No había motivo para traerla con nosotros. No le agrada la corte.

-A mí no me agrada la corte, y sin embargo me obligas a venir.

-¡Eres mi esposa!

Leonie se volvió bruscamente y le dio la espalda. No tenía sentido expresar su propia cólera, pero al mismo tiempo la contenía con dificultad.

-Pensé que te llevabas bien con Amelia – dijo Rolfe, mientras ella se volvía lentamente.

-Por supuesto – replicó duramente Leonie - ¿Por qué no debería ser así?

-¡Maldición, Leonie! ¿Qué sucede? ¿Has reñido con Amelia?

Leonie movió la cabeza.

-No deseo hacerle daño, si eso temes.

-¿Hacerle daño? ¿Puede saberse por qué hablamos de ella? – la frustración de Rolfe se acentuaba rápidamente -. ¿Qué significa todo eso? – Quieres que salga de la casa, verdad?

-No he dicho eso. He preguntado si tenías intención de despedirla y me has dicho que no, de modo que así están las cosas.

Trató de volverse nuevamente, pero las manos de Rolfe se cerraron sobre los hombros de Leonie. La miró tan fijamente a los ojos, que ella no pudo apartarlos.

-¡Lo sabes! ¡Ese es el fondo del problema! ¿Quién te lo ha dicho?

Leonie se echó a llorar. Conmovido, él la abrazó, y la sostuvo tiernamente.

-Leonie, juro que voy a enloquecer. ¿Por qué nunca puedes hablarme claramente?

Leonie continuó sollozando. Que pensara lo que quisiera. Ella debería haber callado, ya no deseaba decir más. Nadie podría acusarla de ser una esposa celosa.

Rolfe la alzó en brazos, la llevó a la cama, y allí la acunó, moviéndola suavemente hasta que se secaron las lágrimas. La mano de Rolfe le acarició los cabellos y la espalda, tratando de adormecerla. Y de pronto comenzó a besarla, pero ella consiguió romper el encanto y apartarse, frustrando tanto las necesidades de su marido, como las que ella misma sentía.

-Mi señor, no, ahora no... por favor – rogó, tratando de no levantar la cólera de Rolfe.

Pero él la sorprendió.

-En ese caso querida, permite que te abrace. No haré más que eso.

Casi se echó a llorar otra vez, al verle tan bondadoso. Inclinó la cabeza, y después que él se extendió bajo las mantas, la acercó a su cuerpo. Pasó mucho rato antes de que Leonie se durmiese, pero finalmente se hundió en una semiconsciencia, agobiada por los sueños, con el cuerpo apretado firmemente contra el de su esposo.

## CAPITULO 30

Una sucesión de movimientos despertó a Rolfe, y vio que Leonie salía de la cama. La discusión de la víspera lo había llevado a permanecer despierto la mitad de la noche, tratando de entender lo que había sucedido.

Quizás ella sabía lo que Amelia había sido para él, pero Rolfe ni siquiera deseaba pensar en esa posibilidad. Si Leonie insistía en que Amelia se marchase, ¿cómo podía explicarle la necesidad de que la mujer permaneciese en la casa? No podía revelar a Leonie que la otra mujer le daría un hijo. Había afirmado que Amelia estaba bajo su protección. Si Leonie se enteraba del hijo de Amelia, Rolfe ya no tendría ninguna posibilidad de conquistar su amor.

Observó a Leonie mientras ella se ponía su vestido de hilo azul y se acercaba al pequeño hogar. La joven se sentó sobre un taburete, y comenzó a desenredar sus largos cabellos. La luz que entraba por la ventana se reflejaba sobre las sedosas trenzas de plata. ¡Qué hermosa era!

Y era considerada, una mujer realmente buena. No deseaba llamar a su criada mientras él dormía. Y era tan bondadosa con los servidores como con él.

¿Qué tenía esta mujer que lo conmovía tanto? Le provocaba noches de insomnio, originaba sus estallidos de cólera, y era la causa de interminables sentimientos de confusión e inquietud. Alentaba sus esperanzas y después las destruía. ¿Llegaría a sentirse a gusto con ella?

Thorpe le había sugerido que hablase francamente con ella, pero Rolfe no estaba dispuesto a correr ese riesgo. En verdad, temía que la verdadera razón por la cual ella lo había contrariado desde el principio, fuera que amara a ese condenado caballero, Alain Montigny. Y la razón por la cual le odiaba era que Rolfe se había apoderado de las tierras de Montigny. ¿Era ésa la verdad? Lo que menos deseaba Rolfe era forzar una confesión de Leonie. Podía destruir todas sus esperanzas.

Leonie sintió que él la miraba fijamente. Se puso de pie y se acercó, en su rostro había una expresión de preocupación.

-No me extraña que hayas dormido tanto, mi señor; has hecho demasiado y demasiado pronto – le reprendió amablemente -. Ahora, permíteme examinar la herida, ¿Quieres?

Rolfe asintió. Los ojos gris plata de Leonie encontraron la mirada de su esposo.

-Mi señor, te ruego olvides lo que sucedió anoche. Estaba muy fatigada y... nunca soy yo misma cuando me siento nerviosa. Si te enfadé, discúlpame.

-¿Aún te sientes nerviosa ante el hecho de encontrarte con Enrique?

Ella asintió, y dirigió a Rolfe una mirada esquiza.

-En ese caso, regresaremos a Crewel.

Ella le miró asombrada.

-¿Harías eso por mí?

-Por supuesto – se limitó a decir Rolfe -. No sabía que estaban tan atemorizada.

-No es precisamente miedo. Es... incomodidad – le aseguró -. Estoy segura de que pasará. – Como ya sabía que estaba dispuesto a cambiar sus planes por ella, se sintió mucho más confiada. – Ya es demasiado tarde para regresar. El rey nos espera.

-Enrique puede sentirse decepcionado.

-No, controlaré mis nervios.

-¿Estás segura?

-Sí. Y lo peor que puede suceder es que quizá reaparezca mi antiguo sarpullido. Solía ser así en mi infancia, cuando iba a la Corte.

-Tal vez eso no sea un grave inconveniente – dijo Rolfe con una sonrisa -. En tal caso, no necesitaré preocuparme de que todos los caballeros del reino se sientan atraídos por ti.

Leonie se encogió de hombros.

-Ya no padezco ese sarpullido nervioso, de modo que no hay que temer.

Rolfe frunció el ceño.

-Leonie, ¿tenías sarpullido el día que nos casamos?

-Por supuesto, mi señor – replicó ella secamente. Los ojos de Leonie centellearon. – Sabes por qué me cubría con un velo. No quiero hablar de eso.

Rolfe la miró incrédulo, y ella se puso de pie y caminó enojada hacia la puerta. ¿Pensaba realmente que Rolfe la había creído?

-¡Leonie!

Leonie se volvió para decir enfurecida: -¡No hablaré de eso! Y ahora, levántate, mi señor, o no llegaremos a Londres antes de que caiga la noche.

Cerró la puerta con un fuerte golpe, y dejó a Rolfe más desconcertado de lo que nunca había estado en su vida.

## CAPITULO 31

Como Leonie había vivido confinada tanto tiempo en Pershwick y después en Crewel, se sintió fascinada por el viaje a Londres. En cambio, Rolfe había viajado a través de Francia e Inglaterra durante muchos años, de modo que apenas prestaba atención a lo que veía, y dejaba para ella el placer del viaje.

Atravesaron aldeas que Leonie no había visto desde hacía muchos años; examinaba ansiosa todo lo que desfilaba ante sus ojos, desde las imágenes de los campesinos que trabajaban en los campos de sus amos, hasta las damas bellamente ataviadas que pasaban a caballo, acompañadas por sus guardias. Se alegraba de no tener al lado a una mujer mayor que la reprendiera pues sabía muy bien que no debía mirar tan ávidamente todo lo que había a su alrededor. Pero estaba pasándolo muy bien, y no prestaba ninguna atención a las normas del buen comportamiento.

Atravesaron una aldea en el mismo momento en que las campanas repicaban; la paz de la media tarde avivó el recuerdo de Leonie, y le hizo recordar los tiempos en que ella solía terminar sus lecciones y la criada la llevaba adonde estaban sus padres. De las tres a las cuatro era una hora sagrada, y ella y sus padres conversaban, y, si el tiempo lo permitía, paseaban juntos por el bosque. Durante esa hora no dejaban que nadie les molestara.

Pero, después de la muerte de su madre, desaparecieron para siempre esa paz y los momentos felices. Pensó: “Que las maldiciones recaigan sobre mi padre”. ¿Por qué él no se había ocupado de su hija, después de la muerte de su esposa? ¿Por qué se había mostrado tan débil? En su lugar, ella se habría agarrado a la fuerza de voluntad para sobreponerse al dolor.

Leonie trató de reaccionar. ¿Cuándo aprendería a alejar el recuerdo de su padre? Sabía muy bien que unos pocos instantes, en los que se complacía en evocar el pasado, desembocaban en un día o más, de cavilaciones y sufrimiento... y ya tenía suficientes problemas sin necesidad de remitirse al pasado.

Se volvió para mirar alrededor, y recordó que debía gozar del momento presente, porque temía que Londres, en definitiva, no fuese un lugar muy placentero.

En Londres había más de cien iglesias: el centenar de torres, que se elevaban sobre los muros de la ciudad, ofrecía un espectáculo impresionante. Leonie recordaba bien su primer viaje a Londres, cuando era

niña, y la catedral de San Pablo, el edificio más elevado de la ciudad, impresionante a causa de sus grandes techos, las naves y las arcadas góticas.

El castillo Palatino, con casi un siglo de antigüedad, era otra formidable estructura de piedra en una ciudad formada principalmente por casas de madera de una sola planta. Era el único palacio real que se levantaba al abrigo de las antiguas murallas romanas, y allí se alojarían Leonie y Rolfe.

Ella estaba contenta. El rey residía en Westminster Hall, fuera de la ciudad, y por lo tanto, la joven abrigaba la esperanza de ver tan sólo una vez al monarca. Sería presentada a Enrique al día siguiente de la llegada. Pero Rolfe lo vería la misma tarde, poco después de entrar en Londres.

Leonie no tenía muchos deseos de encontrarse con el rey Enrique, y además, la misma ciudad de Londres la intimidaba. Se extendía sobre un kilómetro y medio cuadrado de ruidosa congestión cosmopolita, dedicad principalmente al comercio. Había vendedores de alimentos, pescadores con sus largas varas, y todos los tipos concebibles de comerciantes. El río Támesis estaba atestado de barcazas cargadas de lana. Todo el ruido y la agitación procedían de la ciudad misma, protegida por sus murallas; en cambio, fuera de las defensas se encontraban los campos arados y los extensos bosques.

Apenas vio el castillo Palatino, Leonie recordó la terrible falta de espacio de la Corte. Ella la había visitado cuando estaba atestada de vasallos, los señores y sus damas, y los parásitos que siempre estaban cerca del poder, así como los bailarines, los jugadores, los saltimbanquis, los juglares, e incluso las prostitutas y sus rufianes: todo el cortejo que seguía al rey dondequiera que él fuese.

Rogó interiormente que la mayor parte de la Corte de Enrique estuviese con el monarca en Westminster Hall, y que ella no tuviese que compartir la residencia con otras personas.

Lo que la esperaba en el castillo Palatino no era tan desagradable, ni mucho menos, como ella había temido. Rolfe no esperó a verla instalada; en todo caso, Leonie sabía desde el principio que él tendría que salir inmediatamente. Encomendó a sir Piers y a la mitad de sus veinte soldados la tarea de acompañarla. Richard Amyas y los diez hombres restantes salieron con Rolfe. Sir Piers y sir Richard eran los únicos caballeros que los habían acompañado a Londres; sir Piers, porque Rolfe deseaba que se ocupase de la protección de Leonie cuando él no pudiera hacerlo, y sir Richard, porque la vida en la Corte interesaba mucho al joven.

Sir Thorpe había quedado a cargo del sitio de Warling, y Leonie se dio cuenta que le echaba de menos. Se llevaba bien con el joven Richard, pero no simpatizaba en absoluto con Piers. Era un hombre mayor, y muy poco flexible. Leonie intuía que él no le tenía simpatía, y que la toleraba sólo a causa de Rolfe. De todos modos, cumplía bien su deber, y miraba esquivo a los hombres que se atrevían siquiera a desviar los ojos hacia Leonie, mientras estaban cruzando el gran vestíbulo del castillo Palatino.

Asignaron a Leonie una habitación en la torrecilla. Debía compartirla con Wilda y Mildred. Cuando regresaran, Rolfe y Damián dormirían en la misma habitación. Pero Leonie se dijo con cierto alivio que por lo menos no tendrían que soportar la presencia de extraños.

Rolfe regresó muy tarde de Westminster Hall. Leonie ya estaba acostada, con una vela encendida junto a la cama, y escuchaba la charla nerviosa de Mildred. La criada había recorrido el castillo y había conocido a un atractivo guardia; proyectaba verlo más avanzada la noche, cuando él estuviese libre de sus obligaciones. Por su parte, Wilda decidió que no dormiría en el cuarto, e iría a reunirse con un apuesto caballero que había conocido esa tarde.

Leonie reprendió a las dos criadas, y se sintió bastante disgustada; pero no tuvo corazón para negarles lo que deseaban, y por lo tanto no les prohibió que fuesen al encuentro de su propio placer.

Cuando Leonie oyó la voz de Rolfe, que gritaba a lo lejos, se puso deprisa su bata. Mildred temía a Rolfe, y Leonie no deseaba pedirle que fuese a buscarle.

-Mi señora, ¿qué puede ser? Él... tiene una voz extraña.

Leonie frunció el ceño, y oyó otro rugido poderoso.

-¡Despertará a todo el castillo!

Salió corriendo de la habitación y llegó al final de la escalera. Un candelabro fijo a la pared estaba encendido, pero a lo sumo proyectaba algunas sombras sobre los peldaños. Leonie oyó a su esposo antes de verlo al pie de la escalera; Richard Amyas lo sostenía. Los dos hombres se balancearon, y trataban de sostenerse mutuamente. La voz de Rolfe resonó otra vez, poderosa y estridente, arrancando ecos a las paredes de piedra.

-¡Leonie! – y después, a Richard -: Si ella no está aquí voy a demoler esta casa.

-Estoy aquí, mi señor- gritó Leonie.

Los dos hombres miraron en la dirección de la voz. Richard sonreía avergonzado, y Rolfe mostró una expresión feliz en la cara. Leonie recordó la única vez que había visto ebrio a su marido, el día que le informaron que ella había sido castigada. Y en esa ocasión la había reconfortado la idea de que al saberlo él hubiera comenzado a beber.

-¿Puedes decirme por qué organizas tanto escándalo a esta hora? – preguntó Leonie; Rolfe alzó una mano para pedir silencio, y le dijo a Richard:- Busca habitación, amigo mío. Mi dama se ocupará de mí.

-¿Cómo? – dijo Leonie -. No puedo sostener tu cuerpo y obligarte a subir la escalera.

¿Realmente él estaba tan ebrio que no podía orientarse en esa semioscuridad?

-Querida, puedo caminar. Pero ven aquí, e indícame el camino.

Leonie suspiró cuando Richard se inclinó ante ella y comenzó a alejarse, con pasos inseguros, pero sin equivocar la dirección. Cuando Richard lo soltó, Rolfe buscó el apoyo de la pared.

-Tu actitud no es muy sensata, mi señor – dijo irritada Leonie, mientras bajaba deprisa la escalera. Le tomó del brazo y pasó éste sobre su propio hombro -. Ambos caeremos por la escalera.

Rolfe sonrió.

-Sin duda, has concebido la idea errónea de que he bebido demasiado. Te aseguro que no es así. Sucedió únicamente que Enrique tenía deseos de conversar, e insistió en que bebiese con él.

-Y, por supuesto, no pudiste negarte al rey – dijo Leonie sarcásticamente, suspirando -. Pero estoy segura de que él disponía de una cama. Mi señor, debiste quedarte allí, en lugar de cabalgar hasta aquí. Podrías haberte roto el cuello… un accidente que suelen sufrir los que beben demasiado.

Comenzó a subir con él la escalera, pero Rolfe la retuvo.

-No me reprendas, querida. No me siento borracho, y por lo tanto no lo estoy. Y no podía quedarme allá porque tú estás aquí.

Leonie se echó a reír.

-Sería mejor que subieses esta escalera montado en tu caballo.

-¿Crees que no puedo llegar a la planta alta? – respondió Rolfe, y dicho esto le aferró la mano y subió la escalera, arrastrándola tras de sí hasta que llegaron al final; una vez allí, la miró sonriente.

-Mi señor, eso ha sido una tontería- dijo Leonie, jadeante.

-Querida, no te enfurruñes.

-¡Oh!

Exasperada, ella se desprendió de un tirón, pero Rolfe volvió a pasarle el brazo sobre los hombros, y avanzó unos pocos pasos inseguros, apoyándose en ella. Sonrió cuando Leonie soltó una maldición.

-Ah, Leonie, realmente creo que te amo.

Leonie se sobresaltó, pero contuvo rápidamente el impulso de formular una declaración parecida. Rolfe estaba borracho. Ella no podía permitirse el lujo de creer en las tonterías de un borracho.

-¿De veras, mi señor?

-Es lógico – se limitó a decir Rolfe -. Si no fuera así, ¿por qué soportaría tu enfado?

-Ya te he dicho antes que no me enfado.

-Y tu desobediencia–continuó diciendo Rolfe, como si ella no hubiese hablado-. Y tus caprichos.

-No sabía que tuviera tantos defectos – dijo suavemente Leonie.

-Los tienes, pero de todos modos te amo. – La abrazó, dejándola casi sin aliento. – Y tú, querida, ¿puedes amarme?

-Por supuesto, mi señor.

-¡Ah, Leonie, ojalá dijeses la verdad! Pero sé que mientes.

Murmuraba al oído de Leonie, y ella sintió que le cosquilleaban los nervios. Sentirse tan atraída por ese hombre era siempre una experiencia inquietante. Hubiera deseado estar ebria ella también. Deseaba aflojar el severo control que imponía a sus sentimientos para saborear el momento con él. Deseaba…

Se liberó del estrecho brazo para cerrar las manos sobre el cuello de Rolfe.

-No es imposible amarte. A decir verdad, es muy fácil.

Rolfe contuvo la respiración. Ella estaba acercando a Rolfe su cuerpo suave, y él dijo con voz ronca:

-Querida, estás siguiéndome la corriente, pero por lo menos eso es un comienzo.

Rolfe acercó su boca a la de Leonie, y apretó sus labios en un beso exquisitamente apasionado. Ese choque inicial, tan violento, la aturdió, y después se convirtió en una sucesión de sensaciones tiernas. Se aferró al

cuerpo de su esposo, y sintió los músculos firmes; correspondió al beso con su propia pasión. Le atemorizaba el deseo que él conseguía inspirarle.

De pronto, se sorprendió porque Rolfe interrumpió el beso, echó atrás la cabeza, y emitió un rugido salvaje, semejante a un grito de guerra. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Cuando él la miró, la pasión más primitiva y directa llameaba en esos oscuros ojos. Con movimientos lentos e intencionados, él deslizó las manos sobre las caderas de Leonie, y la sostuvo firmemente.

Un intenso calor se difundió por sus entrañas, y de pronto sintió que los músculos se le convertían en agua. Las piernas ya no la sostenían. Seguramente lo que estaba sintiendo se manifestó en sus ojos, pues Rolfe sonrió triunfante y la alzó en sus brazos.

Leonie dijo; - Mi señor, llegaremos mejor si me dejas en el suelo.

Rolfe estaba demasiado embriagado para eso.

-No- dijo escuetamente.

Ella señaló la puerta abierta, a pocos pasos de distancia.

-Allí – dijo.

Rolfe entró inseguro en el reducido cuarto. Cuando vio a la nerviosa Mildred, le ordenó que saliera. Leonie sonrió al ver la expresión en el rostro de la pobre Mildred cuando huyó de la habitación, pues estaba segura de que la criada había obedecido de muy buena gana la orden.

-¿Dónde está la otra? – preguntó Rolfe, mientras se acercaba a la cama.

-Esta noche Wilda duerme en otro sitio.

Él sonrió.

-Una muchacha inteligente.

-¿Y qué has hecho con Damián?

-Lo he enviado con su padre, lord Sutton. He querido que estuviéramos solos.

Cayeron pesadamente en la cama, riendo ambos. Él no necesitó pedir a Leonie que le ayudara a desvestirse. La joven ejecutó rápidamente la tarea, y los dos reían y bromeaban. Después abrieron la cama; los ojos de Rolfe estaban encendidos de deseo. Cuando él apoyó las manos sobre los pechos de Leonie, ella cobró conciencia absoluta de su propia e imperiosa necesidad. Se acostaron juntos en la cama, cada uno aferrando fuertemente al otro.

La fuerza de Rolfe era algo palpable. Era fuerza desnuda pero controlada, y ella aceptaba como un regalo la suavidad de su hombre. Tocó esos músculos, los sintió moverse bajo las yemas de sus dedos, rozó la sedosa suavidad de los rizos oscuros, otro aspecto de su abrumadora masculinidad.

Rolfe era todo lo que ella podía desear... y lo deseaba desesperadamente; sus ojos así lo expresaban. Él advirtió que Leonie estaba fascinada. Jugueteó entonces con los labios de la joven, mordisqueándolos, incitándola, consciente de que ella deseaba sentirse poseída. Cuando finalmente la tomó, y su lengua penetró en la boca de Leonie, un sonido de placer intenso brotó de la garganta femenina.

Las caricias de Rolfe fueron una auténtica tortura cuando él pasó de los pechos al centro mismo de su feminidad, y sus dedos la abrieron. Ella se acercó todo lo posible, porque deseaba más, y de pronto las olas de calor

confluyeron en sus entrañas y anularon el escaso control que aún le restaba. Arrancó su boca de los labios de Rolfe para gritar su nombre, cuando los espasmos exquisitos la recorrieron. Entonces, antes de que ella tuviese tiempo de reaccionar él la cubrió, deslizando los brazos bajo el cuerpo de Leonie para acercarla más. El latido en las entrañas de Leonie continuó cuando él penetró profundamente, y después ese golpeteo se convirtió de nuevo en llamas en el instante en que la líquida tibieza de la liberación de Rolfe la colmó.

Leonie sintió la ola de placer que recorría el cuerpo de Rolfe durante un prolongado y sublime momento, y después Rolfe rodó sobre sí mismo, obligándola a acompañarlo, con los brazos todavía aferrando el cuerpo de Leonie. Ella yacía sobre el pecho de su esposo, como flotando.

Un momento después, ella advirtió que Rolfe dormía profundamente. Le miró con una sonrisa tierna, y después, con mucho cuidado, intentó apartarse, pero los brazos de Rolfe la sujetaron incluso con más fuerza en el sueño. De modo que Leonie no lo intentó de nuevo, y apoyó la cabeza en el brazo de Rolfe, y el vientre sobre el costado de su esposo, una pierna cruzada sobre él. Durmió serena, pacíficamente.

## CAPITULO 32

-¿Sabes que anoche después de la llegada de sir Rolfe se hicieron apuestas? La mitad de los huéspedes jura que él te asesinó. La otra mitad se dividió entre los que creen que sir Rolfe descubrió a tu amante y le mató, y después te molió a golpes. Mi señora, ¿qué sucedió?

Leonie no sabía qué decir; tenía las mejillas encendidas. Y la cosa empeoraba todavía más porque Wilda hablaba muy serenamente, mientras peinaba los cabellos de Leonie. La joven no estaba preparada para algo por el estilo a hora tan temprana de la mañana.

-Wilda, ¿cómo sabes que hubo apuestas?- preguntó.

-Señora, abajo no se habla de otra cosa.- La criada se encogió de hombros, y después sonrió.- Todos oyeron que te llamaba, mi señora, de modo que se preguntaron qué sucedería cuando te encontrara.

-No puedo creer que la gente piense que mató a alguien sólo porque hacía demasiado ruido.

-Fue a causa de ese terrible rugido, el último, aunque no todos lo oyeron, porque mi señor ya estaba aquí. Pero los que lo oyeron son los que juran que mató a alguien.

-¡Ya es suficiente! – exclamó Leonie-. Había bebido demasiado, y eso es todo. Y no acarreó problemas, ni a mí ni a otra persona.

Wilda miró esperanzada a su ama. Deseaba fervorosamente que se arreglaran las cosas entre Leonie y su marido, pues si no sucedía así, ella preveía muchos años desgraciados para su señora. Y profesaba sincero afecto a Leonie.

-Mildred me dijo que te trajo aquí en brazos- se aventuró a decir.

-¡No seas impertinente, Wilda! Mildred habla demasiado.

-¿Se mostró tan imperioso como...?

-¡Wilda, basta! – Leonie se veía en dificultades para contener la risa. La criada era incorregible, pero Leonie sabía que Wilda deseaba únicamente tranquilizarse acerca de las posibilidades de su matrimonio con Rolfe.

Se puso de pie para permitir que Wilda terminase de vestirla, y en ese momento se abrió la puerta y entró Rolfe; ambas mujeres se sorprendieron. Bajo el brazo tenía una caja larga y angosta, y en la mano sostenía otra caja más pequeña. Se sintió tan sorprendido como ellas, pues Leonie tenía puesta únicamente la camisa que le llegaba a las rodillas. Se detuvo bruscamente, y con expresión sombría se volvió y gritó: -¡Richard! ¡Cierra los ojos!

El caballero estaba directamente detrás de Rolfe y jadeaba bajo el peso de un gran baúl.

-Cúbrete- dijo Rolfe a Leonie -, hasta que mi amigo pueda dejar la carga.

Con el rostro enrojecido, Leonie se apresuró a obedecer, irritada por el comportamiento escasamente caballeresco de Rolfe. ¿Cómo se atrevía a entrar sin anunciarse y después la reprendía porque no estaba vestida adecuadamente?

Guardó silencio mientras se ponía la bata, pero cuando se volvió otra vez, en sus ojos había un brillo muy elocuente. Y advirtió que Rolfe sonreía tímidamente, y que sir Richard esbozaba una mueca de saludo, al mismo tiempo que depositaba en el suelo el gran baúl, se inclinaba formalmente y después se volvía para salir.

Rolfe movió un dedo.

-Ven y mira lo que te he traído.

Leonie se adelantó vacilante, en actitud cautelosa, mientras Rolfe abría el baúl. Sorprendida, se arrodilló y tocó la seda gris más exquisita. Estaba adornada con tantos hilos metálicos, que relucía como plata líquida. Ella jamás había visto nada igual.

Pero ésa fue sólo la primera de muchas sorpresas. En el baúl había diez cortes de tela plegados. Había sedas rosadas y violetas, y un verde oscuro y un negro azulado. Eran todavía más bellos que los tres cortes de terciopelo de colores vibrantes. El terciopelo rara vez llegaba a lugares tan septentrionales como Inglaterra, y por lo tanto, era tan costoso, que lo usaban únicamente los reyes y los señores muy acaudalados. Ella nunca había concebido la posibilidad de tenerlo; se sintió abrumada.

-¿Dónde... dónde encontraste estas cosas?- preguntó atónita.

-Enrique me abrió su depósito- dijo como de pasada Rolfe, aunque sonreía al ver la expresión satisfecha de Leonie.

-¿Te regaló todo esto?

-¿Regalar? – gruñó Rolfe -. ¡Qué idea! Enrique no regala nada, a menos que desee algo a cambio. No, le dije lo que estaba buscando, y me dijo que hallaría mucha variedad si compraba telas de sus depósitos. Recibe del Lejano Oriente cargas que no están al alcance de los mercaderes londinenses.

-Pero... todo esto vale una fortuna.- Leonie movió lentamente la cabeza, del todo confundida. -¿Has comprado estas telas para mí?

-Por supuesto.

-¿Por qué?

Él esbozó una mueca.

-¿No puedes limitarte a agradecérmelo? ¿Es necesario que todo lo que hago responda a un motivo?

Leonie se alarmó. La recompensaba por su conducta de la noche anterior.

-Si esto tiene algo que ver con lo que pasó anoche…

Leonie se sonrojó, y no pudo terminar la frase en presencia de Wilda. Con un gesto indicó a la criada que saliera. Cuando estuvieron solos, Rolfe la presionó.

-¿Anoche hiciste algo que justificara…?

-Nada que justifique regalos. – Leonie lo interrumpió indignada. - ¿Por qué piensas tal cosa?

-No lo pensé. A decir verdad, deseaba preguntarte qué sucedió anoche. – Parecía bastante menos seguro de sí mismo. – No puedo recordar… No se cuándo salí de Westminster Hall, y a lo sumo recuerdo que te encontré al pie de la escalera.

Como ella no contestó, Rolfe continuó diciendo:

-Debo suponer que hice el papel del tonto.

Leonie sonrió.

-Si hoy todos te miran con asombro, es porque anoche despertaste a la mitad del castillo.

-¿Y contigo Leonie? – preguntó Rolfe, en voz baja-. No me agradaría pensar que te ofendí en lo más mínimo.

Desconcertada, dijo: -Hablaste mucho, pero no me ofendiste. –Después te aventuraste un poco más. - ¿No recuerdas nada en absoluto?

-Querida, tengo algunas imágenes- replicó Rolfe mirándola pensativo-. Pero no estoy seguro de que mis recuerdos correspondan a un sueño o… ¿te traje aquí?

Leonie asintió, y toda la actitud de Rolfe cambió; sonrió, y sus ojos resplandecieron con orgullo masculino.

-Eso me enseñará a evitar el exceso de bebida. –Sonrió-. Esperé una eternidad para que aceptases hacer de nuevo el amor, y cuando al fin llego a ello, apenas puedo recordar la mitad de lo ocurrido.

Leonie sintió que las mejillas le ardían. Comenzaba a creer que él decía esas cosas para provocar su sonrojo, pues la situación tendía a repetirse. ¿Lograría ella acostumbrarse a la ruda franqueza de Rolfe?

-Los regalos, mi señor- le recordó Leonie.

-¿De modo que otra vez usas el “mi señor”?

Leonie bajó los ojos.

Rolfe suspiró.

-Esto también es para ti. – Le entregó las dos cajas. Cuando ella le miró con expresión interrogadora, él dijo, un poco a la defensiva: - No cometas el error de preguntar por qué te regalo estas cosas. Un hombre tiene derecho a gastar su dinero donde le place.

-¿También vienen de los depósitos de Enrique?

Las cajas mismas eran muy bellas. La más larga estaba tallada, y la más pequeña era de plata, adornada con suaves esmaltados. Leonie casi temía ver lo que contenían.

-Las encargué la semana pasada a un orfebre de Londres. Confío en que te gusten.

Rolfe no esperó a ver la reacción de Leonie, y se volvió para salir.

-Oh, sí, te agradezco, mi…

Leonie se contuvo ante de decir la palabra "señor", pero no fue bastante rápida. Rolfe se volvió en la puerta y su expresión era inescrutable.

-Cuando al fin te decidas a pronunciar libremente mi nombre, creeré que me amas. Esperaré a que llegue ese momento.

Cuando él salió, Leonie miró fijamente la puerta cerrada; estaba totalmente confundida. ¿Por qué él deseaba tan intensamente su amor? ¿No tenía el de Amelia? ¿No le era suficiente? Oh, ese género de pensamientos a lo sumo conseguiría irritarla otra vez, de manera que los apartó de su mente.

¡Qué generosidad! La caja larga contenía dos exquisitos cinturones. Uno medía un metro y medio, y estaba formado por discos de oro entrelazados, cada uno con una flor minúscula grabada sobre la superficie redonda y brillante. El otro estaba formado por cadenas de oro de diferente longitud, unidas cada siete y ocho centímetros por un rubí. Había un rubí más grande para cerrar el cinturón. Cuando lo usara, las cadenas caerían hasta los pies.

En la caja de plata había centenares de piedras preciosas que ya estaban engastadas en complicadas bases de oro. Podía coserlas a las prendas que confeccionaría con las magníficas telas. Tenía una fortuna en las manos.

Se sintió asombrada, desconcertada y conmovida. Pero incluso así, descubrió que se preguntaba si se habría mostrado igualmente generoso con Amelia.

## CAPITULO 33

Aunque vestía su mejor prenda de suave seda azul sobre una camisa azul oscura, la seguridad de Leonie en sí misma, era muy escasa cuando se acercó con Rolfe al gran salón de Westminster. Sólo el nuevo cinturón armonizaba con todo el lujo del atuendo cortesano.

Fue llevada a la presencia de la princesa Alice y sus damas; allí la dejaron, pues era demasiado temprano para presentarla al rey. Leonie no conocía a la princesa Alice, que al parecer era la amante de Enrique; pero había conocido a la reina Eleanor durante una de sus visitas a la corte, cuando era niña. Decíase que Eleanor había instigado la rebelión de los hijos de Enrique. Fuese o no cierta la versión, él la había confinado al castillo de Winchester. El hecho de que la reina fuese hasta cierto punto una prisionera, mientras Enrique aparecía acompañado por su amante, recordaba a Leonie su propia situación con Rolfe y Amelia, y por eso mismo se sintió deprimida.

Le decepcionó la imposibilidad de ver a la reina. Era una hermosa mujer, de ojos castaños y piel marfil, y no era extraño que hubiese sido la esposa de dos reyes. Su matrimonio con el rey Luis de Francia había sido disuelto con el argumento de que ambos eran parientes. Pero eran a lo

sumo primos lejanos, y se había promovido la disolución del vínculo con el propósito de que ella pudiera desposarse con Enrique.

Enrique sucedió a Esteban en el trono de Inglaterra, dos años después de desposarse con Eleanor. Ya era duque de Normandía y conde de Anjou, y gracias al matrimonio, Aquitania fue incorporada a sus posesiones, y él se convirtió en el gobernante de todo el territorio occidental de Francia. Enrique era el hombre más poderoso de Europa.

Leonie recordó que Eleanor era una mujer alegre y frívola, de cierto carácter y realmente vanidosa. Pero la madre de Leonie le había asegurado que Eleanor había suavizado su temperamento con el paso de los años. Eleanor tenía doce años más que Enrique y quizá ésa fuera la razón por la cual la había abandonado para unirse a una mujer más joven.

Alice, hija del rey Luis, no era mayor que Leonie. Había sido la prometida de Richard, hijo de Enrique, pero eso no había impedido que Enrique la convirtiese en su amante, cuatro años atrás, un hecho que él ni siquiera había intentado ocultar a los ojos de su reina, desterrada de la corte.

Lo sorprendente del caso era que no podía afirmarse que Alice fuera una mujer bella, ni siquiera atractiva. Sus damas de compañía solían señalar que lo que gustaba a Enrique era el ingenio de la dama. Explicaron confidencialmente a Leonie cuánto admiraba Enrique la gracia que demostraba Alice al caminar y al bailar. Parecía que esas bellas damas estaban disculpándose porque su rey no las prefería a ellas mismas, pero la única razón que correspondía mencionar era que Enrique sin duda amaba a Alice, del mismo modo que ella lo amaba.

Leonie habría podido apreciar a la princesa, si no fuera porque veía en Alice a la otra mujer, y en Enrique al marido infiel. Cuando miraba a Alice recordaba a Amelia. De manera que no estaba de muy buen humor cuando Rolfe llegó para acompañarla a la presencia del rey.

Enrique había cambiado poco durante los seis años que hacía que Leonie no le veía. Todavía era un hombre que intimidaba. El descuido de su atuendo tampoco había variado. Era evidente que no tenía tiempo para los sastres, pues, aunque sus prendas eran caras, no le sentaban bien.

-Presté un flaco servicio a tu marido cuando le dije que habías sido una niña fea. Incluso traté de convencerlo de que no pidiese tu mano. Ahora veo que jamás me lo habría perdonado si me hubiese hecho caso.

Esas fueron las primeras palabras de Enrique, mientras se apartaba de Rolfe con ella.

Leonie no se dejó impresionar.

-Su Majestad, si eso es un cumplido, lo agradezco- se limitó a decir.

Los ojos grises cobraron una expresión más cálida.

-Querida, ¿me tienes antipatía, o realmente eres tan inflexible como dice Rolfe?

Leonie se estremeció. Estaba ante el rey, y no se atrevía a ofenderlo.

-No sé qué os ha dicho de mí- afirmó, tratando de sonreír.

-Muchas cosas, sí, muchas cosas... aunque creo que eran exageradas. No puede ser cierto que intentaras matarlo la noche de la boda.

Leonie palideció. Rolfe jamás había comentado con ella aquel incidente, ¡y sin embargo había hablado del asunto a Enrique!

-Eso… fue un accidente, Su Majestad, provocado por mi nerviosismo y mi temor.

-Lo mismo pensé. – Enrique sonrió-. Y dudo que estés tan molesta como tu marido parece creer con este matrimonio que yo concerté. Quizá te opusiste al comienzo, pero cuando lo conociste hubo un sentimiento de alivio, ¿verdad? – No esperó la respuesta. – Dime, lady Leonie, ¿te sientes satisfecha con sir Rolfe?

-Si os complace pensar eso, Su Majestad.

-Esa no es una respuesta.

-En tal caso, mi respuesta es negativa.

-Bien, veamos un poco…

Leonie sintió el corazón en la boca.

-Su Majestad, me ha preguntado y yo he respondido.

Enrique comenzó a sonreír.

-En efecto, eso has hecho.

Leonie había olvidado que el monarca tenía un temperamento vivaz.

-Querida, esto me llama la atención – continuó diciendo Enrique con expresión reflexiva -. Tu marido es un hombre que resulta muy atractivo a las damas.

-En efecto – convino Leonie.

-¿No te atrae?

-Su Majestad, no he dicho que no me atrajera.

Enrique frunció el ceño.

-También es un hombre meritorio, y ahora posee tierras y riquezas obtenidas en la guerra y en muchísimos torneos. Por eso mismo, ¿podrías decirme qué es exactamente lo que te desagrada de Rolfe d'Ambert?

No había modo de evitar una respuesta.

Leonie miró a su alrededor para tener la certeza de que nadie más oiría la confesión de su vergüenza.

-Es lo que imagino que origina el descontento de muchas esposas- dijo con un leve encogimiento de hombros-. Mi señor Rolfe no es un marido fiel.

-Después de conocerte, me parece difícil creerlo – replicó Enrique.

-¡Ojalá yo tuviese la misma duda! – reconoció Leonie.

Hubo un silencio tenso, y después, el rey dijo:

-Querida, recuerdo bien a tu madre. Era un adorno para mi Corte, y contribuyó mucho a calmar el carácter impulsivo de la reina… por lo cual yo le estaba agradecido. No me agrada saber que su hija se siente desgraciada. Tampoco me complace ver a un hombre, a quien aprecio muchísimo, angustiado por la confusión, e igualmente infeliz. ¿No puedes tener en cuenta sus cualidades y aceptarlo como es?

-Su Majestad, sé que debería hacerlo, y… lo intentaré, si tal es vuestro deseo.

-Eso no parece muy prometedor – la reprendió amablemente Enrique -. Si te parece tan importante, creo que podría ordenar que lady Amelia regrese a la corte.

Leonie sintió que se le encogía el corazón. Ella no había mencionado el nombre de Amelia, y si el rey estaba al tanto del asunto seguramente otras personas de la corte también lo sabían.

-Su Majestad, eso es algo que mi señor Rolfe tiene que decidir por sí mismo.

-Com tú quieras, querida.

Enrique pareció aliviado por la respuesta de Leonie. Después, continuó comentando asuntos de carácter menos personal. Prefería continuar haciendo favores a sus hombres, no a las respectivas damas. Las damas rara vez estaban en condiciones de devolver los favores, y Enrique era un soberano astuto y dotado de mucho sentido político.

Esa tarde, la cacería en los bosques cercanos no fue muy interesante; tres jabalíes fueron abatidos en poco tiempo y sin mayores dificultades. Si el episodio hubiese originado más comentarios, probablemente nadie habría hablado de la posibilidad de organizar un torneo. Pero la Corte estaba aburrida y se sentía inquieta. Enrique había permanecido en Westminster un período más prolongado que de costumbre. Incluso Leonie experimentó cierta excitación cuando se sugirió la idea del torneo. Muchos afirmaron que Enrique jamás permitiría un torneo, y sin embargo ella abrigaba la esperaza de que en este caso hiciera una excepción, apenas supiera que sus señores apoyaban firmemente la idea.

La excitación de Leonie se convirtió en ansiedad esa misma tarde, cuando Rolfe le explicó que Enrique había sorprendido a todos al autorizar el torneo, y que el propio Rolfe participaría. El torneo sería al día siguiente.

-Pero tú no puedes intervenir – declaró Leonie, olvidando los preparativos para acostarse.

-¿No puedo? ¿Por qué? – preguntó Rolfe, frunciendo el ceño.

-La herida – dijo ella -. No ha pasado siquiera una quincena…

Rolfe se echó a reír.

-Tu preocupación me complace, Leonie, pero ya no es necesario seguir esperando.

-Te burlas de mí cuando hablo en serio- dijo Leonie con voz tensa.

-Incluso tú me has dicho que mi herida está curada.

-No he dicho tal cosa, sino que está cerrándose, lo que es muy distinto.

-Confía en mí, sé lo que hago.

-Pensaste que podías hacer este viaje – dijo bruscamente Leonie -, y sin embargo, olvidas qué fatigado estabas después de un solo día a caballo. Mi señor, aún no has recobrado totalmente la fuerza. Poner a prueba tu capacidad mañana, sería una locura.

-Sería locura tener en cuenta la inquietud de una mujer – replicó él con la misma brusquedad -. Los torneos eran mi modo de vida antes de venir a Inglaterra. Y estos caballeros ingleses no son rivales. Sus cualidades se han deteriorado porque Enrique acepta que ellos envíen sustitos, en lugar de obligarlos a cumplir el servicio de cuarenta días.

-Mi señor- dijo Leonie secamente-, tu herida puede reabrirse con un solo golpe.

-Calla antes de que me enfade, Leonie.

Ella debía haber recordado que Rolfe no toleraba el enojo en el dormitorio, pero se le refrescó la memoria cuando la atrajo hacia él y la besó salvajemente.

Es lo que Wilda vio cuando llegó a la puerta. Se volvió rápidamente para obligar a Mildred y a Damián a salir, y cerró la puerta en silencio.

Leonie había olvidado el inminente torneo. Lo que comenzó como una disputa entre ella y Rolfe, terminó en dulce pasión. Pero después, a pesar del influjo de los sentimientos que su marido suscitaba en ella, decidió que detendría la decisión de Rolfe de participar en el torneo.

## CAPITULO 34

-Esto no está bien, mi señora – dijo Wilda mientras entregaba de mala gana a Leonie la copa de vino-. Su cólera será mucho mayor que todo lo que hemos visto hasta el momento.

-Qué me importa eso, si así resulta ileso – preguntó Leonie.

-¡Pero mi senora, hacer esto!

-¡Calla, Wilda! – exclamó Leonie -. Regresará de un momento a otro y te oirá.

-Mejor eso, que lo que sucederá después de cometido el hecho – murmuró Wilda.

Pero Leonie ya no la escuchaba. Abrió su canasto de medicinas y halló las hierbas que necesitaba. Apenas las mezcló con el vino, Rolfe regresó de la misa. La miró sombríamente, pues sabía lo que ella pensaba del torneo.

-Mi señor, ¿ahora te prepararás? – preguntó Leonie.

-¿Quieres ayudarme? – preguntó a su vez Rolfe escéptico.

-Si así lo deseas.

Rolfe movió la cabeza.

-Leonie, juro que jamás te entenderé. Damián me ayudará. De ti lo único que pido es que tengas más fe en mí.

-Mi señor, tu capacidad y habilidad nunca las he puesto en duda; sólo me preocupa tu estado de salud. Por favor, bebe esto y ya no me inquietaré.

Rolfe dirigió una mirada cautelosa a la copa de vino.

-Leonie, no necesito beber nada especial.

-Son sólo unas pocas hierbas que te darán fuerzas. Por favor – rogó ella-. Esto es lo menos que puedo hacer para tranquilizarme. ¿Qué daño pueden causarte unas pocas hierbas?

Él aceptó la copa y bebió el vino.

-Ahora, ¿se terminarán tus preocupaciones?

-Sí- replicó Leonie con gesto sumiso, y entregó la copa a Wilda, cuyos ojos se elevaron al cielo al ver la actitud de su ama.

En pocos instantes más el somnífero comenzó a producir su efecto. Damián se alarmó cuando Rolfe comenzó a balancearse sobre sus pies. Rolfe, confundido por ese súbito cansancio, permitió que Leonie y Damián le llevasen a la cama. Aliviada, Leonie pensó que ahí terminaría el asunto.

Pero Rolfe le aferró la muñeca antes de que ella pudiese alejarse del lecho.

-Leonie... ¿qué... qué me has hecho?

Aún con los ojos entornados, consiguió mirarla fijamente. Lo sabía, era inútil negarlo.

Ella se limitó a contestar: - Mi señor, he atendido a tu seguridad, ya que tú no lo haces.

-Juro… demasiado lejos… esta vez.

Su mano se aflojó y Rolfe cerró los ojos. Había mascullado las palabras, pero ella entendió. Había ido demasiado lejos.

-Mi señora, ¿qué has hecho? – Damián la miraba incrédulo -. ¡Te matará!

Leonie palideció. Damián comprendía lo que ella había hecho, pero no la razón de su actitud. Rolfe sabría por qué había actuado así, pero no le importaría. No le preocuparía que ella no pudiera soportar la idea de una nueva herida. Creía realmente que no podía sufrir el más mínimo daño, y no reconocía no haber recuperado del todo las fuerzas, y que por lo tanto se justificaba la acción de Leonie.

Era demasiado tarde para lamentar la decisión impulsiva de Leonie. Damián estaba en lo cierto, Rolfe la mataría. Rolfe era soldado. Lo que ella había hecho no merecía perdón.

-Debo hablar con sir Piers – dijo Leonie y caminó hacia la puerta.

-¡No le digas lo que has hecho! – le advirtió Damián-. Descargará su espada sobre ti.

-En tal caso, hablaré con el rey.

Sir Piers intentó evitar que Leonie saliera del castillo sin esperar a Rolfe, pero al final la acompañó a Westminster Hall cuando comprendió que ella iría sola si él no la escoltaba. Leonie no le dijo una palabra de lo que había sucedido, pues no dudaba de que Damián no había exagerado.

En todo caso, lo único que pudo hacer esa mañana fue atraer la atención de Enrique sin despertar la curiosidad de los señores que lo rodeaban. Él aún estaba comiendo en el salón cuando Leonie entró con Piers. Como su costumbre era comer de pie paseándose de un extremo a otro de la habitación, mientras conversaba con sus cortesanos, no llamó la atención cuando se acercó a Leonie. -¿Tu esposo ha ido directamente al ruedo? – preguntó.

Enrique estaba de muy buen humor, y Leonie rogó que se mostrase dispuesto a ayudarla.

-No irá, mi señor.

Enrique frunció el ceño.

-¿Por qué no?

Ella explicó la situación, y concluyó: -No vi otro modo de protegerlo.

-¡Protegerlo! ¡Yo diría que necesitan que lo protejan de ti!

-Su Majestad, hice lo que me pareció más apropiado- replicó ella, muy deprimida-. No lamento haberle salvado de una posible herida. Sólo siento que fuera necesario proceder así.

Enrique movió la cabeza, asombrado.

-Lady Leonie, no conoces a tu marido. No le has hecho un favor. Mi hijo Richard es aficionado a los torneos, y me dijo que ha visto a Rolfe d'Ambert recibir una herida tras otra y continuar combatiendo hasta imponerse y ganar una fortuna en rodeos. Pocos lo igualan en el campo. Puede estar cerca de la muerte y continuar luchando. Es su estilo… el estilo del lobo. Mira, no le aplicaron ese mote sólo a causa de su piel oscura.

-Yo… Su Majestad, no sabía eso.

-Querida, no te lo agradecerá- dijo el rey, suspirando.

-Lo sé- replicó Leonie.

-Espero que no hayas venido aquí en busca de mi protección – preguntó astutamente el monarca.

-No, pero necesito una escolta para regresar a mi casa. Su Majestad, temo que los hombres de Rolfe no acepten acompañarme sin hablar antes con él.

-¿Quieres escapar de su cólera?

-No... no escapar precisamente. Sólo dar tiempo a su temperamento, de modo que se calme antes de afrontarlo.

Enrique sonrió.

-No será tan grave, salvo que él necesite salir a buscarte para escuchar tu explicación. No, no te ayudaré a huir de tu marido, pero te ofreceré una escolta para regresar con él.- Con un movimiento de la muñeca, Enrique convocó a tres hombres y les impartió órdenes. Y agregó, dirigiéndose a Leonie: - Sugiero que le digas la verdad. Quizá esta vez perdone tu locura.

-¿La verdad? Él ya sabe por qué no deseaba que hoy interviniese en el torneo.

-Ah, pero estoy hablando de la razón que está detrás de la razón, querida joven. Di a tu hombre que lo amas. Te sorprenderá el efecto de ese mero reconocimiento.

Y así el monarca despidió a Leonie.

La muchacha aprovechó la oportunidad de retirarse deprisa, antes de que sir Piers prestase atención y formulase más preguntas. ¿Confesar un amor que ella no sentía? No, no había tal cosa. Confesar un amor que ella... no deseaba pensar en eso precisamente entonces.

Cuando regresó al palacio donde se alojaba, encontró a Richard en los establos. Su impaciencia por partir era evidente, y fue fácil convencerlo de que Rolfe se retrasaría todavía un rato, y de que él debería adelantarse para reunirse con sir Piers en el campo del torneo. Salió inmediatamente, llevándose solamente a dos de los soldados. De ese modo quedaron con Leonie los ocho restantes, uno de los cuales era el maestro de armas, Guy de Brent.

Leonie nunca había tenido motivo para hablarle antes. Pero entonces lo hizo utilizando un tono que no admitía réplica. No era un hombre semejante a Piers o a Richard, que hubieran considerado una obligación cuestionar la actitud de Leonie. Guy se limitaba a hacer lo que le mandaban, de modo que ordenó que dispusieran uno de los carros con equipajes. Designó a varios hombres con el fin de que ayudasen a Leonie a retirar sus baúles.

Fue más difícil convencer a Damián. Leonie no deseaba que permaneciera allí para decir a Rolfe que su esposa se había marchado, y tampoco podía maniatar y amordazar a Damián y llevárselo consigo. Esperó hasta que los hombres retiraron los baúles y las criadas se alejaron antes de decir la mentira que retrasaría la búsqueda de Rolfe.

-El rey me pidió que me trasladase a Westminster Hall hasta que mi marido esté de un humor razonable y escuche mi explicación acerca de lo sucedido.

-Una actitud sensata, mi señora- replicó solemnemente Damián-. Por lo tanto, ¿tienes la protección real?

-Sí. Quédate con mi señor hasta que despierte.

Miró de nuevo a Rolfe, consciente de que la próxima vez que lo viese, la cara de su marido no exhibiría la misma expresión pacífica que mostraba dormido. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Estaba empeorando las cosas al alejarse? Leonie sólo podía rezar, pidiendo que el tiempo lo calmase.

## CAPITULO 35

Leonie ordenó a su escolta que saliera del camino principal y se internase en el bosque cuando ya estaba bien avanzada la tarde, pese a las sombrías advertencias de Guy, que juró que no era seguro viajar si uno se apartaba del camino principal. Pero Leonie no estaba preocupada por los asaltantes ni los animales salvajes. Rolfe iría directamente a Crewel, suponiendo que ése era el destino de su esposa; en cambio, la ruta que ella seguía la llevaría a dar un rodeo, para acercarse finalmente a Pershwick, por el Este. No agravaría sus errores levantando a Pershwick contra su marido, pero abrigaba la esperanza de que él lo pensaría dos veces antes de castigarla físicamente en Pershwick.

Esa noche acamparon en los densos bosques. Leonie no podía quejarse, pues ella misma había provocado la situación. En cambio, Wilda se quejaba constantemente.

Rolfe jamás la perdonaría. Leonie se durmió esa noche sin poder apartar de su mente ese pensamiento. Un rato después, cuando una mano aplicada con fuerza contra su boca la despertó, al principio pensó que Rolfe la había descubierto mucho antes de lo que ella preveía.

Se sintió alzada y arrastrada por un brazo que, apoyado sobre su pecho, la sostenía firmemente contra un cuerpo de duros músculos. La sacaron furtivamente del campamento, y, a la luz del pequeño fuego, ella vio que el resto de la gente continuaba durmiendo, y que el guardia apostado cerca, no estaba en el lugar que debía ocupar.

Pero Rolfe no la habría tratado de ese modo. Habría llegado exhibiendo su cólera más encendida, y despertado a todos con su estruendosa voz. Y si no se trataba de Rolfe...

Leonie comenzó a debatirse, pero era demasiado tarde. El gruñido del hombre que estaba detrás no fue tan intenso como para que se le oyera en el campamento. El intento de Leonie de gritar y de morder la mano de su secuestrador, sólo consiguió que él la apretase con más fuerza.

-Cálmate, mujer, o tendré que darte un golpe.

La voz ronca se expresaba en francés, pero no era el francés fluido de la nobleza. Apenas percibió esto, advirtió también que el hombre no estaba solo.

-¿La llevamos al señor?

-¿Para qué esperé aquí y me apoderé de ella, si no es por eso? – contestó irritado el hombre.

-Podríamos conservarla para nosotros.

-Con eso no llenaremos de oro los bolsillos – fue la rápida respuesta.

-Pero ésta es bonita, Derek.

Un rostro desagradable apareció frente a Leonie.

-¿Qué importa eso, si necesitamos el rescate?

-Podemos tener las dos cosas. – Era otra voz -. Derek, tu señor se divertirá con ella, de modo que bien podemos hacer lo mismo. Nos arriesgamos a secuestrarla. Quiero tenerla antes de que se la entreguemos.

-Acepta, Derek, o no saldremos de aquí – amenazó el segundo hombre.

Había tensión en la atmósfera. Los dos hombres esperaron la decisión de Derek. Y de pronto rompió el silencio la aparición de otro hombre, que llegó corriendo entre los arbustos.

-Osgar- murmuró excitado el hombre que acababa de llegar. ¡El guardia ha muerto sin hacer un solo ruido! ¡Ha sido un buen trabajo!

-Haz callar a tu estúpido hermano, Osgar – dijo irritado Derek -. Juro que no sé por qué lo soporto.

-Porque mata a otros cuando se lo ordenas – dijo tranquilamente Osgar -. Bien... ¿qué me dices de la dama? ¿La obligaremos a que ante todo nos complazca?

-Sí, pero no aquí – convino Derek -. Y hay que hacerlo deprisa. Hay mucho trecho hasta el castillo, los hombres que la acompañan tiene caballos, y nosotros no.

-Debimos matarlos a todos – masculló alguien.

-Estúpido, eran muchos. Ahora, démonos prisa si vamos a detenernos antes de llegar al castillo.

Leonie fue obligada casi a correr. Al principio se sintió entumecida. Eso no podía ser real. Pero el entumecimiento comenzó a disiparse cuando Osgar y sus compañeros volvieron a hablar, mientras se desplazaban rápidamente a través del bosque.

-Osgar, ¿la torturarán como a los otros?

-Hablas demasiado – gruñó Osgar dirigiéndose a su hermano.

-¿Lo harán?

-Si no reconoce quién es y no acepta el rescate, sí, la torturarán.

-A Derek le gusta mirar ¿verdad?

-¡Idiota! Derek tortura. A su señor le agrada mirar.

Derek se echó a reír cuando escuchó este diálogo.

-Osgar, ¿le dijiste cuántas veces bajaste a la mazmorra para observar tú también?

Se hizo el silencio, y entonces el hermano de Osgar preguntó: - Osgar, ¿la tendrán mucho tiempo en la mazmorra?

-Preguntas demasiado.

-Ese comerciante fue ejecutado incluso después que trajeron el rescate. El comerciante y su criado... mataron a los dos.

-Haz callar a tu hermano, Osgar, antes de que lo haga yo – dijo irritado Derek.

Leonie había oído hablar de episodios de este género, pero no después de los tiempos del rey Esteban, durante los cuales había prevalecido la anarquía. En tiempos del rey Esteban, incluso el señor menos importante y más empobrecido podía recaudar riquezas, y muchos lo hacían, y extorsionaban a los siervos y los hombres libres, e incluso saqueaban las iglesias. Era un delito habitual secuestrar a los que eran sospechosos de tener aunque sólo fuese un poco de riqueza. Se encarcelaba y torturaba a las víctimas hasta que se declaraban dispuestas a entregar todo lo que tenían. Nadie se sentía seguro en esos tiempos, pues no podía apelar a un

monarca que estaba siempre ocupado en luchar para conservar su corona. La verdadera amplitud de la delincuencia fue advertida después, cuando todos los castillos no autorizados (más de un millar) fueron desmantelados por orden de Enrique.

El temor de Leonie se convirtió en un sentimiento abrumador cuando consideró todo lo que le sucedería desde el momento en que se apoderase de ella el señor de Derek. Pero incluso así, estos temores pasaron a segundo plano cuando los cuatro hombres se detuvieron, y ella recordó lo que planeaban.

La bilis le subió a la garganta cuando Derek dijo hoscamente: -Necesito una mordaza.

-Ajá, de modo que también la deseas. Y antes te oponías.

-¡Una mordaza! ¡De prisa! – ordenó Derek -. Les advierto que disponemos de muy poco tiempo. Es necesario encerrarla antes de que sus hombres vengan a buscarla.

-No tenemos mordazas – masculló Osgar.

-Tu camisa servirá. Dámela.

Durante el instante en que Derek retiró la mano de manera que uno de ellos pudiese amordazarla, Leonie dejó escapar un grito agudo. Lo silenciaron enseguida, y la camisa maloliente cayó sobre su boca. La ataron sobre la nuca, con tanta fuerza que ella temió que le rasgasen las comisuras de los labios.

Una vez asegurada la mordaza, Derek sacudió con fuerza a Leonie. El dolor le atravesó los brazos cuando él la agarró.

-¡Basta, Derek! ¡Le romperás el cuello! – advirtió alguien.

-¿Creen que la habrán oído en el castillo? – preguntó Osgar.

-No les importa lo que suceda en el bosque – dijo Derek.

-Entonces, ¿por qué estás tan enojado?

-Estamos muy lejos de sus hombres, pero no será el caso si uno despierta y viene a buscarla.

-Debimos matarlos a todos – dijo disgustado Osgar-, no había caballeros con ellos.

-Y nosotros tenemos una sola espada, la mía – recordó con desprecio Derek.

-¡Silencio! ¡Oigo algo!

También Leonie lo oyó, un ruido cada vez más intenso, el sonido inequívoco de los cascos de los caballos atravesando el bosque. La esperanza renació en ella.

-Jovencita, por ahora estás salvada – dijo irritado Derek -. Pero después pagarás por esto. – Ordenó a los hombres: - No podemos perder tiempo aquí, de prisa, pero por Dios, no hagáis ruido.

-No, Derek – se oyó un murmullo alarmado -. Todavía tenemos que atravesar el prado. Nos verán.

-No nos verán si esperamos junto al prado hasta que todo vuelva a tranquilizarse. Se dispersarán para buscarla. Si uno se acerca, podemos matarlo.

Empujaron nuevamente a Leonie, obligándola a caminar. Esta vez le sujetaron los brazos por encima de los codos, de modo que no pudiera usar las manos para quitarse la mordaza. Los tres hombres restantes se

adelantaron, pero la resistencia que ella opuso a Derek le obligó a retrasar el paso. Trató de desprenderse del apretón, de golpearle los pies, de obligarle a perder el equilibrio. Pero él era mucho más fuerte, y nada de todo eso sirvió. Finalmente, Derek emitió un gruñido, y la puso bajo el brazo para llevarla como un saco de trigo.

Ella comenzó a desesperarse otra vez. El sonido de los cascos se alejó. Habría dado la vida por la posibilidad de gritar.

Derek se detuvo cerca de un amplio claro que interrumpía el bosque y era excepcionalmente luminoso, comparado con los pasajes circundantes. Los tres hombres restantes estaban agazapados cerca del borde, esperando que ella y Derek se aproximasen, alertas, con los nervios tensos.

-¿Qué veis? – preguntó Derek mientras examinaba el claro.

-No hay movimientos, pero me pareció oír otro ruido cuando veníamos hacia aquí.

-¿Quién más lo oyó? – No hubo respuesta, y Derek gruñó. – Es como pensé. No llegarán tan lejos en la búsqueda. Será suficiente cruzar el prado, y estaremos a salvo.

-Yo no me sentiré seguro hasta que nos libremos de ella. Derek, no ha sido una idea muy buena. Nuestras presas habituales no tienen tanta escolta.

Echaron a andar, manteniéndose unidos. Pero apenas habían llegado al centro del prado, cuando un caballo con su jinete apareció avanzando lentamente entre los árboles, y les cortó el paso.

-Derek, dime que es tu señor. – La voz que habló estaba cargada de temor.

-Ciertamente, no lo es. Mi señor no es un hombre tan alto. Pero no se dejen dominar por el pánico advirtió Derek-. Este es un caballero con armadura completa. No estaba con ella.

-¿Por qué está allí, mirándonos fijamente? – preguntó, inquieto, Osgar -. ¿Por qué no se mueve?

-Mirad, ya viene – advirtió Derek. Depositó en el suelo a Leonie y la empujó hacia sus compañeros. – Vigiladla. Quizá tenga que pelear con él.

-¿Tú?

-Con la ayuda que vosotros me prestéis, estúpido – dijo Derek en el momento mismo en que el gran corcel ya estaba casi sobre ellos -. ¿En qué podemos servirte, mi señor?

-Muéstrenme lo que llevan allí.

-Es la esposa de mi señor, que se había fugado. A menudo nos envía a buscarla y traerla de regreso. Tiene una enfermedad mental.

-Qué extraño. Se parece mucho a mi esposa. Por supuesto, si creyera que la señora de Kempston ha sido maltratada no me agradaría.

Derek enmudeció.

El caballero corpulento montado en el corcel miró al hombre que tenía enfrente, esperando que hablase.

-Creo que estamos frente al nuevo señor de Kempston- murmuró Derek.

-Pero el Lobo Negro ahora está en Kempston. Quieres decir que...

-Sí. Creo... creo que tenemos aquí a su esposa.

-¡Por Dios, mírale los ojos! ¡Le conoce!

El hermano de Osgar echó a correr antes de oír estas palabras. El enorme corcel le cortó el paso en pocos segundos, y el centelleo de una espada cayó sobre el hombre. El escalofriante grito de guerra que siguió provocó la huida de los tres restantes, todos en direcciones diferentes. Pero en pocos instantes el caballo de guerra los alcanzó a dos, y la pesada espada se abatió sobre ellos.

Osgar retornó desandando el camino que el grupo había seguido para acercarse al claro, y habría conseguido ponerse al abrigo de los árboles ante de que el corcel le alcanzara; pero otro caballero se acercó a él saliendo de los bosques y le mató con una lanza.

Leonie no podía moverse. Los cadáveres de los cuatro secuestradores estaban dispersos a su alrededor, pero la joven no se sentía aliviada. Estaba a salvo... y al mismo tiempo no lo estaba. Le esperaba una nueva prueba.

-Termina aquí, Piers, y después envía a los hombres de regreso al campamento.- Entretanto, más hombres llegaron al claro -. Si uno de estos hombres aún vive, quiero saber adónde la llevaban.

-¿Y tú...? – exclamó Piers.

-Iré enseguida... con mi esposa.

Leonie se había quitado la mordaza, pero estaba helada de terror y no podía hablar.

Rolfe desmontó y se detuvo frente a ella. Tenía el rostro oculto por el yelmo, y ella no podía adivinar lo que su esposo pensaba. Guardó silencio, esperando.

Finalmente, Rolfe preguntó: -¿Te han hecho daño?

¡Qué tono tan formal!

-Pensaban... hacerlo. Pero el sonido de los caballos les asustó. – Después lo miró a los ojos, con los suyos implorantes.- Mi señor, deseo hablar contigo...

-Hablaremos, mi señora. No lo dudes.

Leonie lanzó una exclamación cuando él le agarró el brazo y la acercó a su caballo. Rolfe montó el corcel, y alzó a Leonie. Cabalgaron hacia el bosque... pero no hacia el campamento, sino alejándose.

Leonie se sentía angustiada por el sufrimiento. No quería que Rolfe la lastimase. Pero él se preparaba para golpearla; si no era así, ¿por qué se alejaba de los demás?

Parecía que eso no acabaría nunca, y ella quería terminar de una vez. Rolfe le daba tiempo para que el miedo la dominase. Cuanto más se alejaban del campamento, peor era el castigo que ella imaginaba.

Llegaron a otro claro, en cuyo centro se levantaban las ruinas de una vieja torre. Rolfe se acercó al lugar, y se detuvo frente a las piedras dispersas; allí ayudó a Leonie a desmontar. El sitio era ominoso, sombrío a la luz de la luna, pero no tan ominoso como el gesto de Rolfe al desmontar. Se quitó el yelmo y los guantes con movimientos lentos. Se acercó a ella y se detuvo a pocos centímetros de distancia, con una expresión dura en el rostro.

-¿Quién te dijo que yo te era infiel?

Ella le miró, incrédula. Estaba encolerizado. También los rasgos de su cara se habían endurecido a causa de la irritación, y los labios formaban una línea recta y dura. Pero, ¿por qué formulaba una pregunta así?

-Yo... no entiendo.

-¿Qué le has dicho a Enrique?

-Yo... – Lanzó una exclamación al recordar el diálogo mantenido con el rey en la víspera. Su cólera comenzó a despertarse. - ¡No tenía derecho a repetir mis palabras!

-Los derechos del rey no están en discusión. ¿Quién te dijo que yo te era infiel? – preguntó de nuevo Rolfe.

-No fue necesario que nadie me lo dijese – replicó Leonie -. ¿Crees que no puedo verlo con mis propios ojos? Lady Amelia no está a tu cargo. Nunca lo ha estado.

-Ella no significa nada para mí. – se apresuró a decir Rolfe.

-¿Y esto lo arregla todo? – exclamó Leonie -. Un hombre se acuesta con la criada en la casa de su vecina, y ella no significa nada para él; pero no afirmarás que ese hombre es fiel a su esposa. Sucede sencillamente que se muestra más discreto que un hombre que mantiene a una amante bajo su propio techo... donde todos pueden verla.

Leonie estaba al borde de las lágrimas.

-Maldito sea, Leonie ¡No he tocado a otra mujer desde el día en que nos casamos!

Esa respuesta a lo sumo avivó la cólera de Leonie.

-¡A mí me tocaste! ¿Olvidaste que me habrías llevado a la cama en Pershwick sin saber quién era?

-¡De modo que es eso! – La miró fijamente, explorándola con los ojos -. Todavía no me has perdonado eso.

-Lo menciono para demostrar la falsedad de tus palabras. Has tocado a otras mujeres. Lo demuestra el hecho de que lady Amelia aún compartía tu habitación cuando me llevaron de regreso a Crewel.

Rolfe se acercó a ella con un gruñido ronco, pero Leonie se mantuvo firme; incluso cuando los dedos de Rolfe se le hundieron en los brazos y él la levantó en el aire para mirarla cara a cara, Leonie no se intimidó.

-Señora, dime por qué te importa – la voz de Rolfe sonaba peligrosamente calmada -. ¿No dijiste que no te importaba con cuántas mujeres me acostara?

-Si lo hacías discretamente.

-No sabía que hubiese condiciones – dijo él con expresión sardónica -. Entonces, de veras no te importa.

A Leonie se le formó un nudo en la garganta.

-No me importa.

Él la depositó en el suelo y se volvió. Leonie se mordió los labios, y se despreció a sí misma.

-¿Por qué deseas que me importe? – preguntó con voz repentinamente más suave.

-A una esposa tiene que importarle – dijo Rolfe.

-Una esposa no ha de ser insultada con la presencia de la amante de su marido.

Rolfe se volvió, con el cuerpo tenso de cólera.

-Nunca tuve la intención de insultarte. Te he dicho que ya no es mi amante.

-Mi señor, si quieres que crea eso, ordénale que salga de la casa.

-Leonie, no me pidas eso.

Ella se tragó el orgullo.

-Estoy pidiéndolo. Si ella no significa nada para ti, no tienes motivo para retenerla.

-Ella no... desea marcharse – dijo Rolfe con voz tensa.

Lo mismo hubiera significado golpearla.

-¿De modo que pones sus deseos por encima de los míos? – Esperó a que él hablase, a que prometiera despedir a Amelia. Esperó, y como él no dijo nada, Leonie agregó: - En ese caso, lo único que recibirás de mí, Rolfe d'Ambert, es el desprecio.

-Señora, tendré más que eso. – La obligó a acercarse, y su boca descendió fuerte y dura sobre ella, y el beso la dejó débil y conmovida. Ella no podía permitir que Rolfe la abrumase de nuevo, que provocase de nuevo esos sentimientos imposibles.

-Te odio – murmuró Leonie, y las palabras no parecieron muy convincentes, ni siquiera a sus propios oídos.

-En ese caso, te amaré a pesar del odio.

Él la besó de nuevo, y la llama traicionera se avivó en Leonie, y la llevó hacia él pese a todo. Se debatió con todas sus fuerzas, luchando no contra él, sino contra su propio deseo.

## CAPITULO 36

Rolfe se inclinó y alzó la cabeza de Leonie para besarla suavemente; sus ojos cálidos la miraron. Después, se apartó de ella un momento; Leonie permaneció acostada sobre la capa de Rolfe y emitió un suspiro satisfecho. Habían pasado la noche entre las piedras desprendidas de la torre y lo que restaba de un muro. Ella había dormido contenta y segura en brazos de Rolfe; sus sentimientos de cólera y ofensa se habían disipado gracias al deseo que él le había demostrado.

Ese era el aspecto que ella no podía ignorar. Al margen de todas las dificultades que se interponían entre ellos, Rolfe la deseaba. Su cólera ni siquiera podía acallar ese deseo. Y saberlo era un agradable bálsamo para el dolor de Leonie.

La noche anterior, durante un momento, él la había llevado a creer que la amaba. Se regodeó en ese sentimiento y en las restantes sensaciones que Rolfe encendía en ella. Se sonrojó al recordar la impaciencia de su esposo. Él la había desnudado, y luego ella hizo otro tanto con él. Ambos habían hecho el amor lentamente, saboreando todos los momentos y cada caricia, todas muy tiernas. Leonie jamás hubiera podido imaginar que un día tan terrible terminaría así.

-Querida, tus sonrojos revelan lo que piensas.

Leonie enrojeció todavía más, y Rolfe rió satisfecho. La ayudó a incorporarse y le palmeó el trasero de un modo escandalosamente posesivo.

-Ve y haz lo que tengas que hacer – le dijo Rolfe con una sonrisa -. Ya nos hemos retrasado aquí más de lo previsto.

Ella se alejó deprisa, todavía sonrojada. Cuando regresó, Rolfe estaba preparando su caballo. Estaba de espaldas a Leonie, de modo que no la oyó acercarse. Leonie se detuvo, vacilante. De nuevo se sentía ansiosa. Le

parecía imposible que Rolfe no hubiera siquiera mencionado el asunto de la bebida con la droga somnífera. Y la joven detestaba pensar en la posibilidad de que él se enfadase nuevamente.

Dio los pocos pasos que la acercaron a la espalda de Rolfe. Tampoco entonces él se volvió, y Leonie unió sus propias manos, en un gesto de incertidumbre.

-¿Cómo me has encontrado tan pronto?

Trató desesperadamente de adoptar un tono despreocupado.

-Las preguntas aportaron sus resultados. Os vieron salir del camino principal. La dirección que seguíais era evidente, por lo tanto no fue difícil encontrar el campamento, incluso después de oscurecer. Pero no esperaba descubrir que te habían secuestrado.

Él se volvió lentamente y la miró.

-Yo... me siento muy agradecida, mi señor, de que me hayas encontrado a tiempo.

-¿Sabes a dónde te llevaban?

-A un castillo cercano. A un noble que practica la extorsión utilizando la tortura- Se estremeció -. Estoy segura de que me salvaste la vida.

-Leonie, no te habrían asesinado. Te habrían torturado, pero eres demasiado valiosa para matarte.

-No les importaba quién era, no conocer mi valor. De eso estoy segura.

-Habrían conocido tu valor apenas les dijeses tu nombre.

Rolfe dijo esto con expresión indiferente. El nombre de Leonie no era muy conocido. Y entonces ella recordó las reacciones de los hombres cuando comprendieron quién era Rolfe. Incluso un individuo tan temerario como Derek había perdido el valor cuando comprendió que se había apoderado de la esposa del Lobo Negro.

Leonie dijo con aire pensativo: - Ahora entiendo que todos estos años he vivido muy aislada en Pershwick. No tenía idea de que podían suceder cosas como ésta.

Rolfe emitió un gruñido.

-¿Cómo podías ignorarlo? Tu vecino era uno de los peores de esa clase.

-¿Vecino? ¿A quién te refieres?

-¿A quién podría ser? – la increpó Rolfe, disgustado -. A Montigny y su hijo. Y no dudo de que sus vasallos también estaban complicados. Ayudaría a explicar por qué se negaron a aceptarme. Sin duda, pensaron que yo había ido allí para impartir verdadera justicia.

Leonie miró a Rolfe con hostilidad.

-¡No lo creo! Conozco desde siempre a los Montigny. Sir Edmond era un buen vecino, y Alain...

-No menciones el nombre de ese muchacho – la interrumpió bruscamente Rolfe -. Y lo creas o no, los Montigny eran culpables de muchos delitos. Procedían con cautela. Sus víctimas no sabían adónde las llevaban, o quiénes cobraban los rescates. Y por supuesto, los que morían no podían contar nada. Pero Enrique había recibido durante mucho tiempo quejas del territorio circundante. Sólo hace poco empezó a atar cabos.

-Es injusto de tu parte calumniar a un hombre que está muerto y no puede defenderse.

-¿Cómo crees que murió? Al fin se formó un grupo bastante numeroso de hombres honestos que conocían sus actividades, y que se mostraron dispuestos a declarar contra él. Murió al resistirse al arresto. Su hijo huyó antes de que fuera posible juzgarlo.

-Pero nada de todo esto tiene sentido. Sir Edmond controlaba todo el territorio de Kempston. ¿Qué necesidad tenía de buscar provechos ilegales?

Rolfe se encogió de hombros.

-Tenía un número mucho más elevado de dominios en tiempos de Esteban, y tuvo que desmantelar esos fuertes. Imagino que apeló a medios ilegales para amasar nuevamente la riqueza a la cual estaba acostumbrado. Ese hombre siempre vivió de un modo extravagante.

Leonie recordó entonces que había oído hablar de las extravagancias peculiares de sir Edmond.

Recordó también algunas alusiones imprecisas de cosas que le habían desagradado, y de las cuales no deseaba conocer detalles. Quizá esos rumores habían sido el reflejo de la verdad. Le parecía difícil creerlo, sobre todo en el caso de Alain. Quizá el padre de Alain había sido un hombre corrupto, pero ¿el tímido y débil Alain? ¡No!

De todos modos, no era el momento oportuno para iniciar una discusión.

-Mi señor, ¿nos ponemos en marcha? – sugirió.

-Imagino que Guy ha soportado bastante la expectativa acerca de su castigo. Sí, vamos.

Rolfe montó, y después subió sobre su caballo a Leonie, y la sostuvo con fuerza cuando el corcel echó a andar.

-¿Qué castigo? ¿Qué hizo el maestro de armas? – preguntó Leonie.

-Te puso en peligro.

El corcel entró en el bosque.

-Pero – exclamó Leonie -, ¡se limitó a acatar mis órdenes!

-Ese no es el asunto. Tú estabas a su cargo. Sabía muy bien que no debía apartarse del camino principal. Tuvo suerte de que no lo matara anoche mismo. Cuando lleguemos a Crewel recibirá veinte latigazos y se sentirá agradecido de que sólo sea eso. Sabe que procedió mal.

Ella se horrorizó.

-Mi señor, deseo que no lo castigues. Nadie debe sufrir por mi culpa.

Leonie gritaba para imponerse al ruido de los cascos del caballo.

-Leonie, puedes aceptar tu culpa, y es justo que lo hagas, pero no interferirás en mi decisión. El hombre será castigado por su descuido, y nada podrá impedirlo.

-Mi señor, ¿cuál será mi castigo? – preguntó ella.

-Abrigo la esperanza de que anoche aprendieras una lección importante.

-¿También yo recibiré latigazos? – preguntó Leonie -. Fui tan descuidada como el maestro de armas.

-No me tientes, Leonie. Has sido más descuidada – dijo Rolfe con voz dura -. Por tu culpa casi me lié a golpes con el rey.

Leonie gimió.

-No, no es posible – se lamentó.

-Sí, lo llamé mentiroso cuando insistió en que no te ocultabas bajo su protección.

-¡Santa María! – Leonie palideció -. Le dije a Damián que iba al palacio del rey sólo para retrasar tu rastreo, no pensé que rechazarías la palabra de Enrique cuando te dijera que yo no estaba allí.

-Sir Piers juró que no te había visto salir de Westminster Hall. Si él no hubiese advertido que faltaba la mitad de los hombres o no me lo dice, yo habría destrozado el salón de Enrique en mi esfuerzo por hallarte.

-Tú... no es cierto que llamaste mentiroso a Enrique, ¿verdad?

-Sí.

-Por Dios, ¡jamás te perdonará! ¿Qué he hecho?

-Ya me ha perdonado – dijo Rolfe atenuando la severidad de su rostro -. No es un hombre insensible. Aceptó que mi conducta era comprensible. Incluso me relató tu conversación con él para ayudarme a comprender tu conducta. Yo estaba furioso, pues me irritó que revelases a Enrique por qué no me aceptas, y a mí no me dijeses una palabra.

Reinó el silencio, y después Rolfe dijo: -Y ahora compruebo que lo que dijiste a Enrique tampoco es verdad.

-Era la verdad.

-¿Sí? Anoche juraste que no te importaba.

Leonie abrió la boca, y después decidió callar. Ya habían pasado por eso sin llegar a ningún resultado. Él había aclarado su posición. No estaba dispuesto a renunciar a Amelia. Ella no volvería a pedírselo.

Rolfe suspiró.

-Leonie, no vuelvas a darme brebajes. Y tampoco vuelvas a huir de mí.

-No, mi señor.

Él no dijo nada más.

## CAPITULO 37

En las tierras de Crewel la cosecha había comenzado. Pero Crewel no tenía un mayoral que supervisara la labor de los aldeanos, y aunque Leonie podía ocuparse de esa tarea, recordó la animosidad de los aldeanos hacia ella, y decidió que era mejor no intentarlo. De todos modos, designó a un mayoral suplente, el jefe de la aldea. Era una decisión inusual pero lógica, pues los vasallos se mostrarían dispuestos a escucharle.

Había adoptado la decisión ella misma, porque Rolfe no estaba en la casa. Después del regreso de Londres se había marchado durante dos semanas completas.

Su ausencia fue sólo una de las dificultades a que Leonie se enfrentó desde la noche en que Guy de Brent recibió sus veinte latigazos. Rolfe partió directamente después del castigo para unirse al sitio de Warling, y desde ese momento no había vuelto. Warling estaba a unos veinticinco kilómetros al norte de Crewel. Es decir, una distancia considerable. Leonie comprendía que él no podía regresar a casa, pero lo echaba de menos. A veces se sorprendía atenta al ruido de los caballos que se aproximaban, incluso había contemplado la posibilidad de dirigirse a Warling, pero sabía que Rolfe no aprobaría esa actitud.

Que echase de menos a Rolfe no era lo único que le hacía sentirse infeliz. También estaba la presencia constante de lady Amelia.

Una noche, durante la cena, sir Evarard fue llamado y tuvo que retirarse de la mesa; las dos mujeres quedaron solas, con la silla vacía de Evarard entre ellas.

Aunque Leonie tenía la firme intención de mostrarse cortés con Amelia, no era fácil adoptar esa actitud. Esa mujer irradiaba altivez y un sentimiento de superioridad. Leonie estaba desconcertada ante tal actitud. ¿Cuál podía ser la razón de la altivez de Amelia?

Esa noche, durante la cena, cuando sir Evarard se marchó, Amelia le pidió a Leonie un brebaje para calmar las náuseas.

-¿No deberías acostarte si te sientes mal? – preguntó Leonie.

-¡Cielos, no! – dijo riendo Amelia -. No estoy enferma, y en un mes más estas náuseas pasarán. Soporto este malestar sólo durante las comidas.

Leonie comprendió entonces de qué se trataba.

-Lady Amelia, estás insinuando algo. ¿Qué es?

Leonie había decidido que no quería misterios en relación con ese tema.

-¡Creía que Rolfe te lo había dicho! – Amelia pareció sorpendida -. No es algo que pueda mantenerse en secreto.

-¿Estás diciéndome que llevas en ti un hijo de mi marido? – dijo Leonie con voz neutra.

-Sí, el niño pertenece a Rolfe – replicó Amelia -. Él no lo niega.

En ese momento Leonie entendió muchas cosas. Siendo así no le extrañaba que Rolfe rehusara despedir a Amelia. Casi la aliviaba entender la situación.

La mirada de Leonie recorrió el cuerpo de Amelia, tan patéticamente delgado como siempre, y dijo: -¿Cuándo lo has concebido?

-¿Qué importa...?

-¡Contéstame, Amelia!

Amelia se encogió de hombros.

-Hace un mes.

Leonie hizo un rápido cálculo. Había pasado un mes desde el día en que la había llevado a vivir a Crewel. Recordaba claramente la noche en que Rolfe había salido irritado del dormitorio. A la mañana siguiente Amelia había mostrado un humor excepcionalmente bueno.

Leonie se separó de Amelia sin decir nada más. ¿Qué podía agregar? Pero esa noche fue la más miserable de su vida. Sola, lloró, renegó y maldijo la debilidad y las mentiras de Rolfe. Pero también se maldijo a sí misma, porque le importaba, le importaba demasiado.

Cuando al día siguiente llegó otra nota de Alain Montigny, Leonie estaba demasiado abstraída para pensar en ello. La guardó con otros papeles y olvidó el asunto. El resto de la semana se sumió en una terrible melancolía, un sentimiento de infelicidad provocado por la sospecha de que también ella estaba embarazada.

El hecho de que los dos niños estuvieran destinados a nacer en la misma época era muy revelador. No era extraño que un señor pidiese a su nueva esposa que criara a los hijos bastardos, si los tenía. La esposa no tenía motivos para negarse, porque esos niños habían sido concebidos antes del matrimonio de la mujer legítima con el padre. Pero era una cosa

completamente distinta aceptar hijos concebidos por otras mujeres después de la unión.

Leonie no creía que Rolfe le pidiese que criara el hijo de Amelia. Pero no dudaba de que él desearía mantener cerca tanto al hijo como a la madre. No se trataba del hijo de una sierva. Podía esperarse que una sierva renunciara al hijo porque el padre podía asegurarle una vida mejor que la que ella estaba en condiciones de darle. Pero ése no era el caso de Amelia. Ella jamás renunciaría a su hijo, y por lo tanto Rolfe nunca renunciaría a Amelia.

El futuro parecía cada vez más sombrío. Leonie ya no alentaba la esperanza de que Rolfe la alejara de su presencia, sobre todo porque estaba gestando su hijo. Rolfe no le permitiría marcharse si conocía la noticia.

No se lo diría. Podía alentar la esperanza de abandonarlo antes de que su cuerpo la delatase. Quizá se encerrara en Pershwick para esperar allí el nacimiento de su hijo. Decidió que no le ofrecería una excusa para retenerla.

Leonie podía compartir ciertas formas del amor, y también sus conocimientos en el arte de la medicina; pero no podía compartir el marido con otra mujer.

Siempre había alimentado la esperanza de que Amelia se marchara, pero ya no pensaba que eso fuera posible. Le parecía que su corazón estaba destrozado, pues sentía en el pecho una punzada que no se atenuaba, ni siquiera con el paso del tiempo.

Sir Bertrand y su hijo mayor, Reginald, llegaron a Crewel al final de la tarde con la noticia de que Rolfe les había dicho que se reuniesen con él en Crewel. Bertrand era vasallo de Leonie en Marhill, uno de los dominios que ella poseía. Pero no tenía la menor idea de la razón por la cual su marido había pedido ver a Bertrand.

Sólo pudo pensar en que Rolfe llegaría poco después a la residencia. Consiguió formular las preguntas apropiadas acerca de Marhill y la cosecha en esas tierras; pero después no pudo recordar lo que le habían contestado. Su mente estaba completamente confundida a causa de Rolfe.

Había mucha actividad. Agasajó lo mejor posible a los huéspedes, con la ayuda de sir Evarard. Felizmente, Amelia no apareció en el salón. Era tarde, y Rolfe aún no había llegado. Leonie preparó habitaciones para los hombres, pero ellos prefirieron permanecer en el salón, porque tenían curiosidad por conocer el motivo de la llamada de Rolfe.

Finalmente se oyó el ruido de los cascos de los caballos y Leonie se excusó rápidamente y se retiró a su habitación. Había llegado finalmente a la conclusión de que no podía ver a Rolfe sin que su propio resentimiento estallase, y permitir que eso sucediera en presencia de su propio vasallo, era inconcebible. Allí, en la seguridad de su habitación, no necesitaría disimular sus sentimientos.

Sin embargo, no tuvo tiempo de prepararse para lo que suponía sería una disputa tremenda. Rolfe se reunió inmediatamente junto a ella, con tal rapidez que Leonie comprendió que sin duda había dedicado apenas un instante a saludar a los huéspedes. ¿Qué podía disculpar un

comportamiento tan grosero? Después de todo, él había invitado a los dos hombres.

Leonie frunció el ceño, en un gesto suspicaz.

-Mi señor, ¿no me has avergonzado, verdad?

-¿De qué modo?

Rolfe arrojó a su lado el yelmo y los guantes pero sus ojos no se apartaron de Leonie. Ella se mantuvo junto al hogar con su cuerpo erguido.

-Has mandado llamar a sir Bertrand y a su hijo. ¿Qué pensarán si ahora los ignoras?

Rolfe sonrió, y acortó la distancia entre ambos.

-Les dije que estaba fatigado, y que les hablaría por la mañana. Lo han entendido.

-¿Cómo has podido hacer eso? – preguntó Leonie -. ¡Debes bajar al salón y hablarles ahora mismo!

-Querida, ya se han retirado y...

Rolfe calló cuando Damián entró en la habitación. Leonie reprimió su furia y se volvió mientras Damián ayudaba a Rolfe a quitarse la pesada armadura.

El joven escudero no necesitó mucho tiempo, y unos instantes después Rolfe dijo amablemente: -Muchacho, vete a dormir.

Con un gesto de sorpresa, Damián salió de la habitación. Rolfe jamás le había hablado con tanta simpatía. Era asombroso comprobar cómo su actitud cambiaba totalmente cuando veía a su esposa.

Leonie esperó únicamente a oír el sonido de la puerta que se cerraba, ante de volverse, dispuesta a decirlo todo en un instante. Pero se interrumpió al ver a Rolfe casi desnudo. Los gruesos músculos tensos sobre las piernas largas, la amplitud del pecho siempre sorprendente pues parecía igualmente ancho después de quitarle la armadura, los rizos desordenados sobre la cabeza... todo destacaba en él simultáneamente al hombre y al jovencito. Era terrible que todo eso pudiera afectarla de un modo tan intenso que ni siquiera conseguía recordar lo que se había propuesto decir.

-Querida, me has echado de menos.

-De ningún modo, mi señor – dijo ella con expresión dura.

-Embustera – Se acercó a ella antes de que Leonie pudiese evitarlo. Su mano levantó el mentón de Leonie, y él la miró a los ojos. – Estás enfadada porque me he ausentado mucho tiempo.

-Mi señor, muchas cosas me molestan, pero ésa no.

-Leonie, puedes decírmelas mañana, porque éste no es el momento apropiado para la cólera.

Ella trató de apartarse, pero Rolfe la acercó y la besó.

-Te eché de menos, Leonie. Dios mío, ¡cuánto te he echado de menos! – exclamó Rolfe mientras sus labios se deslizaban de la mejilla al cuello de Leonie.

Ella se sintió casi perdida. No podía permitirle que volviera a hacerlo, pero ya se había encendido su deseo, a pesar de todo el sufrimiento y la amargura.

-Si... necesitas una mujer... busca a la otra mujer... yo no puedo...

-No tengo otra mujer.

Se inclinó hacia él, sumisa. No podía rechazar la pasión que los unía, y por el momento no lo intentó.

## CAPITULO 38

Rolfe se recostó en el respaldo de la silla y miró a Thorpe. Siempre era bueno consultar con su viejo amigo. La conversación con Bertrand de Marhill y su hijo Reginald se había desarrollado satisfactoriamente. Se negaron a permanecer en Crewel después de concluida la reunión, porque habían dejado a sus propios huéspedes para encontrarse con Rolfe. Rolfe se sentía complacido. Era como había dicho Enrique. Bertrand tenía varios hijos que podían servir a Rolfe, y eso era precisamente lo que él necesitaba. Los hombres de Rolfe rehuían la responsabilidad de gobernar los restantes dominios. Preferían la vida militar.

-¿Qué opinas de sir Reginald? ¿Será un buen castellano en Warling?

-Parece entusiasmado, quizá demasiado – replicó Thorpe con expresión pensativa -. Hasta ahora tenía sólo la perspectiva de Marhill, y aun ésta, sólo después de la muerte de Bertrand. Creo que servirá bien, sólo sea para demostrar que es digno de Marhill cuando llegue el momento.

-Pienso igual que tú. Ahora sólo nos resta conquistar Warling.

-Una o dos semanas más, y sus muros cederán – pronosticó confiadamente Thorpe -. También estamos trabajando en el túnel de Blythe. Antes de las primeras nieves Kempston será un lugar seguro. ¿Y qué haremos después? Reinará la paz en tus tierras y no habrá nada que hacer.

Rolfe sonrió.

-Déjame gozar un tiempo de la paz, antes de que salga a buscar otras batallas.

-Quizá te agrade tanto la vida del terrateniente, que no desees más conflictos.

Rolfe no contestó. Estaba pensando en la verdad de esa afirmación, y Thorpe lo sabía.

-En todo caso – agregó Thorpe -, comprendo tu idea. Ha sido inteligente consultar a sir Bertrand y a su hijo antes de que los necesites realmente. A decir verdad, pensé que usabas este encuentro sólo como una excusa para ver a tu esposa.

Rolfe sonrió, y Thorpe lanzó una carcajada.

-¡Acerté!

-Veo con agrado todo lo que me trae de regreso a esta residencia – dijo Rolfe, encogiéndose de hombros.

-¿Y qué opina ella de tu decisión de incorporar a tus propios dominios a dos de los hijos de Bertrand? Porque en efecto, él dijo que tenía otro hijo que podía ocuparse de Blythe.

-Sí, pero todavía no he hablado del asunto con Leonie.

Thorpe levantó los ojos al cielo.

-Amigo mío, ¿en qué piensas? Sir Bertrand es vasallo de Leonie.

-Lo sé.

-Has debido consultarla antes de formular el ofrecimiento.

-Era mi intención, pero anoche... no era el momento oportuno. Y esta mañana – sonrió afectuosamente – dormía muy tranquila, y no quise

despertarla. Pero, ¿por qué habría de oponerse? Me he limitado a estrechar los lazos entre esa familia y nosotros. El padre trabajará para ella, los hijos para mí.

-Una mujer puede mostrarse más celosa de lo que es suyo que de lo que sucede con un hombre.

Rolfe frunció el ceño.

-¿Cómo es que de pronto sabes tanto de mujeres?

-Al parecer, sé mucho más que tú.

Rolfe emitió un gruñido, y extendió el brazo para comenzar a comer la carne fría que una joven criada acababa de depositar sobre la mesa. Rolfe advirtió la sonrisa de la muchacha y su mirada la siguió cuando ella comenzó a alejarse.

-Si sabes tanto de las mujeres – preguntó a Thorpe -, dime qué demonios sucede con las mujeres de esta casa. No me refiero a mi esposa.

Thorpe casi se atraganta con un pedazo de pan.

-¿Qué mujeres? – consiguió decir sin sonreír.

-¡Todas! Las criadas, las esposas de mis hombres. Durante varias semanas se han comportado como si yo estuviese apestado. Y ahora, de pronto me prodigan sonrisas. Lady Berta, incluso se acercó a Warling a traerme un pastel de frutas. Y la esposa de Warren ha enviado flores... ¡Flores!

Thorpe no pudo ocultar más su buen humor, y rió satisfecho.

-Sin duda, están tratando de compensarte por haber pensado que tú fuiste quien golpeó a tu esposa la noche de la boda. Lady Leonie fue quien corrigió el error. Oí decir que se enojó mucho cuando supo que te culpaban de lo que hizo su padre.

-¿Fue golpeada? ¿Quién lo dice?

El buen humor de Thorpe desapareció. Rolfe había palidecido, y estaba inmóvil.

-Maldito seas, Rolfe, ¿quieres decir que no lo sabías? Pero pasaste la noche con ella. ¿Cómo pudiste no darte cuenta?

-¿Quién? – repitió Rolfe. Su voz era un ronquido.

-Lady Rose pudo verle la cara al día siguiente, cuando las damas fueron a retirar las sábanas – dijo Thorpe con cierta inquietud.

-¿La golpearon mucho?

Thorpe comprendió que tendría que relatar todo lo que sabía.

-Al parecer, fue un castigo intenso. Oí decir que la cara de lady Leonie estaba grotescamente hinchada y amoratada. Eso es lo que impresionó tanto a lady Rose. Creyó que tú eras el responsable, y no ocultó lo que había visto.

-Sabías todo esto, y jamás me has dicho nada.

-Pensé que tú debías saberlo. Y no habría mencionado el asunto ni siquiera ahora, salvo que las murmuraciones y ...

Thorpe miró a Rolfe, que saltó de la silla y en pocos pasos atravesó el salón. Momentos más tarde se sobresaltó, al oír el ruido de una puerta cerrada con fuerza en la planta de arriba.

## CAPITULO 39

Leonie miró desconcertada a su esposo que se inclinaba sobre ella encolerizado por algo, en el rostro una expresión de terrible hostilidad.

-¿Por qué nunca me has dicho lo que te hicieron?

-¿Lo que me hicieron? - ¿Estaría otra vez ebrio? – Tendrás que hablar con más claridad si…

-¡Te golpearon brutalmente! ¿Era necesario que lo supieran todos excepto yo?

Los ojos de Leonie tomaron una sombría expresión.

-Te he dicho en otra ocasión que no estoy dispuesta a hablar de lo que sucedió – contestó ella.

-¡Maldita sea! ¡Hablarás! ¡Y me dirás qué conseguiste al ocultarme que te habían castigado!

-¡Ocultarlo! – replicó furiosa -. No había nada que ocultar, excepto a los ojos de sir Guibert, y lo hiciste para impedir que cometiese un asesinato. ¡Tú lo sabías! ¡Judith me dijo que te había informado! ¿Acaso crees que esa noche te apuñalé por capricho? Me desperté dolorida, cuando me tocaste la cara. Fue una reacción irreflexiva, pero normal. Y así lo entendiste, pero nunca volviste a mencionar el episodio.

Rolfe se calmó un poco tras su reacción.

-Leonie, nunca mencioné esa herida sin importancia porque no fue más que eso. Y tu madrastra me dijo que había sido necesario obligarte a aceptar el matrimonio, pero no aclaró cómo. Pensé que te habían privado de unas pocas comidas, lo cual es la práctica habitual con las novias caprichosas.

-Mi señor, no había tiempo para eso. Mi padre no me dijo que debía casarme hasta la víspera de la boda. Como de costumbre, su embriaguez le llevó a adoptar una actitud irresponsable.

-¿La embriaguez le disculpa?

-¡Yo no le disculpo!

-¿No disculpas el castigo, o el hecho de que ahora estás casada conmigo? – preguntó Rolfe.

Leonie le volvió la espalda, pero Rolfe la obligó a mirarle, hundiéndole los dedos en los brazos.

-¿Por qué, Leonie? ¿Por qué fue necesario golpearte antes de que aceptaras casarte conmigo?

Estaba gritándole y avivando los sentimientos ya muy intensos de Leonie. No importaba que la hubiesen castigado. No importaba que ella hubiese sufrido. ¡La vanidad de Rolfe estaba herida, y eso era todo lo que le preocupaba!

-Mi señor, yo te temía. Me había dicho que eras un monstruo, y eso era todo lo que sabía de ti. Creía que deseabas apoderarte de mí sólo por venganza, a causa de los problemas que según pensabas yo te había provocado. Y me pareció que el castigo físico era más soportable que lo que tú me harías. También creí que podría soportar las bofetadas y los puñetazos, pero me equivoqué. Ese criminal me habría asesinado si no juro por la tumba de mi madre que estaba dispuesta a casarme contigo.

Dijo esto con todo el odio que sentía al pensar en Richer Calveley. Pero Rolfe pensó que eso reflejaba la cólera que provocaba el recuerdo que la había obligado a casarse con él.

-¿De modo que me creíste un monstruo?

-Eso mismo.

-¿Y todavía lo piensas?

-Mi señor, no he dicho eso.

-No, por supuesto; pero debo suponer que es así. De lo contrario, ¿por qué todavía me desprecias? ¿Por qué te niegas a ser realmente mi esposa?

Algo en el tono de Rolfe la puso en guardia. ¿Qué clase de confesión buscaba? De pronto comprendió. Trataba de que ella comenzara a renegar por la presencia de la amante. Su vanidad se calmaría si lograba que Leonie representase el papel de la esposa celosa. Pero no le daría esa satisfacción. Bajó los ojos.

-Mi señor, no te desprecio. ¿Por qué piensas eso?

-¿No me desprecias? .- preguntó Rolfe con voz dura -. Entonces, ¿eres fría por naturaleza?

-Quizá – dijo ella sin pensarlo. Él se volvió.

-¿O quizá amas a otro?

-¿A otro? – preguntó Leonie con incredulidad, y a pesar de su decisión comenzó a perder los estribos -. ¡Miren quién habla de otro! Mi señor, aunque tú no lo hagas, yo tomo el matrimonio en serio.

-Mientes. Si lo tomaras en serio habrías renunciado a tu primer amor y me hubieses aceptado. Pero quiero escuchar la verdad, y terminar de una vez. No permitiré que estas sospechas continúen irritándome.

A Leonie le pareció difícil creer que lo que él decía. Por qué la acusaba de infidelidad cuando él mismo…

Irguió la cabeza, y sus ojos cobraron un tono gris.

-Mi señor, si estás buscando una excusa para alejarme de aquí, no te tomes tanto trabajo. Me sentiré más que feliz si me permites salir de esta casa.

Los ojos de Rolfe relampaguearon antes de que sus labios se cerraran formando una línea ominosa.

-En efecto – replicó Leonie, cada vez más enojada. Él se preparaba para cortar la relación que los unía. ¡Qué fácil era todo para los hombres!

Rolfe avanzó un paso hacia Leonie, y ella consideró evidente que se disponía a golpearla, tan sombría era la expresión del rostro. Se inclinó sobre Leonie, el cuerpo rígido, los ojos como carbones ardientes.

-Si has alentado la esperanza de que aún puedas tenerlo, esperas en vano – declaró furioso -. Es posible que un día me canse de tu frialdad y acabe contigo, pero tú jamás lo tendrás. ¡Primero le mataré!

-¿A quién? – gritó Leonie.

-¡A Montigny!

Leonie sintió deseos de reír. Fue lamentable que no lo hiciera, pues Rolfe vio únicamente la sorpresa que ella sentía, y eso acabó de inflamarlo.

-¿Creíste que yo no sabía que se trataba de es estúpido joven? ¡Lo sabía antes de casarme contigo!

Leonie trató de entender, pero no pudo. Se limitó a decir: -Mi señor, estás equivocado.

-Siempre le has amado. Por eso levantaste a tu gente contra mí. Y por eso te negaste a contraer matrimonio. Es también la razón por la cual me odias, porque te tengo, ¡y tú siempre deseas estar con él!

Leonie se echó a reír; tocó a Rolfe el turno de desconcertarse. Ella no lograba contenerse. Rolfe estaba celoso de Alain. ¡Qué absurdo! Sonrió a su marido.

-No deseo ignorar este asunto, pues desde hace tiempo alimentas sospechas. Alain no es más que un amigo. Otrora imaginé que podía ser un buen esposo, cuando él era el único joven a quien conocía, y yo estaba confinada en Pershwick. Fue una fantasía, y pronto la olvidé. Alain se convirtió en un hombre sin carácter, y, a esa altura de las cosas yo ya no ansiaba tener marido. Pero no podía desentenderme de él sólo porque mostraba cierta debilidad de carácter, y en definitiva continuamos siendo amigos.

Rolfe continuaba mirándola con expresión hosca.

-Quieres hacerme creer que estabas dispuesta a levantar a tu gente contra mí sólo... por amistad.

-¿Estarías dispuesto a ir a la guerra por un amigo?

-Tú eres mujer.

-Mi señor, no discutiré contigo ese punto. Lo real es que no levanté a mi gente contra ti. El día que Alain me dijo lo que le había sucedido, y que ti venías para apoderarte de sus tierras, te maldije y rogué que cayeses enfermo de viruela. Bien, al fin he confesado lo que hice. Pensé de ti las peores cosas, y mi gente tomó en serio mis palabras.

Rolfe deseaba creer lo que Leonie decía; pero si ella no amaba a Alain, ¿por qué no le aceptaba?

-Leonie, si todo lo que dices es cierto, nada justifica que continúes odiándome.

-Mi señor, no te odio.

-Pero tampoco me aceptas.

Leonie bajó los ojos y dijo en voz baja: -Mi señor, podría aceptarte, si se tratase sólo de ti. Pero me pides que acepte algo más que tu propia persona.

-Mujer, ¿qué sentido tiene eso?

Elevó la voz, con un sentimiento de frustración.

Leonie no lo miró. Rolfe la contempló un instante más, y después se volvió y salió de la habitación. Cuando vio que Thorpe le esperaba en la planta baja, recordó cuál había sido su impulso inicial, y la frustración que sentía a causa de la misteriosa observación de su esposa, se convirtió nuevamente en cólera ardiente. Tenía que acabar con esos secretos, confusiones y trastornos, y creía que podía calmar de una vez el torbellino volviendo de nuevo al principio.

## CAPITULO 40

Judith echó hacia atrás la cabeza, y rió inconteniblemente cuando la espesa barba de Richer le cosquilleó los pechos. Él se le había acercado en el depósito de provisiones; allí comenzó a acariciarla, y se negó a aceptar el rechazo. Después de empujarla hacia los sacos de cereal, apoyó su cuerpo contra el de Judith, y con sus labios acalló las protestas de la mujer que alegaba que la hora y el lugar no eran los más apropiados.

Ese hombre cruel era muy vigoroso, y en efecto, también cruel. Podía ver en sus ojos, cuando la tocaba suavemente, que en realidad deseaba

lastimarla, como hacía con otras mujeres. Pero no se atrevía a ser rudo con ella. Ambos sabían que Richer no se atrevía; pero a Judith le parecía aún más excitante porque sabía de lo que era capaz.

Cuando comenzó a levantarle las faldas, Judith formuló otra protesta más o menos aparente. Lo que a él le agradaba era precisamente la resistencia que Judith oponía. Eso siempre le encendía la sangre. Cuando se reunían en lugares convenidos, generalmente ella se mostraba muy dispuesta a recibirle, demasiado interesada. Richer prefería sorprenderla, poseerla en lugares inapropiados, porque como bien sabía, en esos casos Judith temía que la descubrieran y trataba de rechazarle.

-Richer, ¿no puedes esperar hasta esta noche, y venir a mi habitación tal como lo hemos planeado?

Richer emitió un gruñido.

-No me agrada poseerte cuando tu marido duerme su borrachera al lado.

-Pero, amor mío, eso es lo excitante – ronroneó Judith -, si se despierta, creerá que es otra ilusión de sus sentidos.

Él la miró con fiereza, pero Judith sabía que armonizaba con el sombrío sentido del humor de Richer copular con ella junto a su esposo. También a ella le agradaba, pues odiaba cada día más a William. Era emocionante que otro hombre la cubriera mientras su estúpido marido dormía al lado.

-Te poseeré ahora, y también después.

Richer sonrió oscuramente, apretando la mitad inferior de su cuerpo contra el de Judith.

La llamarada del deseo de Richer encontró su igual en los impulsos de Judith, como él sabía que sucedería. Ella apartó sus muslos para recibirle, pero suspiró y dijo con acento dramático: -Richer, harás la que quieras. Es lo que haces siempre.

Richer rió, pero la risa se vio interrumpida por la voz gimiente de un servidor que estaba frente a la puerta.

-¿Mi señora?

-¿Qué? – gritó Judith.

-Mi señora – tembló la voz -. Aquí está su yerno. Rolfe d'Ambert espera verte.

Volviéndose hacia Richer, ella dijo secamente:

-Suéltame, amor mío. Tendrás que esperar la llegada de la noche. ¡Ah! ¿Qué demonios desea ese hombre?

Judith se arregló su atuendo. Gritó al criado que recibiría al visitante.

-Yo desapareceré – dijo Richer -, en caso de que haya venido acompañado por su dama.

Judith le miró, sobresaltada. Nunca había percibido esa inquietud en la voz de Richer.

Frunció el ceño, un tanto nerviosa también ella.

-Sí, será mejor. Si el señor de Kempston ha concebido cierto afecto por mi hijastra, no conviene recordarle tu existencia. Tal vez hable de ti con el marido, y nadie sabe lo que puede salir de eso.

En el gran salón de Montwyn, Rolfe d'Ambert esperaba con dos de sus caballeros. Eso no era una sencilla visita de cortesía, y Judith se asustó al ver la actitud amenazadora de Rolfe. En su cara no había nada que

pareciese cordial, ni siquiera una fingida sonrisa de saludo cuando ella se aproximó. Por lo menos, Leonie no estaba con Rolfe, y Judith abrigó la esperanza de que la ausencia de la joven lograse que él se sintiese menos confiado de lo que parecía.

Judith le dirigió un elegante gesto de saludo.

-Lord Rolfe...

-Tu esposo, señora. ¿Cuánto tiempo me tendrá esperando aquí?

-¿Esperando? Sir Rolfe, William está indispuesto. Los criados saben que no deben molestarle.

-Entonces, señora, sugiero que tú le molestes.

Ella le ofreció su sonrisa más seductora.

-¿Te opones a hablar conmigo y no con mi marido? Después informaré a William que has estado aquí.

-Quiero hablar con tu esposo. ¿Irás a llamarle, o lo hago yo?

-Pero te aseguro que está indispuesto – insistió preocupada Judith -. Yo... dudo que ni siquiera te reconozca, mi señor.

-¿Ya está ebrio, tan temprano? – gruñó disgustado Rolfe.

Judith se encogió de hombros. Más valía que ese hombre supiera a qué atenerse, porque en ese caso no insistiría en molestarla.

-Mi señor, por desgracia, es cierto que William rara vez se encuentra sobrio.

-Comprendo.

Rolfe se volvió hacia sus hombres y dijo: -Permaneceremos aquí y devolveremos la sobriedad a este hombre. Informen a sir Thorpe que no regresaremos hoy. Más vale que él vuelva a Warling... ¡Maldito sea! – explotó-. ¡No sabemos cuánto tiempo nos llevará este asunto!

Judith no atinaba a ocultar su creciente temor.

-Mi señor, ¿qué deseas hablar con mi marido?

Los ojos negros de Rolfe se clavaron en ella.

-Señora, eso no te concierne.

-Pero... no puedes, sencillamente...

-¿No? – la interrumpió Rolfe con voz grave - ¿Quizá te agrada tener por marido a un borracho?

-Naturalmente no me agrada – consiguió parecer ofendida -. He tratado de impedir que beba, pero no puede vivir sin el licor, y yo no he podido ayudarle.

-Entonces, me agradecerás que intervenga. Pronto conseguiré que esté bien y que me comprenda perfectamente. Ahora, indícanos el camino. Comenzaré inmediatamente esta desagradable tarea.

El pánico se acentuó en Judith y se agravó a medida que pasaban los días y que Rolfe d'Ambert se obstinaba en la tarea que había decidido acometer. Judith contempló la posibilidad de matar al arrogante señor, o a William, pero lo primero era imposible; y lo segundo... si William moría, Leonie lo heredaría todo. Judith será expulsada de la propiedad, y sin un centavo. Leonie no la trataría considerablemente; de eso estaba segura.

Deseaba averiguar qué había inducido al señor de Kempston a realizar esa visita, pero él continuó mostrándose indiferente a las peticiones de explicación de la dama. Richer insistía en que ella se preocupaba por nada;

pero ¿por qué Rolfe d'Ambert estaba tan irritado, y por qué se mostraba absolutamente decidido a devolver la lucidez a William?

Bañaron, afeitaron, y volvieron a bañar innumerables veces al señor de Montwyn, a pesar de sus maldiciones y sus intentos de rechazar a sus torturadores. Le obligaron a comer; pero vomitaba el alimento. Le dieron de beber sólo leche o agua. No le hicieron caso cuando gritó pidiendo algo más fuerte, ni cuando su cuerpo temblaba descontroladamente. Y en todo ese proceso, la cólera de d'Ambert parecía palpable, contenida sólo Dios sabe de qué modo.

Judith no podía hacer otra cosa más que permanecer impotente y ver cómo destruían todo lo que ella había logrado a lo largo de años. Su única esperanza se fundaba en que William estaba tan desorientado, que no podía recordar nada del pasado reciente, y que una vez que d'Ambert lo dejase en paz volvería a la bebida.

## CAPITULO 41

Rolfe, fatigado, se frotó el rostro. Estaba cansado de la habitación, y harto de ese patético individuo empapado en alcohol.

-Si pretenden matarme, ¿por qué no lo hacen deprisa?

Rolfe había escuchado ese lamento una docena de veces durante los últimos días. William de Montwyn tenía momentos de profunda autocompasión, y sufría miserablemente. Pero las manos ya no le temblaban tanto, y las pesadillas habían comenzado a disminuir.

Rolfe había llegado a la conclusión de que había esperado bastante. Finalmente, replicó, gritando en la habitación, con una voz que sobresaltó a Montwyn y a sus criados, a los hombres de Rolfe y a lady Judith: -Porque, mi señor – dijo con voz grave – quiero que sepas por qué me propongo matarte.

La voz carecía a tal punto de inflexiones que William no quiso creer lo que oía. Sus ojos, todavía levemente teñidos de rojo, se clavaron en Rolfe. Esa mañana le habían vestido de la cabeza a los pies pese a sus protestas, y le obligaron a sentarse a una mesa donde le esperaba una serie de alimentos nutritivos. Rehusó la comida, y miró con dureza al responsable de su miserable estado.

-¿De veras, sir Rolfe? – preguntó sardónicamente William, temblándole la voz-. ¿Puedes tener la bondad de explicarme la razón?

-¡William, no! – Judith se adelantó, alarmada -. ¡No le provoques!

-Señora, eres tú quien me provoca- dijo duramente Rolfe, mientras se ponía de pie y se acercaba -. Fuera todos – ordenó, y con un gesto indicó a sir Piers que tal vez fuera necesario ayudar a salir a Judith.

-¡Te tomas muchas atribuciones! – explotó William, pero ni siquiera intentó ponerse de pie.

Rolfe esperó hasta que se cerró la puerta antes de perforar con la mirada a William.

-¿Ahora me reconoces?

-Por supuesto. Te casé con mi hija. Dios me perdone por ello.

-¿Nada más?

-¿Qué insinúas? – preguntó William.

-Han pasado tres meses desde que me casé con tu hija. ¿Lo sabes?

-¿Tres? – preguntó William -. ¿Cómo... es posible?

-¿Recuerdas la boda? – la voz de Rolfe era fríamente amenazadora.

-Bien, la mayor parte.

-¿Y antes?

-La firma del contrato.

-Antes aún – dijo Rolfe, inclinándose sobre la mesa -. Antes de que fueses a Crewel.

-Bien, veamos – suspiró William exasperado -. Si tienes algo que decir, dilo de una vez. Basta de molestarme. Estoy muy cansado.

-Quiero saber exactamente qué recuerdas haber hecho a tu hija.

Confundido, William se frotó las sienes, tratando de pensar. ¿Qué podía haber hecho que irritase tanto a su yerno?

-Ah, sí. Recuerdo que estaba muy enfadada conmigo, y con razón – reconoció francamente William.

-¿Enojada? – gruñó Rolfe -. ¿Qué hiciste que solamente la puso furiosa?

-No intento buscar excusas – dijo arrepentido William -. No le previne de la boda porque yo mismo no recordaba el asunto. A decir verdad, todavía no recuerdo haber recibido la orden del rey que mandaba que se casara contigo.

-¡Maldito seas! – gritó furioso Rolfe -. ¡Hablas de pequeñeces después del castigo brutal que le infligiste!

William se puso lentamente de pie, el rostro reformado por la rabia.

-¿Qué canallada es ésta? ¿Cómo te atreves a sugerir que...?

-Mi señor, fue golpeada, obligada a casarse conmigo, como por fin me ha revelado. Yo no lo sabía, pero por Dios, todo el mundo estaba al corriente.

El color carmesí se convirtió en palidez.

-Eso es imposible.

-¿Imposible que no recuerdes, o que cometieras un hecho tan despreciable?

William movió la cabeza.

-Afirmo que, al margen de que pudiera recordar o no, jamás haría daño a esa niña. Es todo lo que me queda de mi Elisabeth. No podría golpearla. Le profeso demasiado afecto.

-¿Afecto? – Rolfe estaba realmente asombrado -. ¿La amas tanto que la desterraste de esta casa y la olvidaste durante años?

-¿Qué mentiras son éstas? – preguntó William -. Yo... la envié lejos un tiempo, cuando estaba en lo peor de mi sufrimiento. Sí, recuerdo eso. Pero no por mucho tiempo. No podía separarme mucho tiempo de mi única hija. Ella estaba... – Se llevó los dedos a las sienes, tratando de recordar -. Judith juró que yo... ¡Santo Dios! – gimió - ¡No la reconocía ese día en Pershwick! ¡No puedo recordar cómo Leonie se convirtió en mujer! – Miró a Rolfe, estupefacto, como si esperase que el visitante le aclarara la situación.

Rolfe frunció el ceño. Algo no encajaba. La angustia de ese hombre era sincera.

-¿Qué me estás diciendo, sir William? – preguntó prudentemente Rolfe -. ¿Quieres decir que en tu borrachera creíste que Leonie continuaba viviendo en esta casa?

-En efecto. – La voz se había convertido en un murmullo.

Rolfe suspiró, disgustado.

-Si hubieses estado sobrio cuando llegué aquí, te habría matado en venganza por el sufrimiento que le infligiste a tu hija. Pero ahora sólo puedo compadecerte.

Se volvió lentamente y caminó hacia la puerta.

-¡Un momento! ¡No sé quién te dijo todas esas mentiras acerca de Leonie, pero Judith puede explicarte…

Rolfe se volvió en redondo, los ojos llameantes.

-¡Estúpido! Leonie me lo ha dicho.

-¡No! ¡Por Dios, no! Que me corten la mano si jamás la lastimo. Juro…

-¡Déjame pensar! – rugió Rolfe, y William guardó silencio.

-¿Quién estaba contigo cuando le dijeron a Leonie que debía casarse conmigo? – preguntó Rolfe.

-Apenas recuerdo ese momento, y pretendes que…

-¡Piensa, mi señor!

-Había criados… el hombre de Leonie, llamado Guibert, mi esposa.

Eso no tenía sentido. La gente de Leonie jamás habría aceptado golpearla, y Judith no tenía fuerza suficiente para eso. Sir Guibert de ningún modo habría aceptado semejante tarea.

-¿Qué dijo Leonie cuando recibió la noticia? ¿Intentó salir de Pershwick?

-Ya he dicho que estaba furiosa. No me contestó una palabra y fue a refugiarse en su habitación. No sé si salió antes del día siguiente.

-¿Y ni siquiera intentaste hablar con ella? – preguntó Rolfe. ¿Qué le sucedía a este hombre?

William inclinó la cabeza, profundamente deprimido.

-Judith consideró que de nada serviría, después de mi imperdonable olvido, que había provocado el desaliento de Leonie. Insistió en que dejase el asunto… en sus manos. – La voz de William se debilitó otra vez -. Me dijo que yo estorbaría los preparativos. Pidió a Guibert que me entretuviese con una cacería. ¿Ves? Comienzo a recordar ciertas cosas.

Rolfe se acercó a la puerta y llamó a sir Piers.

-¿Adónde llevaste a lady Judith?

-Abajo.

-Tráela… deprisa – Y volviéndose a William dijo: -Es una mujer. ¿Cuál de los hombres que residen aquí se mostraría dispuesto a cumplir sus órdenes sin formular objeciones?

-Todos – reconoció William -. Me avergüenza reconocer que no puedo recordar la última vez que traté directamente con mi gente un asunto cualquiera.

-¿Quieres decir que tu esposa ha ejercido el control total de Montwyn durante años? – preguntó Rolfe con una expresión de incredulidad.

-Yo… sí, seguramente – murmuró William.

La mente de William todavía trabajaba con mucha lentitud, pero una cosa comenzaba a aclararse. Si podía creer en todo lo que su yerno le había

dicho, Judith no sólo era culpable de llevarlo con engaños al matrimonio (sí, eso lo podía recordar) sino que también lo había mantenido separado de su hija. William aún no sabía cómo lo había logrado. Pero ése había sido el resultado.

El marido de Leonie estaba furioso a causa del sufrimiento infligido a la joven el día de la boda, pero William se sentía abrumado al pensar en el dolor que ella había sentido en vista del abandono en que el padre la había tenido durante tanto tiempo. Y a decir verdad, él la había abandonado. Había puesto en primer lugar su propio dolor, la debilidad de su carácter; y la había dejado expuesta a los manejos de una mujer que manipulaba y mentía a su esposo, y que lo había hecho inescrupulosamente durante mucho tiempo.

De pronto recordaba muchas cosas, y una cólera sombría comenzó a dominarlo. Él mismo era responsable de todo lo que había sucedido. Había permitido esto, y su siniestra esposa había urdido la trama en la cual él se encontraba encerrado.

Cuando Judith entró en la habitación, el marido le dirigió una mirada tan sanguinaria, que ella comprendió que la habían descubierto. No podía salir del paso con mentiras, pues William había recobrado la sobriedad y el control de sí mismo. Ella no lo había visto así desde cuando él descubrió que Judith lo había llevado al matrimonio con engaños. La miró como si deseara matarla. Tendría que depender de la compasión de este hombre y ganar tiempo, hasta que estuvieran solos y ella pudiese inducirlo a beber otra vez.

El miedo de Judith era muy evidente; se arrojó a los pies de su marido. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y ella le miró suplicante.

-William, puedes pensar lo que quieras de lo que hice. Todavía soy tu esposa. Te he servido bien y…

Un revés de la mano de William la envió al suelo.

-¿Me has servido bien? ¡Estoy casi muerto a causa de tus servicios! – exclamó William.

Los dedos de Judith tocaron la cara enrojecida a causa del golpe, y e le hizo un nudo en el estómago porque recordó la vez que él la había castigado. Judith ya no prestaba atención a Rolfe. Los ojos cargados de odio de su marido la paralizaban. Comprendió que él no tendría compasión. Después de todo, tendría que salir del paso apelando a la mentira.

-William, nadie hubiera podido impedir que bebieses para olvidar. No me agradaba, pero ¿qué podía hacer?

-¡Mentirosa! – gritó William, y Judith se encogió cuando él se acercó un paso -. Me alentaste a beber. ¿Crees que no lo advertí? Y la única persona que hubiera podido ayudarme no estaba. Te ocupaste de que así fuera. Cuidaste que no regresara aquí, mientras me mentías, y me convencías de que yo la veía a menudo. ¿Por qué apartaste de mí a Leonie?

Judith se sintió paralizada por el miedo. ¿Cómo era posible que ya hubiese averiguado tantas cosas? Desesperada, se aferró a la primera idea que asaltó su mente.

-Lo hice por ti y por ella. ¿No comprendes que le habría destrozado el corazón verte en ese estado? Traté de salvarte de la vergüenza e intenté proteger su inocencia.

-¡Por la sagrada sangre de Cristo! ¿Crees que soy un idiota total? – rugió William -. ¡La única persona a quien deseabas proteger era a ti misma, despreciable mujer! Sabías que no deseaba verte. Sabías que te habría expulsado de aquí si hubiese recuperado el sentido. De modo que me mantuviste en la ebriedad. Y creo que alejaste a mi hija convenciéndola de que aquí no era bien recibida.

Percibió la verdad de lo que había dicho en los ojos de Judith, y extendió la mano hacia ella.

Rolfe lo detuvo. No deseaba presenciar cómo golpeaba a una mujer, aunque sabía qué trato le dispensaría William más tarde, cuando nadie se lo impidiese.

-Mi señor, deseo tener unas palabras con ella.

El tono de Rolfe daba a entender: antes de que habas lo que deseas.

William trató de controlarse. Debía a Rolfe lo que éste le pidiese.

Rolfe ofreció una mano a Judith y la ayudó a incorporarse.

-¿Por qué ordenaste que castigasen a mi esposa?

Su voz trasuntaba una calma engañosa y los ojos de Judith se volvieron hacia William, tratando de comprobar cuál era su reacción. Pero la cara de William era una máscara inexpresiva. ¿Él ya sabía el castigo infligido a Leonie? Judith volvió los ojos hacia Rolfe.

-Era necesario – dijo en actitud defensiva -. Rehusaba casarse contigo. ¿Crees que deseaba oponerme a la voluntad del rey?

-¿Y tú misma adoptaste la decisión… sin el consentimiento de tu señor? – aventuró Rolfe con voz neutra.

-No podía depender de que él hiciera lo necesario para llevarla al altar – dijo Judith dirigiendo a William una mirada de desprecio que no alcanzó a disimular -. Había que obedecer al rey.

-¡Había otros modos! – dijo enfurecido Rolfe -. ¡Hubieras podido informarme de la situación, y dejar el asunto en mis manos!

Judith lo miró incrédula.

-Te atreves a mostrar una actitud crítica acerca de los medios, cuando sólo deseabas la tierra. Yo te dije que la obligamos a aceptar el matrimonio. Conseguiste lo que querías. ¿Qué importa cómo lograste tu propósito?

Rolfe tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para abstenerse de golpear a esa mujer.

-No sabes de qué hablas.

-Eso crees – dijo Judith con acento burlón.

Ella no necesitaba agravar sus problemas; ya tenía que enfrentarse a bastantes. –Te propusiste comprar Pershwick antes de pedir la mano de Leonie. Cuando yo rechacé las ofertas, pediste la ayuda del rey.

Después de decir esto, Judith palideció.

-Yo… quiero decir…

-Judith – William interrumpió el balbuceo de Judith con un suspiro de fatiga -. ¿Cuántas ofertas rechazaste en mi nombre? ¿Cuánto tiempo habrías mantenido soltera a Leonie?

-Ella no deseaba casarse – afirmó Judith -. No me parecía necesario anunciar a… Administraba bien sus tierras. ¿Por qué tenía que aprovecharlas otra persona?

Ambos hombres la miraron en silencio.

-¿Qué hice que os parece tan criticable? – preguntó Judith -. Os digo que Leonie no deseaba casarse. Si no hubiera sido así, ¿por qué rechazó sin más a lord Kempston?

-Tenía motivos que la inducían a rechazarme, y de todo eso no sabes nada – la interrumpió fríamente Rolfe -. Señora, lo que hiciste a Leonie justifica... en fin, tu persona no me concierne. Lo único que te pido es el nombre del individuo que cumple tus órdenes y, que, cualesquiera sean, las cumple sin vacilar.

Judith endureció la mandíbula en un gesto obstinado.

William la golpeó otra vez.

-Dile lo que quiere saber, o por Dios...

-¡Richer Calveley! – Judith pronunció el nombre, quizá con la esperanza de que la tratasen un poco mejor. No le preocupaba en lo más mínimo el destino de Richer, y en todo caso nunca hubiera contemplado la posibilidad de protegerlo. – Es... mi maestro de armas, y la persona que podía obligar a Leonie, porque ella sabía de lo que era capaz.

Rolfe se volvió y salió de la habitación, dejando que William tratase a su esposa como le pareciera mejor.

Cuando descubrió a Richer Calveley en un depósito, junto a sus hombres, sobrevino un cambio en la actitud de Rolfe. Su furia era en ese momento un sentimiento muy profundo. Richer era un individuo enorme y brutal, los brazos y el pecho musculosos, las manos enormes. El castigo recibido por Leonie seguramente había sido salvaje. Una mujer menuda como ella no podía defenderse de un hombre que tenía tal corpulencia. Cuando creyó que podría enfrentarse a ese monstruo, había demostrado que era una mujer valerosa hasta el extremo de la temeridad. Leonie no había tenido la menor posibilidad, y por eso mismo Rolfe no pensaba ofrecer ninguna a Calveley.

Cuando Richer vio la mirada en los ojos de Rolfe d'Ambert comprendió instantáneamente por qué le buscaba. Dedicó un instante a maldecir a la dama infiel que le había arrojado a los lobos. Pero cuando él recibió la orden de castigar a la hija de lord William, sabía muy bien cuáles podían ser las consecuencias.

La experiencia le había complacido porque la dama era una mujer noble, pero su rango era también lo que le condenaba. No importaba quién le había ordenado hacer lo que hizo. En todo el dominio no había un solo señor que vacilara en matarle por haber levantado la mano contra una dama. Y éste era el marido de la mujer.

Richer comenzó a transpirar, y se preguntó cómo sobrevendría su propia muerte, pues lo que vio en los ojos del señor fue el principio del fin. Su muerte podía ser la más horrible que él imaginara, una tortura prolongada indefinidamente. Nadie lo impediría. Estaba rodeado por hombres que ejecutaban sus órdenes, pero nadie se atrevería a desafiar a un individuo de la jerarquía de d'Ambert. El miedo que anidaba en sus entrañas era una sensación horrible, pues sabía que no podía hacer nada para impedir lo que se avecinaba.

-¿Richer Calveley? – Rolfe no esperó que le confirmase su identidad, pues casi podía oler el miedo del hombre. La voz de Rolfe era extrañamente

inexpresiva, y por eso mismo parecía aún más siniestra -. Por lo que hiciste a mi dama, te mataré. Desenvaina tu espada.

Richer necesitó un segundo para tomar nota de su buena suerte; se sintió reanimado porque comprendió que en definitiva no tendría que soportar una muerte lenta. Rolfe no parecía dispuesto a aprovechar las ventajas de su rango. Le concedería un enfrentamiento limpio, más que justo, porque no vestía armadura, y en cambio Richer tenía por lo menos un mínimo de protección con su casaca de grueso cuero.

Richer tuvo la oportunidad de vencer; una oportunidad bastante buena, pero en un rincón de su ente estaba la idea de que moriría, y eso le condenó, actuó contra él, y paralizó su destreza. Apenas desenvainó la espada descargó un golpe mal dirigido.

La espada de Rolfe llegó al cuerpo de su adversario en el primer intento, y atravesó limpiamente la carne y el hueso para penetrar en el corazón. Rolfe no sintió compasión, ni pesar porque había matado a un hombre. En su mente estaba la imagen de Leonie sufriendo en las manos de ese sanguinario. Se volvió y salió, antes de que el enorme cuerpo de Calveley cayese al suelo.

## CAPITULO 42

El prado estaba salpicado de flores estivales que recibían los rayos del sol de la media tarde. En cambio, el bosque circundante era un lugar oscuro. El bosque ocultaba bien a los ocho hombres y sus caballos.

Alain Montigny se sintió satisfecho porque comprendió que era prácticamente imposible descubrir a sus siete hombres. Eran un grupo de ladrones harapientos y caballeros sin tierra como él mismo, los que formaban el séquito de Alain; vivían del dinero que el mayordomo de Crewel había robado para Alain. Pero ya no disponían de ese dinero fácil, pues se habían descubierto las tretas de Erneis. Como ya no era útil, Alain lo había despachado rápidamente. Todavía preocupaba a Alain el hecho de que Leonie fuera la persona que había descubierto a Erneis.

Alain necesitaba dinero urgentemente. Los pocos viajeros a quienes sus hombres habían desvalijado no aportaban mucho, y no disponía de dinero suficiente para alimentar a su grupo de hombres. Estos deseaban trasladarse hacia los caminos más frecuentados, en dirección al sur; pero Alain tenía sus propias razones personales para mantenerse en esa región. No deseaba marcharse antes de encontrar la oportunidad de matar al hombre que era la causa del cambio terrible sufrido por su suerte personal. Casi lo había logrado el día que incendió el molino de Crewel y atrajo a su presa al lugar en que podía apuntarle bien. Por desgracia, la flecha no se había clavado en un órgano vital.

Ya llevaba demasiado tiempo esa espera para encontrar a Rolfe d'Ambert lejos de su ejército o de su escolta. Si Alain podía descubrirlo sin protección, d'Ambert sería dominado por los hombres de Alain y muerto fácilmente. En ese caso, Alain podría casarse con Leonie y recuperar todo lo que le pertenecía, todo lo que había perdido.

Erneis le había dicho que la gente de Leonie incomodaba al Lobo Negro. ¡Cuánta más había apreciado Alain a Leonie por esa actitud! Erneis también

le había dicho que habían obligado a la joven a casarse con d'Ambert. Al principio, Alain se irritó. Pero después llegó a la conclusión de que era un hecho conveniente, pues Leonie odiaría con tal intensidad verse forzada, que detestaría a su marido tanto como Alain lo despreciaba. Sería una excelente viuda. Se desposaría con Alain, y con el apoyo de la joven, él podría solicitar el perdón del rey. El plan era muy eficaz, pues, ¿acaso existía un hombre, incluso el rey, que pudiera oponerse al tierno encanto de Leonie, e incluso a su cuerpo seductor, si a eso se llegaba?

Alain vigilaba el bosque como un halcón hambriento. Esta vez ella tenía que venir. No era fácil enviarle mensajes, pues los aldeanos estaban satisfechos con su nuevo señor. Sólo un hombre estaba dispuesto a entregar a Leonie los mensajes de Alain. El resto recordaba muy bien la mano pesada de Alain, y era más probable que informaran de su presencia a d'Ambert. Alain se dijo que recordaría esa actitud cuando fuese nuevamente el amo de Crewel.

Leonie no había contestado las dos primeras notas, pero seguramente para ella era difícil acudir sola a un encuentro, tal como él se lo pedía. Bien, d'Ambert estaba lejos de Crewel, y Alain esperaba ansioso el momento de ver a Leonie, deseoso y muy interesado. Sus hombres estaban inquietos y malhumorados. Era cada vez más difícil convencerlos de que llegarían a recibir grandes riquezas si demostraban un poco más de paciencia.

Un rescate importante resolvería uno de los problemas de Alain, y tranquilizaría a los hombres. ¿Debería decirle a Leonie que se proponía pedir rescate por ella? Si aceptaba acompañarle sin resistencia, facilitaría la situación de Alain. En realidad, él no necesitaba revelarle todo. Podía explicarle sólo una parte del plan.

El sonido de los cascos de los caballos procedentes de una dirección contraria a la esperada, provocó pánico en Alain, y de pronto la vio. Salía del bosque con su escolta. Pero venía de Pershwick. La acompañaban sus soldados, con los colores de Pershwick.

Cuando llegó el tercer mensaje de Alain, Leonie partió inmediatamente en dirección a Pershwick. Una vez allí, despidió a su escolta, diciéndole que utilizaría la guardia de Pershwick para regresar a Crewel, pues se proponía pasar la noche en su antigua residencia. No deseaba que uno de los hombres de Rolfe dijese a su marido que ella se había encontrado con un hombre en el campo. Pero además, no deseaba recibir más notas de Alain, y el único modo de que cesaran esas misivas era hablarle.

Fue imposible salir sola de Pershwick, pues sir Guibert insistió en que llevase por lo menos seis hombres, y no pudo convencerle de que tal cosa no era necesaria. Pero eran hombres de Leonie, y cuando ella les ordenó que esperasen a la entrada del bosque, ninguno formuló objeciones.

A la vista de sus acompañantes, Leonie cabalgó lentamente hacia Alain. Se aceleraron los latidos de su corazón cuando se aproximó al hombre a quien no había visto en medio año. Incluso se hubiera dicho que había sido un período más prolongado, pues durante ese lapso ella había realizado muchas experiencias y había conocido más mundo que durante toda su vida anterior. ¿Y qué había sido de Alain después de la separación? Ella imaginaba que su presencia en la región podía significar una de dos cosas: o ya no huía, y quizá tenía motivos para creer que le concederían el perdón

real, o bien estaba tan desesperado que no creía que aproximarse a su antigua residencia fuese más peligroso que estar en otro lugar cualquiera. ¡Pobre Alain!

Cuando al fin se reunieron, un frío sol invernal arrancaba reflejos dorados a los cabellos rubios de Alain, y teñía de rosa sus mejillas, de modo que parecía tener menos de veinte años. Cuando se acercó, Leonie advirtió con desaliento que Alain estaba muy decaído. Había una expresión de fatiga en sus rasgos, y los ojos relucían con una astucia que la puso sobre aviso.

-Alain – Leonie adoptó una actitud reservada mientras él la ayudaba a desmontar-. Creí que habías decidido permanecer en Irlanda.

El joven sonrió amargamente.

-En efecto. Pero cuando llegué descubrí que mis parientes eran firmes partidarios de Enrique. Ninguno se mostró dispuesto a provocar su disgusto ofreciéndome refugio. Me ayudaron a partir apenas llegué.

-Lo siento – dijo Leonie con expresión de simpatía, pero sintió la necesidad de abordar directamente el tema principal -. Alain, nunca me dijiste de qué te acusaban, y he oído cosas…

-Mentiras – se apresuró a decir Alain. Sonrió cálidamente -. Leonie, me alegro mucho de verte. ¿Estás bien? No parece que lo hayas pasado mal con el Lobo Negro.

Ella respondió secamente: -No me maltrata. Pero no deseo hablar de él. ¿Para qué has venido?

Alain adoptó una expresión de tristeza.

-¿No lo adivinas? Cuando me enteré de tu matrimonio, lo sentí por ti. Pensé que necesitabas ayuda.

-Gracias, Alain, pero no necesito ayuda – dijo ella con la mayor cortesía posible.

-¿Eres feliz con él?

-No puedo decir que me sienta feliz, pero nada puede modificar mi situación.

-Leonie, podrías huir conmigo.

Leonie se volvió nuevamente hacia Alain, sobresaltada. Había contemplado la posibilidad de fugarse, pero mientras Rolfe no adoptase la decisión de devolverle su libertad, se las arreglaría para encontrarla. Lo que ella necesitaba era un refugio seguro, y eso mal podía dárselo Alain.

-Alain, ¿adónde te propones ir?

La pregunta era expresión de mera curiosidad, pero él la interpretó como una aceptación.

-Leonie, no lamentarás tu decisión. – Sonrió, y la abrazó. - ¡Juro que te haré feliz!

-¡Alain! – exclamó Leonie, tratando de rechazarlo -. Estoy casada.

Él la sostuvo fuertemente.

Leonie lo miró, paralizada.

-¿Qué quieres decir?

-Tu marido arriesga diariamente la vida – replicó con gesto cauteloso Alain -. Incluso ahora guerrea contra mis vasallos.

-Los vasallos de tu padre.

-Es lo mismo – observó secamente Alain -. Un hombre así, un hombre dedicado a la guerra, morirá… y pronto.

Ella comprendió, y se sintió desfallecer. El primer mensaje de Alain había llegado no mucho tiempo después del ataque a Rolfe. Era posible que Alain hubiese intervenido en eso. Y quizá era el hombre que había disparado la flecha.

-Alain – comenzó a decir Leonie -. Tú... me has interpretado mal...

-¡Silencio! – dijo Alain con el cuerpo tenso. Ella siguió con su mirada en la dirección de Crewel, y comprobó horrorizada que su marido salía solo al bosque.

-Leonie, que tus hombres no intervengan en esto – dijo excitado Alain -. Mi gente lo atrapará fácilmente.

-¿Qué?

Ella no alcanzaba a ver a otros hombres en el claro o en las proximidades. Pero cuando Alain emitió un agudo silbido, Leonie comprendió que Rolfe corría peligro.

-¡Alain! ¡No debes atacar a Rolfe!

-Calla, Leonie – dijo confiadamente Alain -. Esto será fácil. – Gritó a través del claro -. Quédate donde estás, d'Ambert, has perdido lo que era tuyo.

Rolfe ya había visto a los dos, de pie y abrazados. Era la verdad que había temido. Había regresado a Crewel para explicar a Leonie la verdad acerca de su padre, y entonces supo que se había dirigido a Pershwick. Descubrió el mensaje de Alain Montigny, dejado al descuido sobre la mesa. Una búsqueda permitió encontrar otra nota de Montigny. Dos notas eran suficientes para demostrar la culpabilidad de su esposa, y lo que vio fue la confirmación definitiva.

-¡Déjala, Montigny!

-Ella viene conmigo – exclamó burlonamente Alain.

Leonie lanzó una exclamación, ofendida. Pero después, todo sucedió tan velozmente que no tuvo tiempo para negar la afirmación de Alain.

Los hombres de Leonie habían montado y se acercaban; mucho más cerca, los hombres de Alain irrumpieron a través de los árboles. Los siete compañeros de Alain atacaron a Rolfe, que desenvainó instantáneamente la espada. Su grito de guerra resonó en el calor, y algunos de los atacantes interrumpieron la embestida, de modo que al fin sólo cuatro se enfrentaron con Rolfe.

Leonie llamó a gritos a sus hombres, pero nadie comprendió que la intención de su ama era que ayudasen a Rolfe. Alain, confiado en la eficacia de su plan, creyó que la intención de Leonie era que sus propios soldados contribuyeran a destruir a Rolfe.

-No temas – le aseguró Alain, disfrutando de su triunfo -. Es fuerte, pero el número le vencerá.

-¡Estúpido! – exclamó Leonie, y la sonrisa de Alain se esfumó -. ¡Te mataré antes de permitir que le mates!

-Me agradecerás si...

Calló cuando vio que sus hombres volvían grupas y huían hacia el interior del bosque, es decir, cinco de ellos, mientras dos yacían muertos en el prado. Cuando vio esto, Alain aferró la muñeca de Leonie y la obligó a caminar hacia los caballos. Rolfe en realidad no había ido solo; únicamente se había adelantado a sus hombres en la prisa por encontrar a Leonie.

Acompañaban a Rolfe dos caballeros y media docena de soldados. Y los hombres de Leonie se había reunido con su ama.

Rolfe no se movió, y miró a Alain desde varios metros de distancia.

-Leonie, si le acompañas le perseguiré hasta encontrarle y le mataré.

Alain la soltó inmediatamente.

-Si tanto le interesas, quédate con él – le dijo con una expresión de temor en la cara. Montó su caballo, y miró a Rolfe, para comprobar si éste intentaba detenerlo.

-Él cree lo peor – dijo Leonie a Alain -. Tienes que decirle... ¡Alain! ¡Regresa!

Alain se internó en el bosque, en la dirección que habían seguido sus hombres. Leonie volvió a pronunciar su nombre, pero Alain ni siquiera miró hacia atrás.

Ella se volvió para mirar a su esposo. Los ojos de Rolfe estaban oscurecidos por la furia, y tenía una expresión cruel cuando avanzó lentamente, montando su caballo.

-Mi señora, ¿combatimos contra su esposo?

Ella apenas había advertido la presencia de sus hombres, que se habían reunido alrededor. ¿Qué podía decirles? ¿Qué pensarían de lo que habían visto? No deseaba quedar a solas con Rolfe, pero por supuesto, no era cuestión de iniciar un combate.

-Contéstales- ordenó Rolfe.

-Mi señor, permíteme explicar esto – comenzó a decir Leonie.

-¡Contéstales!

Ella respiró hondo.

-Mi señor, tienes que decirles que no te propones hacerme daño.

-Les diré únicamente que nadie me separa de mi esposa. Mataré a quien lo intente. Si desean morir, pueden luchar contra mí.

Leonie se volvió hacia uno de sus hombres.

-Vuelvan a Pershwick. Iré voluntariamente con mi esposo.

-Pero, mi señora – dijo preocupado el hombre más joven, dirigiendo una mirada a Rolfe -. Sir Guibert si... si te sucede algo, nos matará.

-Dile únicamente que me han acompañado hasta Crewel. – El hombre no se movió -. No permitiré que Guibert Firzalan vaya a Crewel a rescatarme, ¿entendéis? Yo misma te flagelaré si él se entera de lo que ha sucedido aquí. Ahora, iros - Aun así, el hombre no se movió. Leonie suspiró. – Es mi marido. Debo acompañarle. Por favor, no dificultéis más las cosas.

Le indicó con un gesto que la ayudasen a montar, y el soldado obedeció, de mala gana. Después, Leonie salió del claro, sin esperar más. Cabalgó en dirección a Crewel. Los hombres de Rolfe no necesitaron mucho tiempo para alcanzarla.

No se volvió ni una sola vez para comprobar si Rolfe la seguía.

## CAPITULO 43

La semana siguiente se caracterizó por una sucesión de emociones, y Leonie osciló entre la depresión profunda y la furia impotente. En efecto, Rolfe la acompañó en el camino de regreso a Crewel, y la arrastró a la

habitación que ambos compartían. Ella esperaba lo peor, pero Rolfe se limitó a encerrarla. Después, se enteró de que esa noche él había bebido hasta sumirse en la ebriedad.

La liberó al día siguiente, pero nada cambió. No quiso escucharla cuando intentó explicarle el encuentro con Alain. No quiso escucharla cuando Leonie le dijo que jamás había concebido la idea de huir con Alain. En definitiva, no estaba dispuesto a escuchar, y tampoco a hablarle. Los criados evitaban a Leonie por temor a la cólera de Rolfe.

Peor aún, Wilda y Mary fueron alejadas, de manera que Leonie quedó sola. No podía hablar con nadie.

Si él se hubiese marchado, pensaba Leonie, la tensión hubiera sido más soportable. Pero Rolfe no regresó al sitio de Warling. No salía de Crewel ni siquiera para cazar. Permanecía cerca de Leonie, pero apartado de ella, como si no confiase en la posibilidad de dominarse cuando la tenía cerca, y al mismo tiempo no pudiera dejarla.

Leonie sabía exactamente qué pensaba Rolfe. Esperaba que ella huyera, y permanecía allí para evitar que lo hiciera. Leonie encontró las dos notas de Alain en el suelo, el día que Rolfe la encerró en la habitación, y comprendió cómo la había descubierto, y cuáles eran las conclusiones que había extraído. Sabía que la escena del claro la condenaba, pero no había modo de disipar el malentendido si él no la escuchaba.

Rolfe ni siquiera dormía en la misma cama; ocupaba un jergón en la antecámara, como si fuera un guardia apostado a la puerta.

Leonie sabía que esa situación no podía durar mucho más. Frustrada y colérica, abrió la puerta que la separaba de su marido. Él tenía los ojos abiertos. Miraba fijamente el techo. La ignoraba, y eso contribuyó a que Leonie perdiese los estribos. Paseó la mirada por la antecámara, buscando algo para arrojarle.

-No hagas eso, Leonie – la voz de Rolfe era grave y amenazadora.

-¿Por qué no? –preguntó Leonie enfurecida -. ¡En ese caso podrías golpearme, y acabaríamos de una vez con esto!

-¿Golpearte? – Rolfe se sentó en el jergón -. Maté a un hombre precisamente por hacer eso, y te atreves a pensar que yo…

-¿Qué?

-Maté a Calveley – dijo Rolfe con voz apagada -. No podía permitir que viviese después de lo que te hizo.

Leonie le miró asombrada.

-¿Cómo lo supiste? Nunca te dije…

-La última semana que estuve ausente la pasé con tu padre, tratando de que recobrase la sobriedad, porque así podría aceptar mi desafío. – Los ojos de Leonie expresaron el pánico que sentía, y él dijo irritado: - Mujer, no he matado a tu padre. No era el villano que yo creía. Su esposa lo convirtió en un borracho. Demostró debilidad, y no está exento de culpa, pero no ordenó que te castigasen. No sabía nada, ni siquiera sabía que todos estos años estuviste viviendo en Pershwick – concluyó con vos un poco más amable.

-¿Cómo… cómo ha podido ignorarlo? – murmuró Leonie, profundamente conmovida, y Rolfe completó su explicación.

-Ahora mismo está abrumado por el remordimiento en vista de que te abandonó de un modo tan terrible –concluyó Rolfe.

Ella le miró, abrumada. ¿Por qué no había intentado siquiera una vez forzar una conversación con él? Podría haberse salvado ella misma y haber salvado a su padre de muchos sufrimientos. Podría haberse enterado de la verdad.

-¡Iré a verlo ahora mismo!

-¡No!

-¿No? ¿Cómo puedes decir que no?

-Leonie, tienes que dar a ese hombre la posibilidad de recuperar el respeto de sí mismo – dijo inflexible Rolfe -. Vendrá a verte cuando lo haya logrado. De eso puedes estar segura.

Ella le miró hostil, al borde de las lágrimas.

-¡No disimules tu negativa con nobles sentimientos! Te niegas porque deseas retenerme prisionera en esta casa. ¿Por qué no lo dices claro?

-¡Maldita sea! – explotó Rolfe. Llegó a ella en dos pasos, sin prestar atención a su propia desnudez -. Regresé aquí para explicarte todo lo que sabía acerca de tu padre. ¡Y descubrí que habías huido con tu amante!

-¡Nunca ha sido mi amante!

-¡Mientes! – Las manos de Rolfe se hundieron en los hombros de Leonie -. No me sorprendería que hayas dejado la nota a propósito, de manera que yo cayese en la trampa. ¿Tú sabías que los hombres de Alain esperaban para atacarme?

-Lo sé ahora, pero no lo sabía entonces- ¿Cómo podría haberme enterado? Antes de ese día no lo había visto. Lo juro.

Él la miró furioso, y la sacudió.

-¡Había dos notas!

-¡Hubo tres! – replicó Leonie a gritos -. Pero no presté atención a las dos primeras. Solamente deseaba saber qué estaba haciendo él aquí. Insistía tanto en verme... ¿Y para qué podía dejar notas que tú leyeras, cuando me dijiste que no sabías leer? ¡Si alguien es mentiroso, eres precisamente tú!

Rolfe ignoró por completo ese tema.

-¿Qué te dijo, Leonie? – le preguntó con expresión sombría.

Ella no se dejó engañar por el tono más suave.

-Que deseaba ayudarme, que pensaba que mi vida contigo me acarreaba sufrimientos - También ella bajó la voz -. Pero no creo que ésa sea la verdadera razón que le indujo a concertar la cita. Creo que los hombres que te atacaron estaban allí para ayudarle a dominarme si yo no podía aceptar ir con él. Creo que su propósito era pedir rescate por mi persona.

Leonie bajó los ojos. Fue un error, pues de pronto ella tuvo perfecta conciencia de la desnudez de su marido. Rolfe también advirtió la situación. No sabía si podía creer en lo que ella le decía, pero desesperadamente ansiaba creerla.

Cuando la recibió en sus brazos, ella se sintió conmovida. ¿Cómo era posible que un hombre fuese tan vulnerable? Trató de apartarse. -¡Rolfe, no!

Él la sostuvo con más firmeza.

-Eso es injusto, Leonie. Usas mi nombre para debilitarme.

-¿Cómo puedes...?

-¿Cómo puedo no hacerlo? Dios me ayude, te necesito. No puedo luchar contra eso, y no volveré a intentarlo.

Rolfe no lo supo, pero estas palabras tuvieron un efecto mágico en Leonie, porque de pronto ella comprendió que Rolfe la amaba... sólo que era demasiado obstinado para reconocerlo.

En realidad, lo único que Leonie había deseado siempre de él era su amor. Si lo tenía, estaba dispuesta a darle todo: su corazón, su vida, sus hijos.

La pasión de Leonie estuvo a la par de la que él demostró, y Rolfe se sintió casi abrumado por la reacción de su esposa. La alzó en brazos y la llevó a la ancha cama donde ella apenas conseguía dormir cuando estaba sola. Después, le hizo el amor con las manos, los labios, el cuerpo entero, y le reveló todo el deseo que anidó en su corazón.

Y Leonie correspondió a ese amor. Él era suyo, y ella permitió que su propia alegría la colmase, y se sintió exultante porque le poseía totalmente.

## CAPITULO 44

A la mañana siguiente, cuando Leonie despertó, Rolfe no estaba en la habitación. Pero como ésa era su costumbre, ella prestó poca atención al asunto. Por eso mismo, más tarde se sintió molesta cuando supo que él había marchado con su ejército y que no volvería pronto. ¿Cómo podía irse sin hablarle siquiera? ¿Todo estaba arreglado entre ellos? De eso, Leonie no se sentía segura. Incluso llegó a preguntarse si habría imaginado todos los sentimientos maravillosos de la noche anterior. Quizá se había limitado a oír en las palabras de Rolfe lo que deseaba escuchar.

Se retiró a su habitación y no salió de allí durante dos días. Hubiera podido morirse si llega a ser por la atención que le brindaron en la casa. Le dejaban comida en la puerta, pero eso era todo. Leonie sentía que era una intrusa, y eso estaba destruyéndola. Sencillamente, no podía vivir de ese modo.

Cuando se aventuró fuera de su habitación para pedir a un criado que le preparase un baño, descubrió que Amelia continuaba residiendo en la casa, y aún representaba el papel de señora del castillo. Fue el golpe definitivo. Leonie decidió salir de allí. Que Rolfe se ocupase de buscarla.

Empaquetó sus cosas, utilizando un solo baúl con el fin de que sus movimientos no fuesen evidentes, y ordenó que lo llevasen a la planta baja. Hasta ahí llegó. Sir Evarard tenía orden de suministrarle una escolta de quince hombres si ella salía de Crewel.

Los hombres armados no debían separarse de Leonie hasta el momento en que volviese. Evarard no veía con agrado que tantos hombres salieran de Crewel, salvo que se tratase de una situación urgente. Informó a Leonie que la guarnición estaba muy debilitada, pues Rolfe había incorporado a su ejército al mayor número posible de hombres. Se negó firmemente a permitirle que saliera.

Cuando Leonie vio a Amelia fue derecho al asunto.

-Me marcho. Y no regresaré, sean cuales sean los argumentos con que quieran persuadirme. Amelia, ¿te parece bien?

La mujer se sentía tan complacida que ni siquiera intentaba fingir.

-Mucho.

-Eso pensé. En tal caso, ¿me ayudarás? Sir Evarard no está dispuesto a facilitarme los hombres que de acuerdo con la orden de Rolfe tienen que acompañarme. Me parece que te mira con simpatía. ¿Puedes convencerle de que cambie de idea? Dile que estaré fuera a lo sumo unas pocas horas.

-Pero si los soldados son necesarios aquí…

-Los devolveré apenas esté a salvo en Pershwick – le aseguró Leonie.

-¿Pershwick? Pero allí Rolfe te encontrará. ¿No será mejor que salgas de Inglaterra?

Leonie suspiró, disgustada.

-Amelia, mi intención no es ocultarme. Poco importa que Rolfe me descubra, pues las puertas de Pershwick estarán cerradas para él.

Amelia sonrió. Eso era todavía mejor. Si la esposa de Rolfe ordenaba a sus hombres que se enfrentasen al señor de Crewel, esa actitud destruiría definitivamente la relación entre ambos. Después de un gesto semejante él ya no la querría. – Deja a Evarard de mi cuenta – dijo amablemente.

Evarard permitió que Leonie saliera de Crewel, aunque su gesto agrio mostraba claramente su renuencia.

La cabalgadura, generalmente breve hasta Pershwick, tardó más tiempo a causa del carro que portaba el baúl de Leonie. Y cuando llegó, la joven comprobó que sir Guibert estaría ausente el día entero. Mejor así, pues Leonie sabía que él desaprobaría la actitud que ella adoptaba, e incluso podría tratar de impedirlo. Cuando volviese, poco podría hacer, pues se hallaría ante un hecho consumado y vería a Leonie firmemente instalada en Pershwick.

Leonie impartió personalmente las órdenes necesarias para asegurar la defensa de Pershwick. Tal vez su escolta concibió sospechas acerca de la actividad que ella desarrollaba, pero Leonie se mantuvo alejada de los hombres de Rolfe, y cuando éstos vieron confirmadas las sospechas, ya nada pudieron hacer. Una vez concluidos los principales preparativos, Leonie ordenó que los soldados de Crewel se retirasen de Pershwick. Y les explicó únicamente que no regresaría a Crewel, que ellos debían marcharse solos.

La tía Beatriz le manifestó afecto. En cambio, Wilda formuló objeciones un tanto sorprendentes. Le disgustaba que Leonie dejase sin luchar el campo a Amelia. Su actitud frente a Amelia era muy definida y bastante enérgica; además, reveló que Amelia había impartido la orden de que la propia Wilda y Mary salieran de Crewel. Si Amelia podía utilizar malas artes para conseguir lo que deseaba, ¿por qué Leonie no tenía derecho a mostrar su espíritu de lucha? Leonie se limitó a mantener atareada a Wilda, de modo que no tuviera que escucharla.

No podía hacer lo mismo con sir Guibert. Esa tarde, cuando él llegó y se enteró de los planes de la castellana, perdió los estribos. Entró al salón y fue al encuentro de Leonie, mirándola furioso.

-¿Has perdido la cabeza? – preguntó sin saludarla siquiera -. ¿Estás dispuesta a luchar contra tu propio marido? Yo no puedo…

-No se trata de luchar – lo interrumpió Leonie -. Sucede solamente que ya no los soporto.

-¡No puedes hacer eso! – explotó Guibert -. ¡Por Dios, Leonie, ahora es tu señor! ¡Le debes obediencia!

Esta afirmación, fuese válida o no, la irritaba. No estaba dispuesta a ceder. Pero Leonie necesitaba el apoyo de Guibert, y por lo tanto hizo algo que antes nunca había hecho. Se echó a llorar, y observó el efecto que esto tenía sobre el hombre que había sido como un padre para ella. Entre sollozos desgarradores, le confesó todo a Guibert, sin ocultar nada, ni siquiera que llevaba en su seno al hijo de su marido... el segundo hijo de Rolfe.

Pero sus revelaciones acerca de Amelia no parecieron tan sorprendentes a Guibert como ella había esperado que fuesen, pues Leonie olvidaba que su situación, si bien dolorosa, no era única.

-Leonie, no eres la primera mujer a quien se pide que críe a los bastardos del marido – la reprendió suavemente Guibert. a decir verdad, el comportamiento de Rolfe chocaba a Guibert, y le dolía que Leonie sufriera; pero compadecerse no servía de nada.

-Si se tratase sólo de eso, podría soportarlo – dijo Leonie -. Pero mi marido no quiere despedir a la madre del niño. Se lo he pedido y me lo niega. La exhibe en mi propia casa. Le asigna responsabilidades que son mías por derecho. ¡me siento como una esposa de segunda categoría!

-Exageras, Leonie.

-¡No exagero! Te he explicado claramente la situación. Guibert, traté de soportarlo. Y... si no estuvieran en juego mis sentimientos, quizá podría tolerar esto. Pero...

-¿Le amas?

-Sí – declaró Leonie, y comenzó a sollozar sinceramente -. He tratado de evitar que este sentimiento me dominara. Sabía que eso sólo me acarrearía dolor. Y él pretende que continúe compartiéndole con esa mujer. No lo soporto más. Guibert, esta situación me destruirá.

Guibert suspiró.

-Leonie, no sé qué pretendes conseguir al venir aquí. Rolfe ha asediado lugares más fuertes que éste y con éxito.

-¡No hará eso aquí! – replicó Leonie -. Soy su esposa.

Guibert movió la cabeza.

-¿Crees que eso le detendrá? Es precisamente la razón por la cual no se retirará de nuestras puertas cerradas.

-No, Guibert – dijo ella confiadamente -. Rolfe aún tiene que conquistar dos fortalezas. No retirará a su ejército de las plazas fuertes donde le espera la victoria, para venir aquí. Sí, vendrá en persona, pero yo le diré claramente lo que siento... si es necesario, le gritaré desde la muralla. Tendrá que aceptar mi decisión.

-¿Conoce tu estado?

-No – reconoció Leonie, que volvió los ojos hacia Guibert y después la mirada -. No le ofreceré la excusa para que me obligue a regresar a Crewel.

-Ojalá te conceda la libertad – dijo Guibert, suspirando -. Si no lo hace – movió la cabeza – que Dios nos ayude.

## CAPITULO 45

Las aprensiones de Guibert preocuparon a Leonie durante los días siguientes, pues había creído que Rolfe acudiría sin tardar a Pershwick, pero se equivocó. Los días se convirtieron en semanas, y él no apareció. Leonie se sentía tan deprimida, como cuando llegó a su hogar.

Dos semanas más tarde, Leonie abrió nuevamente las puertas de Pershwick, y permitió que las cosas siguieran su curso normal. Ordenó regresar a los hombres que había retirados de sus restantes dominios, a volver a sus tierras, pero mantuvo alerta a sus soldados. Los depósitos estaban llenos con los productos de la última cosecha, de manera que la alimentación no le preocupaba. La situación se prolongaba, y destruía los restos de su buen humor. Habían pasado casi cuatro semanas desde el día en que ella se marchara de Crewel. Su embarazo ya llevaba dos meses y medio, y los vestidos apenas disimulaban el engrosamiento de su cuerpo. Se sentía disgustada, pues deseaba formular un ultimátum a Rolfe sin introducir a su hijo en la discusión.

En un día excepcionalmente cálido, Leonie estaba de pie en el parapeto, y de pronto vio que su marido se acercaba. Cuatro caballeros cabalgaban detrás de él. Y, un poco más lejos, ella vio algo que le heló la sangre en las venas.

-¡Santo Dios, trae a todo su ejército!

Alrededor de un millar de hombres avanzaban hacia Pershwick. El ejército se detuvo fuera del alcance de las armas de Pershwick. ¿Eso significaba que Rolfe preveía realmente un combate?

-Te lo advertí, mi señora – dijo con voz pesarosa el amigo y vasallo de Leonie.

Leonie apartó los ojos del ingrato espectáculo que se le ofrecía frente a las murallas, y no intentó ocultar a sir Guibert su miedo.

-Ordenaré abrir las puertas – dijo Guibert.

-No – replicó ella, y su rostro era la imagen misma del sufrimiento.

-¡Por Dios, Leonie! ¿En qué estás pensando? Esto ya no es un capricho femenino. Tu señor está tomando las cosas muy en serio.

-Te digo que no nos atacará – insistió ella -. Trae a su ejército sólo para asustarme.

-¿Estás dispuesta a arriesgar nuestras vidas sobre la base de un supuesto? – exclamó Guibert.

-Por favor, Guibert. Aquí se decide el resto de mi vida. Por lo menos permíteme escuchar lo que él tenga que decir. Si me entregas a él sin permitirme siquiera esta posibilidad, nunca aprenderá que debe respetar mis sentimientos.

Guibert miró de nuevo al ejército que tenía enfrente. Un hombre no ordenaba a un ejército mercenario que lo siguiese, a menos que se propusiera usarlo. Leonie se engañaba. El Lobo Negro estaba dispuesto a atacar.

-¿Le hablarás personalmente? – preguntó Guibert.

Cuando ella respondió afirmativamente, él se apresuró a agregar: -¿No intentarás provocarle?

Leonie movió la cabeza.

-Me mostraré cuidadosa, pero él tiene que saber que me mantengo firme. De lo contrario, ¿cómo podemos llegar a un arreglo? Pero juro que si las cosas no salen bien me rendiré.

-Muy bien – suspiró Guibert -. Pero mi señora, recuerda que un hombre tiene orgullo, no le presiones demasiado. Sólo el orgullo por el honor puede llevar a un hombre a hacer cosas que en realidad no desea.

Rolfe y sus caballeros se habían acercado a la entrada, y allí se detuvieron. Rolfe examinó serenamente la muralla guarnecida a cada lado de la entrada, las armas que lo apuntaban, la puerta cerrada. Prevalecía una atmósfera tensa.

Rolfe pidió entrar y recibió una negativa. Leonie contuvo la respiración, esperando la reacción de su esposo. En efecto, ¿hasta dónde llegaría Rolfe por defender su honor?

-¿Mi señora esposa está aquí?

-Aquí estoy, mi señor- respondió Leonie.

-Inclínate hacia delante. No puedo verte – gritó Rolfe.

Se inclinó hacia delante. Ella le veía bien. Vestía la armadura completa, y como no se había quitado el yelmo incluso sus ojos estaban ocultos.

Rolfe adelantó su corcel.

-¿Has preparada a Pershwick para la guerra?

-Las plazas fuertes siempre deben estar preparadas – se limitó a decir Leonie -. Pero yo también podría preguntarte por qué trajiste aquí a tu ejército.

-Vaya, por supuesto, para complacerte – contestó Rolfe -. ¿No deseas la guerra?

Leonie contuvo una exclamación.

-Mi señor, adopto precauciones, nada más.

La voz de Rolfe sonó como un latigazo.

-¿Contra mí?

-¡Sí!

-¿Por qué, Leonie?

La respuesta era demasiado embarazosa para gritarla en público, pero era inevitable que ella gritase.

-Mi señor, no continuaré en Crewel con tu... mientras lady Amelia resida allí.

-Leonie, no te oigo.

Él la había oído muy bien. ¿Se proponía avergonzarla?

Leonie reunió valor y se inclinó todavía más sobre el parapeto.

-¡Dije que no continuaré en Crewel mientras Amelia esté allí!

-¿Eso es la causa de todo?

La voz de Rolfe trasuntaba incredulidad.

-Sí.

Y entonces sucedió lo inconcebible. Rolfe comenzó a reír. Se quitó el yelmo y la risa fue cada vez más sonora. Saltó sobre los muros e invadió la residencia.

-Mi señor, tu humor está fuera de lugar. – El tono de Leonie era agrio -. Hablo en serio.

Hubo un momento de silencio, y después él dijo con voz dura: -Ya basta, Leonie. Ordena que abran la puerta.

-No.

Su expresión era sombría y violenta.

-¿No? Ya me has oído decir que no permitiré que nadie me separe de mi esposa. Y eso te incluye a ti.

-Tú también dijiste que matarías a quien lo intentase. Mi señor, ¿eso me incluye?

-No, Leonie, pero si me obligas a destruir estos muros, dudo que queden muchos supervivientes para reconstruir Pershwick. ¿Deseas ver muerta a tu gente?

Ella ahogó una exclamación.

-¡No harías tal cosa!

Rolfe se volvió hacia sus caballeros.

-¡Sir Piers, ordena que incendien la aldea! – gritó.

-¡No, Rolfe! – protestó Leonie.

Rolfe se volvió hacia Leonie, esperando.

-Puedes... puedes entrar, mi señor... solo. Y únicamente para hablar. ¿Estás de acuerdo?

-Ordena abrir la puerta – replicó fríamente Rolfe. El rostro de Leonie expresó el sentimiento de derrota. Rolfe no se había dejado intimidar. Ella había perdido la ventaja, y ambos lo sabían. Y Rolfe sabía también que no corría peligro si entraba en Pershwick, porque tenía un ejército fuera.

-Haz lo que él pide, sir Guibert – dijo Leonie -. Le esperaré en el salón.

-No lo tomes tan a pecho, Leonie – dijo Guibert amablemente -. Quizá te concederá lo que deseas, ahora que sabe cómo te molesta esa situación.

Ella asintió con tristeza y se alejó.

Guibert sintió que se avivaba su cólera cuando la vio alejarse. No soportaba verla tan entristecida. No aprobaba lo que ella había hecho, pero sus motivos eran comprensibles. Irritado, fue al encuentro de Rolfe d'Ambert.

## CAPITULO 46

Rolfe entró en Pershwick y desmontó de su gran corcel de guerra. Estaba furioso. Había salido de Crewel muy animado y dispuesto a creer que Leonie le amaba. Después de todo, ¿acaso ella podría responder tan apasionadamente a su marido si de veras amara a Montigny? No, se decía Rolfe, imposible.

El asunto carecía de importancia, pues Alain estaba muerto y enterrado. Rolfe no había visto el cadáver, pero se lo habían comunicado. En una acción de ilimitada estupidez, ese joven sin seso había conseguido entrar en Blythe y había incitado a los sitiados a atacar el pequeño campamento establecido por Rolfe frente al lugar. Después, los había llevado a Warling, convencido de que los pobladores asediados saldrían para unirse a la batalla. No lo hicieron, pero de todos modos la situación no habría cambiado si ellos hubiesen intervenido. O Montigny carecía completamente de inteligencia, o había subestimado gravemente la fuerza del ejército de Rolfe. En realidad, no hubo combate. Montigny tenía menos

de cien hombres. Muchos fueron controlados rápidamente, y murieron muchos, entre ellos, el propio Alain Montigny.

Los ocupantes de la asediada Warling, al presenciar la masacre, aceptaron rápidamente las condiciones de rendición.

Rolfe no había podido presenciar este sorprendente cambio de los hechos porque le habían llamado a Normandía, pocos días después de separarse de Leonie. Había dedicado las últimas semanas a ocuparse de la herencia de su finado hermano.

Fue un período hasta cierto punto desconcertante, porque Rolfe se sintió obligado a definir qué sentía por su hermano. Finalmente, llegó a la conclusión de que su propia actitud era de indiferencia. No sentía un dolor muy intenso frente a su muerte. De todos modos, tampoco deseaba desentenderse de la viuda y los hijos. En definitiva, Rolfe había pasado una época difícil.

¡Y lo que sucedió después! Había regresado a Crewel, y allí se enteró de que Leonie se había encerrado en Pershwick, ¡y que estaba dispuesta a resistir por la fuerza para permanecer en ese lugar! De nuevo ella se había burlado de la confianza que Rolfe le dispensaba. Llegó a la conclusión de que ésa era la última vez que toleraría que ella le hiciese daño. Si le odiaba hasta el extremo de adoptar semejante actitud, Rolfe no deseaba que volviese. Esa decisión era firme.

O por lo menos, eso creía. Durante tres días resistió todos los impulsos que le llevaban a cambiar de idea. El problema era que en efecto deseaba que Leonie volviera, y que lo deseaba a toda costa. Incluso había acudido con su ejército para demostrárselo. ¡Y ahora comprobaba que todo el episodio había sido únicamente por los celos! No estaba seguro de si quería cubrirla de besos o estrangularla.

Pero sabía una cosa: Leonie no saldría indemne del asunto. Era necesario demostrarle que no podía huir ni levantar a sus vasallos cada vez que discrepaba con su marido.

Si la cólera de Rolfe se había atenuado hasta convertirse en una moderada exasperación, no tardaría en encresparse de nuevo. Sir Guibert le recibió cerca de la entrada y le dijo sin rodeos que Leonie no saldría de Pershwick a menos que lo hiciera por propia voluntad. Él estaba dispuesto a apoyar su actitud con toda la fuerza necesaria.

Rolfe palideció intensamente.

-¿Comprendes que estás dispuesto a morir?

-Así es, mi señor.

-¿Sabes también que los celos de mi esposa son infundados? Hay razones que justifican la permanencia de lady Amelia en Crewel. Yo no quisiera que así fuera, pero es inevitable.

-Sabemos que la dama espera un hijo – replicó imperturbable Guibert.

-¿Sabemos?

-Lady Leonie no adoptaría una postura tan dura si sólo abrigase sospechas.

Rolfe miró, hostil, a su interlocutor.

-Sir Guibert, te dije que sus celos son infundados. El niño no le concierne, porque fue concebido antes de que yo contrajese matrimonio con lady Leonie.

-Entonces, mi señor, tienes que convencerla de eso, pues seguramente cree otra cosa.

Rolfe enmudeció. Sir Guibert formuló la afirmación en el tono de quien dice algo evidente por sí mismo. Ya era bastante desagradable que Leonie se hubiese enterado del embarazo de Amelia cuando Rolfe había confiado en que la mantendría en la ignorancia todo lo posible. Pero que creyese…

-Llévame ante ella – reclamó Rolfe, nuevamente irritado a causa de las absurdas ideas que anidaban en la mente de Leonie. Que ella opinase así demostraba claramente lo que pensaba de él. Recordó las dudas que él mismo había abrigado acerca de la conveniencia de permitir que Amelia continuase en Crewel, pero incluso en ese momento no había adivinado las conclusiones que Leonie podía extraer de la bondad que él demostraba frente a Amelia.

Cuando Leonie vio que Rolfe cruzaba el salón para acercarse a ella, le sorprendió su propio temor, e inmediatamente, bajo la superficie de ese sentimiento, el tremendo orgullo que Rolfe le inspiraba. Tenía que respetar a un hombre que perseguía tan tenazmente su objetivo.

En realidad, Leonie no deseaba que él cediera a sus reclamos, si en su corazón se mantenía el deseo de conservar a Amelia. Eso de nada serviría. Leonie deseaba que la cuestión se resolviera definitivamente.

Rolfe se detuvo a pocos metros de Leonie, y observó la postura y la actitud de su esposa. Ella estaba de pie detrás de una silla, y sus manos aferraban el alto respaldo, como si deseara mantener ese obstáculo ente ambos. Elevaba desafiante el mentón, pero sus ojos demostraban incertidumbre y temor.

-Mi señor, ¿era necesario que vinieses con un ejército? – preguntó Leonie, aprovechando el momento.

Él hubiera podido echarse a reír, pues había una docena de hombres armados en el salón, además del fiel vasallo de Leonie, de un número considerable de siervos de aspecto brutal que no intentaban disimular la antipatía que les inspiraba Rolfe d'Ambert.

-Alégrate de que haya venido con un ejército, mujer, pues si hubiese llegado solo te habrías mantenido firme en tu locura y me habrías obligado a usar después medidas más severas.

Ella se encrespó.

-No es locura… – cerró firmemente la boca -. No discutiré acerca de eso. ¿Qué deseas hacer ahora?

-Llevarte de regreso.

-¿Y si me niego a salir de aquí? ¿Atacarás a Pershwick?

-No dejaré piedra sobre piedra –contestó él -. De todos modos, estoy tentado de desmantelar Pershwick. – Se le endureció el rostro -. Leonie, no puedes venir aquí y levantar a tu gente contra mí cada vez que reñimos. Si vuelves a hacer esto, no vacilaré en destruir Pershwick. Tú me perteneces.

-¡Pero no soy feliz contigo! – explotó Leonie.

Lo mismo hubiera podido apuñalarlo. Rolfe se dijo que no debía abrirle su corazón, si todo lo que ella deseaba era pisotearlo.

-Abrigaba la esperanza de que con el tiempo llegases a amarme, o por lo menos a sentir que la vida conmigo era… agradable. Lamento que no puedas apreciar eso.

La voz de Rolfe tenía acentos fúnebres.

Leonie sintió que se le destrozaba el corazón.

-¿Tú… renunciarías a mí?

Rolfe entrecerró los ojos. De modo que eso era lo que deseaba…

-No, señora. No renunciaré a ti.

La alegría la invadió, pero Leonie se dijo que no debía revelarle demasiado sus propios sentimientos.

-¿Y Amelia?

Él suspiró con expresión fatigada.

-Será trasladada a otra residencia.

-¿A otra de tus residencias? ¿En qué cambiaría eso las cosas?

-Leonie, no seas cruel – gruñó Rolfe -. Sabes que está embarazada. ¿Quieres que abandone a una mujer en ese estado?

-¡Jamás te pediría tal cosa! – exclamó Leonie -. Pero, ¿es necesario que la tengas siempre cerca, y que ella esté disponible para reconfortarte cuando riñes conmigo?

-Maldito sea, ¿de dónde has sacado esa idea? Sí, la mujer ha sido mi amante. Lamento que haya concebido un hijo. Pero no la he tocado después de casarme contigo, y me desconcierta tu idea de que lo hice… o lo haré.

-Mi señor, lady Amelia dice otra cosa – le informó Leonie.

-Habrás interpretado mal sus palabras – replicó Rolfe con voz tensa.

Leonie le volvió la espalda; estaba tan furiosa que hubiera deseado golpearlo con algo. Santo Dios, ¿cómo podía amarlo si él la irritaba tanto? Estaba mintiendo. ¡Sí, seguramente mentía!

-Recoge tus cosas, Leonie – dijo Rolfe a la espalda rígida de Leonie -. Nos marchamos. Ahora. Y si aprecias la vida de sir Guibert, le dirás que vienes por propia voluntad.

Ella se volvió bruscamente.

-No voy por propia voluntad, pero no necesitarás arrastrarme ni matar a nadie – dijo ásperamente.

Pasó al lado de Rolfe para impartir la orden de que preparasen su baúl. Después dialogó con sir Guibert, que se sintió muy aliviado cuando supo que ella había aceptado regresar a casa con su marido.

-¿No está enojado contigo? – preguntó dubitativo Guibert, mientras observaba a Rolfe, que se paseaba impaciente de un extremo a otro del salón.

-Su cólera no me atemoriza – mintió valerosamente Leonie.

-¿Rehusó despedir a la otra mujer? – preguntó vacilante el vasallo de Leonie.

-No – dijo Leonie con un suspiro -. Aceptó.

Guibert frunció el ceño.

-En ese caso, mi señora, deberías sentirte complacida.

-Ciertamente… debería sentirme satisfecha, pero no es el caso.

Guibert movió la cabeza mientras la veía alejarse.

## CAPITULO 47

Pero las cosas se resolverían por sí mismas de un modo que nadie hubiera podido prever.

Apenas Leonie regresó a Crewel y entró al dormitorio del amo, una criada se acercó frenética.

-¡Mi señora, ella está muriendo! Debe venir... por favor – exclamó Janie.

-Es una treta – se apresuró a decir Wilda. La joven era la criada personal de Amelia, y no formaba parte de la servidumbre de Crewel -. Esa mujer se ha enterado de que la despedirían de aquí, y quiere impedirlo diciendo que está enferma.

Dirigió una mirada de triunfo a Janie.

Wilda ocupaba firmemente su lugar, impidiendo que Janie se acercase demasiado a Leonie, y ésta se dio cuenta con satisfacción de que su criada intentaba protegerla, como hacía a menudo. No había logrado nada marchándose a Pershwick, pero por lo menos se había podido llevar de regreso a Wilda.

-Vuelve y dile a esa mujer que sabemos lo que se propone – ordenó descaradamente Wilda. En ese momento Leonie comprendió que debía impedir que continuara.

-Dime lo que ha sucedido – exigió.

Janie gimió: -Ella se enojará mucho cuando sepa que he venido a verla, mi señora, porque no quiere que nadie se entero de lo que ha hecho. Pero está sangrando, y la hemorragia no cesa. Mi señora, estoy segura de que se muere.

-¿Qué ha hecho? – insistió Leonie.

-Ella... ha bebido algo. Dijo que de ese modo todo volvería a estar bien.

Leonie palideció, pues comprendió inmediatamente.

-Por Dios, la culpa es mía. He odiado tanto al hijo a causa de la madre, y...

-Mi señora, ¿vendrás a verla? – rogó de nuevo Janie, y Leonie consiguió reaccionar. No era el momento oportuno para sentir remordimiento.

-Wilda, de prisa, trae mis medicinas.

Leonie se sorprendió cuando encontró a sir Evarard esperando delante de la puerta de Amelia. Se le veía muy angustiado.

-¿Amelia padece algo muy grave? – preguntó con voz apagada.

-Sir Evarard, ¿sientes afecto por esta dama?

Leonie no supo qué mas decir.

-¿Afecto? ¡La amo! – dijo enfáticamente.

Leonie le dirigió una sonrisa.

-Haré todo lo que pueda.

-¿De veras? – preguntó Evarard con expresión ansiosa -. Sé que no simpatizas con ella, ni ella contigo. Y Amelia puede ser caprichosa y petulante, pero... mi señora, en el fondo no es mala.

-Sir Evarard – dijo amablemente Leonie -, por favor, ve a la planta baja. Si puedo ayudar a Amelia, lo haré. Créeme.

Las habitaciones de Amelia eran más espaciosas de lo que Leonie había supuesto, y estaban atestadas de objetos, la mayoría de las cuales recordaban la anterior presencia de Alain. A Alain siempre le habían

agradado los adornos recargados, y había dejado allí la mayoría de sus posesiones al huir de Kempston.

La habitación olía a enfermedad. Habían cambiado poco antes las sábanas, pero las que estaban manchadas de sangre formaban una pila en un rincón.

Una ojeada a la figura demacrada que ocupaba el lecho, confirmó las sospechas de Leonie. La cara exhibía un significativo color gris, y bajo los ojos se dibujaban enormes círculos oscuros. El cuerpo de Amelia estaba sumido en el dolor, y en su estado de semilucidez ella se movía, gimiendo y quejándose, mientras las dos criadas que se encontraban de pie cerca de la cama miraban impotentes a Leonie.

Leonie apartó la sábana. Amelia yacía en un charco de sangre. Con la ayuda de las criadas, Leonie cambió de nuevo las sábanas y limpió a Amelia; por medio de vendas intentó contener el flujo de sangre. Después, obligó a Amelia a beber un jarabe de plantas medicinales, con la esperanza de que el brebaje contuviese la hemorragia.

En un frasco depositado sobre la mesita de noche junto a la cama, estaba la poción que Amelia había bebido; Leonie sabía que era el líquido obtenido de la cocción de una variedad especial de laurel, utilizada generalmente para facilitar el movimiento intestinal, y que asimismo provocaba el aborto. Una dosis muy elevada podía estremecer violentamente el cuerpo con vómitos y deposiciones ensangrentadas, y a menudo era fatal. El frasquito estaba casi vacío.

Amelia abrió los ojos, y en ellos se leía la confusión más absoluta. Vio a Leonie de pie junto a la cama y murmuró: -¿Qué haces aquí?

-¿Qué cantidad has ingerido de esto? – preguntó Leonie, mostrándole el frasquito.

-Bastante. Lo he usado antes, pero... siempre ante la primera sospecha. Nunca tan tarde.

-¿Por qué, Amelia?

La mujer mayor se sobresaltó ante la evidente inquietud de Leonie.

-¿Por qué? ¿Qué puedo hacer con un hijo? ¡Detesto a los niños!

La simpatía de Leonie comenzó a debilitarse.

-Entonces, ¿estás dispuesta a matar al hijo de mi señor? – preguntó disgustada -. Si no lo querías, ¿por qué has esperado tanto?

-Lo necesitaba para... pero ahora que te has marchado... ¡Oh, déjame en paz!

-¡Estoy tentada de hacer precisamente eso y permitir que mueras por tu propia tontería! – respondió Leonie conmovida por la emoción.

-No, por favor, ¡debes ayudarme! – exclamó Amelia -. Ya he perdido al niño, y sé que ahora me echará de aquí.

-¿Estás segura de eso? – preguntó Leonie.

-Rolfe no me ha querido después de que se casó contigo – gimió Amelia -. Pensé que me querría, pero no ha sido así.

-Explícate, Amelia.

-Yo no deseaba regresar a la Corte – jadeó Amelia -. Tú no sabes como es eso, ¿comprendes? Obligada a competir con mujeres más jóvenes, siempre forzada a...

-Háblame de Rolfe – insistió Leonie, con voz más aguda.

-Le he mentido – dijo Amelia -. Le dije a Rolfe que estaba embarazada, pero no era cierto.

Miró a los ojos a Leonie y le reveló la verdad.

-El niño no es de Rolfe, sino de Evarard. Le utilicé para concebir, por si Rolfe tardaba mucho en hastiarse de ti. De veras, creí que acabaría cansándose. Cuando volvió aquí y no se dirigió inmediatamente a Pershwick, tuve la certeza que su amor por ti se había esfumado, por lo tanto ya no necesitaba al niño como excusa para continuar en Crewel.

Leonie se dijo que no debía acalorarse, tenía que mantener la calma. La revelación de su rival había encendido otra vez su amor por Rolfe, y avivaba en ella el deseo de buscar a su marido y abrazarle. Pero no permitiría que Amelia advirtiese todo lo que su confesión significaba para ella. Cuando todo hubiese acabado, ambas necesitarían conservar cierta dignidad, y, por lo tanto, pensó que en ese momento no era apropiado demostrar sus sentimientos.

El rápido cambio de tema era el único recurso, y Leonie dijo: -Evarard está terriblemente angustiado. Ese tonto te ama.

-¿Ama? – replicó amargamente Amelia -. ¿Qué es el amor? Mi primer marido también me amaba... hasta que nos casamos. Después, sólo le interesaban otras mujeres. ¿Por qué crees que yo estaba tan segura de que Rolfe me querría después de que os casárais? A los hombres no les interesan sus propias esposas.

-Amelia, no creo que siempre sea así.

Amelia suspiró.

-Sí, es cierto, Rolfe te prefiere.

-Y quizá Evarard sienta lo mismo por ti si le das una oportunidad. No ignora tus defectos, pero te ama. ¿Sabía que estabas embarazada de su hijo?

-No. Pensaba hablarle de mi embarazo, pero permitiéndole creer que el niño pertenecía a Rolfe. Y retrasé muchas veces el momento de hablar con él, porque en realidad no quería hacerle daño.

“Amelia no había sufrido esas vacilaciones cuando se trató de hacer daño a Rolfe y a Leonie”, pensó la joven. Pero se dijo que quizá podría perdonar, en vista de lo que acababa de saber.

-En ese caso, no veo motivo para revelarle todo esto- observó Leonie.

-¿Y Rolfe? – preguntó ansiosa Amelia.

-Cuando se trata de él, mi actitud no es tan imparcial. Yo no se lo contaré. Tú te encargarás de eso.

-¡Pero me matará si sabe como les he mentido a ambos!

-Creo que no, Amelia. Me parece que se sentirá aliviado de conocer la verdad. Pero si no prometes confesarle todo, te dejaré aquí y tú...

-Eres cruel, lady Leonie.

-De ningún modo. Sencillamente, amo a mi marido y no permitiré que sufra por un hijo al que creía suyo.

## CAPITULO 48

El niño era hermoso. Leonie lo vio apenas llegó a la planta baja, después de salir del dormitorio de Amelia. Rolfe esta de pie muy cerca. El

niño tenía espesos rizos oscuros y los ojos castaños muy oscuros, que la miraron tímidamente cuando ella se acercó. Era una réplica de Rolfe de ocho años.

Leonie dirigió una mirada inquisitiva a Rolfe, y él dijo: -Antes de que extraigas una conclusión falsa, te diré que se parece a mí porque es mi sobrino.

Leonie sonrió.

-¿Acaso podría haber pensado otra cosa?

Rolfe le presentó así a Simon d'Ambert, y después se apartó un momento con Leonie.

-Los últimos días los ha pasado en casa de lady Rose porque yo no estaba de humor para atenderle. Pero ahora que estás aquí...

-Pero me has dicho que vendría a visitarnos.

-Mi hermano ha muerto – se limitó a decir Rolfe -. Y el niño no ha venido sólo de visita. Mi hermano y yo no nos profesábamos mucho afecto, pero eso ahora carece de importancia – continuó diciendo Rolfe con una expresión sombría en el rostro -. Su viuda estaba preocupada por el bienestar de los niños, y me ha pedido ayuda.

Leonie le miró sorprendida.

-Por eso sucedió que...

-En efecto, yo me preguntaba por qué tardabas tanto en ir a buscarme a Pershwick. ¿Quieres decir que durante todo ese tiempo ni siquiera sabías que yo estaba allí?

-Lo supe cuando regresé a Inglaterra. Sir Evarard envió mensajeros, pero no me encontraron. La viuda de mi hermano estaba muy angustiada. No confiaba en nadie. Temía que los poderosos señores que habitan alrededor de su tierra, intentarían apoderarse de sus hijos o de ella misma, para confiscar las propiedades de mi hermano.

-¿Podía ocurrir eso? – preguntó Leonie en voz baja, desviando la mirada hacia el niño.

-No. Las tierras de la familia fueron otorgadas directamente por la reina, y por lo tanto, por Enrique. Hubiera sido suficiente que ella solicitara un protector a Enrique.

-O hablase contigo.

-En efecto. De hecho, acepté asumir la responsabilidad. Envié a mis tres sobrinas de regreso a su hogar, con su madre, pero decidí mantener conmigo un tiempo al varón. Mi hermano le dedicaba poco tiempo, y el niño ha estado en contacto demasiado estrecho con mujeres.

-Mi señor, también aquí hay mujeres – se burló Leonie.

-Leonie, deseo conocerle bien – dijo bruscamente Rolfe -. ¿Te opones?

Leonie bajó los ojos, tratando de disimular su sonrisa.

-Claro que no, mi señor.

Rolfe movió la cabeza. ¿A qué se debía este cambio en ella? ¿Dónde estaba la mujer de mal carácter que había conocido hasta esa misma mañana? Le parecía tan sumisa, tan dócil.

Continuó diciendo: -Debo encontrar un hombre en quien pueda confiar para enviarle a las tierras de mi hermano, donde supervisará las propiedades y cuidará de la viuda y mis sobrinas hasta que estén en edad de contraer matrimonio.

-¿Puedo sugerir a sir Piers? – propuso Leonie -. Es el hombre perfecto para ocuparse de una casa ocupada por mujeres. Incluso es probable que simpatice con la viuda y piense en el matrimonio.

-¿Piers? ¿Qué él llegue a pensar en el matrimonio? ¡Jamás!

-Mi señor, nunca se puede decir. Pero ahora, por favor, deja a Simon a mi cargo mientras visitas a lady Amelia.

Rolfe frunció el ceño.

-Le diré sin rodeos que debe salir de aquí. Leonie, no creas que he olvidado mi promesa.

-No he pensado tal cosa, mi señor. Pero ella está... enferma. Le advertí que debe guardar cama varios días, quizá una semana.

Rolfe la miró desconcertado, y antes de que él pudiese hablar, Leonie dijo con voz firme: -Ve a verla, mi señor, pues necesita hablarte. Pero cuando hayas terminado – hizo una pausa – ven a buscarme, porque tengo mucho que contarte.

Rolfe se sintió tan confundido que se abstuvo de discutir. Se volvió y caminó hacia la escalera; ella le miraba.

Leonie permaneció en el salón con Simon, y le habló afectuosamente. El niño era tímido y decía muy poco. Intentó que se sintiese cómodo, pero eso le pareció terriblemente difícil, porque la propia Leonie estaba muy nerviosa.

Rolfe regresó al salón treinta minutos después, dominado por un terrible malhumor. No dijo una palabra a Leonie; le agarró del brazo y la arrastró fuera del salón, hasta el huerto. Allí la soltó, y descargó un puntapié sobre los dientes de león que crecían cerca.

-¿Sabes cuánto odiaba el huerto y el jardín, cuando comenzaste a cuidarlos? – explotó -. Amelia me decía que no deseabas molestarte con la administración de la casa, ¡pero podías perder tiempo aquí! Muchas veces contemplé la posibilidad de soltar a mi caballo para que pisoteara estas condenadas plantas.

Leonie casi se ahogó de la risa.

-Mi señor, si tu caballo hubiese hecho algo parecido, habría enfermado gravemente.

Él la miró furioso.

-No bromees, Leonie. ¿Por qué crees que te pedí que asumieras la función de escribiente para mí, a pesar de que podría haberme arreglado solo? Pensé que era lo único que no podías negarte a hacer para mí. Habías rechazado todo lo demás. Y aunque para mí habría sido terriblemente importante saber que gracias a tu esfuerzo mi hogar comenzaba a ser habitable, permitiste que ella se atribuyese el mérito. ¿Por qué, Leonie, por qué?

-Bien, tú fuiste tan tonto que creíste que ella era capaz de reorganizar esta casa – observó astutamente Leonie.

-¿Yo un estúpido, señora? ¿Y cómo se te califica, puesto que creíste una cosa tan absurda como que no deseaba que administrases mi casa?

-Yo también fui estúpida – dijo Leonie.

-Maldita sea, ¡todo esto no me parece divertido en absoluto! ¿Por qué jamás mencionaste las tonterías que ella te decía? Si me hubieras hablado

se hubiera comprobado que ella mentía, y así me habrías creído cuando te decía que no la amaba.

-Podría formularte la misma pregunta. Creíste tanto como yo en los absurdos de esa mujer.

-¡Eso no viene al caso!

-¿De veras? – Leonie se acercó a Rolfe, y con un gesto vacilante apoyó la mano sobre el pecho de su esposo. Con los ojos tiernos y luminosos preguntó: -Mi señor, ¿por qué estás tan enojado?

Al mirar esos ojos él se sintió aturdido.

-Porque... porque en definitiva creo que me amas... pero nunca me lo has dicho. Yo te dije que te amaba...

-¿Cuándo? – exclamó Leonie.

-Aquella noche, en Londres.

-Estabas ebrio – contestó ella.

-No tanto como para no recordarlo, y te pregunté si también tú me amabas. Pero... ahora no recuerdo tu respuesta.

Leonie se sentía traspasada por la alegría, por maravillosas oleadas de placer.

-Dije entonces que sería muy fácil amarte – contestó tiernamente -. Y acerté. Te amo, mi señor.

-Rolfe – la corrigió automáticamente, en el momento mismo en que la abrazaba.

-Rolfe – Leonie suspiró nerviosamente, y después su esposo le besó con toda la ternura y todo el amor que sentía por ella.

La alzó en brazos, volvió con ella al salón y subió la escalera, en busca del dormitorio. Todos los que los vieron pasar sonrieron, pero nadie dijo nada. Ya era tiempo de terminar con las murmuraciones acerca del señor y su dama.

Mientras Rolfe subía la escalera y entraba a la habitación, ella le abrazó con fuerza y sonrió, y se dijo que él era muy obstinado, tanto como ella, y al mismo tiempo muy gentil, aunque también muy fuerte.

Más tarde le hablaría del hijo de ambos, y del absurdo orgullo que los había separado tanto tiempo. Eso vendría después.

Por el momento, ella deseaba pensar sólo en el amor que ambos se profesaban, y demostrarle cuán profunda y apasionadamente lo amaba.